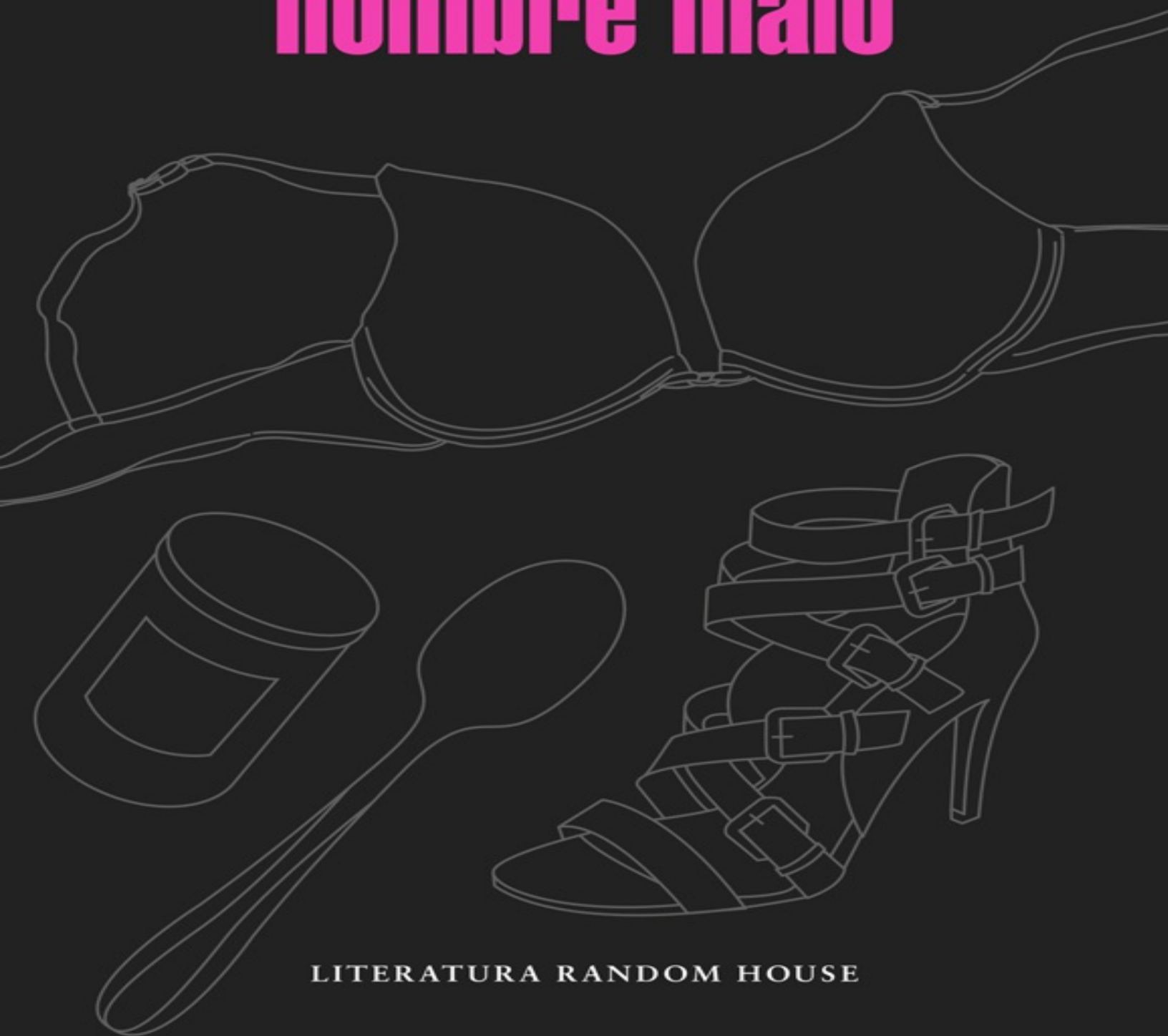


MIRANDA JULY

**El primer
hombre malo**



LITERATURA RANDOM HOUSE

El primer hombre malo

MIRANDA JULY

Traducción de
Luis Murillo Fort



LITERATURA RANDOM HOUSE
www.megustaleerebooks.com

Para Michael Chadbourne Mills

1

Conduje hasta la consulta del médico como si fuera la protagonista de una película que Phillip estuviera mirando: ventanillas bajadas, cabellos al viento, una sola mano en el volante. Cuando frené ante el semáforo en rojo, continué mirando misteriosamente al frente. «¿Quién será? —puede que se preguntara la gente—. ¿Quién es esa madurita del Honda azul?» Crucé a paso tranquilo el aparcamiento del edificio, entré en el ascensor y pulsé «12» con dedo indiferente y amante de la guasa; la clase de dedo que está dispuesto a todo. Cerradas las puertas, me miré en el espejo del techo y ensayé la cara que pondría si Phillip estuviera en la sala de espera. Cara de sorpresa, pero hasta cierto punto; además, él no estaría en el techo, o sea que yo no tendría que forzar el cuello de esa manera. Con el mismo gesto recorrí todo el pasillo. ¡Oh! ¡Hola, tú por aquí! Llegué a la puerta.

DR. JENS BROYARD
CROMOTERAPIA

La abrí.

Ni rastro de Phillip.

Me costó unos instantes recuperarme. Estuve a punto de dar media vuelta y volverme a casa, claro que entonces no habría podido telefonar a Phillip para darle las gracias por la referencia. La recepcionista me pasó una tablilla con el formulario de paciente nuevo para rellenar; me senté en un sillón. No

ponía «viene por recomendación de...», de modo que en la parte superior del papel escribí: «Me envía Phillip Bettelheim».

En el evento de Open Palm para recaudar fondos Phillip me había comentado: «No diré que sea el mejor médico del mundo». Llevaba un jersey gris de cachemira que hacía juego con su barba. «Porque hay un cromoterapeuta en Zurich que es tan bueno o más que él. Pero en Los Ángeles no encontrarás a otro como Jens. Y, desde luego, es el mejor de la Costa Oeste. A mí me curó el pie de atleta.» Levantó un pie y volvió a bajarlo antes de que yo pudiese olisquear. «Pasa la mayor parte del año en Amsterdam, por eso es muy selectivo con los pacientes que tiene aquí. Tú dile que te envía Phillip Bettelheim.» Anotó el número en una servilleta y se alejó de mí con sambero contoneo.

—Me envía Phillip Bettelheim.

—¡Exacto! —gritó él volviendo la cabeza.

Se pasó el resto de la velada en la pista de baile.

Miré a la recepcionista; ella conocía a Phillip. Podía ser que acabara de marcharse; podía estar con el doctor en ese mismo momento. No se me había ocurrido. Me remetí unos mechones detrás de las orejas y observé la puerta de la sala de reconocimiento. Cosa de un minuto después vi salir a una mujer espigada con un niño pequeño. El bebé balanceaba un cordel con un cristal en el extremo. Miré a ver si teníamos una conexión especial que fuera más sólida que el vínculo del niño con su madre. Y no.

El doctor Broyard tenía rasgos escandinavos y lucía unas gafas diminutas, sentenciosas. Mientras él leía mi formulario de paciente nuevo, yo aguardé sentada en un mullido diván de piel encarado a un biombo japonés. No había esferas ni varitas mágicas a la vista, pero me preparé mentalmente para una eventualidad parecida. Si Phillip creía en la cromoterapia, por qué yo no. El doctor Broyard se bajó las gafas.

—Bien. Globus hystericus.

Empecé a explicarle lo que era, pero él me interrumpió.

—Soy médico —dijo.

—Perdón.

Pero, a ver, ¿qué médico de verdad dice «Soy médico»?

Me examinó pausadamente las mejillas mientras pinchaba un papel con un rotulador rojo. En el papel había una cara, un rostro genérico con la etiqueta
CHERYL GLICKMAN.

—¿Esas marcas son...?

—De la rosácea.

Los ojos de la cara del papel eran grandes y redondos, mientras que los míos desaparecen cuando sonrío, y tengo la nariz más de patata. Dejando esto aparte, los espacios entre mis facciones guardan una perfecta proporción. Es algo que hasta ahora no ha advertido nadie. Ah, y las orejas: dos encantadoras caracolas. Siempre llevo el pelo remetido detrás e intento entrar en salas atestadas con la oreja por delante, es decir, andando de lado. El doctor trazó un círculo sobre la garganta del papel y lo rellenó con un cuidadoso sombreado.

—¿Desde cuándo tiene ese bolo histérico?

—Ha ido apareciendo y desapareciendo durante unos treinta años. Quizá cuarenta.

—¿Se ha sometido a algún tratamiento?

—Intenté que me derivaran a cirugía.

—¿Cirugía?

—Extirpar la pelotita.

—Usted sabe que no es una pelota.

—Eso dicen.

—El tratamiento habitual es la psicoterapia.

—Sí, ya.

No le expliqué que era soltera. La terapia es cosa de parejas. Como la Navidad. Como ir de camping. Como acampar en la playa. El doctor Broyard abrió un cajón repleto de frasquitos de cristal y cogió uno con la etiqueta ROJO. Yo miré extrañada aquel líquido absolutamente transparente. Me recordó al agua, la verdad.

—Es la esencia del rojo —saltó él. Se había percatado de mi escepticismo—. El rojo es una energía, y solo desarrolla tonalidad en crudo. Tome treinta mililitros ahora y treinta todas las mañanas antes de la primera micción.

Tragué un gotero lleno.

—¿Por qué antes de la primera micción?

—Antes de que se levante y empiece a moverse; el movimiento produce un aumento de la temperatura basal.

Pensé: ¿Y si una persona se despierta e inmediatamente realiza un coito, antes de la primera micción? Eso también tiene que aumentar la temperatura basal, creo yo. Si en lugar de mis cuarenta y pocos años yo hubiera tenido treinta y pocos, ¿el doctor habría dicho antes de la primera micción «o» el primer coito? Es lo malo de los hombres de mi edad: siempre soy un poquito mayor que ellos. Phillip tiene sesenta y pico, así que probablemente me considera una mujer joven, casi una chica. Bueno, no es que piense en mí; de momento solo soy alguien que trabaja en Open Palm. Pero eso podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos; de hecho, podría haber sucedido hoy mismo, en la sala de estar. Podría pasar aún, si yo le llamase. El doctor Broyard me entregó un papel.

—Dele esto a Ruthie, la recepcionista. Le he programado una visita de seguimiento, pero si antes de eso ve usted que el bolo empeora, quizá debería ir pensando en algún tipo de terapia.

—¿Me dará uno de esos cristales?

Señalé unos que colgaban frente a la ventana, formando un racimo.
—¿Un Sundrop? La próxima vez.

La recepcionista fotocopió mi tarjeta sanitaria mientras me explicaba que el seguro no cubre tratamientos de cromoterapia.

—El próximo día de visita es el diecinueve de junio. ¿Prefiere por la mañana o por la tarde?

Su larga melena gris era desagradable. Yo también tengo el pelo gris, pero voy siempre bien peinada.

—No sé. Quizá por la mañana. —Estábamos en febrero nada más. Tal vez en junio Phillip y yo ya seríamos pareja, podríamos entrar juntos en la consulta del doctor, cogidos de la mano—. ¿Y no hay otra hora antes?

—El doctor solo visita tres veces al año en esta consulta.

Miré a mi alrededor.

—Oiga, ¿y quién regará esta planta?

Me incliné para tocar con la punta del dedo la tierra del helecho. Estaba húmeda.

—Aquí trabaja otro médico. —La recepcionista dio unos toquecitos al expositor de metacrilato que contenía dos juegos de tarjetas de visita, uno a nombre del doctor Broyard y otro al de una tal doctora Tibbets. Intenté no tocarlas con el dedo sucio cuando cogí una de cada—. ¿Le parece bien a las nueve cuarenta y cinco? —preguntó la mujer al tiempo que me ofrecía una caja de kleenex.

Me apresuré por el aparcamiento con el móvil en las dos manos. Una vez cerradas las puertas y el aire acondicionado en marcha, marqué los nueve

primeros dígitos del número de Phillip y entonces me entraron dudas. Nunca le había llamado por teléfono; en los últimos seis años siempre había sido él quien me llamaba, y eso a Open Palm y en su calidad de miembro de la junta. Quizá no fuera buena idea. Suzanne diría que sí. Fue ella la primera en mover ficha con Carl. Suzanne y Carl eran mis jefes.

—Si notas que hay conexión, tú no seas tímida —me dijo una vez.

—Ponme un ejemplo de no ser tímida.

—Métele un poco de caña.

Esperé cuatro días, por aquello de no forzar las cosas, y luego le pedí a Suzanne un ejemplo de meter un poco de caña. Me miró largamente, sacó un sobre viejo de la papelería y dibujó en él una pera.

—Esta es la forma que tiene tu cuerpo, ¿vale? Superpequeño por arriba y no tan pequeño por abajo.

Acto seguido me explicó el efecto óptico que se consigue llevando tonos oscuros en la parte de abajo y colores vivos en la de arriba. Cuando veo a alguna mujer con esta combinación de colores, siempre miro si tienen forma de pera, y resulta que sí. Una pera no puede engañar a otra pera.

Al pie del dibujo anotó el número de teléfono de alguien que según ella me convenía más que Phillip, un tal Mark Kwon, padre alcohólico y divorciado. Mark me llevó a cenar a Mandarette, en Beverly Hills. Como la cosa no prosperó, Suzanne me preguntó si no me estaría equivocando de puerta. «Igual lo que pasa es que no te gustan los hombres en general, y no Mark en concreto.» Hay gente que piensa eso de mí por la forma en que llevo el pelo; resulta que es corto. Además, uso zapatos en los que podrías quedarte a vivir, ya sean Rockport o zapatillas de deporte, en vez de tacones altos con mucha pedrería. Pero, digo yo, ¿a qué mujer homosexual le daría un brinco el corazón al ver a un hombre de sesenta y cinco tacos con jersey gris? Mark

Kwon se volvió a casar hace cosa de unos años, como Suzanne no se privó de hacerme saber. Marqué el último dígito del número de Phillip.

—¿Sí? —Voz de dormido.

—Hola, soy Cheryl.

—¿Quién?

—De Open Palm.

—Oh, claro, ¡¿qué tal?! Me encantó el evento para recaudar fondos. Estuvo genial. ¿En qué puedo ayudarte, Cheryl?

—Bueno, solo quería decirte que he ido a ver al doctor Broyard. —Largo silencio—. El cromoterapeuta —añadí.

—¡Jens, sí! Un gran tipo, ¿verdad?

Le dije que era fenomenal.

Lo tenía planeado, recurrir al mismo adjetivo que él empleó para describir mi collar en la fiesta. Phillip había separado de mi pecho las cuentas y proclamado: «Es fenomenal. ¿Dónde lo has comprado?». Y yo le dije: «En el mercadillo agrícola, a un vendedor ambulante». Y entonces Phillip tiró de las cuentas del collar para atraerme hacia él. «Oye —dijo—, esto es muy práctico. Me gusta.» Alguien ajeno a la movida, como Nakako, el redactor de propuestas para financiación, podría haber pensado que fue un momento degradante, pero yo sabía que tal degradación no era más que una broma; Phillip estaba parodiando al tipo de hombre que haría una cosa así. Lleva años haciéndolo; una vez, con ocasión de una reunión de la junta, insistió en que yo llevaba la cremallera de la blusa bajada y entonces me la bajó, riéndose. Yo reí también, e inmediatamente me llevé las manos a la espalda para subírmela otra vez. La gracia estaba en: «¿Te das cuenta de cómo es la gente? Las gilipollecas que llegan a hacer». Pero había otra lectura, porque imitar a gente de mal gusto era en cierto modo una liberación, igual que fingirse niño o loco. Era algo que solo podías hacer con alguien a quien le

tuvieras mucha confianza, alguien que supiese lo inteligente y buena persona que eras en realidad. Después de que Phillip soltara mi collar, tuve un leve acceso de tos y eso nos llevó a hablar de mi bolo histérico y del cromoterapeuta.

La palabra «fenomenal» no pareció afectarle en absoluto; él estaba diciendo que Broyard era caro pero merecía la pena, y entonces su voz subió de volumen para buscar una salida educada.

—Bueno, supongo que nos veremos mañana en la...

Pero antes de que pudiera decir «junta», yo le interrumpí.

—En caso de duda, ¡pega un grito!

—Perdón, ¿cómo dices?

—Que estoy aquí por si me necesitas. En caso de duda, ya sabes.

¡Qué silencio! Ni bajo la altísima cúpula de una catedral hubo jamás tanto vacío. Phillip carraspeó, y el eco fue de un lado al otro de la cúpula, espantando a las palomas.

—Cheryl.

—¿Sí?

—Creo que tengo que dejarte.

No dije nada. Yo ni muerta pensaba colgar el teléfono.

—Adiós —dijo, y, tras una pausa, colgó.

Me guardé el móvil en el bolso. Si el rojo estuviera ya haciendo efecto, sentiría en la nariz y los ojos esa hermosa comezón como de un millón de minúsculos alfileres que culmina en una gigantesca oleada salobre, la vergüenza abriéndose paso entre mis lágrimas para desbordarse cual canalón en día de lluvia. El llanto ascendió por mi garganta, hinchándola a su paso, pero en vez de seguir hacia arriba permaneció allí estancado, una beligerante pelotita. Globus hystericus, vaya.

Noté un golpe en el coche y pegué un salto. Era la puerta del vehículo de al

lado; una mujer trataba de colocar a su bebé en la sillita del asiento. Me llevé una mano a la garganta y asomé la cabeza, pero los cabellos de la mujer cubrían la cara del bebé y no pude saber si se trataba de uno de los que yo considero míos. Bueno, no en un sentido biológico, sino simplemente... familiar. Yo los llamo Kubelko Bondy. Un segundo me basta para saberlo, la mitad de las veces ni siquiera me doy cuenta de que lo hago hasta que lo he hecho.

Los Bondy fueron amigos de mis padres una temporada, allá por los años setenta: el matrimonio Bondy y su hijo Kubelko. Más adelante, cuando le pregunté un día a mi madre, me dijo que estaba segura de que el niño no se llamaba así, pero que no se acordaba del nombre. ¿Kevin? ¿Marco? Los padres tomaban vino en la sala de estar y a mí me decían que jugara con «Kubelko». Enséñale tus juguetes. Él se quedó sentado en silencio junto a la puerta de mi cuarto con una cuchara en la mano, una cuchara de madera con la que de vez en cuando golpeaba el suelo. Enormes ojos negros, rollizos mofletes rosados. Era un niño pequeño, apenas un bebé. No tendría más de un año. Al cabo de un rato tiró la cuchara y se puso a llorar a moco tendido. Yo le miraba esperando que subiera alguien, pero no subió nadie y entonces me lo puse en el regazo y empecé a mecer su gordezuelo cuerpo. Se calmó casi al instante. Seguí abrazado a Kubelko; él me miró, yo le miré, él me miró, y supe que me quería más a mí que a sus padres y que, en cierto sentido muy auténtico e indeleble, me pertenecía. Como yo tenía solo nueve años, no me quedó claro si me pertenecía como hijo o como esposo, pero daba igual. Sentí que me ponía en situación de aceptar el reto de que me rompieran el corazón. Pegué mi mejilla a la suya y lo tuve abrazado confiando en que aquello durara para siempre. Se quedó dormido y yo misma dormité, desligada del tiempo y de toda magnitud, enorme y luego pequeñito su cuerpo caliente... pero de pronto entró la mujer que se consideraba su madre

y me lo arrebató. Luego, mientras los adultos se despedían diciendo cansinas «Gracias» en voz demasiado alta, Kubelko Bondy me lanzó una mirada de pánico.

«Haz algo. Se me llevan.»

«Tranquilo. Algo haré.»

Naturalmente, no pensaba permitir que se perdiera de vista en la negra noche, mi pobre niño amado. «¡Alto! ¡Soltadle!»

Pero las palabras no salieron al exterior, mi voz fue demasiado queda. Segundos después lo perdía de vista en la negra noche, mi pobre niño amado. Y no volví a verlo nunca más.

Bueno, sí que lo volví a ver, montones de veces; unas como recién nacido, otras gateando ya. Al salir de mi plaza de parking pude ver mejor al bebé del coche de al lado. Era un niño y nada más.

Me despertó antes de hora un ruido de ramas cayendo en el patio de atrás. Tomé treinta mililitros de rojo y escuché el afanoso vaivén de la sierra. Era Rick, el jardinero sin techo que venía incluido con la casa. Yo jamás contrataría a nadie para que esté merodeando por mi finca e invada mi intimidad, pero al mudarme decidí no despedirlo porque no quería que pensara que yo tenía más prejuicios que los Goldfarb, los antiguos propietarios. Ellos le dieron una llave, Rick a veces usa el baño o me deja unos limones en la cocina. Siempre procuro buscar una excusa para salir antes de que él llegue, lo cual no es fácil a las siete de la mañana. En ocasiones me limito a dar vueltas en el coche hasta que pasan las tres horas y él se marcha. O bien aparco a varias manzanas de distancia y echo un sueñecito. Una vez me vio cuando regresaba a su tienda de campaña, o quizá chabola, y pegó a la ventanilla del coche su risueño rostro con barba de días. Medio dormida como estaba, me costó sudores darle una explicación.

Hoy he decidido ir a Open Palm más temprano y así preparar las cosas para la reunión de la junta. Mi plan era comportarme con garbo infinito, de manera que Phillip no fuera capaz de acordarse de la torpe fémina con la que había hablado la víspera. No utilizaría acento británico para hablar en voz alta, pero sí mentalmente, y eso se notaría.

Jim y Michelle habían llegado ya, lo mismo que Sarah, la chica que está en prácticas. Había traído a su bebé e intentaba evitar que asomara la cabeza por encima de la mesa, pero lógicamente todos oíamos a la criatura. Pasé un paño por la mesa de juntas y distribuí blocs y bolígrafos. No me correspondía

hacerlo, puesto que mi cargo es de directora comercial, pero me gusta tener ese detalle con Phillip. De pronto Jim gritó «¡Llegando!», lo cual quería decir que Carl y Suzanne estaban a punto de entrar. Cogí un par de jarrones llenos de flores mustias y fui rápidamente hacia la cocina del personal.

—¡Yo lo hago! —exclamó Michelle.

Era nueva, y no la había contratado yo.

—Demasiado tarde —dije—. Los estoy llevando.

Se puso a correr a mi lado y me arrancó de la mano uno de los jarrones, ajena al sistema de contrapesos que yo tenía montado. Uno se me estaba resbalando, gracias a su ayuda, y dejé que ella lo cazara al vuelo. No fue así. Carl y Suzanne franquearon la puerta en el momento en que el jarrón se estrellaba contra la moqueta. Phillip iba con ellos.

—Saludos —dijo Carl.

Phillip llevaba puesto un impresionante jersey de color vino. Me quedé sin aliento. Siempre tengo que reprimir las ganas de acercarme a él como esposa, como si lleváramos miles y miles de años viviendo juntos. El hombre, y la mujer, de las cavernas. Rey y reina. Monje y monja.

—Os presento a Michelle, nuestra nueva coordinadora de medios —dije, señalando hacia abajo con un gesto raro.

La pobre estaba a cuatro patas, recogiendo viscosas flores marrones, y al oírme intentó ponerse de pie.

—Yo soy Phillip.

Michelle le estrechó la mano desde una desconcertada postura semigenuflexa, el rostro arrasado en lágrimas. Yo había sido cruel sin querer; esto me pasa únicamente en momentos de mucha tensión y mi arrepentimiento es siempre descomunal. Mañana le llevaría algo a Michelle, un vale de regalo o una Smoothie Maker extragrande. En realidad debería haberle hecho ya algún regalo; me gusta tener ese detalle con los empleados

nuevos. Luego llegan a casa y dicen: «Este trabajo es la monda; todavía no me lo puedo creer. ¡Fíjate lo que me ha dado la directora comercial!». Así, si alguna vez vuelven a casa con lágrimas en los ojos, su cónyuge les dirá: «Pero, cariño, ¿la Smoothie Maker? ¿Estás segura?». Y la nueva empleada se lo pensará dos veces, o incluso puede que se eche la culpa a sí misma.

Suzanne y Carl se alejaron tranquilamente con Phillip; Sarah acudió enseguida para ayudar a limpiar el desastre. Su bebé empezó a chillar de manera insistente y agresiva. Al final tuve que ir a la mesa de Sarah, y cuando miré debajo, la criatura prorrumpió en arrullos de paloma melancólica y me miró con una sonrisa cálida reconociéndome al instante.

«Siempre nazco donde no me toca», dijo el bebé.

Asentí compungida. «Lo sé.»

¿Qué podía hacer? Deseaba sacarlo del portabebés y rodearlo por fin con mis brazos una vez más, pero eso no podía ser. Hice un gesto de disculpa y él lo aceptó con un lento y sabio pestañeo que me provocó una punzada en el pecho y una hinchazón del bolo histérico. Yo me hacía vieja a marchas forzadas y él, mi esposo pequeñín (o, más exactamente en esta fase: mi hijo), se mantenía siempre joven. Sarah llegó a la carrera y pasó el portabebés al lado contrario del escritorio. El pie se le volvía loco, de tanta patada.

«No te rindas, no te rindas.»

«¿Yo? —dije—. Eso nunca.»

Sería demasiado doloroso verle con regularidad. Carraspeé, muy seria.

—Creo que ya sabes que no es correcto traer a tu bebé al trabajo.

—Suzanne me dijo que no pasaba nada, y que ella traía a Clee de pequeña.

Y así era. La hija de Carl y Suzanne solía venir al viejo estudio al salir del parvulario y rondaba por allí, venga a correr, gritando y distrayendo a todo el mundo. Le dije a Sarah que por hoy estaba bien, pero que no lo convirtiera en una costumbre. Me lanzó una mirada herida, porque ella es una mamá que

trabaja, el feminismo y tal. Yo le devolví idéntica mirada, porque soy mujer con un cargo de importancia, ella se está aprovechando, el feminismo y tal. Sarah bajó un poco la cabeza. Las becarias siempre son chicas que les dan pena a Carl y Suzanne. Yo lo fui, hace veinticinco años. En aquel entonces Open Palm no era más que un estudio de autodefensa para mujeres, un *dojo* de taekwondo reconvertido.

Un tío te mete mano en un pecho; ¿qué haces? Una pandilla de tíos te rodea y te tira al suelo a golpes, y empiezan todos a bajarse la bragueta; ¿qué haces? Un tío al que creías conocer te acorrala contra una pared y no te deja ir; ¿qué haces? Un tío hace un comentario vulgar, a gritos, acerca de una parte de tu anatomía que quiere que le enseñes; ¿se la enseñas? No. Das media vuelta y le miras a la cara, le señalas la punta de la nariz y, desde el diafragma, lanzas un alarido gutural: «¡Eieieieiei!». Eso del grito les gustaba mucho a las alumnas. El estado de ánimo cambiaba cuando aparecían los agresores enfundados en sus trajes de gomaespuma con cabeza gigante y simulaban una violación, una violación en grupo, una humillación sexual o caricias no deseadas. Los hombres que iban dentro eran gente afable y pacífica —casi en exceso—, pero en los juegos de rol se volvían bastante groseros y agresivos. Eso despertaba diversos sentimientos en muchas de las mujeres, que era lo que se pretendía: cualquiera puede responder a un ataque cuando no está aterrorizado o humillado, cuando no está sollozando o pidiendo que le devuelvan el dinero. La sensación de éxito en la última clase era siempre muy emotiva. Agresores y alumnas se abrazaban y se daban mutuamente las gracias bebiendo chispeante sidra. Todo quedaba perdonado.

Seguimos haciendo sesiones para adolescentes, pero solo para conservar el estatus de organización sin ánimo de lucro; ahora el verdadero negocio son los DVD de fitness. Fui yo quien tuvo la idea de vender autodefensa como ejercicio gimnástico. Nuestra línea de vídeos está a la altura de lo mejor del

mercado en este terreno; por regla general, los compradores dicen que ni siquiera piensan en el aspecto de combate, les gusta la música marchosa y los resultados que produce en su estado de forma. ¿Quién quiere ver cómo acosan a una mujer en un parque? Nadie. De no ser por mí, Carl y Suzanne aún estarían haciendo aquellos lamentables vídeos instructivos. Están más o menos jubilados desde que se mudaron a Ojai, pero continúan metiendo las narices en asuntos de personal y asistiendo a las reuniones de la junta. En la práctica, aunque no de manera oficial, yo pertenezco a la junta. Tomo notas.

Phillip se sentó muy lejos de mí, y tuve la sensación de que evitaba mirar hacia mi lado durante toda la reunión. Quise pensar que eran paranoias mías, pero más tarde Suzanne me preguntó si había algún problema entre él y yo. Le confesé que le había metido un poco de caña.

—¿Y eso qué significa?

Hacía casi cinco años que ella me había sugerido hacerlo; supongo que ya no empleaba esa expresión.

—Pues le dije que, en caso de duda... —No me atreví a seguir.

—¿Qué?

Suzanne acercó su cara a la mía, con el subsiguiente bamboleo de pendientes.

—Que en caso de duda, pegara un grito —susurré apenas.

—¿Eso le dijiste? Una frase muy provocativa.

—¿Sí?

—¿De mujer a hombre? Desde luego que lo es. Está claro que le has... ¿cómo era?

—Metido caña.

En ese momento entró Carl en el despacho con un saco de lona sucio —ALIMENTOS NATURALES OJAI— y empezó a meter galletas y té verde y un tetrabrik de leche de almendras, todo de la cocina del personal. Luego fue

hasta el armario de suministros y cogió varias resmas de papel, un puñado de bolígrafos y rotuladores y unos cuantos botes de t pex. También sacan de all  cosas con las que no saben qué hacer: un coche viejo que no funciona, una camada de gatitos, un viejo y apestoso sofá que no saben dónde meter. Esta vez fue una gran cantidad de carne.

—Lo llaman vacasonte —dijo Carl—, es el híbrido fértil de vaca y bisonte. Suzanne abrió una neverita portátil.

—Hicimos un pedido demasiado grande —explicó—, y caduca mañana.

—Y en vez de dejar que se pudra, hemos pensado que todo el mundo se d  un atracón de vacasonte...  pagando nosotros! —exclamó Carl, levantando las manos como Papá Noel.

Empezaron a llamar a la gente. Los empleados fueron levantándose por turnos y recibieron un paquetito blanco con su nombre. Suzanne dijo el de Phillip y el mío casi seguidos. Nos acercamos los dos y ella nos entregó nuestra porción de carne al mismo tiempo. Mi paquete era más grande. Vi que él se fijaba y, por fin, se dignó mirarme.

—Te lo cambio —dijo en voz baja.

Frunc  el entrecejo para disimular mi alborozo.  l me dio el paquete de carne que ponía PHILLIP y yo le di el paquete que ponía CHERYL.

Mientras distribuían vacasonte, Suzanne pregunt  en voz alta si alguien podía acoger a su hija unas semanas hasta que encontrara un piso y un empleo en Los  ngeles.

—Es una actriz de extraordinario talento.

Nadie dijo nada.

Suzanne se bambole  un poco en su larga falda. Carl se frot  la prominente tripa y levant  las cejas, esperando respuesta del personal. La última vez que Clee había estado en la oficina tenía catorce años. Llevaba el pelo, de un rubio muy claro, recogido en una prieta cola de caballo, mucha

sombra de ojos, enormes pendientes de aro, pantalones medio caídos. La pinta era de pandillera. Habían transcurrido seis años de eso, pero nadie se ofrecía voluntario. Hasta que alguien se decidió: Michelle.

El vacasonte tenía un regusto salvaje. Limpié bien la sartén e hice pedazos el papel con el nombre de Phillip. No había terminado aún la faena cuando sonó el teléfono. Nadie sabe por qué cuando haces pedazos un nombre ese alguien llama por teléfono, la ciencia no se lo explica. Borrar un nombre produce idéntico efecto.

—Se me ha ocurrido pegar un grito —dijo Phillip.

Fui al dormitorio y me tumbé en la cama. En principio la única diferencia, en cuanto a la llamada, era que en seis años Phillip jamás me había telefoneado de noche al móvil privado. Hablamos de Open Palm y de temas de la reunión como si no fueran las ocho y yo no estuviera en camisón. Luego, justo cuando en circunstancias normales la conversación habría tocado a su fin, se produjo un largo silencio. Me quedé a oscuras preguntándome si Phillip habría colgado sin molestarse en colgar. Por fin, susurrando con voz grave, dijo:

—Pienso que quizá soy una persona horrible.

Le creí, durante una fracción de segundo, creyendo que se disponía a confesar un crimen, tal vez un asesinato. Luego me di cuenta de que todos pensamos que podemos ser personas horribles, pero eso solo lo decimos antes de pedirle a alguien que nos quiera. Es un poco como desnudarse.

—No —respondí en un susurro—. Tú eres bueno.

—¡Que no! —protestó él, agitado, alzando la voz—. ¡Tú no sabes nada!

Respondí con igual volumen y vehemencia.

—¡Claro que lo sé, Phillip! ¡Te conozco mejor de lo que crees!

Mi reacción lo sumió en el silencio. Cerré los ojos. Rodeada de cojines por todas partes, situada al borde mismo de la intimidad, me sentí como un rey, un rey sentado en su trono y con un banquete delante.

—¿Puedes hablar ahora? —dijo.

—Si tú puedes...

—Quiero decir si estás sola.

—Vivo sola, Phillip.

—Eso pensaba.

—¿De veras? ¿Y qué pensaste cuando lo pensabas?

—Pues eso. Pensé: Me parece que vive sola.

—Acertaste.

—Tengo que confesarte una cosa.

Cerré los ojos otra vez: monarca total.

—Necesito sacarlo fuera —prosiguió—. No tienes por qué decir nada, pero si pudieras escucharme...

—De acuerdo.

—Uf, esto me pone muy nervioso. Estoy sudando. Recuerda, no hace falta que contestes. Diré lo que tengo que decir y luego podemos colgar y así podrás irte a dormir.

—Ya estoy en la cama.

—Perfecto. Así te duermes enseguida y luego por la mañana me llamas.

—Es lo que pienso hacer.

—Bien, pues mañana hablamos.

—Espera; no has hecho tu confesión.

—Ya, es que me ha entrado miedo y... No sé, el momento ha pasado. Mejor que te duermas.

Me incorporé.

—¿Sigues queriendo que te llame por la mañana?

—Te llamaré yo mañana por la noche.

—Gracias.

—Buenas noches.

Una confesión que provocara sudores solo podía estar relacionada con sangre o con amor. ¿Y cuántas veces sucede que alguien, algún conocido nuestro, cometa un crimen de los gordos? Estaba tan agitada que no pude dormir. Amanecía cuando experimenté un involuntario y total vaciado de mis intestinos. Tomé treinta mililitros de rojo y me apreté el bolo. Duro como una piedra. Jim me llamó a las once para decir que había una pequeña emergencia. Jim es el administrador *in situ*.

—¿Se trata de Phillip?

Quizá habría que ir corriendo a su casa, y así podría ver dónde vivía.

—Michelle se ha echado atrás con lo de Clee.

—Ah.

—Quiere que se vaya.

—Bueno.

—¿Tú puedes hacerte cargo de ella?

Cuando una vive sola la gente suele pensar que puede quedarse unos días en tu casa, cuando es justo lo contrario: deberían ir a casa de una persona cuya situación sea ya caótica por culpa de otras personas y así una más no importe.

—Ojalá pudiera, Jim. En serio que me gustaría ayudar —dije.

—Esto no ha sido idea mía, sino de Carl y Suzanne. Me da que les extrañó que no te ofrecieras de entrada, ya que eres casi de la familia.

Apreté los labios. Carl me había llamado *ginjo* una vez; pensé que era «hermana» en japonés, hasta que él me aclaró que quería decir «hombre», en

especial el anciano que vive aislado y se encarga de avivar el fuego para toda la aldea.

«Según una vieja leyenda, el anciano echa sus prendas al fuego y después sus huesos, para que no se extinga», me explicó Carl. Yo me quedé muy quieta para que continuara hablando; me encanta que otros me describan. «Y luego, como necesita algo más para mantener el fuego encendido, tiene *ubitsu*. No es palabra de fácil traducción, pero se podría decir que son sueños tan densos que poseen una masa y un peso infinitos. El anciano les prende fuego y así la hoguera no se extingue nunca.» Entonces me dijo que mi estilo de gestión era más eficaz a distancia y que, por lo tanto, a partir de ahora yo trabajaría desde mi casa, aunque podía ir a la oficina una vez por semana y cuando hubiera reunión de la junta.

Mi casa no es muy grande; intenté imaginármela con otra persona dentro.

—¿Han dicho que yo era casi como de la familia?

—Ni que decir tiene que... Oye, a ver, ¿tú dices que tu madre es como de la familia?

—No.

—¿Lo ves?

—¿Y cuándo será eso?

—Clee aparecerá con sus cosas esta noche.

—Pues precisamente esta noche tengo una importante llamada telefónica privada...

—No sabes cuánto te lo agradezco, Cheryl.

Saqué mi ordenador del cuarto de planchar e instalé una cama plegable que es más cómoda de lo que parece. Dejé una manopla doblada encima de una toalla de manos encima de una toalla de baño y lo puse todo sobre una colcha

que ella podía utilizar, si quería, encima del edredón. Puse un caramelo de menta sin azúcar encima de la manopla. Di un baldeo con Windex a los grifos de la bañera y del lavabo para que todo pareciese nuevo, así como a la manija del inodoro. Luego puse la fruta en una fuente de cerámica para poder señalarla cuando dijera: «Coge lo que te apetezca. Como si estuvieras en tu casa». El resto de la casa estaba en perfecto orden, como siempre. Gracias a mi sistema particular.

No le he puesto nombre; yo lo llamo mi sistema. Supongamos que una persona está con la depre, o tiene el día vago, y deja de fregar los platos. A los pocos días hay un ochomil de platos en el fregadero y se diría que es imposible limpiar ni siquiera un tenedor. La persona en cuestión empieza a utilizar tenedores sucios y platos sucios para comer y esto hace que se sienta como un sintecho. En consecuencia, deja de bañarse. Y cada vez es más difícil salir de casa. La persona empieza a tirar basura por todas partes, a mear en tazas porque le quedan más cerca de la cama. Todos hemos sido esta persona, así que la censura está fuera de lugar, pero la solución no puede ser más simple:

Menos platos.

Así, si no los lavas no se amontonan tanto. Esto es lo principal, pero añadamos:

Nada de trasladar cosas a cada momento.

¿Cuánto tiempo inviertes en mover cosas de acá para allá? Antes de llevar una cosa muy lejos de donde está, recuerda que tarde o temprano vas a tener que trasladarla otra vez a donde estaba: ¿merece la pena? ¿No puedes leer el libro de pie, junto a la estantería, con el dedo metido en el hueco donde lo vas a dejar? O mejor todavía: no lo leas. Y si es que tienes que transportar algún objeto, asegúrate de coger también cualquier otra cosa que deba ir en la misma dirección. A eso lo llaman *carpooling*. ¿Pastilla de jabón nueva para

el cuarto de baño? Mejor espera a que estén listas las toallas de la secadora y aprovecha para llevarlo todo a la vez, toallas y jabón. Hasta entonces puedes dejar el jabón encima de la secadora. Y quizá mejor no dobles las toallas hasta la próxima vez que necesites ir al servicio. Llegado ese momento, mira si puedes apartar el jabón y doblar las toallas mientras estás sentada en el retrete, ya que tienes las manos libres. Antes de limpiarte, utiliza el papel higiénico para secarte el exceso de grasa en la cara. Hora de cenar: pasa de plato. Lleva la sartén a la mesa y ponla encima de un posafuentes. Los platos son un extra que puedes reservar para cuando tengas invitados y quieras que se sientan como en un restaurante. ¿Hace falta lavar la sartén? Si la utilizas solo para comer cosas saladas, no.

Muchas de estas cosas las hacemos todos alguna que otra vez; con mi sistema las haces todas y siempre. Persevera; sin darte cuenta se convierte en algo automático, y así la próxima vez que estés con la depre funcionará por sí solo. Dado que soy rica, tengo en casa a una sirvienta las veinticuatro horas para que lo mantenga todo en orden. Y puesto que la sirvienta soy yo, nadie invade mi territorio privado. Mi sistema puede proporcionar una experiencia vital más llevadera. Los días transcurren plácidos, sin aristas, sin las pegas ni los desastres por los que la vida es famosa. Después de muchos días en soledad, va tan como una seda que a partir de un cierto momento ni me noto a mí misma, es como si no existiera.

El timbre sonó a las nueve menos cuarto y yo seguía sin noticias de Phillip. Si llamaba mientras estaba con Clee, tendría que disculparme. ¿Y si seguía teniendo pinta de pandillera? O quizá no estaba cómoda con la idea de imponerme su presencia y nada más verme empezaba a deshacerse en disculpas. Mientras iba hacia la puerta, el mapa del mundo se despegó de la pared y cayó con ruido al suelo. No era necesariamente un indicio de nada.

Era mucho mayor que a los catorce años. Ahora era una mujer. Tan mujer

que por un momento no supe qué era yo. Llevaba al hombro una bolsa enorme de color violeta.

—¡Clee! ¡Bienvenida! —Se echó hacia atrás de inmediato, como si yo pretendiera abrazarla—. En esta casa se va sin zapatos, así que puedes dejar los tuyos ahí.

Señalé un punto, sonreí, esperé, señalé de nuevo. Ella miró mi hilera de zapatos, marrones y de diferentes modelos, y luego se miró los suyos, que parecían hechos de goma de mascar rosa.

—No creo —dijo con una voz asombrosamente grave y ronca.

Permanecimos allí de pie un momento. Le dije que esperara y fui a por una bolsa de plástico. Ella me miró con una expresión agresivamente ausente mientras se quitaba los zapatos y los metía en la bolsa.

—Cuando salgas asegúrate de cerrar las dos cerraduras, pero si estás dentro con una es suficiente. Si llaman a la puerta, puedes abrir esto... —Abrí la puertecita incrustada en la puerta principal y miré por ella—. Así ves quién llama.

Cuando aparté la cara de la mirilla, Clee ya estaba en la cocina.

—Come lo que te apetezca —dije, correteando para alcanzarla—. Tú como si estuvieras en tu casa.

Cogió dos manzanas e hizo ademán de metérselas en el bolso, pero entonces vio que una estaba tocada y la cambió por otra. Le enseñé el cuarto de la plancha. Clee se metió el caramelo de menta en la boca y dejó el envoltorio sobre la manopla.

—¿En este cuarto no hay tele?

—El televisor está en la zona común. La sala de estar.

Fuimos a la sala de estar y ella se quedó mirando el televisor. No era de pantalla plana pero sí grande, incrustado en la estantería de libros. Estaba cubierto por una pequeña tela tibetana.

—¿Tienes cable?

—No, pero tengo una buena antena. Todos los canales locales se ven muy bien.

No había terminado yo de hablar cuando ella sacó su móvil y se puso a teclear. Me quedé un momento a la expectativa, hasta que ella me miró como diciendo: «¿Todavía estás aquí?».

Me fui a la cocina y puse agua a hervir. Con mi visión periférica podía ver a Clee, y no pude evitar preguntarme si la madre de Carl era muy pechugona. Suzanne, aun siendo alta y atractiva, no es lo que se llama una rubia explosiva, mientras que esta expresión le iba que ni pintada a la persona que estaba recostada en mi sofá. No solo por las dimensiones de su busto, es que era toda ella rubia y bronceadísima. Podía ser que le sobraran unos kilos. O tal vez no; tal vez era la forma de vestir, el ceñido pantalón de chándal color magenta a ras de cadera y varios tops superpuestos, o quizá era un sujetador morado y dos tops, no sé; sus hombros mostraban una acumulación de tirantes. Era guapa de cara, pero la cara no parecía cuadrar con el resto del cuerpo. Había demasiado espacio entre los ojos y la pequeña nariz, así como cierto exceso de carne debajo de la boca. Un mentón enorme. Sin duda sus facciones eran mejores que las mías, pero si mirabas los espacios entre ellas, ganaba yo. Podría haberme dado las gracias; un regalito de bienvenida no habría estado de más. El hervidor pitó. Ella levantó la vista del teléfono y compuso un gesto burlón, queriendo decir que esa era la pinta que yo tenía.

A la hora de cenar le pregunté a Clee si le apetecía comer pan tostado con pollo y col rizada. Si le chocaba la idea de cenar tostadas, yo pensaba explicarle que es mucho más rápido de preparar que arroz o pasta, y no dejan de ser cereales. No iba a exponerle todo mi sistema de una sola vez, simplemente un consejito aquí y un consejito allá. Clee dijo que había traído comida.

—¿Necesitas plato?

—Lo comeré directamente del recipiente.

—¿Tenedor?

—Vale.

Le di el tenedor y subí el sonido de mi teléfono, explicándole que estaba esperando una llamada importante. Ella miró a su espalda, como si buscara a la persona a quien pudiera interesar semejante información.

—Cuando termines, limpia el tenedor y lo dejas aquí junto con tus otras cosas —dije, y señalé el pequeño contenedor donde estaban su taza, su bol, su plato, su cuchillo y su cuchara—. Mis platos van aquí, pero ahora se están usando, claro —añadí, tocando el contenedor vacío contiguo al suyo.

Ella miró los dos contenedores, luego su tenedor, de nuevo los contenedores.

—Ya sé que puede parecer un poquito lioso, porque tu plato y el mío son iguales, pero mientras todo se esté usando, o se esté lavando, o en su respectivo contenedor, no habrá ningún problema.

—¿Y los otros platos dónde están?

—Hace años que vengo haciéndolo así, porque no hay cosa peor que un fregadero lleno de platos sucios.

—Ya, pero ¿dónde están?

—A ver, sí que tengo más. Por ejemplo, si quieres invitar a alguien...

Cuanto más intentaba no mirar hacia la caja que había en el estante de arriba, más lo hacía. Ella siguió la dirección de mi mirada y sonrió.

Unas veinticuatro horas después, el fregadero estaba lleno de platos sucios y Phillip no había llamado aún. Como en el cuarto de planchar no había tele, Clee se instaló en la salita con su ropa y su comida y litros de Diet Pepsi,

todo al alcance de la mano desde el sofá, que ahora contaba como accesorios con un enorme cojín floreado y un saco de dormir violeta. Era su centro de operaciones; desde allí hablaba por el móvil, enviaba mensajes y, sobre todo, miraba la tele. Yo trasladé mi ordenador al cuarto de planchar, plegué la cama y la subí al desván. Mientras yo tenía la cabeza al otro lado del techo, ella me informó de que se había presentado alguien con una oferta gratuita de prueba de televisión por cable.

—Tú estabas en el trabajo. Puedes cancelarla a final de mes, cuando yo me marche. No tienes que pagar nada.

Si no le canté las cuarenta fue porque me pareció una especie de seguro de que se marcharía. La televisión estaba encendida día y noche, tanto si ella estaba despierta o mirándola como si no. Había oído hablar de gente así; mejor dicho, lo había visto en la tele. Al cabo de tres días escribí el nombre de Phillip en un papel y luego lo hice pedazos, pero el truco no funcionó; nunca funciona cuando dependes excesivamente de él. Probé también a marcar su número al revés, que no cuesta nada, y luego sin prefijo, y después los diez números en orden aleatorio.

Un olor como a caldo empezó a cuajar alrededor de Clee, un tufillo íntimo del que ella parecía no ser consciente, o no parecía preocuparle. Yo pensaba que se ducharía todas las mañanas con tóxicos geles limpiadores de color azul y lociones de componentes plásticos. Pues no; Clee no se lavaba. Ni el día después de su llegada ni tampoco el siguiente. El olor corporal venía a sumarse al de los hongos de sus pies, que te alcanzaba dos segundos más tarde de pasar ella, un olor con retardo solapado. El sábado, por fin, se bañó. Olía a mi champú.

—Puedes usar mi champú, si quieres —le dije cuando salió del cuarto de baño.

Llevaba el pelo peinado hacia atrás y una toalla colgada del cuello.

—Es lo que he hecho.

Me reí. Ella rió también, pero con una carcajada impostada, sarcástica, como un rebuzno que se prolongó bastante, cada vez más desagradable hasta que cesó sin más. Pestañeé, agradecida por una vez a no ser capaz de llorar, y ella pasó de largo golpeándome ligeramente con el hombro. Mi cara compuso una expresión como de «¡Eh, mucho ojo! No está bien que me ridiculicen en mi propia casa, y menos cuando yo la ofrezco generosamente. Por esta vez, pase, pero espero que en el futuro, señorita, su comportamiento dé un giro de ciento ochenta grados». Pero ella no se fijó porque estaba tecleando en su teléfono. Saqué el mío e hice otro tanto: los diez números, y en el orden correcto.

—¡Hola! —chillé.

Ella volvió automáticamente la cabeza; seguramente pensaba que yo no conocía a nadie.

—Hola —dijo él—. ¿Eres Cheryl?

—Sí, la Chernobyl —le espeté, mientras iba como si tal cosa hacia mi habitación. Cerré rápidamente la puerta—. No era mi voz de verdad —susurré, agachándome detrás de la cama—, y de hecho no hace falta que hablemos. Simplemente necesitaba fingir que llamo por teléfono y he marcado tu número de casualidad.

La primera parte de la frase sonaba más plausible que la segunda.

—Lo siento —dijo Phillip—. Te dije que llamaría y no lo he hecho.

—Bueno, pues dejémoslo en empate, ya que te he utilizado para mi llamada de mentira.

—Creo que me asusté.

—¿Te asustaste de mí?

—Sí, y de la sociedad. ¿Me oyes bien? Estoy conduciendo.

—¿Adónde vas?

—Al súper. Ralphs. Permite que te haga una pregunta: ¿a ti te importa la diferencia de edad? ¿Te plantearías siquiera tener una relación con alguien mucho mayor o mucho más joven que tú?

Los dientes empezaron a castañetearme, era demasiada energía de una sola vez. Phillip tenía veintidós años más que yo.

—¿La confesión era esto?

—Tiene que ver.

—Bien. Mi respuesta es sí, me lo plantearía. —Me sujeté la mandíbula para que los dientes se estuvieran quietos—. ¿Y tú, Phillip?

—¿De veras quieres saber lo que pienso, Cheryl?

«¡Sí!»

—Sí.

—Pues pienso que todo aquel que coexiste conmigo en este planeta es un posible objetivo. La gran mayoría de los seres humanos será tan joven o tan vieja que sus años de vida no coincidirán apenas con los de uno; esa gente es terreno prohibido.

—En más de un sentido, de hecho.

—Así es. De modo que si resulta que una persona nace en el pequeñísimo lapso de tu paso por la tierra, ¿qué sentido tiene ser quisquilloso por unos años de más o de menos? Es casi una blasfemia.

—Aunque hay ciertas personas que apenas coinciden —sugerí—. Esas personas quizá sí son terreno prohibido.

—¿Hablas de...?

—Los niños pequeños...

—Pues no sé —dijo Phillip, pensativo—. Tiene que ser algo mutuo, y físicamente comfortable para ambas partes. Creo que en el caso de un bebé, suponiendo que pueda determinarse que el bebé siente lo mismo, la relación solo podría ser sensual o tal vez energética, pero en modo alguno romántica y

significativa. —Hizo una pausa—. Es un asunto controvertido, ya sé, pero creo que entiendes lo que quiero decir.

—Desde luego que sí.

Phillip estaba nervioso; los hombres siempre piensan que los van a acusar de un crimen horrendo cuando hablan de sentimientos. Para que se tranquilizara, le conté lo de Kubelko Bondy y nuestros treinta años de desencuentros.

—Ah, entonces ¿no es un solo niño, sino muchos?

Creí detectar un timbre raro en su voz. ¿Celos, tal vez?

—No, es uno solo, pero representado por muchos. O quizá sería mejor decir «presentado».

—Entiendo. Y eso de Kubelko, ¿es checoslovaco, tal vez?

—Es solo el nombre que yo le puse. Puede que me lo inventara.

Me pareció que Phillip había parado el coche y pensé si ahora practicaríamos sexo telefónico. Yo no lo había hecho nunca, pero supuse que se me daría muy bien. Algunas personas opinan que es realmente importante estar ahí, es decir, estar presente con la otra persona; yo considero que lo importante es cerrar el paso a la persona y sustituirla, a ser posible del todo, por mi cosa. Lo cual sería mucho más sencillo por teléfono. «Mi cosa» no es más que una fantasía concreta en la que me gusta pensar. Le pregunté cómo iba vestido.

—Pantalón y camisa. Calcetines. Zapatos.

—Suena bien. ¿Querías decirme algo?

—Me parece que no.

—¿Ni confesiones ni nada?

Rió, nervioso, y dijo:

—Cheryl. He llegado.

Por un momento pensé que se refería a mi casa, que estaba justo en mi

entrada. Pero se refería al súper. ¿Acaso era una invitación sutil?

Suponiendo que estuviera en el lado este, había dos Ralphs a los que podía haber ido. Me puse una camisa de hombre, de rayadillo, que tenía reservada. Al verme así, él, inconscientemente, tendría la sensación de que acabábamos de despertarnos en la misma cama y que yo me había puesto su camisa. Una sensación relajante, me parece a mí. Las bolsas reutilizables del súper estaban en la cocina; intenté entrar y salir sin que me viese Clee.

—¿Vas a la tienda? Necesito un par de cosas.

No había una manera fácil de explicar que no se trataba de una escapada normal al súper. Clee puso los pies encima del salpicadero, sucios deditos morenos en sus chancletas color azul cielo. El olor era indescriptible.

Después de cambiar de idea varias veces, me decidí por el más caro de los Ralphs. Paseamos por los pasillos de alimentos procesados, Clee un poco por delante empujando un carrito, los pechos como dos globos. Las mujeres la miraban de arriba abajo y apartaban la vista. Los hombres no la apartaban; seguían mirándola después, para disfrutar de la vista trasera. Yo me volvía y les ponía mala cara, pero ellos ni caso. Algunos incluso le dijeron hola, como si la conocieran, o como si lo de conocerla hubiera de empezar en ese preciso instante. Varios empleados de Ralphs le preguntaron si necesitaba ayuda para encontrar algo. Yo estaba preparada por si me topaba con Phillip en cualquier momento; él se alegraría mucho y nos pondríamos a hacer la compra juntos como la pareja que habíamos sido durante cien mil vidas anteriores. Pero o acababa de irse o estaba en el otro Ralphs. El hombre que nos precedía en la cola para pagar empezó a decirle a Clee, sin venir a cuento, lo mucho que quería a su hijo, el cual estaba despatarrado en el carrito de la compra. Él, dijo el hombre, ya conocía el amor antes de tener un hijo, pero la verdad era que ningún amor podía compararse al que sentía por aquella criatura. Establecí contacto visual con el pequeño, pero no se produjo vibración alguna

entre los dos. Tenía la boca abierta como un bobo. Un empleado pelirrojo abandonó apresuradamente otra cola para ayudar a meter en bolsas lo que Clee había comprado.

Catorce envases de comida congelada, una caja de fideos chinos, una barra de pan blanco y tres litros de Diet Pepsi. Mi compra, un rollo de papel higiénico, me cabía en la mochila. De regreso a casa dije algunas palabras sobre el barrio de Los Feliz y su diversidad, hasta que me quedé callada. La camisa de hombre me hacía sentir como una estúpida; el ambiente dentro del coche era de decepción. Ella iba mirándose las pantorrillas en busca de pelos enquistados y se los arrancaba con las uñas.

—Bueno, ¿y tú a qué aspiras exactamente, como actriz? —dije.

—¿A qué te refieres?

—Si piensas dedicarte al cine, o más bien al teatro...

—Ah. ¿Eso te ha contado mi madre? —Soltó un bufido—. No me interesa ser actriz.

Mala noticia. Yo ya me había imaginado el gran salto al estrellato, la reunión o el casting que la sacarían de mi casa definitivamente.

Berzas y huevos, directamente de la sartén. No le dije si quería. Me acosté temprano. Pude escuchar todo lo que ella hacía desde mi habitación a oscuras. Tele encendida, excursión al baño, tirar de la cadena —sin lavarse las manos después—, excursión para ir a buscar algo que tenía en el coche, portazo, otro portazo al volver a entrar en casa. Nevera abierta, congelador abierto, y luego un pitido familiar. Salté de la cama.

—No funciona —le dije, frotándome los ojos. Clee estaba maltratando los botones del microondas—. Venía incluido con la casa, pero es más viejo que Matusalén. Aparte de peligroso, no funciona.

—Bueno, probaré igual —dijo ella, y pulsó para ponerlo en marcha. La

máquina ronroneó, el plato empezó a girar lentamente. Clee atisbó por el cristal—. Parece que va.

—Yo de ti me apartaría. Por la radiación. Es mala para los órganos reproductores.

Ella estaba mirando mis piernas desnudas. No suelo enseñarlas, y por eso no las llevo depiladas. Nada que ver con motivos políticos, es por ahorrar tiempo. Volví a la cama. Clog del microondas, puerta al abrirse, portazo para cerrarla.

El jueves me escabullí de casa antes de las siete para eludir a Rick. Justo cuando estaba entrando en la oficina, me llama él.

—Siento mucho molestarla, señorita, pero aquí hay una mujer que me pide que me marche.

La sorpresa fue doble; Rick tenía mi número de teléfono, ¡y además tenía teléfono!

—Disculpe, dice que quiere hablar con usted.

Se oyó un ruido, el teléfono que caía, y se puso Clee.

—Ha entrado como si tal cosa, sin coche ni nada. —Apartó la cabeza del auricular—. ¿Tiene algún documento que le identifique?, ¿una tarjeta de visita?

Su grosería me dio vergüenza ajena; claro que a lo mejor así me libraba de Rick para siempre.

—Hola, Clee. Perdona, se me olvidó hablarte de Rick; arregla el jardín.

Ella quizá le prohibiría volver a casa y yo no podría hacer nada al respecto.

—¿Cuánto le pagas?

—Pues... a veces le doy veinte dólares. —Mentira; nunca le había dado nada. De repente tuve la sensación de estar en el banquillo de los acusados—.

Es casi de la familia —expliqué. No era verdad, se mirara por donde se mirase; ni siquiera sabía su apellido—. ¿Puedes decirle que se ponga otra vez?

Clee hizo algo que sonó como si hubiera arrojado el teléfono al suelo.

Rick volvió a ponerse:

—¿Quizá no es un buen momento?

—Lo siento muchísimo. Esa chica no tiene modales.

—Yo tenía un acuerdo con los Goldfarb... ellos me agradecían que... pero usted quizá...

—Yo lo agradezco todavía más que los Goldfarb. Mi casa es tu casa. —
Dije la última frase en español.

—¿Cómo dice?

Siempre había pensado que Rick era latino, pero veo que no. En cualquier caso, probablemente tampoco era oportuno decirlo.

—Usted siga con lo suyo, por favor. Ha sido un malentendido.

—La tercera semana del mes que viene tendré que venir el martes.

—Ningún problema, Rick.

—Gracias. ¿Y cuánto tiempo va a estar aquí su huésped, señorita? —
preguntó educadamente Rick.

—No mucho. Dentro de unos días se irá y todo volverá a ser como antes.

3

El cuarto de planchar y el dormitorio eran mis dominios, los suyos la sala de estar y la cocina. La puerta principal y el cuarto de baño eran zona neutral. Cuando iba a la cocina a por mi comida, salía a toda prisa, encorvada, como si la hubiera robado. Me ponía a comer mirando por la ventana, demasiado alta, del cuarto de planchar, mientras escuchaba la tele que ella tenía puesta. Los personajes de los programas siempre gritaban, de modo que no era difícil seguir la trama sin las imágenes. Durante nuestra videoconferencia de los viernes, Jim preguntó qué era todo aquel follón.

—Clee —dije—, ¿te acuerdas de que está viviendo en mi casa hasta que encuentre trabajo?

En vez de aprovechar la oportunidad para cubrirme de elogios o mostrar su solidaridad, mis compañeros de trabajo se sumieron en un silencio culpable. Sobre todo, Michelle. Alguien embutido en un jersey color borgoña atravesó la oficina contoneándose, por detrás de la cabeza de Jim. Estiré el cuello.

—¿Es...? ¿Quién era ese?

—Phillip —dijo Michelle—. Acaba de donar una máquina de café al personal de la cocina.

Volvió a pasar de nuevo, con una tacita en la mano.

—¡Phillip! —aullé.

El aludido se detuvo un momento, confuso.

—Es Cheryl —dijo Jim, señalando la pantalla.

Phillip se acercó al ordenador y bajó la cabeza para mirar. Al verme arrimó

a la cámara una yema de dedo gigante. Yo hice rápidamente lo mismo en la mía. Nos «tocamos». Phillip sonrió y se fue alejando del campo visual.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jim.

Después de la llamada me puse la bata y entré en la cocina con aire despreocupado. Estaba harta de esconderme. Si se ponía en plan grosero, le seguiría la corriente y listo. Se había puesto una camiseta enorme con una leyenda alusiva al deporte del voleibol, y lo que llevaba debajo —ya fueran bragas o shorts— quedaba parcialmente a la vista. Parecía estar esperando que hirviera el agua. Eso era esperanzador; podía ser que hubiera renunciado al microondas.

—¿Hay suficiente agua para dos?

Ella se encogió de hombros. Supuse que lo averiguaríamos llegado el momento. Cogí mi tazón; aunque el fregadero estaba lleno de platos, yo había seguido recurriendo a lo mío y nada más. Me recosté en la pared y froté los hombros contra la superficie, sonriendo perezosa a nada en particular. Sigue, sigue, sigue la corriente. El hervidor continuaba a lo suyo. Clee hurgó con un tenedor en los restos de comida calcinada de mi sartén para salado, como si estuvieran vivos.

—Va tomando saborcillo —dije en plan protector, olvidando por un momento seguirle la corriente.

Ella se rió —je, je, je—, y en lugar de ponerme a la defensiva, decidí sumarme a la fiesta; el hecho de reír hizo que la situación fuera francamente graciosa, tanto por la sartén como incluso por mí misma. Me sentí liviana y despejada, me maravillé del universo y sus variadas maneras de embaucarnos.

—¿Por qué te ríes?

De pronto su cara se había vuelto de piedra.

—Pues porque...

Señalé hacia la sartén.

—¿Pensabas que me reía de lo de la sartén? ¿Como diciendo ja, ja, mira que estás majareta, con tu sartén sucia y todas tus manías...?

—No.

—Claro que sí. —Se me acercó un paso, su cara pegada ahora a la mía—. Me reía... —noté cómo sus ojos se paseaban por mi cabello gris, mi cara, los grandes poros— porque eres patética. Pa-té-ti-ca.

Al tiempo que silabeaba, apoyó la palma de su mano en mi esternón, poniéndome plana contra la pared. Sin querer solté una especie de «Uh» y el corazón empezó a latirme con fuerza exagerada, cosa que ella pudo notar en la palma de su mano. Se le puso cara de velocidad y me apretó un poquito más, luego un poquito más todavía, esperando entre ambas veces como dándome ocasión para reaccionar. Yo estaba pensando en decirle «Oye, si sigues así te estarás pasando de la raya», o «Te estás pasando de la raya», o «Bueno, ya está: te has pasado de la raya», pero de repente noté que me estaba haciendo daño, no solo en el tórax sino también en los omóplatos, que tenía incrustados contra la pared, y yo quería vivir y no quedar lisiada.

—Vale —dije—, soy patética.

El hervidor empezó a pitar.

—¿Qué?

—Que soy patética.

—¿Y a mí qué más me da que seas patética?

Asentí rauda con la cabeza para mostrarle hasta qué punto estaba de su lado y contra mí misma. El hervidor chillaba. Clee apartó la mano y vertió el agua en un vaso de porespán con fideos chinos (no apaciguada, ella, sino

simplemente asqueada de nuestra estrecha relación). Yo salí por piernas, dos piernas como de goma.

Me acurruqué en la cama y me toqué el bolo. ¿Qué palabra describía mi situación? ¿En qué categoría entraba? Una vez en Seattle, con veintipocos años, me habían atracado, y la sensación que me quedó después fue muy parecida. Pero en aquel caso acudí a la policía, cosa que ahora no podía hacer.

Telefoneé a Ojai, donde estaban mis jefes. Carl descolgó al momento.

—¿Negocios o placer? —dijo.

—Se trata de Clee —respondí en voz baja—. Ha sido estupendo tenerla aquí, pero creo que...

—Espera. ¡Suz, ponte! ¡Clee la está liando! ¡Ese teléfono no, el del pasillo!

—¿Diga?

La voz de Suzanne apenas si se oía con todas las interferencias.

—¡Estás en el teléfono chungo! —gritó Carl.

—¡No, señor! —chilló Suzanne—. ¡Estoy en el del pasillo! ¿Por qué tenemos que ponernos los dos a la vez? —Colgó el del pasillo pero se la oía aún, débilmente, por el teléfono de Carl—. ¡Si cuelgas, hablaré con Cheryl yo sola!

—Llevas todo el día dándome la bronca, Suz.

Suzanne cogió el teléfono, pero no se lo llevó a la oreja enseguida.

—¿Y si te marcharas? No necesito que controles todos mis movimientos.

—¿Piensas ofrecerle dinero? —dijo Carl.

Su manera de susurrar no sonaba en absoluto más discreta que con la voz normal.

—Claro que no. Te crees que le voy a...

Suzanne tapó el auricular con la mano. Esperé, preguntándome sobre qué

estarían discutiendo si estaban de acuerdo en que no había que ofrecerme dinero.

—¡Cheryl!

Suzanne otra vez.

—Qué tal.

—Perdona. Ahora mismo mi matrimonio no es nada divertido.

—Vaya por Dios —dije, aunque ellos dos siempre estaban o así o intensamente embelesados el uno con el otro.

—Me hace sentir fatal —dijo, y luego, dirigiéndose a Carl—: Bueno, pues vete; esto es una conversación privada y puedo decir lo que me apetezca. — De nuevo a mí—: ¿Cómo estás?

—Bien.

—No te dimos las gracias por alojar a Clee, pero no sabes lo importante que es... —la voz se le puso gruesa, titubeó; me la imaginé con el rímel corrido— saber que ella está conociendo buenos valores. Ten presente que Clee se crió en Ojai, nada menos.

Se puso Carl.

—Disculpa todo este teatro, Cheryl. No tienes por qué seguir escuchando. Cuando quieras, cuelga.

—Que te den, Carl. Estoy intentando explicar algo. Todo el mundo piensa que es una brillante idea mudarse de la ciudad para criar a los hijos. Pues mira, no te extrañe que la criatura te salga antiaborto y anticontrol de armas. Si vieras a sus amigos... ¿Está yendo a pruebas de casting?

—No lo sé con seguridad.

—¿Se puede poner?

Me pregunté si todavía tenía permiso para colgar cuando me apeteciera.

—Quizá sería mejor que te llamara ella después.

—Cheryl, querida, dile que se ponga, anda.

Suzanne adivinó que le tenía miedo a su hija.

Abrí la puerta. Clee estaba comiendo fideos chinos sentada en el sofá.

—Tu madre.

Le tendí el teléfono.

Me lo arrebató de mala manera y salió con él al patio trasero, cerrando de un portazo. La vi pasearse por delante de la ventana, su boca como un nudo escupidor. Los miembros de aquella familia se empleaban a fondo los unos con los otros; estaban constantemente en el ápice de la vehemencia. Crucé los brazos y bajé la vista al suelo. En la alfombra había un cheeto de color naranja chillón, al lado del cheeto una lata vacía de Diet Pepsi, y junto a la lata un tanga verde de encaje con algo blanco en la entrepierna. Y todo esto solo en la zona adyacente a mis pies. Me palpé la garganta: dura como una roca... pero no hasta el punto de tener que expulsar saliva en vez de tragarla.

Clee volvió a entrar, hecha una fiera.

—Un tal... —miró la pantalla del teléfono— Phillip Bettelheim te ha llamado tres veces.

Devolví la llamada desde el coche. Cuando él me preguntó cómo estaba, hice mi equivalente a llorar: la garganta se me atascó, la cara se me pobló de arrugas, y solté un ruido tan sumamente agudo que fue silencioso. Entonces oí como un sollozo. Phillip estaba llorando a moco tendido.

—Oh, no. ¿Qué te pasa?

Me había parecido que se encontraba bien, al tocarnos la punta de los dedos a través del ordenador durante la videoconferencia.

—Nada nuevo, estoy bien, es por eso que te contaba el otro día.

Sorbió ruidosamente por la nariz.

—La confesión.

—Sí. Me va a volver loco.

Se rió, lo cual dio paso a más llanto. Le oí tragar aire.

—¿No pasa nada si...? Quiero decir, ¿puedo llorar y ya está, un ratito?

Respondí que por supuesto. Ya le hablaría de Clee en otro momento.

Al principio me pareció que se quedaba cortado, pero al cabo de un minuto empezó a llorar de una manera diferente, una manera que a todas luces le gustaba; era el llanto de un niño pequeño que se queda sin respiración, que está fuera de control y no se consuela con nada. Pero yo sí consolé a Phillip. Le dije «Vamos, vamos», y también «Eso es, suéltalo todo», y pareció que acertaba en mis intervenciones porque eso le daba pie a llorar con más ahínco. Yo me sentía francamente metida en faena, como si le estuviera ayudando a llegar a algún sitio al que siempre había deseado ir y Phillip estuviera llorando de agradecimiento y de sorpresa. Bueno, pensándolo bien era bastante increíble, y conste que tuve tiempo de sobra para pensarlo según iban pasando los minutos. Miré hacia las ventanas de mi casa y confié en que la huésped no estuviera rompiéndolo todo. Dudo que ningún hombre haya llorado nunca tanto, por no decir ninguna mujer adulta. Probablemente tarde o temprano intercambiaríamos papeles y él me guiaría en mi superllorera. Me lo imaginé animándome a soltar lastre; el alivio sería casi abrumador. «Estás preciosa», diría Phillip, tocándome una mejilla sucia de lágrimas y al mismo tiempo acercando mi mano a la bragueta de sus pantalones. Con un pequeño ajuste el asiento del coche quedaba en posición casi horizontal; mientras él lloraba a moco tendido, yo me desabroché el pantalón y metí la mano. Nos habíamos sonado los dos y quitado la ropa, pero solo la necesaria. Por ejemplo, yo me dejaba la blusa y los calcetines, quizá incluso los zapatos, y Phillip lo mismo. Nos quitábamos del todo el pantalón y la ropa interior, pero no los doblábamos para no tener que desdoblarlos al cabo de un momento. Simplemente los dejábamos extendidos en el suelo del coche de modo que

fuera fácil ponérselos de nuevo más tarde. Tumbados uno junto al otro en la cama, nos abrazábamos y nos besábamos a tope, luego Phillip se ponía encima e introducía su pene entre mis muslos y, con voz grave y autoritaria, me susurraba: «Piensa en tu cosa». Yo sonreía, agradecida a que me diera permiso para ello, y cerraba los ojos, transportándome a una habitación muy parecida donde nuestros pantalones yacían en el suelo y Phillip estaba encima y dentro de mí. Con voz grave y autoritaria, él decía «Piensa en tu cosa», y yo me henchía de gratitud y de alivio, más aún que la última vez. Cerraba los ojos y de nuevo me transportaba a una habitación similar, una fantasía dentro de otra fantasía dentro de otra fantasía, y así continuaba la cosa, cobrando intensidad hasta que me sentía tan sumamente dentro de mí misma que más lejos no podía ir. Ya está. Esa es mi cosa, la cosa en la que me gusta pensar cuando practico el coito o la masturbación. El final es una especie de súbito retortijón en la ingle seguido de una muy relajante fatiga.

Mientras me abrochaba los botones del pantalón, él empezó a calmarse y fue recuperando el resuello. Se sonó varias veces.

—Bueno —dije—, ya está.

Eso le hizo soltar unas cuantas lágrimas extra, tal vez una manera educada de hacerse eco de mis palabras. Al final se impuso el silencio.

—Ha estado bien. Muy bien.

—Sí —concedí—. Increíble.

—Estoy sorprendido. Por regla general no lloro a gusto delante de otros, pero contigo es diferente.

—¿Dirías que es como si nos conociéramos desde hace más tiempo del que nos conocemos en realidad?

—Por ahí va la cosa.

Yo podía decírselo o podía no decírselo. Opté por lo primero.

—Tal vez haya un motivo para eso —le dejé caer.

—Ya.

Se sonó una vez más.

—¿Sabes cuál?

—Dame una pista.

—Una pista. A ver... pues no. Es algo que no tiene partes pequeñas; todo es gordo.

Hice una pausa, inspiré hondo y cerré los ojos antes de continuar.

—Veo una tundra pedregosa y una figura encorvada de rasgos simiescos que se parece a mí. Se ha fabricado un zurrón con tripa de animal y se lo está dando a su compañero, un prehombre robusto y peludo que se parece mucho a ti. Él mete un dedo grueso como salchicha en el zurrón y extrae una piedra de colores. Es el regalo de ella. ¿Ves por dónde voy?

—No estoy seguro. Veo que hablas de hombres de las cavernas que se parecen a nosotros dos.

—Que son nosotros dos.

—Ah, no lo tenía claro. Vale. ¿Reencarnación, quizá?

—Esa palabra no está en mi vocabulario.

—Ya, no, en el mío tampoco.

—Pero sí, desde luego. Nos veo a los dos en época medieval, acurrucados uno junto al otro. Llevamos largas capas. Y corona en la cabeza. Nos veo en los cuarenta.

—¿Quieres decir del siglo veinte?

—Sí.

—Yo nací en el cuarenta y ocho.

—Tiene sentido, porque nos estaba viendo a los dos como una pareja ya mayor en los cuarenta. Seguramente fue la vida anterior a la de ahora.

Me callé. ¿Había hablado más de lo debido? Eso dependía de lo que él

dijera a continuación. Le oí carraspear. Luego se quedó callado. Quizá no diría nada, que es lo peor que hacen los hombres.

—¿Cómo es que volvemos una y otra vez? —preguntó con voz queda.

Sonreí. Qué cosa más increíble de preguntar. Ese momento, instalada como estaba en la calidez de mi coche con una pregunta sin respuesta delante de mí, puede que haya sido mi favorito de todas estas vidas.

—No lo sé —dije en voz baja.

Luego apoyé la frente en el volante y nadamos ambos en el tiempo, callados y juntos.

—¿Qué vas a hacer de cena este viernes, Cheryl? Estoy listo para confesar.

El resto de la semana transcurrió pausadamente. Todo era fantástico y yo perdoné a todo el mundo, incluida Clee, aunque no de palabra. ¡Ella era joven! Almorzando de pie en la cocina del personal, Jim me aseguró que los jóvenes de hoy en día eran mucho más expansivos físicamente de lo que lo habíamos sido nosotros; su sobrina, sin ir más lejos: una chica muy física.

—Son bastos —dije yo.

—No les da miedo mostrar sus sentimientos.

—Lo cual quizá no sea tan buena cosa... —sugerí.

—Lo cual es una cosa muy saludable —dijo él.

—A la larga, sí —dije—. Puede.

—Se abrazan más. Mucho más que nosotros a su edad.

—Se abrazan...

—Los chicos y las chicas se abrazan, sin estar liados.

La conclusión a la que llegué —y era importante llegar a alguna porque no es bueno que esa clase de pensamientos rondan por la cabeza sin atribuirles categoría o sacar una conclusión— fue que las chicas de hoy, cuando no

estaban abrazando chicos sin estar liadas, se pasaban el día siendo agresivas con todo quisque. Mientras que las chicas de mi época se ponían furiosas pero lo interiorizaban y se autolesionaban y se deprimían, las de ahora te soltaban un moco y te empujaban contra la pared. ¿Qué era mejor? Antes, la chica era quien se hacía daño a sí misma; ahora quien recibía era otra persona, inocente y ajena a todo, y la chica parecía estar la mar de feliz. Puestos a ser justos, el pasado quizá era mejor.

El viernes por la noche me puse otra vez la camisa de vestir de hombre y una pequeñísima cantidad de sombra de ojos gris. Mi peinado era total: un poco de Julie Andrews y otro poco de Geraldine Ferraro. Cuando Phillip hizo sonar el claxon, crucé la salita a la carrera para esquivar a Clee.

—Ven p'acá —dijo.

Estaba en el umbral de la cocina, comiéndose una tostada blanca.

Señalé hacia la puerta.

—Que vengas.

Para allá que fui.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Las pulseras? —dije, agitando la muñeca.

Me había puesto dos sonoras pulseras por si la camisa de hombre me daba un aspecto poco femenino. Aquella manaza suya me asió el brazo y empezó a apretar lentamente.

—Te has vestido de gala —dijo—. Querías verte elegante y lo que has conseguido es... esto.

Apretó más.

Phillip hizo sonar el claxon, dos veces seguidas. Ella dio otro mordisco a la tostada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Se llama Phillip.

—¿Un noviete?

—No.

Me concentré en el techo. Podía ser que Clee hiciera aquello muy a menudo y fuera especialista en piel humana; por ejemplo, qué cantidad de presión podía soportar la epidermis antes de abrirse. Con suerte, lo tendría en cuenta y no sobrepasaría ese punto crítico. Phillip llamó a la puerta con los nudillos. Clee se terminó la tostada y con la mano libre me bajó suavemente la barbilla hasta obligarme a mirarla a los ojos.

—Te agradecería que cuando tengas un problema conmigo me lo digas a mí, no a mis padres.

—Si yo no tengo ningún problema contigo —me apresuré a decir.

—Es lo que les he dicho yo.

Y nos quedamos tal cual. Phillip volvió a llamar. Y nos quedamos tal cual. Y Phillip insistió de nuevo. Y nos quedamos tal cual. Y luego ella me soltó.

Abrí la puerta apenas lo justo para salir.

Cuando hubimos dejado atrás el vecindario le pedí que aparcara y miramos mi muñeca; no había nada. Encendió las luces interiores: nada. Le expliqué lo corpulenta que era Clee y de qué manera me había agarrado y él dijo que suponía que ella consideraba ese apretón una cosa normal, pero que a una persona delicada como yo tal vez le hacía daño.

—Tampoco es que sea tan delicada.

—Comparada con ella, sí, ¿no crees?

—¿La has visto recientemente?

—Hará ya unos años.

—Es grandota —dije—. A muchos hombres eso les parece atractivo.

—Claro; una mujer con un cuerpo así tiene una reserva de grasa que le permite fabricar leche para las crías aunque su marido no sea capaz de aportar carne. Yo confío en mi capacidad de aportar carne.

Las palabras «leche», «reserva de grasa» y «carne» habían conseguido empañar las ventanillas antes de lo que habrían podido hacerlo palabras más magras. Estábamos inmersos en una especie de nube cremosa.

—Oye, ¿y si en vez de ir a un restaurante —dijo Phillip— cenáramos en mi casa?

Conducía igual que vivía, por derecho propio, sin utilizar el intermitente, deslizándose sin más con su Land Rover a toda velocidad, de carril a carril. Yo al principio volvía la cabeza para ver si el carril estaba realmente libre o si nos la pegábamos, pero al rato decidí mandar al cuerno toda cautela y me acomodé en el asiento de cuero térmico. El miedo era cosa de pobres. Creo que nunca me había sentido tan feliz en mi vida.

Todo era blanco o gris o negro en el lujoso ático de Phillip. El suelo era una inmensa y pura superficie blanca. No había artículos personales, como libros o un montón de facturas o la estupidez de un juguete a cuerda que le hubiera regalado alguien. El detergente para los platos estaba en un dosificador negro de piedra; alguien lo había pasado de su envase de plástico original al más severo de ahora. Phillip dejó las llaves y me tocó el brazo.

—¿Te cuento una cosa rara?

—Sí.

—Las camisas.

Compuse un gesto de pasmo, pero tan exagerado que hube de rebajarlo rápidamente a perpleja sorpresa.

—Eres yo en hembra —dijo.

Mi corazón empezó a bailar como al extremo de una cuerda larga. Él dijo que esperaba que me gustase el sushi. Yo le pedí si podía indicarme dónde estaba el servicio.

En el cuarto de baño todo era blanco. Me senté en el inodoro y contemplé mis piernas con nostalgia. Muy pronto estarían entrelazadas con sus muslos a

perpetuidad, para no volver a estar nunca solas aunque así lo desearan. Pero era algo inevitable. Habíamos corrido lo nuestro, yo y yo. Me imaginé matando a un perro viejo, un fiel y viejo sabueso, porque eso era lo que yo era para mí misma. ¡Vamos!, ¡busca! Me observé correteando obediente. Entonces bajaba la escopeta y lo que en realidad ocurrió fue que empecé a tener movimiento intestinal. No estaba previsto, pero estas cosas era mejor terminarlas. Tiré de la cadena, me lavé las manos y, de pura casualidad, miré el interior del retrete. Estaba todavía allí. Era como para pensar que se trataba del perro, herido de muerte pero negándose a morir. La cosa se podía descontrolar; si tiraba y tiraba de la cadena Phillip me preguntaría qué pasaba y yo tendría que decir: «El perro, que no quiere morir con dignidad».

«¿El perro eres tú, tal como te has conocido hasta ahora?»

«Sí.»

«No tienes por qué matarlo, mi dulce muchacha —diría él introduciendo en la taza un cucharón perforado—. Necesitamos un perro.»

«Pero es viejo y tiene extraños e inalterables hábitos.»

«Y yo también, mi vida. Quién no los tiene.»

Le di al agua una vez más y la cosa se fue para abajo. Ya se lo contaría en otra ocasión.

Cenamos sin hablar y luego vi que a Phillip le temblaba un poquito la mano y supe que era el momento. Se disponía a confesar. Debo de haber estado sentada delante de él en cientos de reuniones, pero nunca me había permitido el lujo de examinar sus facciones. Era como saber qué aspecto tiene la luna sin detenerse a buscar al hombre que ronda por ella. Tenía unas arrugas que descendían como barrancos desde sus ojos hasta sus mejillas. El cabello era espeso y ondulado en los costados, más fino en la parte de arriba. Barba densa, cejas embarulladas. Nos sonreímos el uno al otro como los

viejos amigos que éramos, a un cierto nivel. Él dejó escapar el aire largamente y ambos reímos un poco.

—Hay algo de lo que quiero hablarte desde hace tiempo —empezó diciendo.

—Sí.

Se rió otra vez.

—Bueno, supongo que a estas alturas eso ya lo has entendido. He hecho una montaña de algo que probablemente no lo es.

—Lo es y no lo es —dije.

—Exacto, lo es y no lo es. Lo es para otras personas, no para mí. Bueno, tampoco digo que no sea importante; lo es, una montaña altísima, solo que...

—Calló y dejó escapar el aire otra vez, con un sonido de fuelle. Luego bajó la cabeza y se quedó muy quieto—. Verás, me... me he enamorado de... de una mujer que es idéntica a mí en todo, que me desafía, que me hace sentir, que me humilla. Tiene dieciséis años. Se llama Kirsten.

Lo primero que pensé fue en Clee, como si estuviera allí presente y observara mi gesto de desolación. La cabeza echada hacia atrás, un ronco «je, je, je». Apreté con la uña de un dedo una rodajita de jengibre fina como el papel.

—¿Y cómo... —intenté tragar saliva, pero tenía la garganta completamente atascada— conociste a Kristen?

—Es «Kir», como Kirkegaard —dijo él, de pronto filosófico—. Kirsten. Nos conocimos en clase de terapia craneosacral.

Je, je, je.

Asentí con la cabeza.

—Sorprendente, ¿verdad? A sus dieciséis añitos, no te imaginas lo adelantada que está. Es una persona de lo más sabia, y encima con esos antecedentes familiares; su madre está todo el día en Babia y metida en

drogas. Pero Kirsten es sencillamente... —boqueó con mirada compungida— el no va más.

Fingí tomar un poco de vino, pero lo que hice fue depositar la saliva que se había acumulado en mi boca.

—¿Ella siente lo mismo por ti?

Phillip asintió.

—De hecho es ella la que insiste en llegar a la consumación.

—Ah, entonces ¿no habéis...?

—No. Hasta hace poco salía con alguien. Nuestro profesor, para ser exactos. Él es joven, se llevan muchos menos años. Un tipo cabal de verdad; en cierto modo creo que Kirsten debería haber seguido con él.

—Puede que tarde o temprano la recupere —aventuré.

—Cheryl. —De pronto puso una mano sobre la mía—. Queremos tu bendición.

Era una mano, la suya, con el calor y el peso que solo tienen las manos de verdad. Ni cien manos imaginarias alcanzarían esa calidez. Me quedé mirando sus gruesas y primitivas uñas.

—No sé qué has querido decir.

—Pues que yo quiero y ella también, pero la atracción es tan fuerte que casi no damos crédito. ¿Se trata de algo real o es solo la fuerza del tabú? Le he hablado mucho de ti y de la relación que tenemos. Le he hablado de lo fuerte que eres, de tu feminismo, de que vives sola, y ella accedió a esperar hasta conocer tu opinión.

Escupí otra vez en el vino.

—Cuando le explicaste la relación que teníamos, ¿qué le dijiste?

—Le dije que eras... —bajó la vista a mis nudillos enrojecidos— una persona de la que yo tenía mucho que aprender. —Introdujo con firmeza sus dedos entre los míos—. Y le hablé de tu perfecto equilibrio en cuanto a

energías masculinas y femeninas. —Empezamos a hacer una pequeña ola con el movimiento de enlazar y desenlazar nuestras manos—. Es decir, que puedes ver las cosas desde un punto de vista masculino, pero sin que lo enturbie el yang.

Lo estábamos haciendo ya con ambas manos y mirándonos de hito en hito. Nuestra historia común nos contemplaba, cien mil vidas anteriores de hacer el amor. Nos pusimos de pie, separados apenas por dos ardorosos centímetros, las palmas de las manos unidas.

—Cheryl —susurró.

—Phillip.

—No puedo dormir, no puedo pensar. Me voy a volver loco.

Los dos centímetros ya eran uno solo. Yo estaba volando.

—No tenemos padres, nadie que nos guíe —se lamentó—. ¿Querrás guiarnos tú, Cheryl?

—Pero si soy más joven que tú.

—Quizá.

—No, seguro. Soy veintidós años más joven que tú, Phillip.

—Y yo cuarenta y nueve mayor que ella —jadeó—. Dime que te parece bien. No quiero que una persona como tú piense que soy un... No me atrevo ni a decirlo. No tiene nada que ver con su edad; eso ya lo entiendes, ¿no?

Cada vez que tomaba aire, la discreta curva de mi abdomen presionaba su ingle, y cada vez que sacaba el aire se apartaba otra vez. Dentro, fuera, dentro, fuera. Mi respiración se volvió más seca y más rápida, como breves estocadas; Phillip me apretaba las manos con fuerza. Un segundo más y utilizaría mi barriga para manosearlo y explorarlo, sin dedos, bailoteando arriba y abajo. Tuve que retroceder.

—Es una decisión difícil —dije. Recogí mi servilleta del suelo y la

deposité con cuidado sobre la hilera de sushi todavía por consumir—. Debo pensarlo bien.

—De acuerdo —dijo Phillip, enderezándose, y parpadeó como si de repente yo hubiera encendido la luz. Me siguió hasta el armario del vestíbulo y yo cogí la chaqueta y el bolso—. ¿Y...?

—Que te avisaré cuando lo tenga claro. Ahora llévame a casa, por favor.

Clee estaba medio dormida viendo la tele. Cuando entré levantó la vista, sorprendida, como si aquella no fuera mi casa. Ver su cara bonita y su tremendo mentón me puso furiosa al instante. Arrojé el bolso sobre la mesita baja, que era donde solía dejarlo antes de que ella se mudara.

—Tienes que poner manos a la obra y buscar un trabajo cuanto antes —le dije, enderezando la butaca—. O quizá mejor que llame a tus padres y les explique lo que pasa aquí.

Ella sonrió despacio al tiempo que entornaba los ojos.

—¿Y qué es lo que pasa aquí? —dijo.

Abrí la boca. Los meros hechos de su violencia se me escapaban. De repente me sentí insegura, como si ella supiera algo de mí, como si, enfrentadas a un tribunal de justicia, la culpable pudiera ser yo.

—Además —dijo, cogiendo el mando a distancia—, ya tengo un trabajo.

Me parecía improbable.

—Estupendo. ¿Dónde?

—En el supermercado. Ese donde estuvimos el otro día.

—¿Fuiste a Ralphs, rellenaste una solicitud y has hecho una entrevista?

—No, me lo ofrecieron ellos, la última vez que fui. Empiezo mañana.

Me imaginé unas temblorosas manos de hombre prendiendo una etiqueta con el nombre en su imponente delantera y recordé lo que había dicho Phillip

sobre su reserva de grasa. Solo un par de horas antes estábamos juntos en su coche y yo pensando: «No perdamos el tiempo hablando de ella cuando tenemos tantas cosas que decirnos el uno al otro». Levanté el extremo del saco de dormir de Clee y rescaté uno de los cojines.

—Este sofá no es para utilizarlo en plan cama. Tienes que dar la vuelta a los cojines, si no se echan a perder para siempre.

Di la vuelta al cojín y empecé a tirar del otro, aquel sobre el que ella estaba instalada. Mis músculos se pusieron tensos; sabía que no era buena idea, pero continué tirando del cojín. A la una... a las dos...

Ni siquiera la vi levantarse. Me agarró del cuello con el pliegue del codo y tiró hacia atrás. Choqué contra el sofá; me había quedado sin respiración. Antes de que yo pudiera recuperar el equilibrio, me clavó una rodilla en la cadera. Manoteé en el aire como una imbécil. Me sujetó por los hombros, contemplando los efectos del pánico en mi rostro. Y, de repente, me soltó y se fue. Yo me quedé allí tirada temblando como un flan. La oír correr el pestillo del cuarto de baño. Clic.

Phillip me llamó a primera hora de la mañana.

—Kirsten y yo nos preguntábamos si habías tenido tiempo de pensarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije, tocándome un cardenal en la parte alta de la pantorrilla.

—Todas las que quieras —dijo Phillip.

—¿Es muy guapa?

—¿Influirá eso en tu decisión?

—No.

—Despampanante.

—¿Color de pelo?

—Rubio.

Escupí en un pañuelo. El bolo se me había hinchado durante la noche; ya no podía tragar saliva.

—No, no he decidido nada —dije.

Estuve tumbada en la cama las tres horas siguientes, la cabeza donde los pies y viceversa. Phillip enamorado de una cría de dieciséis. Yo había invertido años en adiestrarme para ser mi propia criada a fin de que cuando surgiera una situación de desdicha extrema, alguien cuidara de mí. Pero la casa no funcionaba como en otro tiempo, Clee había echado por tierra años de esmerado mantenimiento. Todos los platos estaban a la vista y el desorden general no admitía *carpooling* de ninguna clase; entre yo y el asco de la vida animal no había nada. Empecé a orinar en tazas, y un día volqué una pero no limpié el suelo. Masticaba pan hasta hacerlo puré, humedeciéndolo con sorbitos de agua hasta que podía engullirlo como hacen los caballos. Solo los líquidos podían salvar el obstáculo de mi bolo, y eso en un escenario de mucho tragar. Para agua harinosa me convertía en el Corcel Negro. Para agua normal, en Heidi introduciendo un cazo metálico en un pozo. De la parte final, cuando está viviendo en los Alpes. Para zumo de naranja me convertía en Sarge, de la tira cómica *Beetle Bailey*, cuando Sarge y Beetle van a Florida y se beben litros de zumo de naranja. Glu, glu, glu. La cosa funcionó porque no era yo quien tragaba (con cierta brusquedad), sino el personaje; apenas un apunte en una larga historia. Hay un escenario para cada bebida salvo la cerveza y el vino, porque cuando me inventé este truco era demasiado pequeña para tomar alcohol. Mantuve la boca abierta de modo que la saliva pudiera salir fácilmente. No solo tenía dieciséis años, la niña, sino que encima era una rubia despampanante. Y le estaba volviendo loco. Alguien entró por la puerta de atrás. Rick. La tele a tope. No, Rick no.

Volvía de Ralphs, ella: era más tarde de lo que yo pensaba. Me incorporé y

estuve escuchando su arrítmico cambio de canales. Me dolía la espalda allí donde había chocado con el sofá, pero casi agradecí tener algo en que pensar aparte del bolo. Era como si mi cuello no tuviera conexión conmigo, algo así como el maletín extraviado de un hombre de negocios. Me toqué la garganta y sonó como a hueso, y luego, de repente, el músculo empezó a tensarse y tensarse, como un nudo al tirar de ambos lados; me entró pánico —¡no, no, no!—, agité las manos en el aire...

Y entonces se trabó.

Había leído algo de eso en internet, pero nunca me había pasado. El músculo esternotiroideo se vuelve tan rígido que se agarrota. A veces de forma permanente.

Quise comprobar si era capaz de hablar todavía. Dije: «Probando, probando». Con sumo cuidado, sin mover el cuello, alcancé el frasco que tenía sobre la mesita de noche. Recurriendo a Heidi, me bebí todo el rojo. No pasó nada. Desplacé el cuello con mucha cautela hasta el teléfono y llamé al doctor Broyard, pero estaba en Amsterdam; el mensaje grabado me sugería llamar al 911 o dejar mi nombre y teléfono a la doctora Ruth-Anne Tibbets. Recordé los dos expositores de metacrilato con sendos bloques de tarjetas de visita; el otro médico era ella. Era la encargada de regar el helecho de la sala de espera. Colgué, y un momento después volví a llamar y dejé mi nombre y número. Para una terapeuta me pareció un mensaje demasiado breve, de modo que añadí, siempre en susurros:

—Tengo cuarenta y tres años. Estatura normal. Cabello castaño que ahora es gris. Sin hijos. Gracias. Llámeme cuando pueda, por favor.

La doctora Tibbets pasaba consulta de martes a jueves. Cuando le propuse ese mismo día, que era jueves, ella me propuso el martes siguiente. Seis días

de líquidos; me iba a morir de hambre. Comprendiendo la angustia que sentía, ella me preguntó si corría peligro. Le respondí que, de aquí al martes, probablemente sí. Entonces la doctora dijo que si podía ir enseguida hablaríamos durante el tiempo que ella tenía para almorzar.

Fui en coche hasta el mismo edificio y tomé el mismo ascensor hasta la misma planta de la otra vez. El nombre del doctor Broyard había sido sustituido por DRA. RUTH-ANNE TIBBETS, un letrero de material plástico en una guía de aluminio. Me pregunté cuántas de las oficinas que había en aquel pasillo eran compartidas. Los pacientes seguramente ni se enteraban; no era frecuente que alguien necesitara los servicios de dos especialistas distintos sin relación entre ellos. En la zona de recepción no había nadie. Llevaba quince segundos hojeando una revista de golf cuando la puerta se abrió.

La doctora Tibbets era alta, de cabellos grises y sin volumen y con una andrógina cara caballuna; me recordó a alguien, pero no supe a quién. Supuse que era indicio de buen terapeuta, parecerle familiar a todo el mundo. Me preguntó si la habitación estaba lo bastante caldeada —podía encender un pequeño calefactor—, y yo le dije que estaba bien así.

—¿Cómo es que ha querido venir hoy?

Encima de su agenda había una bandeja de bento. ¿Había comido a toda prisa después de la visita anterior, o quizá estaba esperando, medio mareada de hambre?

—Coma, si quiere. A mí no me molesta —dije.

Ella sonrió, paciente.

—Empiece cuando lo crea oportuno.

Giré hacia un costado en el diván de piel, pero enseguida descubrí que no era lo bastante largo para mis piernas; tuve que sentarme derecha otra vez; ella no era esa clase de terapeuta.

Le expliqué lo del globus hystericus y que el esternotiroideo se me había

agarrotado. Ella me preguntó si recordaba algún incidente que hubiera podido provocar esa situación. No me sentía preparada para hablarle de Phillip, así que le describí a mi okupa y cómo se paseaba por la sala de estar balanceando su gigantesca cabezota de ojos caídos, una cabeza de vaca, de macizo y pestilente toro.

—Los toros son machos —dijo la doctora Tibbets.

Esa era la cuestión. Una mujer habla, demasiado —y se preocupa, demasiado—, y da y cede. Una mujer se baña.

—¿Ella no se baña?

—Casi nunca.

Le expliqué la nula consideración de Clee con respecto a mi casa e hice una demostración de las diferentes vejaciones a las que me había sometido, como apretarme el pecho y estrujarme la muñeca. Tirar de mi propia cabeza hacia atrás me costó un poco.

—Quizá parece que no es nada porque me lo estoy haciendo a mí misma.

—No dudo de que fuera doloroso —dijo la doctora—. ¿De qué manera se ha resistido usted?

Aflojé el brazo y volví a sentarme.

—¿A qué se refiere?

—¿No se defendió?

—¿Está hablando de autodefensa?

—Sí, claro.

—Bueno, es que no va por ahí la cosa. Digamos que es más bien un caso de muy mala educación. —Sonreí para mis adentros porque sonó como si estuviera negando la evidencia—. ¿Conoce Open Palm? ¿Ejercicios de autodefensa que te ayudan a quemar grasas y fortalecer la musculatura? Se puede decir que eso me lo inventé yo.

—¿Ha gritado?

—No.

¿Le ha dicho que parara?

—No.

La doctora Tibbets se quedó callada como un abogado sin más preguntas que hacer. Yo tenía la cara toda arrugada y el bolo me dolía, de la hinchazón; ella me tendió una caja de kleenex.

De repente comprendí por qué me resultaba tan familiar.

Era la recepcionista del doctor Broyard. ¡Increíble! Ya puestos, ¿era realmente Ruth-Anne Tibbets, o acaso la recepcionista de Ruth-Anne Tibbets? ¿Qué le había hecho a la doctora Tibbets? Esto tenía que denunciarlo. ¿A quién llamar? Ni al doctor Broyard ni a la doctora Tibbets, puesto que sería la usurpadora e impostora que tenía delante quien contestara al teléfono. Con lentos movimientos cogí el bolso y el jersey. Era mejor no ponerla nerviosa, no levantar la liebre.

—Me ha sido de gran ayuda, gracias.

—Le queda media hora más.

—Creo que no la necesito. Era un problema de veintiún minutos y ya lo hemos abordado.

Me miró desde su mesa. No lo veía claro.

—Tendré que cobrarle la sesión entera.

Yo ya traía un cheque firmado; lo saqué del bolso.

—Si fuera posible, regale usted la media hora a alguien que no pueda pagar una terapia.

—Eso no puedo hacerlo.

—Gracias.

Como Clee estaba en Ralphs, me quedé en casa y me apliqué compresas

calientes para ir relajando poco a poco mi garganta. A ratos me la presionaba con una cuchara metálica tibia; dicen que ayuda. Y cuando ya pensaba que la cosa estaba mejorando, llamó Phillip.

—Esta noche veré a Kirsten. He quedado en recogerla a las ocho.

No dije nada.

—Bueno, ¿crees que podrás decirme algo antes de las ocho, o...?

—No.

—¿Esta noche nada, o quieres decir antes de las ocho?

Le colgué. Un temblor de furia empezó a subirme desde el pecho, y el bulto de la garganta se fue hinchando otra vez, tensándose como el puño de un hombre enojado. O el mío propio. Miré mis manos venosas mientras las iba cerrando. ¿A eso se había referido ella con defenderme? Pensar en la presumida cara caballuna de la recepcionista endureció mi bolo todavía más. Me levanté de un salto y escudriñé los lomos de mi colección de DVD. Quizá no tenía ninguno. Pero sí: *La supervivencia de los más en forma*. No era el más reciente de la serie, Carl y Suzanne me lo habían regalado por Navidad hacía cuatro años. Yo, por supuesto, había tenido muchas oportunidades de aprender autodefensa en el viejo estudio, pero nunca el deseo de hacer el ridículo delante de mis compañeros de trabajo. Lo bueno de nuestros DVD (y *streaming video*), aparte de lo de quemar grasas y fortalecer la musculatura, es que puedes practicar a solas sin que nadie te mire. Pulsé «play».

«¡Hola! ¡Vamos a empezar!» Era Shamira Tye, la culturista. Ya no participa en competiciones, pero seguía siendo muy cara y difícil de conseguir. «Os recomiendo practicar delante de un espejo para que podáis ver cómo se os encoge el panderero.» Yo estaba en pijama en medio de la sala de estar. Las patadas se llamaban patadas, pero a los puñetazos los llamaban «pops». «¡Pop, pop, pop, pop! —dijo Shamira—. Yo lo hago hasta dormida, ¡y vosotras lo haréis también!» El movimiento del rodillazo a la ingle se

explicaba aquí como el «cancán». «¡Todas a bailar el cancán!» Si alguien te estaba estrangulando, con «la mariposa» te librabas de él y además tonificabas los antebrazos. «Es un círculo vicioso —reflexionaba Shamira al final—. Con vuestro nuevo cuerpazo, ¿es probable que os agredan más a menudo!» Me dejé caer de rodillas. El sudor me bajaba a chorro por los costados y se me colaba en la pretina elástica.

Clee apareció a las nueve con una caja de bolsas grandes de basura. Confié en que fuese una ramita de olivo, puesto que nos habíamos quedado sin bolsas y yo no tenía la menor intención de pelearme con ella. Pero Clee utilizó todas las bolsas para meter ropa y mohosas toallas de playa y comida y aparatos electrónicos que, aparentemente, habían estado en su coche todos estos días. Vi cómo aparcaba las cuatro bolsas junto a la pared en un rincón de la sala de estar. Para tragar necesitaba concentrarme cada vez, pero seguí intentándolo. Hay gente con bolo que escupe y nada más; adondequiera que van tienen que llevar consigo una escupidera.

Eran las once y cuarto cuando me llegó un sms de Phillip. «QUIERE QUE TE DIGA QUE LA HE TOCADO CON LOS TEJANOS PUESTOS. NOS PARECE QUE ESO NO CUENTA. SIN ORGASMO.» Así, en mayúsculas, como si me lo estuviera gritando desde la ventana de su apartamento. Una vez leído el mensaje, no pude quitarme la imagen de la cabeza: los tejanos ceñidos en la entrepierna, las robustas y peludas manos de él frotando a tope. Oí a Clee masticando hielo en la cocina cual vaca rumiando. El ruido era tan fuerte que empecé a pensar si no lo estaría haciendo aposta, para exasperarme. Pegué la oreja a la puerta. Ahora estaba haciendo una imitación de la imitación; era un sonido de molienda atrincherado entre comillas. Comprendí, demasiado tarde, que aquello no iba a tener fin; su autoimitación se cuadruplicó, luego se decimosextuplicó, los ojos fuera de sus cuencas, tejanos salvajemente frotados, dientes como colmillos de ofidio, la lengua soltando zurriagazos por

la habitación, una lluvia de fragmentos de hielo. Me escupí en la manga, abrí bruscamente la puerta y fui con paso decidido hacia el sofá. Ella me miró desde su saco de dormir y regurgitó silenciosamente un cubito de hielo.

—¿Me harías el favor de no seguir haciendo ese ruido, por favor?

Repetir «favor» estaba de más, pero mi voz sonó grave y la estaba mirando a los ojos. Adelanté las manos poniéndome en posición. El corazón me latía con tal fuerza en el tórax que sonaba como si alguien estuviera llamando a la puerta. ¿Y si Clee hacía algún movimiento que no salía en el DVD? Bajé la vista para asegurarme de que mi postura era la correcta.

Me miró, fijándose en mis manos a punto de atacar, mis pies bien anclados en el suelo, y luego echó la cabeza hacia atrás y se llenó la boca de hielo. Yo le arrebaté el vaso de la mano; ella parpadeó al ver la palma vacía, masticó lentamente el hielo, tragó y dirigió la vista hacia el televisor, que quedaba a mi espalda. No iba a pasar; no íbamos a pelearnos. Pero ella se daba cuenta de que yo lo quería, se daba cuenta de que estaba dispuesta a todo, una mujer de cuarenta y tres años con blusa y lista para la pelea. Y ella se estaba riendo de eso, por dentro. Je, je, je.

Tardé un día en serenarme y recuperar mi orgullo. «Delicada», había dicho Phillip de mí. Pero una mujer delicada no se liaría a puñetazos en su propia casa. ¡Qué mentalidad tan bárbara! Como si no hubiera cien mil otras maneras de abordar el conflicto. Redacté una carta para Clee. Iba al grano y no dejaba lugar a dudas. La verdad es que leerla en voz alta fue bastante emotivo; invitándola a comportarse de manera civilizada, supongo que le estaba mostrando un respeto que poca gente le había mostrado antes. La dignidad ante todo. Escupí dentro de un tarro vacío de manteca de avellana; las escupideras tienen un no sé qué de pintoresco. No era necesario que Clee me diera las gracias por mi franqueza, pero si insistía yo me vería obligada a aceptarlas. Acepté varias veces, a modo de ensayo. Metí la carta en un sobre donde había escrito «CLEE», la pegué con cinta adhesiva al espejo del baño y salí para no estar en casa cuando ella la leyera.

En el restaurante etíope pedí un tenedor. Ellos me explicaron que tenía que comer con los dedos, así que encargué comida para llevar, conseguí un tenedor en Starbucks y me senté en el coche. Pero mi garganta ni siquiera aceptaba comida blanda. La dejé en el bordillo para el primer sintecho que pasara. Lo contento que se pondría, caso de ser etíope. Qué idea tan desgarradora, encontrar comida de tu país en la vía pública.

Cuando volví a casa ella estaba tomando cena de Acción de Gracias, su favorita de entre el surtido de preparados para microondas. Yo me sentía un poco nerviosa por lo de la carta, pero me pareció que estaba de buen humor, escribiendo mensajes en el móvil y leyendo una revista con la tele puesta. Se

lo estaba tomando bien. Fui a ponerme la camisa de dormir y me dirigí al baño con mi neceser. El sobre seguía pegado al espejo. O lo había visto y no había leído la carta, o aún no había ido al baño. Antes de acostarme miré el teléfono, por si había llamadas de él. Nada. Phillip se había pasado todo ese rato frotando a Kirsten a través de los tejanos, sin llegar al clímax. Pobres tejanos, estarían ya hechos una pena, él con los dedos llenos de ampollas a la espera de que yo tomara una decisión. Oí tirar de la cadena en el cuarto de baño.

Un minuto después la puerta de mi cuarto se abrió bruscamente.

—¿Quién es el invitado? —dijo.

La habitación estaba a oscuras, pero pude ver que llevaba el sobre en la mano.

—¿Cómo?

—El que vendrá el viernes y por eso he de largarme.

—Ah, un viejo amigo mío.

—¿Un viejo amigo tuyo?

—Sí.

—¿Tiene nombre?

—Se llama Kubelko Bondy.

—Suena a nombre inventado.

Se estaba acercando a la cama.

—Bueno, le diré que te lo parece.

Me levanté de la cama y retrocedí poco a poco. Si echaba a correr ella me perseguiría y eso sería aterrador, de modo que hice lo posible por caminar despreocupadamente hacia la puerta, pero ella la cerró antes de que yo pudiera llegar. Corazón desbocado y microtemblores. Shamira Tye lo llama «el momento adrenalínico»; en cuanto empieza, tiene que seguir adelante, no hay forma de pararlo o de rebobinar. La oscuridad del cuarto me confundía,

no pude determinar dónde estaba ella hasta que me empujó la cabeza hacia abajo, como si estuviéramos en una piscina.

—¿Tratando de librarte de mí? —dijo jadeando—. ¿Eh?

—¡No!

La palabra adecuada pero en el mal momento. Intenté incorporarme y ella me hundió de nuevo. Me oí boquear, ahogarme. ¿En qué fase estábamos? Necesitaba el DVD. Tenía la nariz demasiado cerca de aquellos pies que olían a levadura. Estaba mareada, verde. Me salió un grito al tiempo que unos pelos rasposos atoraban mi garganta. Estaba cerca del punto álgido; si no te defiendes en el momento en que alcanzas el punto álgido del miedo, no lo harás nunca. Te mueres; puede que no físicamente, pero te mueres.

Surgió de mis entrañas, el ruido más fuerte que jamás había hecho. No un «no», sino el viejo grito de batalla de Open Palm: «¡Eieieieiei!». Noté cómo mis mulos me catapultaban hacia arriba; casi di un salto en el aire. Clee se quedó un momento inmóvil y luego se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo, intentando inmovilizarme. Era demasiado peso para mí. Hice cancan con todas mis fuerzas, pateé todo lo que tenía a la vista, y cuando me fue posible añadí unos cuantos pops. Ella persistía en empujarme contra el suelo... hasta que probé la mariposa. Funcionó; conseguí liberarme. Ella se levantó y salió de la habitación. Oí cerrarse la puerta del baño, clic, y luego los grifos del lavabo a pleno caudal.

Yaciendo junto a la cama, tragué grandes bocanadas de aire. Sentía vibrar ligeramente las extremidades; eran como largos y lánguidos rasgueos de dolor. Había desaparecido; el bolo, pero también toda la estructura que lo rodeaba, la tirantez en el pecho, la mandíbula rígida. Giré la cabeza de lado a lado. Exquisito. Un millón de minúsculas y delicadas sensaciones. Me ardía la piel debido a algo que ella me había hecho, pero por lo demás estaba la mar de relajada. Reí, y una ola me subió brazo arriba, recorrió el trecho entre

hombro y hombro y bajó por el otro brazo. ¿Cómo era que llamaban a este baile?, ¿el tobogán eléctrico? Vamos a ver, ¿quién era esa pánfila? La señorita Calzaschungas. Me imaginé bailando flamenco, algo con castañuelas. En el cuarto de baño el agua seguía corriendo, un intento patético de agresión pasiva. ¡Gasta toda el agua que te dé la gana! Si se mudaba al día siguiente, el fin de semana ya tendría la casa en orden otra vez. Mis nuevos músculos brincaron cuando estiré el brazo para coger el teléfono. Después de dejar nombre y número, pedí la misma hora para el martes siguiente. La recepcionista de la doctora Tibbets era un fraude y una ladrona, sí, pero bastante buena terapeuta.

Clee no se marchó al día siguiente. Ni al otro tampoco. El martes todavía estaba en casa, pero decidí ir igualmente a terapia. La recepcionista me sonrió muy amable cuando me aposenté en el diván de Ruth-Anne Tibbets.

—¿Cómo est...?

La interrumpí de inmediato.

—Antes de responder a eso, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Desde luego.

—¿Tiene usted título?

—Sí, soy licenciada en psicología clínica y en trabajo social por la Universidad de California en Davis. —Señaló un diploma enmarcado que había en la pared, el de Ruth-Anne Tibbets. Iba ya a pedirle que me enseñara su carnet de conducir, pero ella continuó—: No quisiera violar su confidencialidad como paciente del doctor Broyard, pero recuerdo que le tomé nota para que se visitara con él. Soy su recepcionista tres veces al año, que es cuando utiliza esta consulta. Puede que eso haya dado pie a cierta confusión.

Y tan cierta. ¿Cómo no se me había ocurrido esa explicación, siendo tan evidente y tan sencilla? Le pedí disculpas, ella dijo que no era necesario y yo insistí. Sus zapatos. Eran muy elegantes, europeos. ¿En serio necesitaba ingresos extra?

—¿Cuánto le paga por hacer de recepcionista?

—Unos cien dólares diarios.

—Es menos de lo que me cobra usted a mí por una hora.

—Sí, pero no lo hago por dinero. Me gusta. Atender el teléfono y concertar citas para mi colega el doctor Broyard es un estupendo respiro, se agradece mucho cuando se tiene un trabajo de tanta responsabilidad como este.

Todo lo que dijo me pareció perfectamente razonable, pero la lógica no aguantó más que unos segundos. ¿«Un estupendo respiro»? No parecía tan estupendo, la verdad. Se reclinó en su butaca, esperando a que yo decidiera zambullirme en mi vida privada. También yo esperé: a sentir que podía fiarme de ella. En la habitación se había hecho el silencio.

—Tengo que ir al servicio —dije, solo por llenar ese vacío.

—Vaya por Dios. ¿Es muy necesario?

Asentí.

—Está bien. Tiene dos opciones. En la sala de espera hay una llave con un patito de plástico. Puede coger esa llave e ir al baño de la novena planta, para lo cual, por desgracia, tendrá que bajar en ascensor hasta el vestíbulo y pedir al portero que le abra el ascensor de servicio; en total vienen a ser unos quince minutos. Por otro lado, si mira detrás del biombo verá usted unos envases de comida china para llevar. Puede hacerlo en uno de esos, detrás del biombo, y cuando se marche se lo lleva. Le quedan treinta minutos de sesión.

El chorro produjo un ruido vergonzosamente fuerte al contacto con el envase, pero me recordé a mí misma que ella había estudiado en UC Davis y tal. Temí que fuera a desbordarse, pero la cosa no llegó a tanto. Con el envase

caliente en mis manos espí a la doctora Tibbets por un pequeño rasgón en el biombo. Estaba mirando al techo.

—¿El doctor Broyard está casado?

Vi que se quedaba inmóvil.

—Sí. Tiene mujer y familia en Amsterdam.

—Pero su relación con él es...

—Tres días al año adopto el rol sumiso. Es un juego que nos gusta practicar, un juego de adultos inmensamente satisfactorio.

Continuó mirando al techo, a la espera de una nueva pregunta.

—¿Cómo se conocieron?

—Fue paciente mío. Y luego, muchos años después de que acabara de analizarse conmigo, coincidimos en un seminario de *rebirthing* y me dijo que estaba buscando sitio donde pasar consulta. Yo le propuse este arreglo. De eso hará ocho años, más o menos.

—¿Le propuso compartir despacho, o el resto también?

—Soy una mujer madura. Lo que quiero lo pido, y si el deseo no es mutuo... bueno, al menos no he perdido el tiempo pensando en ello.

Salí de detrás del biombo y fui a sentarme otra vez, dejando el envase con cuidado al lado de mi bolso.

—¿Es algo sexual?

—Para hacer el amor, él ya tiene a su mujer. Nuestra relación es mucho más potente y emocionante para mí si no comprimimos toda la energía en nuestros genitales.

Los de ella, comprimidos. Solo de imaginármelo sentí náuseas. Me apreté los labios con las yemas de los dedos al tiempo que me inclinaba ligeramente al frente.

—¿Se encuentra bien? Si necesita vomitar, ahí tiene una papelera metálica
—dijo como si tal cosa.

—Ah, no es por eso por lo que... —Me toqué los labios varias veces para dar a entender que era una manía mía—. ¿Está enamorada del doctor?

—¿Enamorada? No. No conecto con él ni intelectualmente ni emocionalmente. Acordamos que nada de enamorarse; es una cláusula de nuestro contrato.

Sonreí. Dejé de sonreír; ella hablaba en serio.

—Estoy segura de que la creencia general considera más romántico no conocer las intenciones de la otra parte.

Agitó sus grandes manos y vi gallinas de erizadas plumas, estúpidas gallinas cloqueantes.

—El contrato, ¿es por escrito o verbal?

Yo tenía las piernas enredadas y me agarraba un brazo con el otro.

—¿Cómo la hace sentir, toda esta nueva información? —preguntó ella sin alterarse.

—¿Lo redactó un abogado?

—Descargué un formulario por internet; es una simple lista de lo que está permitido y no en la relación. Ahora no lo tengo aquí.

—No pasa nada —dije en un susurro—. Bueno, hablemos de otra cosa.

—¿De qué le gustaría hablar?

Le conté lo de mi pelea. Sonó menos triunfal de lo que yo había pensado, sobre todo teniendo en cuenta que Clee no se había marchado de casa.

—¿Cómo se sintió después de que ella saliera de la habitación?

—Bien, creo.

—¿Y ahora mismo? ¿Qué tal el bolo?

Mi fantasía flamenca había durado poco. A la mañana siguiente Clee no parecía acobardada ante mí; incluso diría que se la veía más relajada, más a gusto.

—No muy bien —admití, apretándome un poco la garganta.

Ruth-Anne preguntó si podía tocarlo; me incliné hacia delante y ella aplicó las yemas de cuatro dedos a mi nuez de Adán. La mano le olía a limpio, menos mal.

—Sí, está un poco duro. Qué incomodidad.

Su compasión provocó en mí una reacción lacrimosa. La pelota subió y se puso más dura; solté un gemido y me llevé la mano a la garganta. Costaba de creer que hacía apenas un rato lo tuviera tan flojo.

—Quizá esta noche notará más alivio.

—¿Esta noche?

—Si usted y Clee celebran otro... combate —dijo, cerrando las manos en forma de puños de boxeador.

—No, no, de eso nada. Ella tiene que marcharse. Ya he aguantado esto más tiempo del que debería.

Me vino a la cabeza Michelle, lo rápido que se la había quitado de encima. Ahora le tocaba a Jim aguantarla; o a Nakako.

—Pero si el bolo...

Negué con la cabeza.

—Hay otros sistemas; cirugía (bueno, no, paso de operarme), pero también terapia.

—Esto es una terapia.

Reparé en las uñas malva de Ruth-Anne. Pintadas, pero en mal estado. Esas uñas eran propias de una recepcionista, no de una terapeuta. Dentro de tres meses le harían otra manicura.

Cogí el coche y me fui a Open Palm: era el día que me tocaba estar allí. Todos los empleados me parecieron raros y sospechosos, como si debajo de sus mesas respectivas no llevaran ropa interior, los genitales comprimidos.

¿Iba sin bragas Ruth-Anne cuando la conocí en su versión recepcionista? Era una imagen asquerosa y antihigiénica, de modo que la deseché y me puse a trabajar. Jim y yo teníamos una sesión de *brainstorming* con el diseñador de la página web KickIt.com, nuestra iniciativa para jóvenes. Avisamos a Michelle para que coordinara los medios. Antes de sentarse carraspeó y dijo:

—Jim y Cheryl pueden tomar notas solos; son los mejores tomando notas...

Jim la cortó.

—Siéntate, Michelle. Eso es solo para trabajo de grupo.

Se puso colorada de golpe. Las costumbres pseudojaponesas resultaban complicadas para todo empleado nuevo. En 1998 Carl estuvo en Japón para una conferencia sobre artes marciales y se quedó patidifuso con la cultura nipona. «Dan regalos cada vez que conocen a alguien, y todos ellos perfectamente envueltos.»

Carl me había dado a mí un paquetito envuelto en una servilleta de tela. Yo entonces todavía estaba en prácticas.

—¿Es una servilleta?

—Allí utilizan tela como papel de envolver. Pero no he encontrada nada parecido.

Desplugué la servilleta y lo que cayó fue mi cartera.

—Es mi cartera.

—Bueno, en realidad no te estaba haciendo un regalo; era por enseñarte la cultura de allí. El regalo sería un juego de tacitas para sake o algo por el estilo. Es lo que me dieron a mí en la conferencia.

—¿Has metido la mano en mi bolso para coger la cartera? ¿Cuándo?

—Cuando estabas en el servicio, hace un rato.

Para dar a la reunión un ambiente más japonés, Carl redactó una lista de pautas que debían seguirse en la oficina. Determinar la autenticidad de la lista

no era cosa fácil, pues nadie más de los presentes había estado en Japón. Han pasado casi dos décadas y yo soy la única que conoce el origen de esas normas, pero nunca digo nada porque ahora hay japoamericanos en la plantilla (Nakako, y Aya en educación y divulgación) y no quisiera ofenderlos.

Si una tarea requiere que colaboremos todos —por ejemplo, mover una mesa muy pesada—, primero debe empezar una persona sola y luego, tras una pausa de respeto, puede sumarse una segunda persona, que, haciendo una pequeña reverencia, dirá: «Jim puede mover la mesa solo, es el mejor moviendo mesas; le echo una mano, aunque sé que no apporto gran cosa porque no se me da bien mover mesas». Pasado otro momento, una tercera persona podrá sumarse al esfuerzo, no sin antes hacer una venia y afirmar: «Jim y Cheryl pueden mover la mesa solos», etcétera. Y así sucesivamente hasta reunir a toda la gente necesaria para la tarea. Es de esas cosas que al principio parecen una lata pero que luego se convierten en lo más natural del mundo; al final no hacerlo parece una grosería, casi una agresión a los compañeros.

Al término de la reunión le pedí a Michelle que se quedara un momento.

—Quiero que hablemos de un asunto.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No sé.

—Quería preguntarte por Clee.

La cara se le puso gris.

—¿Es que Carl y Suzanne están enfadados?

—¿Se portó mal contigo?

Michelle se miró las manos.

—Ya veo que sí —dije—. ¿Fue violenta? ¿Te hizo daño?

Puso cara de asombro, casi de pasmo.

—No, no, qué va. Pero... —estaba claro que intentaba medir muy bien sus palabras— sus modales eran bastante diferentes a lo que estoy acostumbrada.

—¿Eso es todo? ¿Por eso la echaste?

—Si yo no la eché —dijo—. Se fue ella sin más. Me dijo que quería vivir contigo.

Entré en casa con sigilo pese a que ella estaba en Ralphs. Nunca había metido la nariz en sus cosas, ni ganas, pero no era ningún crimen sentarme en mi propio sofá. Cuando lo hice noté la vaharada de olor corporal que despedía su saco de dormir. Tuve cuidado de no mover los envoltorios de comida ni el cepillo repleto de pelos rubios ni la bolsita de vinilo rosa de la que sobresalían tangas de vistosos colores. Bajé la cabeza hasta su almohada. El olor a cuero cabelludo fue tan intenso que tuve que contener la respiración un momento, no muy segura de poder aguantarlo. Tomé aire, lo expulsé. Tenía el cuerpo rígido, casi flotando, a fin de que el saco color violeta no me rozara la piel. Conté hasta tres, encogí las piernas y me deslicé hacia el cavernoso interior del saco. De tan sucio, estaba casi húmedo. ¿Había oído la puerta? Me levanté de un salto, atrapada, sin habla; no, era solo la lluvia que martilleaba el techo. Me subí las fauces de nailon hasta la barbilla. El nido de Clee, sin ella, era completamente vulnerable, todos sus trastos expuestos a la insulsa luz de la tarde. Tragué saliva de la emoción y sonreí ligeramente al notar que el bolo se endurecía. Estábamos juntas en esto. Ahora tenía una socia, una compañera de equipo.

Dentro de unas horas: pop, mariposa, mordisco, patada.

Ella me había elegido.

La única manera que tenía de llegar rápido a Ralphs era corriendo. La urgencia era anterior a los coches; tenía que ser yo sola abriéndome paso a la carrera, sacando pecho, cabellos peinados al viento. Los conductores al verme pensaban «Le va la vida en esa carrera; si no llega a su destino, morirá», y estaban en lo cierto. Lástima que a pie era un trecho más largo de lo que yo imaginaba, y encima llovía a cántaros. Cada vez sentía la ropa más pesada, y el agua me lavaba la cara una y otra vez. Los conductores al adelantarme pensaban: «Será una rata gigante o algún otro animal chorreante al que el hambre ha privado de toda dignidad». Y estaban en lo cierto.

Una vez en la tienda, la gente se asustó al ver a un monstruo que era grotesco por lo empapado que estaba. Las cajas se quedaban boquiabiertas; al hombre que atendía la charcutería se le cayó lo que tenía en la mano. Recorrí, monstruo chapoteante, todos los pasillos, buscando y buscando. El flacucho pelirrojo que se encargaba de llenar bolsas me sonrió con complicidad y señaló hacia el pasillo 15.

Estaba de espaldas a mí.

Pasando condimentos de un palé a la estantería. Mostaza amarilla en envases terminados en punta, de cuatro en cuatro. Se volvió cansinamente, en plan: «¿Y ahora qué tío me está mirando?». Pero no era un tío.

La cabeza se le fue hacia atrás: un respingo automático, como cuando estás en el cole y aparece tu madre.

—¿Qué haces aquí?

Me pasé los dedos por la chorreante cabeza y traté de calmarme. No tenía ningún plan; suponía que ella vería que yo ahora lo sabía, que estaba en el ajo. Todo era un juego, un juego de adultos. Sonreí, levanté las cejas un par de veces. Ella torció el gesto; no se enteraba.

—Lo sé —dije—; sé lo que pasa.

Y para que no cupiera lugar a dudas, señalé hacia ella y hacia mí varias veces seguidas.

Se ruborizó de furia, miró rápidamente a su espalda y a los costados y luego siguió colocando envases de mostaza en los estantes, ahora con violencia. Lo había captado.

Ya no llovía. Me sequé y me fui haciendo más grande de camino a casa. Los conductores que me adelantaban debían de pensar: «Ahí va alguien que acaba de diplomarse o que ha conseguido un ascenso o ganado algún premio». Y estaban en lo cierto.

Yo estaba fregando los platos cuando llegó. Cerré un poco el grifo del agua para poder oírla. Tele encendida. El proceso normal. Luego entró en la cocina, sacó su comida, se quedó detrás de mí viéndola girar en el microondas y fue a comérsela al sofá. De repente se me ocurrió que tal vez no pasaba nada. No era la primera vez que me sucedía. En muchas ocasiones había añadido capas y capas de significado a cosas que carecían de él. Era una estupidez pensar que Phillip seguía frotándole los tejanos a Kirsten. A estas alturas se los habría bajado y tan contentos sin mi visto bueno. Dejé que el agua corriera entre mis manos. Clee tenía veinte años; nada de lo que ella pudiera hacer significaba nada.

Me puse el camisón y fui a acostarme temprano. Estaba tumbada con las manos cruzadas sobre el pecho cuando oí que el grifo de la cocina goteaba. Aparté la manta y me levanté.

Al abrir la puerta me la encontré allí mismo, a punto de entrar.

Me sobresalté de tal manera que por un momento olvidé que era un juego. La dejé allí de pie y fui a la cocina; había que cerrar el grifo que goteaba. Ella me siguió. En cuanto crucé la puerta, me empujó contra la pared de la cocina,

igual que la primera vez. Ante la presión, mis huesos entraron en pánico, y empecé a notar una especie de rítmica vibración en las venas, una especie de vals, así que me puse a bailar. Le hice la mariposa y sus codos se doblaron como acto reflejo. Procurando mantener el equilibrio con la espalda pegada a la pared, intenté golpearle la cabeza contra la misma. Cuando me puse a hacer cancan ella me tiró al suelo de bruces y me inmovilizó con una rodilla hincada en mi espalda. La vez anterior se había reprimido, eso lo entendía ahora. Una cosa enorme me estaba aplastando la columna y yo no podía dejar de gritar, un ruidito desagradable que quedó flotando en el aire. Traté de meter los brazos debajo para levantarme del suelo, pero ella presionó con el torso, y noté su duro cráneo pegado al mío.

—Prohibido ir a la tienda —dijo entre dientes, sus labios rozando mi oreja—. Si estoy allí es para no tener que mirarte.

Hice acopio de toda mi energía y traté de hacerla caer soltando un aullido gutural. Ella me observó sin alterarse. Me rendí. Y justo cuando de mi espalda empezaban a brotar llamas, aparecieron las endorfinas como la vez anterior, solo que con más fuerza. Mi garganta era un charco calentito; la cara pegada al suelo producía una sensación fresca y maravillosa. Tal como Ruth-Anne había dicho, era un juego adulto inmensamente satisfactorio. Mirando de lado podía ver las puntas de sus pestañas a media asta y la zona entre la nariz y el labio superior, que le vibraba, con gotitas de sudor. Ella debía de pensar que no la veía. Para mí, ese momento fue casi emotivo pese a que había en él algo atroz, o quizá lo atroz era el dolor que irradiaba de mi espalda, o puede que fuera eso lo que quería decir con «atroz»: doloroso. Ella se apartó lentamente y yo gemí de alivio, pero flojito. En vez de marcharse corriendo al baño se quedó allí tumbada, recuperando el resuello; nuestros hombros se rozaban. Noté como si el suelo se bamboleara un poco; brazos y piernas me vibraban sin parar. ¿Le pasaba a ella también? Transcurrieron

caleidoscópicamente los minutos y, muy poco a poco, la cocina empezó a cobrar forma, las encimeras, el fregadero, allá arriba. Clee se movió por fin, comenzó a levantarse del suelo, y yo experimenté una absurda oleada de abandono. Su inexpresiva cara de mema fue hacia la puerta. Y entonces, en el último momento posible, volvió los ojos hacia mí y vio que la miraba. Rápidamente me incorporé sobre los codos, lista para cualquier pregunta, pero se había marchado ya.

Estaba tan impaciente por ver a Ruth-Anne que llegué al edificio quince minutos antes de la hora. Hice limpieza del coche y luego curioseé en la tienda de regalos de la planta baja. Olía como a vitaminas y el ambiente estaba demasiado caldeado. Una mujer india muy embarazada estaba mirando unas figuritas de elfos. Hice girar un expositor de gafas de lectura hasta que estuve segura del todo, y luego me situé discretamente a su lado al tiempo que cogía un elfo provisto de esquíes. La barriga de la embarazada sobresalía tanto que su ombligo estaba más cerca de mí que de ella.

«¿Kubelko?»

«Sí. ¿Estoy dentro de ti?»

«No. De otra.»

Siguió un silencio incómodo y triste. Busqué una manera de expresar la congoja que sentía cada vez que Kubelko y yo nos topábamos. Entonces mi móvil pitó: un mensaje.

«Disculpa.»

«ME HA HECHO UN STRIPTEASE: LE HE VISTO EL COÑO Y LAS TETAS. UAAAU. PERO YO NI TOCARLA.» Seguía esperando mi bendición. Por supuesto que sí. Tenía que tener fe en él. Juntos habíamos sido cavernícolas, medievales, rey y reina; ahora éramos esto. Un apartado más en la respuesta a su pregunta

«¿Por qué volvemos?». Phillip no había terminado conmigo y yo con él tampoco. Y los detalles —esos mensajes de texto— no eran sino enigmas del universo. Pistas. Cuando me volví hacia Kubelko, la embarazada se había marchado ya.

El diván de Ruth-Anne aún estaba tibio del paciente anterior, y ella radiante y con las mejillas coloradas.

—¿Buena sesión? —le pregunté.

—¿Cómo?

—La veo contenta.

—Ah —dijo, apagándose un poco—. Acababa de almorzar y he... he echado un sueñecito. ¿Cómo se encuentra?

O sea que el calorcillo era de ella. Presioné el cuero con los dedos e intenté buscar la manera de empezar.

—Eso que hace con el doctor Broyard, lo de... ¿cómo fue que lo llamó el otro día?

—¿Roles? ¿Un juego de adultos?

—Ah, sí. ¿Diría que es algo inusual?

—¿Qué entiende por «inusual»?

—Bueno, ¿hasta qué punto es normal?

—Más normal de lo que se imagina, diría yo.

Le expliqué lo ocurrido, empezando por lo que Michelle había dicho y terminando en el suelo de la cocina.

—¡Y el bolo se fue y no ha vuelto! No sé si me lo nota —me incliné hacia delante y tragué saliva—, pero ahora me cuesta mucho menos. Y todo se lo debo a usted.

Metí la mano en el bolso y saqué una caja.

A veces la gente dice gracias antes de abrir siquiera el regalo: gracias por pensar en mí. Ruth-Anne, no; se miró el reloj al tiempo que arrancaba sin miramientos el papel de envolver. Era una vela de soja; no de las pequeñas, sino un verdadero pilar dentro de su tarro de cristal con tapa de madera.

—Aroma de granada y grosella —dije.

Me devolvió la vela sin olerla.

—No creo que esto sea para mí.

—¡Cómo que no! Acabo de comprarlo.

Señalé hacia el suelo, a la tienda de la planta baja.

Ella asintió, a la espera.

—¿Para quién cree que es? —dije tras esa pausa.

—¿Para quién cree usted que es?

—¿Quiere decir aparte de para usted?

Ruth-Anne asintió con un lento cerrar y abrir de ojos. Yo estaba nerviosa, la vela en la mano cual patata caliente.

—¿Para mis padres?

—¿Sus padres?

—No sé. He pensado que como esto es una terapia quizá era la respuesta acertada.

—¿A quién podría querer darle una vela? Vela, llama, luz... iluminación...

—... pábilo... cera... soja...

—¿A quién? Piense.

—¿A Clee?

—Mmm... interesante. ¿Por qué a Clee?

—¿He acertado? ¿Es Clee?

El papel de envolver estaba todavía en condiciones, así que lo reutilicé.

Mientras ella estaba en el baño dejé el paquete encima de su almohada, pero resbaló e hizo ruido al caer al suelo; entró justo cuando yo estaba agachada. Mi idea era no dárselo en mano.

—Toma.

Le entregué el pesado cilindro. Aunque la fragancia era intensa, nada tenía que ver con granadas ni con grosellas, ninguna de las cuales es famosa por su olor. Estaba clarísimo que era una vela, el regalo más tonto que pueda hacerle uno a nadie. Clee deshizo el envoltorio y olfateó el objeto. Leyó la etiqueta y luego dijo:

—Gracias.

—De nada —dije yo.

Era horroroso, y no había más que hablar.

Me encerré en el cuarto de la plancha y redacté un e-mail que tenía pendiente desde hacía tiempo; era para todo el personal y versaba sobre reciclaje, superpoblación y petróleo; luego lo retoqué un poco y al final lo borré. Oí la ducha. Clee iba a ducharse. Llamé a Jim y hablamos del personal de almacén.

—Kristof está presionando para tener un aro de baloncesto —me dijo.

—Eso lo probamos una vez y luego nadie daba un palo al agua.

Confié en que siguiera insistiendo en lo del aro para así poder ponerme muy enfática, pero lo dejó estar. Su mujer le estaba esperando y tenía que irse.

—Por cierto, ¿y cómo está Gina?

Pero tenía que colgar de verdad.

Anocheceía cuando salí del cuarto de la plancha. Ella estaba sentada en el borde del sofá con las rodillas muy separadas. Se había peinado el pelo hacia atrás y tenía una toalla alrededor del cuello; parecía un boxeador, ni más ni

menos. Miraba con el ceño fruncido por encima de sus manos, unidas al frente. La tele estaba apagada. Me estaba esperando.

Yo nunca me había sentado en el sillón. Era bastante incómodo.

Clee hizo un gesto de cabeza dando a entender que se había percatado de mi presencia, y su garganta emitió un ruido como si quisiera sacar una flema.

—Es posible que me hayas... —buscó la palabra adecuada— interpretado mal. —Levantó la vista hacia mí, como para asegurarse de que la entendía—. Te agradezco el regalo, pero yo no soy... en fin, que me van las pollas.

Tosió bruscamente y escupió en una de las botellas de Pepsi vacías que había sobre la mesita baja.

—En ese sentido, estamos en el mismo barco —dije yo.

Me imaginé a ambas en una pequeña embarcación, lamiendo pollas en la oscuridad mar adentro.

—En mi caso va un poco más allá. —Sin darse cuenta estaba haciendo botar las rodillas—. Supongo que soy una «misógina» o qué sé yo.

Nunca había oído dar a esa palabra el sentido de una orientación sexual.

—Si quieres, paro —dijo, la mirada perdida en la distancia.

Primero pensé que se refería a hablar, a parar de hablar. Pero no.

—¿Tú quieres?

—¿El qué?

—Parar.

Se encogió de hombros, indiferencia absoluta. Probablemente era la cosa más mala que había hecho nunca. Se encogió de hombros otra vez, igual que antes, pero añadió «No», como si fuera lo que había estado diciendo desde un principio. No, ella no quería parar de agredirme.

Me sentí como sin aire, un poco mareada. Estábamos haciendo un pacto; esto iba en serio. La miré con precaución y advertí que ella tenía la vista fija en la repulsiva telaraña de venas violáceas que afeaba una de mis piernas. Me

recorrió un escalofrío; Clee estaba enganchada a aquella sensación de ira superespecial que yo parecía provocarle.

—¿Quieres que firmemos un contrato? —murmuré, apenas sin voz.

—Firmar ¿qué?

—Un contrato donde diga lo que queremos hacer y lo que no. Por internet se puede descargar un modelo.

Esto lo dije en voz demasiado alta, como si ella fuera sorda.

Vi que parpadeaba tres o cuatro veces.

—No sé de qué estás hablando, la verdad, pero paso de rollos raros. —Se presionó la frente con los nudillos y, de pronto, dejó caer la mano, sorprendentemente exasperada—. ¿Tú has hecho eso otras veces?, ¿lo del contrato y demás?

—No, no —dije—. Una amiga me lo comentó el otro día.

—¿Es que hablas de esto con gente?

Ahora sus rodillas botaban con frenesí.

—Bueno, no es una amiga. Una terapeuta. Todo absolutamente confidencial.

Su angustia pareció estabilizarse. Estaba mirando el mando a distancia desde lejos. Yo se lo alcancé y ella paseó las yemas de los dedos una o dos veces por los botones de goma.

—¿Hay algo más que tengamos que...?

—No, creo que eso es todo —dije, tratando de recordar qué era lo que habíamos acordado.

Ella asintió con aspereza y encendió el televisor.

Ahora que habíamos acordado hacerlo, no estaba tan claro cómo ni por qué pelear. Un par de veces pareció que ella iba a empezar algo, pero luego cambió de opinión. Y, naturalmente, no podía ser yo quien empezara; habría sido perverso. Todo el asunto, si de asunto se trataba, fue perdiendo sentido a medida que pasaban los días para convertirse en algo cada vez más engorroso. Me dio por ir a la oficina con frecuencia; «¡Visita informal!», gritaba al entrar, a fin de no quebrantar mi estatus de trabajadora en casa. Carl me entregó un frasco de salsa picante tailandesa para que se la diera a Clee. «¿Ya has comido algo picante con ella? ¿Sí? ¿A que es una chica increíble?» Asentí sin más y dejé la salsa abandonada en el maletero del coche.

A la mañana siguiente Clee estaba en la cocina justo cuando yo necesitaba estar en la cocina, o sea que estábamos las dos en la cocina al mismo tiempo. La tensión era palpable. A ella se le cayó una tapa y se agachó muy rígida para recogerla. Yo tosí y dije: «Disculpa». Era ridículo; teníamos que anular el pacto y cambiar la situación.

—Oye —dije—, ni tú ni yo...

—Haz esto —me interrumpió ella, cubriéndose el lado derecho de la cara con una mano.

La imité, achicando los ojos por si me caía un bofetón o un puñetazo.

—Es lo que pensaba —dijo—. Tienes media cara más vieja y más fea que la otra. Los poros enormes, y parece que el párpado se te vaya a meter dentro del ojo. No estoy diciendo que la otra mitad esté mejor, pero si las dos partes fueran como la izquierda mucha gente pensaría que tienes más de setenta.

Bajé la mano. Jamás en la vida me habían hablado así, con tanta crueldad. Y tanto cariño a la vez. Sí, el párpado se me estaba metiendo en el ojo. Mi lado izquierdo siempre había sido más feo. Este pequeño discurso obedecía a una seria reflexión, no era simple y despreocupada hostilidad. Le miré las superdepiladas cejas y me pregunté si sería capaz de reunir las palabras para ilustrarla sobre su aplastante ignorancia respecto a su propia jeta, y entonces le vi las manos; frotaban con gran ahínco las velludas perneras de su pantalón. Tenía la boca abierta. Esta pequeña oda humillante la había puesto como una moto, se moría de ganas de pegar, y cuando se percató de mi expresión de temor pareció que cargaba las pilas, que le estuvieran dando cuerda. Cuando desvié su mano con el antebrazo sonó un golpe seco y fuerte.

Entré en Open Palm brincando a cámara lenta como si estuviera en la luna y diciendo: «¡Hola hola hola hola!». Nuestra primera lucha bajo el nuevo pacto había sido larga y sucia y nos había llevado por todos los cuartos de la casa. Hice cancán y lancé pops, no solo para defenderme sino de pura rabia, contra ella en primer lugar y en segundo contra la gente imbécil como ella. Le aticé por ser joven pero no humilde, cuando yo a su edad era una persona mucho más humilde, demasiado. Le pegué un mordisco en el antebrazo y casi le arranco la piel. Cuando me empujó contra mi mesa le di un cabezazo, a ella y a todos cuantos eran incapaces de comprender las sutilezas de mi persona. Ella me agredió como solo puede hacerlo alguien que lleva las artes marciales en los genes: de manera sucinta. Ni un solo segundo llegué a tener la sensación de que yo iba ganando. Después de hora y media larga, nos tomamos un momento de respiro. Yo bebí un vaso de agua. Cuando reanudamos la pelea noté que tenía la piel tierna, asomaban ya unos moretones, todos mis músculos temblaban. Fue bonito, más intenso, y mayor

la concentración. Sentí que la cara se me contorsionaba de una ira que no acerté a identificar; parecía desproporcionada e impropia de mi especie. Era lo opuesto a que te atracaran. A mí me habían atracado a diario toda la vida, y esta era la primera vez que no me atracaban. Al final ella me apretó dos veces la mano, un gesto rápido: buena pelea.

Asistí a reuniones con una íntima sensación salvaje, dolorida, que me hacía sentir de buen humor y superanimada; eso pensaron todos. Normalmente, organizar la recaudación anual de fondos para Kick It era tan estresante que yo me abría paso a dentelladas, hiriendo sentimientos ajenos a diestro y siniestro, pero ahora era muy distinto. Cuando Jim propuso la estupidez de una actuación musical en directo en lugar de un DJ, yo dije «¡Qué interesante!», sin más. Más tarde volví sobre el asunto y planteé varias preguntas inofensivas que le empujaron a cambiar de opinión. Entonces dije «¿Estás seguro, Jim? A mí me parecía una idea divertida», e hice ademán de tocar unas maracas invisibles, lo cual fue llevar mi nuevo método un pelín demasiado lejos. Pero así, o más o menos «así», era como yo era en realidad. Cuando me reía lo hacía con la carcajada somera de una persona inteligente, sin histeria, sin pánico.

Pero ¿cuánto iba a durar eso? A la hora de comer mis extremidades habían dejado de vibrar; ella sabía demasiado como para hacerme verdadero daño físico. Intenté tragar saliva ya de noche, sentada en el váter, y comprobé que el bolo no había vuelto a formarse. Pero la levedad, ¿todavía estaba allí? Tensé los hombros y agaché la cabeza para sacar toda la ansiedad. El caos que reinaba en la casa... ¡tampoco había para tanto! ¿Phillip? Pedía mi beneplácito, ¡el mío! ¿Kubelko Bondy? Me fijé en el suelo de linóleo gris y me pregunté cuántas mujeres se habrían sentado en aquel mismo inodoro y contemplado el suelo; cada una el centro de su propio mundo, todas ellas anhelando que alguien les metiera dentro su amor a fin de poder ver ese

amor, tenerlo a la vista. ¡Oh, Kubelko, mi pequeño, cuánto hace que no te tengo en mis brazos! Me acodé en las rodillas y dejé caer mi pesada cabeza en las palmas de las manos.

Así pues, estuvo bien mientras duró, y el tembleque al terminar, pero después había que volver a la lucha. Ahora que el bolo se había ablandado, tenía una nueva conciencia de todo mi cuerpo. Era un cuerpo rígido y nervioso, nada divertido; no había reparado nunca en ello porque no había tenido con qué compararlo. Aquella semana lo hicimos cada mañana antes de marcharse ella al trabajo. El sábado lo hicimos y luego me largué enseguida; tan pronto me sentí desbolada y con aquel hormigueo, su cercanía resultó un engorro; no teníamos nada que decirnos la una a la otra. Me compré una blusa color palosanto que imaginé que a Phillip le encantaría y salí de la tienda con ella puesta. Fui a cortarme el pelo. Paseé por la ciudad haciendo volver cabezas o pasando al lado de cabezas en el momento en que se volvían. Me comí un pastelito hecho de harina blanca y azúcar refinado y vi cómo la pareja que estaba junto a mí metía trocitos de tortilla francesa en la boca del otro. Era difícil pensar que jugaran a juegos de adultos pero casi seguro que lo hacían, probablemente con los compañeros de trabajo o con parientes. ¿Cómo eran los de las otras personas? Tal vez algunos padres fingían ser los hijos de sus hijos y armaban barullo. O quizá una viuda se convertía en su propio difunto marido y exigía a todo el mundo una retribución. En fin, era todo muy personal; los juegos de uno no tenían sentido para nadie más. Vi pasar en sus coches a hombres y mujeres aparentemente aburridos. Dudé de que tuvieran contratos por escrito como Ruth-Anne, pero algunos quizá sí. Algunos seguramente tenían contratos múltiples. Algunos contratos habrían sido invalidados o transferidos. La gente se lo estaba pasando bien, yo incluida. Hice señas al camarero y pedí un zumo natural caro pese a que había agua gratis, toda la que quisieras. ¿Me

sentía desbolada todavía? ¿Se desvanecía la cosa? Un poquito nada más. Me quedaban horas por delante.

Era ya de noche cuando llegué al camino de entrada. Ella estaba en el porche; ni siquiera pude dejar el bolso. Cerró de un portazo nada más entrar yo en la casa y apoyó sus manos en mis hombros con fuerza descomunal. Me fallaron las piernas, caí de cuatro patas, las llaves tintineando contra el suelo.

Pero la mayoría de las noches no hacíamos nada. Yo cocinaba, me daba un baño, leía en la cama; ella se ponía a hablar por teléfono, veía la tele, metía cosas congeladas en el microondas. Nos hacíamos mutuo caso omiso con un sentimiento de plenitud y agitación. Phillip me mandó un sms («KIRSTEN PIDE TU PERMISO PARA SEXO ORAL. ¿?! SIN COACCIÓN. AQUÍ ESPERANDO HASTA QUE NOS DES LUZ VERDE») y no sentí la menor animosidad. Ah, bueno, Kirsten. Quizá fue nuestra gata durante las últimas cien mil vidas juntos, siempre encima de la cama, paseándose por la colcha, observándonos. Enhorabuena, minina, esta vez eres tú la amiga... pero yo sigo cortando el bacalao. Me sentía flexible y generosa. Phillip se estaba trabajando algo; así es como se lo habría dicho a un amigo íntimo, hablando en confianza. Yo le había permitido tener un lío con una mujer más joven.

«Qué valiente eres, cuánta fe la tuya.»

«Esto no es nada. Hemos visto fuego y hemos visto lluvia», respondería yo, citando la canción.

Era más bien un prelío, por supuesto, ya que él y yo aún no estábamos juntos, al menos en esta vida y en el sentido tradicional de la expresión. Y en cuanto al fuego y la lluvia... estaban por llegar. Además, tampoco tenía amigos íntimos con quienes hablar en confianza. Pero erguía la cabeza al ver al cartero y saludaba al vecino de al lado; era yo quien iniciaba el gesto de saludar. Un día hasta entablé conversación con Rick, que aquella mañana daba vueltas con su calzado especial agujereando la tierra para airearla.

—Quisiera pagarle por todo el trabajo que hace —le dije.

Era un despilfarro, pero bueno.

—No, no. Yo ya me considero pagado con el jardín. Necesito un espacio para mi pulgar verde. —Levantó el dedo gordo y se lo miró con afecto, pero luego su semblante se ensombreció como si acabara de recordar alguna cosa horrible. Inspiró hondo antes de añadir—: La semana pasada le saqué los contenedores de basura.

—Gracias. —Me reí—. Eso fue un gran favor. —Y lo era, no estaba mintiendo—. Si no le importa, podría hacerlo cada semana.

—No es que me importe. Lo haría, pero los martes no suelo trabajar. —Me miró nervioso—. El día de basura es los miércoles. Yo normalmente vengo los jueves. Si corre algún peligro, dígamelo, por favor. Yo la protegeré.

Algo malo pasaba allí o había pasado ya. Arranqué una brizna de hierba.

—¿Cómo es que vino el martes?

—Le pregunté a usted si le parecía bien, que en vez del tercer jueves del mes viniera el martes. ¿Se acuerda?

Ahora estaba mirando al suelo y tenía la cara colorada.

—Sí.

—Tuve que ir al baño. Llamé a la puerta de atrás antes de entrar, pero no me oyó nadie. Yo no me meto, son cosas suyas.

El martes. ¿Qué hicimos el martes?, pensé. Quizá nada. Puede que Rick no viera nada.

—Caracoles —dijo.

¿Martes? El día que ella me tuvo inmovilizada contra el suelo y yo me resistí en postura defensiva levantando mi gran trasero en pompa.

—Necesito caracoles —insistió. Trataba de cambiar de tema—. Para el jardín. De los africanos; sirven para remover la tierra.

Si no le habíamos oído, solo podía ser porque Clee me estaba hostigando

verbalmente a grito pelado.

—No corro peligro ni nada, Rick. Es lo contrario de lo que usted piensa —le dije.

—Sí, ya lo entiendo. Ella es su... En fin, yo no me meto, son cosas tuyas privadas.

—No, si no se trata de nada íntimo, no vaya usted a pensar...

Rick empezó a alejarse, acuchillando la hierba con su calzado especial.

—¡Es solo un juego! —insistí, siguiéndole los pasos—. ¡Lo hago por mi salud! Voy a una terapeuta.

Rick estaba escudriñando el terreno y fingió no oírme.

—Cuatro o cinco serán suficientes —dijo.

—Le conseguiré siete, o una docena. ¡Una docena larga! ¿Qué le parece?

—Él iba caminando en dirección a la acera, siguiendo el costado de la casa —. ¡Un centenar de caracoles! —le grité.

Pero ya se había ido.

De repente estaba torpe. Cuando Clee me tapó la boca y me agarró del cuello en el vestíbulo, no pude reaccionar porque no quería tocarla. Antes de cada impulso instintivo se producía una pausa: me imaginaba a las dos vistas con los ojos del jardinero sintecho y me sentía obscena. Él no sabía de juegos adultos porque estaba al margen de la sociedad; era como yo antes de conocer a Ruth-Anne, cuando pensaba que todo cuanto sucedía en la vida era verdad. Al día siguiente salí de casa temprano, pero evitar a Clee comportó otros problemas. Me entró una jaqueca de nivel migrañoso, empezó a latirme la garganta de manera alarmante. Hacia el mediodía ya estaba desesperada por improvisar una modalidad más clínica de combate, algo más respetable y

organizado, menos febril. ¿Guantes de boxeo, quizá? No, eso me dio otra idea.

Recorrí tambaleante un trecho de manzana hasta el almacén. Kristof me echó una mano con el material antiguo.

—¿Lo quieres en VHS?

—¿Cuándo fue que dejamos de hacer tramas? ¿En el 2000?

—¿Tramas?

—Sí, hombre. Una mujer sentada en un banco del parque, cosas así. Antes de vender autodefensa como fitness.

—Esos son todos anteriores al 2002. ¿Vais a montar algo para el vigésimo aniversario?

—Quizá.

—Aquí hay varios del 96, el 97... ¿Te sirve?

Combate sin bate (1996) empezaba con un ataque simulado bajo el título de «Un día en el parque». Una mujer en alpargatas se sienta en un banco del parque, se aplica bronceador en los brazos, saca del bolso unas gafas de sol y se pone a leer un periódico.

Aparté el saco de dormir de Clee y me aposenté en el sofá con mi bolso al lado. Saqué el bronceador. Clee me miraba desde la cocina.

—¿Qué haces?

Terminé de aplicarme lentamente el bronceador y saqué mis gafas de sol.

—Tú me atacas después de que yo saque el periódico —susurré.

Abrí el periódico y bostecé como hacía la mujer en la cinta, con gesto un poco teatral. Se llamaba Dana no sé qué más y daba clases los fines de semana. No tenía ni los abdominales ni el carisma de su sucesora, Shamira Tye; creo que ni siquiera le pagamos. Clee estaba indecisa, pero vino a

sentarse a mi lado. Me pasó el brazo por los hombros antes de cuando lo hacía el agresor en el vídeo, pero al igual que él me agarró los pechos, así que yo hice como Dana, darle un codazo y gritar: «¡No!».

Intentó tirarme al suelo, cosa que no entraba en esta simulación sino en la que venía después, así que pasé al siguiente movimiento.

—¡No! ¡No! ¡No! —grité, fingiendo atizarle un rodillazo en la entrepierna.

Me puse en pie de un salto y eché a correr. Como no había mucho espacio, corrí en el sitio durante unos segundos, mirando hacia la pared. Luego correteé un poco más para no tener que dar media vuelta. Una actuación bastante risible, francamente. Luego me quité las gafas y la miré. Ella me pasó el periódico.

—Repite.

Lo hicimos dos veces más y luego intenté seguir los pasos de la lección 2, «Trampas domésticas», que tiene lugar en una cocina. Me sentí como una idiota lanzando puñetazos de mentirijillas, pero a Clee no pareció importarle que la pelea no fuera en serio; con gesto burlón, me acosó pavoneándose como un matón cualquiera. En la cinta el agresor llevaba una gorra de béisbol puesta del revés y decía cosas como «Eh, muñeca» y «Ven p'acá, encanto». En la lección 3, «Lo que ocurrió camino de la puerta principal», el agresor hacía ruiditos seductores desde las sombras. Naturalmente, ella no decía ninguna de estas cosas, pero conseguí guiarla más o menos hacia el bloqueo que el hombre le hacía a Dana mientras esta se estremecía con cara de pánico, y a un nivel puramente celular Clee supo exactamente lo que tenía que hacer: antes de cumplir cinco años ya había visto centenares de demostraciones por el estilo.

Al cabo de una hora estábamos muertas de cansancio pero ilesas. Clee me apretó con fuerza la mano y me miró de manera extraña antes de que cada cual siguiera su camino. Yo cerré la puerta del dormitorio y moví la cabeza a

un lado y a otro. La migraña había desaparecido y mi garganta estaba blanda. No me sentía eufórica, pero vi que esto podía funcionar. Ojalá Rick hubiera visto «Trampas domésticas» y no lo que habíamos hecho antes, fuera lo que fuese. Esto no era más que una simple recreación de una simulación de las cosas que podían ocurrirle a una mujer si no se andaba con ojo.

Mientras Clee estaba en el trabajo yo me aprendí el resto de *Combate sin bate*. En la lección 4, «Pelea dentro de un coche», salía un sofá y un juego de llaves de automóvil. «Defensa contra bandas» era demasiado complicado y me lo salté. «Mujer preguntando una dirección» fue un visto y no visto; yo solo tenía que decir «¿Sabe dónde queda la farmacia más cercana?». Como resumen, Dana pedía que llamaras a tu contestador automático, soltaras diez noes a pleno pulmón y luego escucharas lo grabado: «NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO».

«¡Caramba! —decía Dana—. ¿Quién es esa peligrosa mujer que grita en tu contestador? ¡Pues no es otra que tú!» Ensayé no solo las patadas y los agarrones, sino también todo el diálogo y la puesta en escena. Reconozco que Dana se empleaba a fondo en la parodia: susto, miedo, ira. Era una demostración sobre cómo actuar, pero también sobre cómo sentir. Lo que más me gustó fueron los momentos previos a la agresión; arrellanada en el banco del parque, caminando despreocupadamente hacia la puerta principal. Noté el cabello largo y pesado en mi espalda; meneé un poco las caderas, sabiéndome observada, por no decir acechada. Fue interesante representar a esa clase de persona, tan vulnerable y ajena a sí misma, tan femenina. Dana podría haber ganado dinero haciendo vídeos para todas las ocasiones; paseando, contestando al teléfono, saliendo de casa; una mujer podría seguir las clases y aprender cómo conducirse cuando no está siendo agredida, cómo sentirse durante el resto del tiempo.

Las tres últimas lecciones eran un poco inquietantes; de ahí, naturalmente,

que Open Palm no hubiera sacado ni un centavo con aquella serie. Dana pide al espectador que reúna algunos artículos domésticos —un balón de fútbol, una funda de almohada, un cordón elástico— e improvise con ellos una cabeza. «Cuando patees una cabeza de verdad, no botará tanto pero verás que tiene cierta elasticidad, y eso es lo que debes tener en cuenta. Un cráneo es más blando de lo que piensas.» Llegada a la lección 10, «Compasión y compasión avanzada», me pregunté si alguno de nosotros había llegado a visionar la cinta hasta el final. Dana parecía estar yendo a su bola. Con el tacón de su zapato apoyado en la pelota de fútbol dictó una lista de motivos por los que había que dejar vivir a una persona. «Tienen niños pequeños. Tienen mascotas que difícilmente serán adoptadas; por ejemplo, un perro viejo, apestoso y sin dientes. ¿Matas al perro cuando matas al dueño? Podrías preguntar si tienen mascotas y luego pide ver una foto o bien una descripción del estado de salud de la misma. Por último: motivos religiosos. Se trata de algo personal y escapa al ámbito de este vídeo, pero la religión de ciertos pueblos no permite matar, ni siquiera en defensa propia. Si no lo tienes claro, tal vez debas preguntar en la parroquia, sinagoga o mezquita local.»

A la mañana siguiente inspiré hondo y me acerqué a Clee, que estaba en el sofá. Quería preguntarle algo.

—Oye, ¿sabes dónde queda la farmacia más cercana?

Ella parpadeó confusa durante medio segundo; luego su orificio nasal izquierdo se ensanchó y su mirada se endureció.

—Sí —dijo, al tiempo que se ponía lentamente de pie.

No era la respuesta correcta, pero se le parecía bastante.

Todas las tardes ensayaba nuevas tramas aprovechando que ella estaba en el trabajo, y por la mañana se las planteaba antes de que se marchara. Durante

unos días fue excitante revelarles cada una de ellas como si acabara de soñarlas con mi propia mente creativa, pero enseguida se volvió frustrante que Clee hiciera o dijera cosas que no le pegaban nada al agresor del DVD. Habría sido mucho más fácil que ella se aprendiera el papel viendo las cintas de Dana. El día que libraba, y mientras dormía en el sofá, dejé sobre la mesita baja la cinta de *Combate sin bate*. No lo pensé demasiado, subí al coche y me fui al trabajo. Estaba parada ante un semáforo cuando de repente me quedé helada. ¿Qué había hecho? En cuanto ella pusiera el disco en el lector sabría que yo había ensayado movimientos y aprendido frases de memoria delante de la tele, como si realmente me importara esto. Mis mejillas enrojecieron de vergüenza; ahora me vería, vería quién era yo en realidad: una mujer cuya feminidad era una simple copia de la de otra mujer.

—Tócame la frente —le pedí a Jim—. ¿No estoy ardiendo?

—No, pero la tienes húmeda. Y estás pálida.

Me la imaginaba en el sofá apretando el «play» del mando a distancia. Todo mi repertorio de la semana anterior —cada ademán, cada grito, cada gesto, cada gruñido— se lo había copiado a Dana. En cuanto yo llegara me diría: «¿Tú de qué vas? ¿Eres Dana? ¿Acaso sabes quién eres en realidad?». Y yo, lloriqueando: «No. No sé quién soy». Jim me trajo el termómetro.

—Es de los que se meten en la oreja. ¿O prefieres irte a casa?

—No, no. A casa no puedo.

Me tumbé en el suelo. Al mediodía Phillip me mandó un sms con un interrogante y un emoticono con un dibujito de un reloj. Hacía casi dos meses que esperaba mi respuesta. Hacía solo dos meses, mi vida era plácida y ordenada. Me puse boca abajo y recé para que Phillip me sacara de la situación en la que yo misma me había metido. ¿Qué emoticono había que poner para «Llévame a tu ático y ocúpate de mí como lo haría un esposo»? Jim me aplicó en la frente un papel de cocina húmedo.

A las siete Nakako me pidió que conectase la alarma cuando me marchara. «Sabes el código, ¿verdad?» Me levanté del suelo, salí tambaleándome con ella y volví a casa aterida de frío. Aparqué en el camino de entrada y me obligué a bajar del coche, lista para ser objeto del ridículo.

Pero algo ocurrió camino de la puerta principal.

Una voz hizo ruidos seductores desde las sombras. Clee avanzó pavoneándose y me puso una mano en los riñones. Llevaba una gorra de béisbol puesta del revés.

—¡Aparta! —le grité, y ella esperó exactamente uno, dos, tres segundos antes de lanzarse sobre mí.

Los cinco minutos siguientes fueron una demostración de que a mis vecinos les traía sin cuidado mi suerte.

Cuando por fin conseguí llegar a la puerta, la cerré una vez dentro y sonreí tocándome las mejillas. No había lágrimas de verdad, claro, pero así de emocionada me sentía. Clee debía de haber estado ensayando todo el día delante del televisor. Bastan dos contrincantes para una pelea, pero esto era algo singular. Me acordé del partido de fútbol entre enemigos el día de Navidad durante la primera, o la segunda, guerra mundial. Ella me repelía aún, yo al día siguiente le pegaría un tiro en la batalla, pero hasta que amaneciera jugaríamos a este juego.

Hicimos el DVD entero, por orden, la noche siguiente. La parte de «Defensa contra bandas» fue la más complicada porque había dos hombres malos y un tercero vestido todo él con ropa tejana que no quería líos. «Eh — les decía a los otros dos—, esto no mola nada. Larguémonos.» Clee cambiaba de papel, ahora uno, ahora otro, sin previo aviso, y yo tenía que parar porque de lo contrario no me aclaraba.

—Pero ¿qué haces? —me decía ella, furiosa—. Estoy aquí.

—¿Ahora cuál eres?

Dudó. Hasta ese momento no habíamos reconocido claramente estar representando lo del vídeo ni ser otros personajes que ella y yo.

—Soy el primero —dijo.

—¿El de la ropa tejana?

—El primer hombre malo.

Fue por la pose que tenía cuando lo dijo: los pies separados, las manazas acechando en el aire. Igualita que un malo, de esos que llegan a un pueblo aburrido y causan toda clase de problemas y luego se marchan a galope tendido. Ella no era el primer malo de todos, pero sí el primero que yo conocía que tuviera el pelo largo y rubio y llevara pantalones de pana de color rosa. Chasqueó la lengua con impaciencia.

Hicimos el resto de la escena y luego la repetimos dos veces más. Era como bailar country o jugar al tenis, le dije a Ruth-Anne la semana siguiente.

—En cuanto le coges el tranquillo a los movimientos, te sale solo; ¡unas vacaciones para el cerebro!

—Entonces, si tuvieras que describir ese placer...

—Diría un poco teatral, pero sobre todo atlético. Y yo soy la más sorprendida porque los deportes nunca se me han dado bien.

—¿Y Clee? ¿Te parece que su disfrute también es atlético?

—No.

Bajé la vista. De hecho, no me incumbía a mí decirlo.

—¿Crees que hay algo más?

—Para ella puede que no sea un juego, puede que sea real. Clee es una «misógina» o yo qué sé. Ella es así. —Le hablé de la voraz intensidad que se apoderaba de ella cuando representaba un papel—. Bueno, esto entra dentro de tu territorio, claro. ¿Piensas que puede ser algo psicológico?

—Ese es un término muy amplio.

—Ya, pero preciso, ¿no?

—Oh, sí, desde luego —dijo a regañadientes.

Ruth-Anne creía que yo intentaba sacar dos diagnósticos por el precio de uno.

—No digas más —objeté, mostrando las palmas de las manos. Para cambiar de tema señalé los envases de comida china (tenían aspecto de ser pesados) que había encima de su mesa—. ¿Todo eso es tuyo?

—Bebo mucha agua —dijo, dando unas palmaditas a su botella—. Cada día los recojo y los vacío en el cuarto de baño, de una sola vez.

—¿El baño de aquí o el de tu casa?

—¡El de aquí! —Se rió—. ¿Te imaginas, volver a casa en coche con tropecientos envases de orines y heces? ¡Qué espectáculo!

Hizo como que conducía y nos reímos las dos. La verdad es que la imagen no podía ser más graciosa. Reír como dos amigas siempre realizaba el hecho de que no lo fuéramos; esto era de mentira, no como cuando ella se reía en casa.

Ruth-Anne siguió conduciendo y yo solté otra risa. ¿Por qué no paraba de una vez?

—Bueno, ¿y qué si para ella es real? —dijo de pronto, bajando las manos—. Lo real viene y va, no tiene demasiado interés.

Cada año el evento para recaudar fondos es un lío mayúsculo y no muy lucrativo para Open Palm, pero siempre me pongo nerviosa cuando me visto para ir allí, consciente de que Phillip también se pondrá de punta en blanco. Si esto fuera una película se nos vería alternativamente, yo poniéndome las medias de nailon, Phillip lustrándose los zapatos, yo cepillándome el pelo, etcétera. Antes era la única vez que nos veíamos fuera de la oficina; ahora podría decir «Me manda mensajes a cada momento» y estaría haciendo honor a la verdad. Cuando me viera con mi nueva blusa color palosanto, tal vez se sentiría avergonzado o incómodo por los mensajes. «Hola —le diría—. Mira bien. —Señalándome los ojos—. En esta relación no hay lugar para la vergüenza, ¿de acuerdo?» ¿Me atraería Phillip hacia él tirando de mi collar de mercadillo agrícola, que yo había decidido ponerme otra vez? ¿Y qué pasaría entonces? Alguien tendría que acompañar a Clee a casa, porque yo quizá no estaría disponible. Eso se lo diría a ella cuando terminara de ducharse. ¿Y por qué venía, a ver? No había puesto el pie en ninguno de esos eventos desde que era una cría y se dedicaba a enredar en la pista de baile.

Cambié de opinión cuando la oí salir del baño pisando fuerte; Clee necesitaba una acompañante. Llevaba un top que hacía que la miraras aunque no fuera ese tu deseo; eran dos piezas de tela negra unidas mediante un gigantesco aro dorado, un poco peligroso para ir por la calle. Si era preciso podía dejarla en el trabajo camino del ático de Phillip.

—¿Habrán bebidas? —preguntó mientras íbamos en coche hacia el Presbyterian Fellowship Hall.

Descargó sus malolientes pies sobre el salpicadero; había elegido unos zapatos de altísimo tacón con hebillas y múltiples tiras entrecruzadas.

—Sí, pero nada de alcohol. No creo que te parezca divertido.

Se había cambiado el pantalón de chándal por unos vaqueros superceñidos. Eso me hizo pensar en Kirsten. Dudé de que él se atreviera a traerla.

—Bueno, no importa. Jim tiene algo para mí.

—¿Jim, el de Open Palm? ¿Va a llevar alcohol para ti?

—No, otra cosa. Ya lo verás.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio.

Suzanne y Carl abrazaron a su hija y Clee, sorprendentemente, se dejó hacer. Yo observé el largo intercambio a tres bandas como un guardia con porra o una maestra de escuela.

—¡Cheryl! —trinó Suzanne una vez que se separaron—. ¿Qué te ha pasado en las piernas?

Miramos todos mis pantorrillas. Estaban llenas de moretones de nuestro antiguo estilo de pelea.

Phillip no había llegado todavía. Las chicas de Kick It hicieron una demostración práctica de autodefensa con música de rap y luego empezó el DJ. Le pregunté si no creía que el volumen estaba un poquito demasiado alto.

—A mí me parece demasiado flojo —gritó, sujetando un auricular pegado a su oreja.

—Vale, pero no lo subas.

—¿Qué?

—¡Que ya está bien así! —chillé a mi vez, levantando un pulgar.

Mientras el encargado del catering explicaba no sé qué problema con la cafetera, me dediqué a observar a Clee, que estaba hablando con las de Kick It. Iban vestidas igual que ella y Clee parecía conocer a varias de las chicas; supuse que eran las hijas de amigos de sus padres. Intenté imaginarme

haciendo tramas con una de las chicas, una de flequillo castaño que le estaba enseñando algo a Clee en el móvil.

—Entonces ¿servimos menos café, o lo aguamos?

—Servid menos.

Era impensable; la chica del flequillo castaño era apenas una niña. De vez en cuando Clee me miraba, y yo apartaba la vista. Verla en público, con sus padres allí, era inquietante. El DJ puso una canción que era muy popular y las chicas corrieron a la pista de baile levantando los brazos. Se pusieron a bailar en plan hip-hop y Carl empezó a menearse entre ellas de manera intencionadamente torpe, y las de Kick It se morían de risa. Entonces me vio a mí y me hizo señas. Yo me llevé la mano al cuello para dar a entender que estaba hasta ahí de tareas de gerencia. Un invisible lazo corredizo empezó a girar sobre su cabeza; Carl me atrapó. Como todo el mundo miraba, me dejé arrastrar a la pista. Clee me vio mover las caderas embutida en mi arrugada falda étnica y se volvió, horrorizada. Chasqueé los dedos para demostrar que me lo estaba pasando bomba y vi cómo las chicas hacían movimientos más propios de un local de striptease que de un acto para recaudar fondos. Iban todas con tacón alto; de haber tenido que defenderse de un agresor, ninguna habría podido escapar corriendo, por no hablar del daño que debían de hacerles los pies. A todo esto no paraban de gritar palabras que yo desconocía. «¡Holla, holla!», gritaban. ¿Era siquiera una palabra? La gente me miraba mal; supongo que era porque no estaba siguiendo el ritmo, o lo que fuera. ¿Dónde se había metido Phillip? Alguien chocó conmigo y giré dispuesta a fulminarlo con la mirada. Era Clee. Me empujó otra vez, como si pudiéramos montar un combate de lucha libre allí, en la mismísima pista de baile. Aunque quizá era su manera de bailar, no sé. Chocó de nuevo conmigo, pero esta vez apoyó una mano en mi estómago mientras estaba detrás de mí, lo cual hizo que nuestros ritmos se emparejaran a la fuerza. Volví la cabeza y

me di cuenta de que era un tipo de baile y que mucha gente lo estaba haciendo. No podía verle la cara, pero sí intuir que esto a ella le parecía divertido, intentaba hacer reír a las otras chicas. Y bueno, yo podía aceptar una broma, un minuto o dos, pero la cancioncita seguía y seguía y, francamente, aquello me pareció poco apropiado. La cara que ponía Suzanne me hizo ver que ella pensaba lo mismo. Me separé con un pequeño bailoteo. El móvil me vibró dentro del bolsillo.

Phillip. En este mensaje no hablaba de Kirsten. Me concernía únicamente a mí y revelaba de manera inequívoca sus verdaderos sentimientos acerca de nosotros.

«DONACIÓN ENVIADA. PORFA ENVÍA RECIBO CUANDO TENGAS UN SEGND.»

Un aburrido y respetable sms para una mujer aburrida y respetable. Nunca habíamos sido pareja, a ningún nivel y en ninguna vida anterior. Eh, pero un momento: el móvil otra vez. Quizá lo de antes era una broma y este mensaje diría: «Era broma».

«¡ESPERO QUE ESTA NOCHE HAYA SIDO TODO UN ÉXITO!»

Cortesía: la única cosa peor que el aburrimiento. Yo había demorado mucho mi decisión y ahora tocaba vengarse. Me costó teclear con la música aporreando. Lo escribí todo en mayúsculas, como hacía él, un grito en la noche.

«¡CASI LO TENGO DECIDIDO!»

Me quedé mirando el teléfono, a la espera. Nada.

Añadí: 😊

Nada.

Esperé respuesta otros veinte minutos. Nada. Contemplé deprimida aquel mar de gente bailando. Hora de volver a casa. Jim se ocuparía del resto. Le dije a Clee que me marchaba, y ella reaccionó abandonando de inmediato la pista de baile.

—Espera, que busco a Jim.

Jim llevó algo al maletero de mi coche. Preguntó a Clee para qué lo quería y ella se encogió de hombros. Estaba envuelto en un papel floreado. Visto por el retrovisor me pareció que se movía.

—¿Qué es?

—Ya lo verás —dijo Clee.

En casa, se metió en el baño con el objeto. Pocos minutos después alguien me tocó en el hombro. Llevaba puesto el traje antigolpes completo. No había visto uno igual desde finales de los años noventa: la cabeza y las manoplas gigantes, las hombreras, la protección en la ingle. Enseguida empezó a arrearne, sin guión. Era como ser atacada por un monstruo de pesadilla. Me olvidé de las simulaciones y luché con fiereza, a matar. Ni compasión ni compasión avanzada; solo sangre. Machaqué a puñetazos la semicalva de Phillip y el vientre plano de Kirsten, les pegué a ambos al mismo tiempo, como una puerta batida por el viento.

—Eh, eh, eh —dijo Clee, sujetándome los brazos—, frena un poco.

Frené un poco.

Ella estaba casi inmóvil, más que agredirme lo que hacía era restregar su cuerpo acolchado contra el mío. Mis golpes, con el freno puesto, parecían tai chi. Al cabo de un rato el alien de cabeza gigante me inmovilizó. O me sujetó. Transcurrieron sesenta extraños segundos. Cuando conté hasta setenta, tosí. Ella se echó torpemente atrás y arrancó la cabeza de gomaespuma. Tenía todo el pelo alborotado y la cara sudorosa y colorada.

—Ha sido una idea chorra —dijo.

No hubo doble apretón.

Al día siguiente me anunció que durante dos semanas trabajaría en el turno de

noche. Yo tenía que moverme con sigilo por las mañanas, irme a la oficina para dejar que durmiera. ¿Añoraba ella las simulaciones? Parecía que no. A mí me costaba trabajar y también dormir. El móvil estaba muy callado. Desde mi mensaje de respuesta, Phillip y yo estábamos en compás de espera. Lamenté haber añadido el smiley. A veces iba al baño a las cinco de la mañana, cuando Clee llegaba a casa, para que viera que estaba despierta y disponible, pero ella hacía caso omiso y se ponía a mirar la tele con una camiseta extrañamente enrollada a la cabeza, como quien se ha extraviado en el desierto. Muchas veces tenía la almohada sobre la cara, y no había manera de saber con certeza si estaba dentro de su saco de dormir o no había vuelto aún del trabajo. Un día toqué la almohada, para cerciorarme, y ella se incorporó cual momia sobresaltada, el pelo todo apelmazado y la mirada frenética.

—Perdona —dije en voz baja—. Es que no sabía seguro si estabas aquí dentro.

Se me quedó mirando, a la expectativa, como si esperara otra explicación.

—A veces es difícil saber si estás ahí o no —reiteré—, porque el saco queda como hinchado y eso... Solo intentaba...

Ella volvió a esconder la cabeza debajo de la almohada.

Al cabo de las dos semanas durmió un día entero y luego se dio una ducha que parecía no tener fin. Mientras estaba allí metida a mí me llegó un sms de Phillip: «BAÑO. ENJABONAMIENTO MUTUO PERO NADA MÁS». Y luego: «LO TIENES DECIDIDO YA?». Continuaba esperándome, claro que sí. Sin embargo, me sentí más nerviosa que aliviada. Empecé a dar vueltas por la cocina. El sonido de la ducha se eternizaba. No sería difícil calcular los litros de agua por minuto, con un envase de los grandes. Cuando por fin oí que cerraba el grifo miré el

reloj: cuarenta y cinco minutos. Nunca habíamos hablado de ir a medias con los gastos, pero quizá había llegado el momento. ¿Dos cuentas, o pago yo y luego ella me devuelve la mitad? Pero ¿qué era ese ruido? El secador de pelo. Se estaba secando el pelo con el secador. Salió del cuarto de baño vestida con un pantalón holgado y una blusa como de raso, el cabello uniforme y brillante. Se había aplicado una crema fungicida en los pies que olía a mentol. Si pensaba salir, «Un día en el parque» sería la mejor opción y no tardaríamos mucho. Luego tendría toda la casa para mí sola. Me colgué el bolso del hombro, paseé por la sala de estar y por último me senté en el «banco de parque». Ella me miró el bolso.

—¿Sales?

—No... —dije, en un tono sugerente.

—Yo tampoco.

La noche fue larga. Ella ordenó la sala de estar, lavó sus platos. En un momento dado me la encontré ante la estantería con la cabeza ladeada.

—¿Tienes algún libro favorito? —me preguntó.

—No.

Su actitud, al margen de lo que estuviera tramando, me estaba poniendo muy tensa. Con la tele apagada no había separación de espacios ni sensación de intimidad.

—¿Los has leído todos?

—Sí.

—Mmm...

Pasó las yemas de los dedos por los lomos, esperando que le recomendara una lectura. Su pelo lacio estaba adornado con una horquilla, y yo hacía rato que se lo miraba sin darme cuenta.

—¿Eso es...? —Señalé la horquilla—. ¿Lleva una piedra de imitación?

No pegaba nada con su estilo, y tal como lo llevaba parecía algo fortuito,

como una ramita que se le hubiera enredado.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada. No estaba segura de que supieras que lo llevabas.

—¿Cómo no iba a saberlo? Es evidente que me lo he puesto yo.

Se ajustó ligeramente la horquilla y sacó del estante un libro titulado *Mipam*.

—Es una novela tibetana —le advertí—. Del siglo diecinueve...

—Parece interesante.

Se sentó en el sofá como si aquello fuera un sofá y nada más, no una cama ni un banco de parque ni un coche. El libro quedó abierto sobre su regazo y ella leyó o fingió leer. Pasado un rato renuncié y me fui a la cama.

Al día siguiente vi que se había puesto el top y el pantalón de chándal como todos los días.

—Va a venir a verme mi amiga Kate —dijo con frialdad—. Dormiré en el cuarto de la plancha.

—Estupendo.

Pero no era estupendo en absoluto. ¿Cómo íbamos a hacer nada, con su amiga allí en medio? Habían pasado más de dos semanas desde que hiciéramos aquella escenificación. El bolo no había vuelto, pero yo me sentía tensa por todas partes, tirante, a punto de partirme. Si pudiéramos practicar solo una vez más, no me importaría quién pudiera venir de visita.

—Está en camino —dijo Clee—. Ha salido de Ojai hace una hora.

Instalé la cama plegable en el cuarto de planchar y coloqué las toallas y el caramelo de menta sin azúcar encima.

—Llegará de un momento a otro —dijo ella.

Vertí un poco de bicarbonato en el triturador del fregadero.

—Veo que está aparcando —dijo Clee, ahora a mi espalda.

Di media vuelta. Quedamos encaradas. Ella rió un poquito y meneó la

cabeza con gesto de incredulidad. ¿Qué? ¿Qué tenía que hacer yo para que pasara, a ver? Aquello parecía otra vez la fiesta para recaudar fondos, como si hubiera algún rollo hip-hop que todo el mundo conocía excepto yo.

—¿Holla? —dije.

La vi fruncir el entrecejo, confusa. Sonó el timbre de la puerta.

Kate era una asiática fornida con una risa estentórea y un diminuto crucifijo de oro bailando entre sus pechos. Su camioneta llevaba un extraño remolque. Al franquear el umbral, dijo «A ver ese trasero», y le dio una palmada a Clee en el culo. Luego sacó el suyo propio y Clee le dio una palmada a su vez.

—Es el equivalente del choca esos cinco —dijo Kate, acercándose a mí con una gran sonrisa.

Levanté una mano para darle a entender que prefería la versión normal del saludo. Ella me pasó un tupperware lleno de espaguetis cocidos, sin más.

—No te creas que tienes que alimentarme; comeré eso y ya está.

Me escondí en mi dormitorio hasta que salieron a mirar aquella cosa que había detrás de la camioneta. Coloqué otra vez la mesa de jugar a las cartas, enchufé el ordenador y me puse a trabajar. Un ruido espeluznante me llegó del camino de entrada. Salí corriendo al porche pensando que vería humo, pero Clee y Kate solo estaban charlando a viva voz al lado del ensordecedor vehículo, que tenía el motor en marcha.

—Es como un todoterreno corriente, pero es legal en todas partes —gritaba Kate.

Estaba fumando.

—No tiene los caballos de un todoterreno corriente —chilló a su vez Clee.

—Para su tamaño tiene los mismos; en realidad, más. Si lo ampliaras a tamaño normal tendría más potencia.

—Si solo ampliaras la mitad trasera, sería igual que tú.

Las dos rieron. Kate lanzó la colilla a mi camino de entrada.

—¿Tan grande tengo el culo?

—Enorme.

—A Sean le gusta. Dice que le gusta perderse en él.

—Pensaba que ya no salíais.

—Y no salimos. A veces viene, se mete en mi culo y luego se va. —Miré a izquierda y derecha preguntándome qué pensarían los vecinos de aquella conversación—. La verdad es que lo tengo tan grande que a él ni lo noto. Así que mi padre tenía razón, ¿eh?

—Pues sí, es una auténtica Beebe. Ella no es tan mala como la señora Beebe, pero aun así es mala.

—Sí que lo parece, desde luego.

¿«Ella» quería decir yo? Parecer ¿qué?

Bajé los escalones saludando desde lejos y de repente callaron. Clee dio un puntapié al enorme neumático de la camioneta y luego, de repente, montó de un salto en el asiento y arrancó con un rugido que me dejó sorda. Vimos que frenaba al final de la manzana; lanzó un grito triunfal y luego chilló algo que no alcanzamos a oír.

—¿Quién es la señora Beebe?

Kate rió tapándose la boca con el dorso de la mano, un gesto extrañamente melindroso. Sería que su madre era menuda y melindrosa.

—¿Has oído eso? Vaya por Dios, ¡si solo estábamos de coña! —Me miró de hito en hito para ver si yo estaba loca—. A Clee no le pasa nada. Le gusta hacerse la dura y eso, pero cuando la conoces bien ves que es un pedazo de pan. Yo la llamo Princesa Buttercup. —Rió, nerviosa, y se toqueteó el anillo que llevaba en el meñique—. Creo que tú conoces a mi padre. Se llama Mark Kwon.

El alcohólico divorciado con quien Suzanne había querido liarme hacía años. Conque su padre, ¿eh? Entonces ella era Kate Kwon.

En ese momento llegó la Princesa Buttercup armando ruido.

—¡Qué marcha tiene esto!

Hizo unos cuantos giros y luego se apeó. Kate Kwon dio unas palmaditas al asiento y dijo:

—Ahora tú, Cheryl.

—Déjalo. Creo que mi permiso de conducir no incluye este tipo de...

Clee me llevó hacia el grotesco artefacto rodante.

—¿Has montado en moto alguna vez?

—No.

—Pues es más fácil aún. Venga, monta.

Monté.

—Esto es el acelerador y eso es el freno. Diviértete.

Pisé el acelerador con la mínima fuerza posible. Kate y Clee me observaron mientras me apartaba lentamente del bordillo y luego, cual mujer a horcajadas de una tortuga gigante, empezaba a avanzar por la calzada. Era interesante estar tan arriba y no encerrada. Jamás me había movido con tan poca prisa por mi propia manzana. Las casas de los vecinos me parecían extrañas, casi desteñidas. El put-put del motor se imponía sobre los sonidos habituales; estaba encerrada en una burbuja de ruido. Un perro ladró sin voz; una mamá joven con sombrero de paja aplicaba loción solar a las caras de dos niños pequeños que lloraban sin voz. Callaron al pasar yo despacio. Gemelos. Nunca los había visto. Pero sí.

«¿Adónde vas?», preguntaron los dos a la vez.

«Calle abajo, supongo.»

«Pero ¿volverás a por nosotros?»

«Volveré. Otro día.»

Quedaron consternados los dos. Ambos Kubelko Bondy hasta cierto punto. ¿Por qué esta alma me rondaba desde hacía tanto tiempo? ¿Se mantenía siempre joven o envejecía también? ¿Acaso renunciaría a mí tarde o temprano? Pregunta incorrecta: evidentemente, era yo quien renunciaría tarde o temprano. No era más que una costumbre, como memorizar matrículas de coche. Un tic estúpido, nada más. Pisé el acelerador a fondo y el minitodoterreno saltó hacia delante, ya en la siguiente manzana. El ruido me arrancó todo cuanto tenía en la cabeza. ¡Qué manera más mágica de ir por ahí! Siempre había considerado que esta clase de máquinas eran simples juguetes para gente analfabeta a la que le importaba un pimiento el medio ambiente, pero quizá no fuera así. Esto podía ser una especie de meditación. Me sentía conectada a todo y el volumen del motor me mantenía en un nivel de alerta al que no estaba acostumbrada. Me despertaba a cada momento para despertar otra vez, y otra más. ¿Sería que todo lo palurdo tenía algo místico? ¿Y las armas? Volví la cabeza. Clee y Kate se veían pequeñas, pero me fijé en que hacían gestos para que volviera. En un vistazo y no vistazo las tenía frente a mí, y ellas se apartaron gritando como posesas.

Querían montar una fiesta.

—No es una fiesta. Solo serán algunos amigos míos y de Clee de cuando el instituto, que ahora viven aquí —explicó Kate—. Antiguos compañeros de clase, ¿no?

Clee asintió. Estaba hojeando pausadamente una revista, empeñada una vez más en fingir que yo no existía.

—No permitiré nada que pueda depreciar el valor de la casa —dijo—. Ese es el límite.

—Tranquila, el valor no se va a depreciar —dijo Kate.

—¿Habrá música a todo volumen?

—Qué va —dijo—. Yo ni siquiera escucho música.

—¿Y qué hay de la bebida?

—Nada de nada.

—Después tendríais que limpiar.

—Me encanta limpiar —dijo Kate—. Es lo mío, ¿sabes?

—Bien, supongo que no pasa nada porque se reúnan unos cuantos amigos del instituto.

—Ahora que lo pienso, creo que algunos sí beberían. Pero si quieres puedo decirles que no saquen las botellas de su bolsa de papel.

Primero llegó un numeroso grupo de chicas ruidosas. Después un grupo de chicos, y Kate conectó su teléfono a mi equipo de música mediante un cable que había traído uno de ellos. Sacaron mis objetos de artesanía mexicana de encima de los altavoces, cosa que agradecí. Me sonó el móvil. «ME HA COGIDO EL MIEMBRO ERECTO UNO O DOS MINUTOS, PERO SIN MOVIMIENTO.»

El chico en cuestión subió el volumen del equipo al máximo absoluto, con lo cual todo el mundo tuvo que gritar si quería hablar.

Llegaron más chicos y chicas, una avalancha.

Yo me fui al cuarto de planchar y escribí una nota para los vecinos referente al ruido. Imprimí seis copias. Cuando ya estaba fuera me di cuenta de que la música llegaba a toda la manzana y que seis copias eran pocas. Cuando entré para imprimir más, los chicos y las chicas estaban jugando a rociarse de alcohol unos a otros.

«LO RECONOZCO. QUIERO EYACULAR EN SU BOCA.»

E inmediatamente después: «PERDONA POR EL ÚLTIMO SMS, ERA DE MAL GUSTO Y MUY POCO RESPETUOSO PARA CON KIRSTEN. CONFÍO EN QUE NO ME LO TENGAS EN CUENTA. ESPERAMOS IMPACIENTES TU DECISIÓN. ¡NO HAY PRISA!».

Llegaron varios hombres, ni siquiera parecían jóvenes. Uno de ellos, que

podía ser de mi edad, me sonrió. Daba la impresión de que traían droga. Hachís o hierba, seguro, y quizá alguna otra cosa. No había manera de ir al baño; estuve haciendo cola más de veinte minutos hasta que apareció Kate y gritó:

—¡Gente, gente, gente! ¡Esta mujer es la dueña de la casa! ¡Se llama señora Beebe! ¡Dejad que se ponga la primera! —Estaba muy borracha. Le di las gracias y ella, en vez de decir «De nada», me gritó—: ¡La gente como yo somos así!

Me pasó lo que estaba bebiendo.

—¿Esto lleva alcohol? —pregunté, chillando.

—¡Es ponche! —me gritó ella al oído.

Bebí mientras orinaba para ahorrar tiempo, aunque en aquel momento no es que necesitara más. Sabía a alcohol. Las toallas estaban todas tiradas por el suelo húmedo. «¿QUIERES VER UNA FOTO DE ELLA?», me mensajeó Phillip. Lo borré.

Apoyada en la pared de la sala de estar, observé a Clee. Ella saltó sobre la espalda de uno de los chicos, gritando «¡Juego sucio! ¡Juego sucio!» y agitando una mano en alto. Sabía que yo la miraba. Ahora estaba diciendo «¡Jo, tía, tienes que depilarte!», y Kate: «¡No, señora, yo soy asiática!». Las vi levantar las piernas para que diferentes chicos compararan. Pobre Kate, tan poco agraciada y tener que aguantar ser la mejor amiga de alguien como Clee. Alguien cuyos ojos, aunque un poquito alejados de la nariz, tenían una exótica forma felina, alguien cuyo cabello era tan lánguido y dorado que parecía caer cual incesante cascada, incluso en la foto que encontré de ella en internet, donde fingía hacer signos pandilleros en la zona de restaurantes de un centro comercial. Alguien cuya boca era demasiado tierna en realidad para estar en público. Observé los rostros ansiosos y anhelantes de los dos chicos reclutados por Kate para el examen de piernas. Ella estaba gritando: «¡Cerrad

los ojos y así no sabréis de quién es cada pierna!»). Ellos estaban manoseando la de Clee, incluido el maloliente pie, y Clee me estaba mirando. Le devolví la mirada. Hacía casi tres semanas que no montábamos una simulación. ¿Por qué estaba todavía en mi casa? Me vibró el móvil.

Miré bizqueando la fotografía de la pantalla. Kirsten era de baja estatura, espaldas anchas y cabello rubio sucio y largo hasta la barbilla, no sé si húmedo de aceite para masaje o es que lo tenía así. Usaba gafas de montura redonda tipo John Lennon y un pantalón de kárate con una camiseta blanca holgada en cuya pechera se veía a un caimán danzante. El caimán lucía rastas de color verde, negro y rojo, y decía: «MSC ROCKS, MON». La sonrisa de Kirsten era enorme y esperanzada, mucha encía ensalivada. Sus menudos ojos pugnaban por abrirse y sus brazos estaban abiertos como los de una vacilante cantante de ópera, o una quinceañera. Era menos atractiva aún que yo cuando tenía su edad.

Cuando levanté la vista Clee había desaparecido. Salí, y tampoco estaba fuera. Probablemente estaría en un coche haciendo algo con alguien. Me froté un costado de la cabeza, un *pinging*. Quizá me estaba muriendo. O borracha. Caminé hasta la calzada y eché a andar. Yendo a pie no me fue fácil recordar qué casa era hasta que vi a los niños en la ventana. Solo sus siluetas a través de una cortina amarilla. Como eran gemelos, todo cuanto hacían era idéntico como manchas de tinta, una mariposa simétrica, leche derramada, el cráneo de una vaca. Seguía oyendo los graves de la música, pero por lo demás reinaba el silencio cuando marqué el número.

Phillip contestó al instante.

—¿Cheryl?

—Lo he decidido —dije, mirando fijamente la cortina amarilla.

Le oí expulsar el aire con una risita.

—Me temo que te he estado acosando.

—Pues sí, la verdad, pero he llegado a una conclusión.

—Algunos de mis mensajes estaban fuera de lugar.

—Todos.

—No estaba seguro de que los hubieras recibido todos.

—Los he recibido.

—Como no siempre contestabas... Yo le decía a Kirsten que tienes mucho que hacer.

—No es para tanto.

—No, ya, tu vida no está tan llena de actividades superfluas como la del resto de nosotros.

—Lo que pasa es que aún no tenía una respuesta.

—Es lo que yo le dije a Kirsten. ¿Has recibido el último, el de la fotografía?

—Sí.

Se quedó callado. La luz del dormitorio de los niños se apagó; la cortina se volvió oscura.

—¿Quieres que te diga cuál es mi decisión?

—Por supuesto.

—Hazlo.

Cuando volví a casa Clee y otras cuatro personas estaban subidas al sofá cantando una canción que no parecía ser en inglés. Lo que más les gustaba a todos era un fragmento que sonaba más o menos como «jiddy jiddy jiddy rah rah». Phillip estaba ya en pleno coito con Kirsten; lo noté... desde la perspectiva de él. Yo estaba en él, en ella. Cada vez que Clee cantaba «jiddy jiddy jiddy rah rah» adelantaba la pelvis al compás y sus pechos saltaban. Santo Dios, jadeó Phillip, mira qué tetas. Yo susurré la palabra:

—Tetas.

Él quería frotarla a través de los tejanos. «Jiddy jiddy jiddy rah rah.» Y

eyacular en su boca. Enjabonarse el uno al otro. «Jiddy jiddy jiddy rah rah.» Mi miembro estaba erecto. La canción se aproximaba al clímax, ella y las otras chicas, las feas, saltaban cada vez más y más rápido mientras los hombres cantaban a voz en cuello, pero aquello ya no era la canción, simplemente chillaban porque le hace sentir bien a uno.

Fui a mi habitación, cerré la puerta, corrí el pestillo, le quité su sujetador violeta de tirantes resplandecientes y metí mi semicalva cabeza entre sus tetas. Mi mano peluda recorrió la parte delantera de sus tejanos, y mis dedos de gruesas y contundentes uñas se deslizaron hasta su coño. Ella estaba mojada y suspiraba. «Phillip —gimió—, métemela.» Y yo, con sigilo, a la fuerza, la introduje en su boca. Esa era la clase de mujer joven que él se merecía: una rubia explosiva, no una chiquilla con cara de rata.

Tras unos prolegómenos tan largos, el clímax fue inmediato y espectacular. Cuando eyaculé aquello fue un desparrame total, semen por doquier. No solo en sus cabellos, sus tetas y su cara, sino también el edredón y la alfombrilla. Un chorrito de esperma alcanzó incluso la superficie del tocador, salpicando mi cepillo para el pelo, mi estuche para los pendientes y la foto de mi madre de joven.

No ayudaron a limpiar. Fingieron hacerlo; hacia las doce del mediodía Kate recogió unas cuantas botellas de cerveza y preguntó dónde estaba el cubo de la basura, pero cuando le dije «Estas son reciclables» se le descompuso la cara y se sentó. Clee se paseaba en boxer y top, el pelo apelmazado en la espalda. Tenían ambas una resaca descomunal.

Al principio pensé que quizá había sido una cosa excepcional, fruto del famoso ponche, pero mientras pasaba la aspiradora y fregaba el suelo y limpiaba las paredes tuve que bajar la vista repetidas veces para asegurarme

de que no estaba palpitando o hinchándome a la vista de todos, porque sentía vibrar mi entrepierna con tremenda energía. Era una nueva experiencia para mí. Cuando Clee separó las piernas para que yo pudiera limpiar la mesita baja, tuve que dejar la esponja y obligarme a ir al dormitorio. Tapé con la mano la boca gimiente de Clee para que Kate no lo oyera. Bueno, no mi mano, sino la de Phillip. Sus envites eran tan fuertes que sus orejas peludas se sacudían.

Al atardecer Kate encargó una pizza.

—Es una pizza de agradecimiento —dijo—. Gracias.

Clee atacó con hambre y yo di un mordisco a una pequeña porción.

—Por cierto, mi padre se ha vuelto a casar —dijo Kate, masticando tras una mano educada.

Sonreí asintiendo con la cabeza. Apenas si me acordaba de qué cara tenía él, pero habría sido una grosería decirlo.

—Lo pasamos bien, pero no fue más que una cita.

—¿Recuerdas cómo ibas vestida? —preguntó Kate.

Clee le lanzó una mirada.

—No —reí—, fue hace mucho tiempo.

Kate tomó un sorbo de refresco y carraspeó.

—Mi padre dijo que... ¡ay! —Se miró el sitio donde Clee acababa de darle un puntapié—. Dijo que te vestías como una lesbiana.

Sonreí. No era difícil imaginarse a Mark Kwon exagerando mi fracaso en resultarle atractiva; él era así. Clee miró hacia otro lado como si la conversación le resultara tediosa.

—¿Eso dijo tu padre?

—Sí. ¿Qué llevabas puesto?

—No me acuerdo.

Pero, ahora que lo preguntaba, me acordé perfectamente.

—¿Era algo parecido a lo que llevas ahora?

Me señaló los pantalones y la camiseta metida por dentro.

—No, esto es solo para hacer limpieza. No, creo que llevaba un vestido largo verde con muchos botones en la parte delantera. De pana.

Todavía tenía ese vestido.

Por alguna razón a Kate le hizo muchísima gracia; se echó a reír y miró a Clee boquiabierta hasta que la otra finalmente sonrió.

Kate se lo había pasado bomba. Kate no necesitaba recuperar el tupper. Kate le enviaría un sms a Clee respecto a Kevin y Zack. Kate tenía problemas a la hora de cargar el minitodoterreno. Kate quería saber dónde estaba la estación de servicio más cercana. Kate necesitaba ir al baño otra vez. Kate se quedó mirando su teléfono, sentada en la camioneta. Kate, por fin, al fin, se marchó.

Clee cerró la puerta y me miró, entornando los ojos. Por un momento pensé que adivinaba lo que yo había hecho. Luego, sin más, me dio un bofetón, como si la visita de Kate fuera culpa mía y hubiera podido evitarse. «Pelea dentro de un coche» empezaba con un bofetón (simulado), de modo que seguimos esa trama.

—Ven acá, encanto —recitó, adusta.

Estábamos de vuelta, salvo que era demasiado tarde; yo ahora estaba jugando a otra cosa. Parodié rodillazos y codazos, moviendo torpemente una erección fantasma. Al final me fui cojeando a mi cuarto, empalmada, cerré la puerta y le aticé en la mejilla con mi enorme mano peluda. Instantes después de eyacular en su boca, me sonó el móvil. Si era él le preguntaría qué le había hecho a Kirsten y luego se lo haría yo a Clee. No era más que otro rincón turbio en nuestra travesía en común; yo sentía lo que él sentía y era asombroso, increíble.

Pero era de la consulta del doctor Broyard, para confirmar la cita del martes, 19 de junio. Me imaginé contándole que ya no tenía bolo e intentando a continuación explicarle el remedio aludiendo a su relación con Ruth-Anne. Pude oírla a ella respirar.

—¿Ruth-Anne?

—Si necesita cancelar la visita, llame por favor con cuarenta y ocho horas de antelación.

Era ella, sin duda.

—¿Podríamos hablar ahora? ¿Una sesión telefónica? Me encuentro en pleno conflicto de emociones nuevas.

Ella guardó silencio.

—Bueno, creo que puedo esperar hasta mañana.

—La veremos el martes diecinueve —dijo ella.

Explicué mi aprovechamiento de la lujuria de Phillip, y cómo mi propio cuerpo había temblado con su tremendo apetito sexual y sus agresivas explosiones. A Ruth-Anne no pareció extrañarle, como si yo estuviera pisando camino trillado.

—Bien. Y quizá no haría falta decir la lujuria de Phillip. Puede que sea lujuria a secas.

—Ya, pero no mía. Yo esa clase de cosas no las pensaría nunca, quiero decir sola, sin él.

—Entonces ¿no se excita cuando ella la ataca?

—Todo lo que ella me hace a mí yo finjo que se lo estoy haciendo a ella, como Phillip.

—Entiendo. ¿Y qué siente Cheryl Glickman?

—¿Yo?

—Sí. ¿Usted qué siente?

«Yo —pensé—. Yo, yo, yo.» No me vino nada concreto a la cabeza.

—¿Se masturba hasta alcanzar el orgasmo?

Sonreí mirando al suelo.

—¿Sí? —dije.

—¿Me lo está preguntando a mí?

—Sí. Me masturbo. Pero es algo, digamos, entre bastidores.

Ruth-Anne asintió como si yo acabara de decir algo muy ingenioso. Quizá sí. Me pregunté si sería su paciente favorita, o al menos la única que podía hablar a su mismo nivel.

—¿Puedo preguntarle una cosa que tiene un poquito que ver con esto?

—Desde luego —dijo.

—¿Se acuerda de cuando me llamó ayer para confirmar mi visita con el doctor Broyard?

Su expresión cambió.

—Pues que ya no tengo claro si debería seguir viéndolo; creo que ahora se me haría raro.

—¿Raro en qué sentido?

—Bueno, más bien incómodo. Verla a usted en su rol de recepcionista. Y a él. Teniendo en cuenta lo que sé ahora.

Se me quedó mirando un buen rato y pensé si yo no sería su paciente menos favorita.

—Depende de usted —dijo al cabo—, pero creo que ha rebasado el margen de cuarenta y ocho horas para cancelar.

Clee pensaba que sus boxer de color rosa la tapaban, pero no. Si se sentaba con las piernas cruzadas podía ver el borde de su vello púbico rubio oscuro, y a veces más. Una mañana tuve un atisbo de labios, rosados y semiabiertos. No era la carne pulcra y escondida que yo me había imaginado. A la luz de esta información Phillip tuvo que volver y repetir todo el sexo que ya había hecho. Se moría de ganas de verle el ano, aunque él no lo habría llamado así. Releí todos sus sms, pero no encontré un término específico. Opté por «ojete». «LO CONFIESO —podría haber mensajado Phillip—, QUIERO HINCARLE MI MIEMBRO ERECTO EN EL OJETE.»

Cuando mencionaban su nombre en la oficina, normalmente en relación con asuntos financieros, yo sentía un estremecimiento de invisibilidad; no es

que fuera «él», pero se me hacía raro que hablaran de Phillip con tanta libertad.

—Este año la donación de Phil Bettelheim ha sido más bien discreta —dijo Jim—, pero estamos en junio, puede que haga otra aportación. ¿Le ha explicado alguien con detalle la arriesgada iniciativa de divulgación?

No habíamos vuelto a hablar desde que yo le diera mi bendición; supuse que estaría ocupado haciendo todas las cosas que yo fingía que él hacía. Pensarlo me produjo una cefalea tonta, pero hasta ese dolor me excitó; así de unida a él me sentía. Era imposible de demostrar, pero sospeché que nos poníamos erectos al mismo tiempo, incluso puede que eyaculáramos a la vez, del mismo modo que la menstruación de las mujeres a veces parece sincronizarse. Eso me llevó a pensar en Clee y su período.

—Cheryl. —Levanté la vista. Una cara tan parecida y tan poco parecida a la de ella—. ¿Cómo está mi hija? ¿Qué tal se porta?

—Oh, estupendamente —dije, con excesiva rapidez—. Todo bien.

Suzanne se cruzó de brazos, esperando. Lo sabía todo.

—Sé sincera. Conozco a Clee.

Me miró de hito en hito.

—Ve mucho la tele —dije, susurré apenas.

—En eso ha salido a la madre de Carl. —Suzanne suspiró—. Muy poco de aquí —añadió, tocándose la frente con la punta de un dedo.

Por un momento me sentí incómodamente protectora respecto a Clee.

—Ella es más instintiva —dije.

Puso los ojos en blanco.

—En fin, gracias. Carl y yo estamos pensando de qué manera compensarte. No, no estoy hablando de dinero.

Su insustancialidad inane había dejado de molestarme por completo. O me daba igual; su personalidad no era más que una ramita de perejil decorando unas ancas tibias y morenas. Clee cabalgaba sobre el miembro erecto de Phillip todos los días, muchas veces al día, y al principio daba la impresión de que él no se cansaría nunca de eyacular en aquel coño sublime de vello púbico rubio oscuro. Pero, transcurridos diez días, yo tenía un problema. Resulta que él quería eso y más, pero cada vez le costaba más llegar, en ocasiones hasta media hora de reloj. Y otras veces no llegaba. Probé con posturas inverosímiles, probé nuevas localizaciones. En una de mis fantasías Ruth-Anne estaba allí de espectadora y aplaudía el coito con gesto de cínica aprobación. Era tan improbable que durante unos días funcionó. Pero la menor tontería podía frustrar la eyaculación de Phillip.

El olor a pies. Antes había sido el menor de mis problemas con ella, ahora me cortaba toda la inspiración. A veces, Phillip tenía que meterle los pies en bolsas de plástico y cerrarlas con goma elástica si quería tener una erección.

«Córrete en mi coño —le imploraba ella—. ¡Dentro! ¡Dentro!», gemía el coño entre blandos y doloridos labios.

«Primero tendremos que hacer algo con esos pies —le gritaba él—. Conozco un cromoterapeuta especializado en este problema, el mejor de la Costa Oeste. Dile que vas de mi parte.»

Esperé a que hubiera un momento neutral para abordar la cuestión y entonces me dejé caer sobre el brazo del sofá. Ella estaba chupeteando fideos chinos de un vaso de plástico.

—¿Están ricos? —Ella dejó de comer y me miró con desconfianza. No habíamos mantenido ningún diálogo fuera de guión desde la visita de Kate—. Antes que nada: paz, ¿vale?

El ceño se le acentuó al mirar la V que yo había formado con los dedos. A decir verdad, yo no sabía qué demonios estaba haciendo.

—Muy bien —continué—. Vivimos juntas y a veces tenemos cierta... ¿proximidad física? —El tono fue de interrogación, pero era una locura decir eso dado que me la beneficiaba muchas veces al día en mi calidad de Phillip. Pero yo me refería a las escenas de pelea. Clee asintió y dejó la cena a un lado. Parecía escucharme con un nivel de atención casi desconcertante. Me toqueteé el post-it que llevaba en el bolsillo de atrás—. Mira, no quisiera ser demasiado atrevida ni decir algo que te pueda ofender. —Clee negó con la cabeza como diciendo: «Qué va, si yo no me ofendo»—. ¿Puedo hablar con franqueza, entonces?

Aquí se rió, y en la boca le quedó una gran sonrisa, una sonrisa de verdad. Como nunca le había visto. Tenía unos dientes enormes.

—Hacía días que esperaba que lo hicieras —respondió, apretando ahora los labios como si al otro lado hubiera todo un mar de sonrisas y carcajadas y ella tratara de contenerlo unos segundos más.

Hizo un gesto con la cabeza invitándome a decirlo de una vez.

Mi mano estaba esperando esa señal, y con terror a distancia la vi salir del bolsillo con el post-it y pasarle el papel. Clee lo cogió de mi mano y leyó la dirección del doctor Broyard y la fecha de mi cita con una expresión benigna e inquisitiva. Martes, 19 de junio, el día siguiente. Lo único que podía hacer era seguir adelante con el plan.

—Este asunto de tus pies... me refiero al olor...

Jamás había visto un cambio de expresión como el suyo. La cara se le vino abajo, todas y cada una de sus facciones. Me apresuré a continuar.

—Mi amigo Phillip dice que el doctor Broyard es el mejor para esto del pie de atleta. Cuando llegues, dile a la recepcionista que te envió yo. Te paso la cita que yo tenía con el doctor.

Señalé el papel.

Estaba toda colorada, a punto de explotar. Sus ojos lagrimeaban. Entonces

tomó aire y, de golpe y porrazo, estaba totalmente serena. Bueno, más que serena, totalmente inexpresiva.

Lo último que me esperaba era que Clee decidiera ir. Pero el viernes por la mañana vi un cristal Sundrop colgando del pestillo de la ventana del cuarto de baño y un frasquito junto a su cepillo de dientes, con la etiqueta BLANCO. ¿El blanco era un color? Pero pude verlo tan solo mirándole el pelo por detrás; ella había cambiado, de manera sutil pero absoluta. Imposible describirlo. Ni más contenta ni más triste ni menos apestosa de pies. Simplemente más blanca. Más pálida. Estaba impaciente por ir a la terapia; Ruth-Anne ya la había visitado. Quizá era ese el quid de la cuestión.

Me recosté en el diván de piel.

—Bueno, ¿qué opina de Clee?

—Parecía joven.

Asentí, animándola a continuar. Pensé que diría «bien proporcionada» o «curvilínea» en un tono clínicamente admirativo. Pero Ruth-Anne no parecía tener elogios que añadir.

—¿Diría que es como usted se la imaginaba?

—Más o menos, sí.

—A cualquier hombre se le pondría tiesa al verla, ¿no?

Yo confiaba en tener la valentía suficiente como para emplear una de las palabras de Phillip delante de ella, y la tuve. La cosa funcionaba; sentí la entrepierna caliente y llena de secreciones. Tan pronto estuviera en casa utilizaría la fantasía de Ruth-Anne como espectadora.

Ella, de repente, se puso de pie.

—No —exclamó, al tiempo que daba una fuerte palmada—. Acabe con esto ahora mismo.

La sangre se me heló de golpe.

—¿Qué? ¿Cómo?

Cruzó los brazos, rodeó una vez su butaca, se sentó de nuevo.

—Que no está bien. Conmigo no está bien. Está bien con Phillip, está bien con un conserje, un bombero o un camarero. Conmigo, no.

Me hablaba como si yo no entendiera mi idioma. Me sentí como un gorila. Sin darme cuenta me llevé un dedo al ojo; quizá me había hecho llorar. Pero no.

—Yo no quiero tener nada que ver. —Su voz se había suavizado; señaló hacia la ventana—. Hay montones de personas a las que puede recurrir, pero no a mí. ¿Entendido?

—Sí —balbucí—. Lo siento.

La vergüenza me duró toda la mañana. Intenté recurrir a uno de sus tangas, pero todavía fue peor; los dedos se me volvieron torpes mientras Phillip embestía. Lo dejamos. Intenté trabajar un rato. Me di una ducha. Por culpa de los largos cabellos de Clee, el desagüe se había ido atascando y ahora el plato de ducha parecía una bañera; tuve que acabar a toda prisa para que no se desbordara. Clee volvió del trabajo y se puso el boxer que dejaba la cosa a la vista. Yo estaba hecha una furia, el cuarto de baño era un desastre y la tenía siempre tiesa, pero ya no conseguía eyacular.

Llamé al fontanero. Dese prisa, dije. Tenemos un atasco descomunal. Era un latino gordito, sin barbilla, y sus ojos se aletargaron al contemplar a la joven tetuda sentada en el sofá. No pude esperar siquiera; le indiqué dónde estaba la ducha y corrí a mi habitación. «Llame cuando haya terminado.» Era mejor que Ruth-Anne; fue como la primera vez con Phillip. Los ojos del fontanero se pusieron como platos cuando ella entró en el baño sin la

camiseta. Al principio él no lo tenía claro, no quería meterse en líos. Pero ella le rogó, tirándole de la matronil parte delantera del ancho pantalón. Al final resultó no ser tan educado como aparentaba. ¡No, señor! Tenía su buena dosis de rabia contenida, fruto quizá de la injusticia racial o de algún problemilla por ser inmigrante, y no se reprimió para desfogarla. Después arregló el desagüe y para probarlo hicieron lo del enjabonamiento mutuo. La reparación costó doscientos dólares. Le enseñé a Clee el lío que se había formado con sus pelos y cómo vaciarlo; ella no hizo ni caso. ¿Seguía enfadada por lo de los pies? Yo no tenía tiempo para investigarlo; de repente había mucho que hacer.

Un muchacho flaco con pinta de empollón a quien había visto en Alimentos Integrales: Clee lo siguió cuando salía del coche y le suplicó que le dejara tocar su miembro tieso durante un par de minutos. Un padre indio que me preguntó educadamente una dirección, con su tímida esposa detrás: Clee restregó su coño arriba y abajo por el cuerpo del hombre haciendo que se le pusiera dura, y cuando entró su mujer él estaba gimiendo en pleno éxtasis. Demasiado nerviosa para decir nada, esperó en silencio hasta que su marido eyaculó sobre las tetas de Clee. Abuelos que no practicaban el sexo desde hacía años, virginales muchachos que se llamaban Colin, hombres sin techo aquejados de hepatitis. Y luego todos los que yo había conocido. Todos mis profesores, desde el parvulario hasta la facultad, mi primer casero, todos mis parientes varones, mi dentista, mi padre, George Washington (con la tranca tan dura que la peluca se le cayó hacia atrás). Intenté introducir a Phillip aquí y allá, por ejemplo invitándolo a penetrarla por detrás mientras yo hacía de viejo con la cosa en su boca; pero fue por puro sentimiento de culpa, no añadió nada de por sí. Quizá estábamos los dos haciendo locuras de juventud. O tal vez Kirsten, por ser real, compensaba mis ejércitos de hombres imaginarios. Básicamente me tenía ocupada la culpa; apenas había

momento en que no estuviera frotándome. El cartero vino a traer una caja y antes de que yo pudiera abrirla Clee tuvo que bajarle la bragueta del pantalón del uniforme; yo ayudé al cartero a meter su garbancito en ella. Los penes eran cada vez más abstractos e inverosímiles; no conseguía frenar la avalancha. Unos eran ligeramente bífidos, otros puntiagudos y esbeltos como un ñame o dentados como una piña carnosa. Llevé la caja a la cocina y la abrí con un cuchillo de untar mantequilla. ¿Qué podía ser?, ¿qué habría dentro? Justo cuando introduje la mano comprobé, con horror, de qué se trataba. Los caracoles de Rick. Un centenar, todos ellos con el culo al aire. Se arrastraban sobre fragmentos rotos de sus propios congéneres, viscosas tripas amarillentas manchando caparzones de color marrón. El interior de la caja estaba pegoteado de capas y capas de caracoles paseándose unos sobre otros, cientos de antenas tanteando a ciegas, y aquel olor: un pestazo a podrido. Me estaba sonando el móvil.

—¿Sí?

—Cheryl, soy Carl. Te llamo desde la tienda de teléfonos móviles. Estoy probando uno. ¡Llamada gratuita! ¿Qué tal me oyes?

—Muy claro.

—¿No hay ruidos, ni eco?

—No.

—Probemos la función manos libres. A ver, di algo.

—Manos libres. Manos libres.

Tenía un caracol en la mano, lo mandé a la caja de un capirotazo.

—Sí, funciona bien. Es un telefonito muy chulo.

—Ya. ¿Qué hago, cuelgo?

—No quiero que pienses que te he llamado solo para probar el teléfono.

—Tranquilo.

—Espera, deja que le pregunte a este hombre si podemos hablar un ratito

más.

Oí cómo le preguntaba si había límite para la llamada gratuita. Un hombre de voz agresiva dijo: «Como si quiere hablar todo el día». Clee estaba de rodillas y yo tenía la mano metida por dentro del pantalón sin tiempo para darme cuenta de lo que estaba pasando. Escocía; el pringue de los caracoles que tenía en los dedos me producía picores en mis partes. Sin embargo, no bastaba con una voz agresiva; ella no podía chupar una voz. Carl estaba por allí mirando, pero no conseguí hacerme la imagen completa. Clee se arrastró por la tienda, de rodillas, la boca abierta como un pez.

—¡Podemos hablar todo el día! —dijo Carl.

Clee iba directa hacia su padre. «No, no —pensé—. Él no.» Pero mis dedos ya estaban acelerando, cada vez más cerca del punto crítico.

—¿Qué tal va todo? ¿Cómo está Clee?

Clee se le aferró no bien él hubo pronunciado su nombre. Ni que decir tiene que Carl se quedó de una pieza.

—Bien, está muy bien —dije. Me costó disimular que jadeaba—. Le encanta su trabajo.

Conmocionado, pero no disgustado, en absoluto. Había algo en todo esto que parecía bueno; no lo era, claro, pero y qué. Él puso la mano en la nuca de la cabeza que tan bien conocía y empujó hacia abajo varias veces, ayudándola a encontrar el ritmo adecuado.

—El viernes estaré ahí; ¿qué tal si os llevo a cenar a un buen restaurante?

En la tienda de teléfonos móviles todo el mundo estaba alucinado; alguien susurró algo sobre la policía, pero el de la voz agresiva dijo que la policía tenía las manos atadas porque aquí no había nadie desnudo. Llevaba razón; los faldones de la camisa de vestir de Carl se abrían dando paso a su miembro y se pegaban a los labios de Clee, y cada vez que ella retiraba un poco la cabeza, aquella cortina se movía con ella. Adelante y atrás, adelante y atrás.

De repente Carl emitió un grito de guerra para indicar que estaba a punto de correrse. Quería durar más, pero su orgullo paterno lo tenía abrumado.

—Sería estupendo —dije con entusiasmo.

—Elegiré un buen sitio —dijo él.

Y entonces eyaculó, no en la boca de su hija, cosa que realmente habría sido punible, sino por dentro de la camisa. Clee tenía la mano allí debajo y le exprimí discretamente las últimas gotas. Me sobrevino una oleada de asco y de tristeza. Añoraba el familiar miembro de Phillip. ¿Dónde estaba yo y dónde él? Había caracoles por todas partes, no solo en el suelo y pegados a las paredes de la cocina, sino por todo el resto de la casa. No eran de los lentos. Uno estaba procreando asexualmente en la pantalla de una lámpara. Vi cómo dos se colaban debajo del sofá. ¿Había tocado fondo o mi problema podía empeorar? Porque era un problema. Yo tenía un problema.

No era la primera vez que me pasaba algo parecido. Cuando tenía nueve años un tío mío, con la mejor intención del mundo, me envió una felicitación. No era la más apropiada para una niña de mi edad, que digamos; se veía a un grupo de pájaros con mala pinta, sombrero ladeado y cigarro puro encajado en el pico jugando a las cartas. Ponía algo que ya no recuerdo, pero en la parte de dentro había una frase que era como un virus o un parásito autorreplicante esperando huésped. Al abrir yo la felicitación salió volando y se me agarró al cerebro sin compasión: «Dios los cría y ellos se juntan». No se podía decir una vez y nada más, había que repetir, repetir y repetir. «Diosloscríayellossejuntan, diosloscríayellossejuntan.» Diez millones de veces al día, en el colegio, en casa, en la bañera, no había manera de escapar. Solo si estaba distraída dejaba de ser tan obsesivo; en cualquier momento una mención a Dios, o una bandada de pájaros o ver a alguien fumando un

habano podía provocar su vuelta. «Diosloscríayellossejuntan, diosloscríayellossejuntan.» No me imaginaba cómo iba a poder llevar una vida normal, casarme, tener hijos, un puesto de trabajo con aquel hándicap. La maldición me persiguió, con altibajos, durante un año entero. Y luego el mismo tío, ajeno al conflicto, me envió otra felicitación para mi décimo cumpleaños. Esta llevaba delante un retrato de una chica tapándose los ojos, obra de Norman Rockwell. Decía: «¿Un año más vieja? ¡No quiero ni verlo!». Y en la parte de dentro: «Porque lo que te pasa a ti, me pasa a mí». Fue como un escopetazo. Cada vez que una bandada de pájaros siniestros iniciaba el descenso, yo entonaba «Loquetepasaatimepasaamí» y al momento desaparecían. Mi tío murió, pero la felicitación continúa estando encima de mi tocador. No me ha fallado nunca.

—Hasta ahora —añadí, inclinándome hacia delante en el diván—. Con esta nueva maldición no me funciona.

Ruth-Anne asintió, compasiva. Habíamos dejado atrás mi conducta inadecuada en la sesión anterior.

—Entonces necesitamos un antídoto —dijo—. Un correctivo para esta maldición en concreto. Pero no puede ser «Loquetepasaatimepasaamí», es demasiado corto.

—Eso pensé yo, que quizá era demasiado corto.

—Necesita algo que requiera un poco de tiempo.

Nos pusimos a pensar en un antídoto tirando a largo.

—¿Qué canciones conoce? ¿Sabe esa de «Adeste fideles»?

—Es que canto fatal. No afino nada —dije.

—Basta con que se sepa la letra. ¿Y «Mary Had a Little Lamb», por ejemplo?

Interpreté la canción con mis peores balidos.

—¿Qué opina? —dijo.

—Pues... —No quería menospreciar su idea—. No estoy segura de querer cantar todo el día esa cancioncita.

—Naturalmente. Eso la volvería más loca aún que las felaciones. Dígame una que le guste. ¿Hay alguna canción que le guste mucho?

Había una. En la facultad una chica la ponía todo el rato; yo siempre esperaba oírla en alguna emisora de radio.

—No sé si podré cantarla.

—Pero ¿la letra se la sabe?

—Sí.

—Pues dígala. Recítela.

Sentí calor y frío a la vez. Estaba temblando. Me puse una mano en la frente y empecé:

—«Will you stay in our Lovers' Story?»

Sonaba espantoso.

—Es una de David Bowie.

Ruth-Anne asintió, animándome a continuar.

*If you stay you won't be sorry
'cause weeee believe in youuuu.*

Más que recitar, boqueaba como un pez; el aire no me entraba y salía de la garganta a la manera habitual.

*Soon you'll grow so take a chance
with a couple of Kooks
hung up on romaaaancing.**

—No sé más.

—¿Qué tal se siente?

—Bueno, la canción ya sé que no estaba bien, pero creo que quizá he captado un poco de su energía.

—Quería decir respecto a Clee.

—Ah.

—Ha tenido un pequeño respiro.

—Igual sí.

Me levanté temprano la mañana siguiente, impaciente por poner a prueba la canción. Me di una ducha con cautela. La maldición se mantenía a distancia. Me vestí y saludé a Rick, que estaba mirando los caracoles muy preocupado.

—¡Buenos días!

Salí con un saludable tazón de té.

—La situación está fuera de control.

—Ya. Creo que encargué demasiados.

—Yo me ocuparé de cuatro. Es la cantidad que me veo capaz de supervisar. No tengo preparación para ocuparme de todo un ejército de caracoles.

—¿Y si los llama? Para que se vayan juntando...

—¿Llamarlos? ¿Y cómo?

—No sé. ¿Con un silbato para caracoles?

No bien hube acabado de decirlo, Clee empezó a chupar el pequeño pito para caracoles que Rick tenía entre las piernas. Él se quedó conmocionado, etcétera...

—Rick, ahora voy a cantar una canción.

—Dudo que funcione. No tienen orejas.

—«Will you stay in our Lovers' Story...?» —Vi que Rick bajaba educadamente los ojos. Como vivía en la calle, había sido testigo de cosas

mucho peores—. «If you stay you won't be sorry, 'cause weee belieeeeve in you.»

Surtió cierto efecto. No fue como decir «abracadabra» y que desaparezca un conejo, plas. Fue como decir «abracadabra» mil millones de veces durante años, hasta que el conejo muriera de puro viejo, y seguir diciéndolo hasta que el conejo se hubiera descompuesto del todo y la tierra absorbiera sus nutrientes, plas. Requirió mucha dedicación, cosa que yo tenía cuando me desperté, pero con el paso de las horas fui decayendo. Enfrentada al dilema de cantar o frotarle el cálido coño a través de los tejanos, acababa decidiendo que mejor empezar mañana.

Carl llevaba puestos unos mocasines clásicos que repiqueteaban en la acera como zapatos de claqué. Hubo cierta confusión sobre quién debía sentarse delante, si yo, porque era la mayor, o Clee. Al final me senté detrás. Nadie dijo nada durante el trayecto.

El vino no le gustó a Carl; pidió otra botella.

—Es por eso por lo que te lo dan a probar —explicó—. Quieren que seas feliz.

Clee parecía aburrida, pero yo la conocía lo suficiente para saber que era una pose y nada más. Se preguntaba, lo mismo que yo, qué hacíamos las dos allí. Sus pezones, en cambio, no mostraban aburrimiento; allí estaban, erguidos, firmes bajo el vestido de tubo color verde. Me fue difícil tararear la canción y al mismo tiempo seguir el hilo del diálogo.

Carl me enseñó su nuevo teléfono móvil y me sentí fatal. ¿Y si todo respondía a que yo le había hecho venir, al provocarle un indecoroso y abrumador deseo de ver a su hija? Pero Carl no la estaba mirando a ella. Tomó un buen sorbo de vino y me observó por encima del borde del cristal.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, Cheryl?

—Veintitrés.

—¿Tantos? Mucho compromiso mutuo, mucha confianza mutua.

Al decir «confianza» hizo un gesto en dirección a Clee; ella estaba mordiéndose un padraastro, los ojos como platos. Carl lo sabía; Kristof le había contado lo de los vídeos que me llevé. El resto lo había adivinado por su cuenta. Moretones. El traje antigolpes que había desaparecido.

—Creo que ya sabes lo que voy a decir.

Se había puesto muy serio. Yo empecé a respirar con dificultad.

—Suzanne quería estar presente, por cierto. Así que lo que diré es cosa de los dos. —Levantó la mano con que sujetaba la cuchara—. Cheryl: ¿nos harías el gran honor de entrar a formar parte de la junta?

Clee cerró un momento los ojos, para recuperarse. Carl vio cómo una súbita rojez me cubría la cara; por fortuna, el sarpullido no llevaba subtítulos ni signos explicativos. Incliné la cabeza.

—Carl, Suzanne, Nakako, Jim y Phillip pueden estar en la junta solos — empecé a decir—; son los mejores para estar en la junta, yo me apunto aunque no soy de gran ayuda, porque no se me da bien estar en la junta.

Carl me dio un golpecito con una cuchara en cada hombro; eso en la oficina no lo hacíamos, y seguramente en Japón tampoco.

—Por Cheryl —dijo, levantando su copa.

Clee levantó la suya propia, y quizá fue el alivio que ambas compartimos en ese momento, pero casi la miré con ternura. Últimamente apenas si había pensado en ella, aparte de para intentar meterle (mentalmente) tubérculos y pólipos en la vagina o la boca. ¿Qué tal le iba ahora? El vino era bastante fuerte; sus vapores se desparramaron detrás de mi frente. Carl volvió a servirme.

—Phil Bettelheim se baja del carro, así que teníamos una vacante que

cubrir.

Mi expresión no cambió, me aseguré de que así fuera.

—Pero hemos quedado como amigos. Phil hizo una importante donación al marcharse.

Sonreí con la servilleta delante. La gracia de la junta no era otra que estar cerca de él, claro, pero ocupar su lugar también era interesante. Casi mejor. Por primera vez entendí lo de los puros, poder encender uno y relajarse.

Clee y yo habíamos pedido ternera tres delicias; mi plato me lo sirvieron a velocidad normal, a Clee el suyo a cámara lenta. Miré el rojo y largo gáznate del camarero en el momento en que tragaba sin saliva. Hacía bastante tiempo que no veía ocurrir eso en la vida real, y de repente no me pareció tan buena idea que ella le agarrara el miembro tieso durante un par de minutos. Menos aún puesto que Phillip estaba allí mismo, hinchándose bajo la mesa. Le lancé una mirada al camarero para que supiera que ella estaba comprometida; se marchó a toda prisa.

Tres minutos más tarde volvía para preguntar qué tal estaba todo. Se valió de la pregunta para lamerle las tetas a Clee con sus ojos de perro.

—Ese camarero se ha pasado de la raya —dije en cuanto se hubo alejado.

Sin querer, me salió un tono de voz grave y brusco, la voz de Phillip. Fue muy sutil; Carl no se percató de ello. Pero Clee ladeó la cabeza y pestañeó. Luego alzó rápidamente una mano para avisar al camarero.

—Creo que a mi silla le pasa algo.

—Oh, no —dijo él, consternado.

—Pues sí. Parece que se me ha enganchado el vestido.

Se puso de pie y el camarero examinó la silla.

—Yo no veo nada, pero permita que le traiga otra.

—¿Usted cree? ¿Ha visto si mi vestido tiene algún enganchón?

El camarero, tras dudar un momento, se agachó con cautela para examinar

el trasero de Clee.

Ella se volvió y le dedicó una sonrisita. Al hombre se le movió la perilla hacia delante. Las energías de ambos se trabaron como dos manos en un apretón, un pacto para realizar el coito lo antes posible.

—Me llamo Keith —dijo él.

—Hola, Keith.

Dejé mi copa con violencia sobre la mesa y Keith y Clee intercambiaron una mirada de miedo fingido. Él me había tomado por la madre de Clee. No tenía experiencia suficiente para adivinar que yo tal vez estaba cachonda y temblando de mala manera. Qué susto se llevaría cuando me inclinara sobre la mesa, le levantara a ella el vestido e introdujera mi miembro en su prieto ojete. Embestiría con ambos brazos en alto, mostrándoles a todos los presentes —incluidos chefs, pinches y camareros— que yo no era la madre de la chica.

Con cada nuevo plato se sentían más y más cómodos con el cuerpo del otro. El camarero recitó la lista de postres mientras le masajeara los hombros.

—¿Le conoces? —preguntó Carl, perplejo.

—Se llama Keith —dijo ella.

Pero cuando Keith salió del local detrás de Clee y le pidió el número de teléfono, ella dijo:

—¿Por qué no me das tú el tuyo?

De regreso, Clee no dijo palabra.

No bien hube cerrado la puerta una vez en casa, me agarró del pelo y me tiró de la cabeza hacia atrás. Emití un ruidito ahogado. Aquí no había trama; era una pelea al viejo estilo. Tardé un poco en reorganizarme, intercambiar nuestros papeles y convertirme en Phillip. Él la empujó contra la pared. Sí. Ya hacía un tiempo que no le metíamos marcha; era justo lo que yo necesitaba para soltarme. Ella se lo merecía por su casquivano

comportamiento. Me atizó palmetazos en los pechos, algo que no había hecho hasta ahora y que no entraba en ninguna de las simulaciones que yo había visto. Me supuso un gran esfuerzo de concentración experimentar lo que se sentía abofeteando los pechos de Clee. Tal vez por eso mi expresión facial era agresiva, o varonil, no sé. Ignoro lo que vio ella.

—¿Qué haces? —dijo, dando un paso atrás.

—¿Yo? Nada.

Respiró varias veces con la boca abierta.

—Estás pensando guarradas.

—No, señora —dije al punto.

—Anda, ya. Te estabas cagando encima de mi cara, o algo así.

Aunque yo no estaba haciendo nada parecido, deduzco que en términos generales algo había de eso. Supuse que me había cagado encima de ella sin parar durante todo el mes. Clee estaba esperando a que yo dijese algo, que diera alguna explicación, algo en mi defensa.

—No era... —me resistía a pronunciar la palabra— mierda.

—Mierda, meados, leche, da igual. Me has dejado toda pringada. —Se señaló la cara, el pelo, el pecho—. ¿No es verdad, eh? ¿No es verdad?

—Perdona —dije.

Puso cara de sentirse traicionada, más traicionada que el más traicionado personaje de Shakespeare.

—Pensaba que tú, tú precisamente... —su voz bajó hasta el susurro—, sabrías ser amable.

—Lo siento mucho.

—¿Sabes cuántas veces me ha ocurrido esto?

Se señaló el rostro como si estuviera toda ella realmente pringada de algo.

Pensé en diferentes cifras: setenta y tres, cuarenta y nueve, cincuenta.

—Siempre —dijo—. Esto pasa siempre.

Dio media vuelta, y como no tenía habitación propia se metió en el cuarto de baño, cerró la puerta y corrió el pestillo.

El mapamundi se despegó de la pared y resbaló hasta el suelo. Volví a colgarlo, despacio. Sus sentimientos. Había herido sus sentimientos. Ella los tenía y yo se los había herido. Me quedé mirando la puerta del baño con una mano apoyada en la pared para no caerme.

Ruth-Anne sugirió que me ciñera al plan, que no me preocupara de si la canción funcionaba o no; que la cantara y listo. Pero después de unos días de castidad y esperanza, algo me hacía caer otra vez. En una ocasión empecé a soñar que Clee estaba duchándose con Phillip —enjabonamiento mutuo— y cuando desperté fingí estar todavía dormida mientras eyaculaba. Otro día le metí en la boca el miembro erecto, apenas un instante, para demostrar quién mandaba allí y demostrarme que podía hacerlo sin ser nuevamente presa del hechizo, pero resultó que no era yo quien mandaba, sino la maldición, y hacerlo una vez supuso hacerlo quince veces más en los dos días siguientes, para a continuación caer en un cenagal de vergüenza. Y Clee lo sabía; ahora, de alguna manera, podía adivinar cuándo había yo eyaculado encima de ella. La oí hablar por teléfono con Kate sobre cuánto dinero más necesitaba para tener una vivienda propia; no era mucho.

A veces apenas si podía murmurar «Will you stay in our Lover's Story?», pero funcionaba mejor cuando lo hacía a pleno pulmón, cuando mi voz explotaba, ya fuera mentalmente o dentro del coche: «If you stay you won't be sorry!». Cuando ella no estaba en casa, lo hacía con movimientos tipo tai chi porque había comprobado que me ayudaban a concentrarme mucho más en la tarea. Estaban haciendo obras en las alcantarillas de enfrente; cortaban el pavimento con un chirrido ensordecedor, y cada vez que aquel vehículo

amarillo daba marcha atrás, se oía el bip, bip, bip. Bip. Cantar mentalmente y no perder el ritmo de la canción por culpa del bip, bip, bip enemigo requería un gran esfuerzo. Canté tres días seguidos con los bips de fondo, entre cinco y siete horas diarias, hasta que no pude más y salí de casa hecha una fiera. La máquina amarilla, vista de cerca, imponía; yo era una enana ante sus fauces. Y el hombre que la manejaba, su amo, era proporcional a dichas fauces. Estaba bebiendo Gatorade a boca llena, la cabeza echada hacia atrás, y el sudor le corría por la jeta carnosa. Era la clase de hombre cuyo miembro deseaba yo que Clee chupara.

—Perdone —le dije—. ¿Sabe si tendrá que dar marcha atrás muchas veces? Es que vivo en esa casa, y el bip bip es muy fuerte.

—Muchas. —Miró a su espalda—. Sí, muchas veces todavía.

Se levantó un poco de brisa fresca y deduje que debía de ser muy agradable para aquella cara sudorosa, pero eso fue todo. De sus otras sensaciones no sabía nada.

—Siento el ruidazo —añadió.

—Descuide —dije yo—. Agradezco todo lo que está haciendo.

Se enderezó un poco y yo esperé a ver si su embarazosa dignidad, tan prometedora en potencia, enardecía a Clee. Pero no, nada: la maldición se había roto. Me había empleado a fondo con la canción; ya no tendría que cantarla nunca más. Cuando volvía a casa reparé por primera vez en el naranjo del vecino. Casi parecía irreal. Aspiré el olor a cítrico, a mar, a polución atmosférica: podía olerlo todo. Y verlo todo también. El aire se me atascó en la garganta. Caí sobre la acera, aporreada por la visión de una mujer madura que no podía parar de manosearse. Pasaron coches, unos a toda prisa, otros reduciendo la marcha para mirar asombrados.

No me agredió en todo el mes de julio. Ni me habló tampoco. Ni me miró. La vulgar era yo, yo quien la había ensuciado, y no al revés. ¿Cómo habíamos llegado a esto y cómo podía yo rehabilitar mi nombre? Estaba dispuesta a hacer actos de penitencia tan pronto se presentara la oportunidad, pero no hubo tal. Las horas, en cambio, transcurrían a paso de tortuga y ella estaba cada vez más cerca de mudarse. Cosa que en principio debía alegrarme pero que, absurdamente, me destrozaba por dentro.

El último día del mes, una manta de calor descendió en plena noche y despertó a todo el mundo, provocando arrebatos de ira. Miré por la ventana de la cocina hacia la noche sin luna y agucé el oído. Un animal estaba siendo atacado en el patio de atrás, probablemente sería algún coyote dando cuenta de una mofeta, pero a lo bruto, sin destreza. Unos minutos después oí que Clee se acercaba desde la sala de estar. Escuchamos los alaridos del animal en su agonía; el tono había entrado en el registro humano, y cada exclamación contenía una vocal u otra. En cuanto se formaran palabras, yo iría y pondría fin a aquello. Las palabras, aun toscamente formadas, cambiarían el juego por completo. Serían fortuitas, claro está —del mismo modo que un hombre al ser torturado podía emitir sonidos propios de un cerdo—, pero aun así me vería obligada a intervenir. Ambas estábamos atentas a que sonase una palabra. Tal vez «Socorro», o un nombre propio, o «No, por favor».

Pero murió sin tiempo para nada de eso: un silencio brusco.

—Yo no creo en el aborto —susurró Clee, meneando la cabeza con aire

triste.

Era una extraña manera de enfocarlo, pero daba igual: Clee me dirigía la palabra.

—Opino que debería ser ilegal —añadió—. ¿Y tú?

Intenté ver algo en la oscuridad del patio. No, yo no. Yo había firmado peticiones para que no lo fuera. Claro que tal vez se refería a lo que acabábamos de hacer, o de no hacer.

—Yo estoy de parte de la vida —dije, no en el sentido antiabortista, sino simplemente de ser fan de la vida.

Ella asintió varias veces, muy de acuerdo. Volvimos a nuestras camas respectivas con cierto aire de ceremonia, como dos diplomáticos que acabaran de firmar un tratado de histórica importancia. Yo había sido perdonada, pero la atmósfera había cambiado entre las dos. Por la mañana le preguntaría: «¿Sabes dónde está la farmacia más cercana?». La vi sonreír con alivio, como si le hubiera pedido para bailar. Todo perdonado.

El día comenzó con una llamada telefónica. Suzanne estaba que se subía por las paredes.

—No quiero tener nada que ver en esto. Y no me siento para nada culpable. ¿Te he despertado?

—No.

Eran las seis.

—Si lo tuviera, me pondría furiosa con ella, pero pensaría que mi obligación era implicarme. Según la mamá de Kate, no es ese el plan. Estupidez fingida y nada más. Lo hace para poder sentirse como una porquería de chica cristiana, como Kate, como todas ellas.

Notaba un cosquilleo en el cerebro, como cuando tienes la sensación de

que estás a punto de recordar una palabra. Supe que en cuestión de segundos entendería de qué me estaba hablando Suzanne.

—Te doy permiso para que la eches ahora mismo; mejor dicho, insisto en que la eches. Necesita un baño de realidad. ¿Quién es el padre? Que se vaya a vivir con él.

El padre. ¿Papá Noel? ¿Padre, pobre, peltre, puente? ¿Me estaba saliendo líquido de la oreja? Fui a mirarme en el espejo; pues no. Pero mirarme la cara resultó interesante. Estaba haciendo toda una exagerada representación teatral de una persona estupefacta: la boca abierta, los ojos saltones y desorbitados, la tez pálida. En alguna parte una maza blanda golpeó un címbalo gigante.

La palabra que definía eso de que estábamos hablando era «preñada».

Clee estaba preñada.

¿Había muchas maneras de quedarse en estado? Muchas no. ¿Podías quedarte preñada por culpa de una fuente pública? No. El oído me pitaba de tal modo que apenas si pude oír cómo me preguntaba Suzanne si sabía quién era el padre; tampoco me fue fácil escuchar mi respuesta.

—No —chillé.

—Kate tampoco lo sabe. ¿Está Clee en casa?

Abrí la puerta apenas un dedo. Allí estaba, metida en su saco de dormir, incorporada. Tenía el rostro como hinchado, quizá de llorar, o quizá de la mera preñez.

—Está —dije en voz baja.

—Bien, pues dile que se las apañe ella sola. Se lo diría yo misma, pero no me contesta las llamadas. Mira, ¿sabes qué? No le digas nada, pero asegúrate de que no se va. Dentro de media hora estoy ahí.

Ella había violado el contrato. Esto no lo cubría, naturalmente, ¿por qué iba a cubrirlo? ¿Y qué me importaba a mí? ¿Contrato? ¿Qué contrato, si no teníamos ninguno? Pegué la cara a la sábana, asfixiándome. ¿Era el

fontanero? No, claro que no era el fontanero; aquello fue una cosa imaginada. Pero algo no imaginario había sucedido, a buen seguro más de una vez, probablemente muchas, y con numerosas personas. Así era ella. Vale, pues muy bien. No era asunto de mi incumbencia. Que realizara todos los coitos no imaginarios que le diese la gana. Naturalmente, tendría que largarse de casa; nuestro contrato quedaba anulado. ¿Qué contrato? ¿Y dónde lo habían hecho?, ¿en mi cama? Yo misma tiraría a la calle sus bolsas de basura. Me puse ropa de gimnasia para tener más libertad de movimientos.

El Volvo de Suzanne llegó sin hacer ruido; debía de haber apagado el motor en el último trecho. Intenté mostrarle el pulgar levantado desde la ventana, pero no me vio. Ella también vestía ropa deportiva y parecía haber estado peleando con sus lágrimas durante todo el trayecto; ahora estaba lista para entrar a matar. Llamó con vehemencia a la puerta, no sé si con un pico metálico o con las llaves. Eché los hombros hacia atrás y salí del dormitorio con cara de póquer.

Clee estaba espiando por un resquicio en las cortinas del salón. Miró primero la cara de su madre roja de ira y después la mía; mi ropa de gimnasia y luego la de su madre. Con los brazos cruzados sobre la tripa retrocedió hasta chocar con la pared donde estaban sus bolsas de basura. Toc, toc, toc, hizo el pico. Toc, toc. Reparé en los pies descalzos de Clee; tenía uno encima del otro, protegiéndolo. Toc, toc, toc. Ambas miramos hacia la puerta, que temblaba un poco. Suzanne empezó a aporrearla.

Abrí. No la puerta grande, sino la pequeñita encajada en ella. Era apenas lo bastante grande como para que cupieran todas mis facciones. Las pegué al rectángulo y miré a Suzanne.

—¿Sigue ahí? —preguntó con voz apenas audible, señalando hacia las ventanas con gesto conspiratorio.

—Me parece que ahora no quiere verte —dijo la puerta.

Suzanne pestañeó, presa del desconcierto. Pegué el cuerpo a la madera y dije:

—Aquí no hay nadie. Váyase.

—Venga, Cheryl, ja, ja. Muy teatral. Deja que hable con Clee.

Miré a la aludida. Ella negó con la cabeza al tiempo que me dedicaba un esbozo de sonrisa agradecida. Redoblé, retripliqué mis esfuerzos.

—No quiere hablar contigo, Suzanne.

—Pues no le queda más remedio.

El picaporte empezó a sacudirse frenéticamente.

—Es de cerradura doble —dije.

Suzanne estampó el puño en la pequeña rejilla de hierro tras la cual estaba mi cara. Para eso precisamente era la rejilla. Se miró el puño y luego miró hacia su coche, y vio el de Clee aparcado detrás, el coche que había sido de Suzanne. Por momentos pareció una madre cansada y preocupada, incapaz de expresarse con gentileza.

—Todo irá bien —dije—. No le pasará nada. Yo me ocupo.

Suzanne me miró con ojos entornados; el rectángulo se me estaba clavando en la piel.

—¿Me das permiso al menos para ir al baño? —preguntó con frialdad.

Cerré la puertecilla un momento.

—Dice que quiere ir al baño.

A Clee le brillaban los ojos.

—Déjala pasar —dijo con cautelosa magnanimidad.

Descorrí los pestillos y abrí la puerta. Suzanne dudó un momento, mirando a su hija como si tuviera un último plan descabellado en mente. Clee le indicó la dirección del baño. La oímos orinar y tirar de la cadena y lavarse las manos. Salió de casa sin mirarnos ni a la una ni a la otra, y el Volvo arrancó.

Clee tomó un largo trago de una Diet Pepsi hace tiempo disipada y lanzó la

botella vacía hacia donde estaba el cubo de la basura, en la cocina. La botella cayó y rebotó en el suelo. Entonces comprendí. Me había perdonado, en caliente, de manera provisional pero no de corazón. Con todo el lío yo me había olvidado de hacer la cama; fui hacia el dormitorio.

—Oye —dijo Clee en voz alta. Me detuve—. Quizá no sepa mucho sobre salud y todo ese rollo, pero me imagino que tú seguramente sabrás qué es lo que debería comer. Vitaminas o cosas por el estilo.

Volví la cabeza y la miré desde la puerta de mi dormitorio. Ella estaba de pie en la luna y si yo decía algo estaría en la luna también, a su lado. Con ella y lejos de todo lo demás. Parece que esté muy distante, pero basta con alargar el brazo y la puedes tocar.

—Bien —dije pausadamente—, de entrada deberías tomar vitaminas prenatales. ¿Y de cuánto estás ya?

Me salió espontáneamente, como si hubiera tenido la frase esperando en la punta de la lengua.

—Once semanas, creo. No estoy segura del todo.

—Pero sí de que quieres tenerlo.

—No, qué va —rió—. Lo daré en adopción. ¿Tú me imaginas a mí de madre?

Reí también.

—No quería ser grosera, pero...

Hizo como que acunaba un bebé, meciéndolo a lo bestia con una sonrisa de loca en los labios.

En la duodécima semana era solo un tubo neural, una columna sin espalda; la semana siguiente la parte superior del tubo engordaba hasta formar una

cabeza, con puntos oscuros a cada lado que con el tiempo serían ojos. Le fui leyendo estas cosas en voz alta cada semana, de la página de Grobaby.com

—¿Atasco total? La culpa es de esas malditas hormonas del embarazo. Hora de ingerir mucha fibra.

Clee iba estreñida, me confesó, desde principios de semana. La página web tenía una misteriosa habilidad para predecir lo que iba a pasarle, como si su cuerpo reaccionara conforme a las actualizaciones semanales. De ahí que yo a menudo le insistiera en ciertas partes. («Manos y pies palmeados aparecen esta semana. Manos y pies: esta semana. Y serán “palmeados”.») Si accidentalmente me saltaba una semana, las células hacían señas a la espera de nuevas instrucciones. Clee se tomaba las vitaminas y lo que yo le daba de comer, pero la aterraba la idea de hacerse un chequeo prenatal.

—Ya iré cuando falte menos —dijo un día, encorvada sobre su saco de dormir.

No quise insistir. Hablar así con ella era como representar un rol, no muy diferente de «Mujer preguntando una dirección»: «Mujer cuidando de muchacha embarazada».

—No quiero que me toquen médicos, enfermeras ni nada por el estilo —dijo horas más tarde—. Tiene que ser un parto en casa.

—Ya, pero has de hacerte un chequeo. ¿Y si hay algún problema?

Se me ocurrían las frases adecuadas como si hubiera visto a Dana diciendo eso en un vídeo.

—No habrá ningún problema.

—Esperemos que tengas razón, porque a veces pasa que no sale como debería salir; crees que llevas un bebé y resulta que solo son trocitos inconexos, y cuando empujas y lo sacas es como sopa de arroz con pollo.

Cuando el doctor Binwali nos enseñó el feto en la ecografía, yo estaba

segura de que lloraría como cualquier astronauta al ver la Tierra desde el espacio, pero lo que hizo fue mirar para otro lado.

—No quiero saber el género.

—Oh, descuide, es demasiado pronto para eso —dijo el doctor. Pero ella miró rápidamente al techo, a fin de evitar la visión de sus propias piernas abiertas. Clee quería decir nunca. Confiaba en no verlo jamás—. Puede que la abuela sienta curiosidad por ver el último trocito de la cola —añadió el doctor, tocando la pantalla con la punta de un dedo.

No le corregimos, ni ella ni yo. Todo nos iba rodado; la gente buena del mundo se afanaba en abrir puertas y cargar bolsas a beneficio de madres e hijas, y nosotras nos dejábamos querer.

Su silueta debería haber tomado una apariencia de fertilidad, pero lo que más me llamaba la atención era su abultada barbilla y su masculina manera de moverse. Sumado a la barriga hinchada, el resultado era una imagen peculiar, por no decir estrambótica. Cuanto más embarazada estaba, menos mujer era. Cuando nos encontrábamos en público yo miraba a ver si la otra gente daba un respingo o reaccionaba de manera extraña. Aparentemente, sin embargo, la única que veía algo era yo.

—«Semana decimoséptima» —leí—. «En esta semana tu bebé desarrolla grasa corporal (¡bienvenido al club!), así como sus únicas y personales huellas dactilares.» —Yo no sabía si me estaba escuchando—. Bien, pues a hacer grasa y huellas dactilares esta semana —dije, a modo de resumen.

Ella levantó un caracol de la mesita baja y me lo pasó. Fui a tirarlo al cubo que teníamos tapado junto a la puerta principal; Rick se iba ocupando de ellos.

—«Tu bebé pesa 16,70 gramos y es del tamaño de una cebolla.»

—Di «el bebé», no «tu bebé».

—El bebé es del tamaño de una cebolla. ¿Quieres que te lea «Consejo de nuestras lectoras»?

Se encogió de hombros.

—«Consejo de nuestras lectoras: no derrochéis en ropa premamá, ¡coged prestadas las camisas de vestir de vuestro marido!»

Clee se miró la barriga; era como si por debajo del top asomara una tripa cervecera.

—Yo tengo una camisa que podrías usar —dije.

Me siguió hasta el armario ropero. Todas las prendas estaban limpias, pero en conjunto despedían un aroma íntimo y untuoso en el que no había reparado hasta entonces. Ella empezó a mover perchas. De repente, sacó un vestido largo de pana, de color verde, y lo sostuvo en alto.

—Es de torti —dijo.

Era el vestido que yo me había puesto para salir aquella vez con Mark Kwon, el padre de Kate. ¡Qué rápido lo había encontrado! Tenía unas mangas feas y botoncitos a todo lo largo, desde el repulgo de la falda a media pantorrilla hasta el cuello alto, unos treinta o cuarenta botones.

—Seguramente todavía te vale.

—No lo creo.

Una mujer más mayor, de sangre azul y cabello blanco y pendientes de perlas auténticas, habría estado elegante con él. Cualquiera más joven o más pobre parecería un soldado de uno de esos países donde se ven mujeres empuñando armas automáticas. Saqué la percha con mi camisa de hombre de raya fina. Clee se la llevó al cuarto de baño, pero cuando volvió a salir seguía con el top puesto.

—No es mi estilo —dijo, y me la devolvió.

—¿Tú lo ves como algo natural? ¿Lo de estar preñada? —le pregunté.

—Es algo natural —respondió—. Pero los médicos y demás hacen que sea todo lo contrario.

Su amiga Kelly había dado a luz en la bañera de su casa. Y su amiga Desia también. Por lo visto, en Ojai había todo un grupo de chicas que habían dado a sus bebés en adopción a través de Philomena Family Services, una organización cristiana; todos ellos paridos en casa vía comadrona.

—Pero aquí en Los Ángeles los hospitales son muy buenos; no tienes por qué hacerlo así.

—No me digas lo que debo o no debo hacer —replicó ella, entornando los ojos.

Por un momento pensé que me empujaría contra la pared, pero no, claro. Eso se había terminado.

En Open Palm todo el mundo estaba al corriente, y a todos les parecía un gran detalle que yo la hubiera «recogido».

—No, si ella ya estaba en casa; lo único que hice fue no ponerla de patitas en la calle.

—Bueno, ya me entiendes —dijo Jim—. Arriesgando tu puesto de trabajo.

Mi puesto de trabajo no corría ningún peligro; Suzanne y Carl les sacaban noticias de Clee a mis compañeros de oficina. Después de cada visita médica, me ocupaba de diseminar y divulgar la información. Todos daban por sentado que yo sabía quién era el padre; yo no sabía nada de nada. Abordar la cuestión sin recordar al mismo tiempo nuestro propio pasado en común, las simulaciones, mi traición, se me antojaba imposible. Había un acuerdo tácito entre las dos: no mirar atrás.

Hacia la mitad del segundo trimestre vi a Phillip. Estaba aparcando su Land Rover justo cuando yo salía de la oficina. Me metí en un portal y

aguardé veinte minutos mientras él hablaba por teléfono desde el coche, seguramente con Kirsten. No quise pensar en ello. Las cosas estaban en un equilibrio precario y era preciso que siguieran así. Por fin, cuando pude volver al coche, las piernas me temblaban y toda yo apestaba a sudor.

Todas las noches la oía ir tambaleándose hacia el baño, chocar con el marco de la puerta y darle otro viaje al salir. Era una tortura.

Al final, una noche le grité desde la cama:

—¡Ten cuidado!

Se detuvo al instante. A través de la puerta entreabierta de mi cuarto la vi allí de pie, a la luz de la luna, tocándose la tripa con expresión de pasmo; como si la preñez le hubiera acaecido de golpe y porrazo justo en aquel momento.

—¿Fue Keith? —pregunté en voz alta.

No se movió. Desde mi cama no era posible saber si estaba despierta o si se había quedado dormida de pie.

—¿Fue uno de los que estaban en la fiesta? ¿Pasó allí, en la fiesta?

—No —respondió con voz ronca—. Fue en su casa.

O sea que él tenía «casa» y lo hicieron allí y lo que hubo fue sexo. Era más o menos lo que me interesaba saber.

—Esto es una pesadilla —dijo, las manos sobre el vientre.

—¿Ah, sí? —Me moría de ganas de saber más. Ella volvió pesadamente al sofá—. ¿Ah, sí? —grité de nuevo, pero ella ya debía de estar medio dormida.

Seguro, tener algo dentro que iba creciendo y a quien esperabas no verle nunca la cara solo podía ser una pesadilla.

A la mañana siguiente hice un intento de fisgonear un poco más.

—Opino que por razones de seguridad debería saber quién es el padre. ¿Y

si te ocurre algo? La responsable soy yo.

Me miró con sorpresa, casi ligeramente emocionada.

—No quiero que él lo sepa. No es una buena persona —dijo en voz queda.

—¿Y cómo pudiste hacer eso con alguien que no es buena persona?

—No lo sé.

—Si no hubo consentimiento mutuo, entonces deberíamos llamar a la policía.

—No es que no hubiera consentimiento mutuo, sino que no es el tipo de persona que yo suelo buscar.

¿Cómo llegaron al consenso previo? ¿Votaron, quizá? ¿Los que estaban a favor dijeron «Sí»? Sí, sí, sí... Fui al cuarto de la plancha y volví a salir con un boli, un papel y un sobre.

—Te prometo que no lo abriré.

Se metió en el cuarto de baño para escribir el nombre. Cuando salió introdujo el sobre entre dos libros de la estantería y luego dejó con cuidado la lengüeta de una lata de refresco delante de los libros. Como si fuera imposible volver a dejar la lengüeta de una lata de refresco exactamente donde estaba.

Actué con rapidez. Lo primero, concertar una cita urgente con la terapeuta antes de que Clee tuviera tiempo de pensar si le convenía fiarse de mí. En cuanto estuve detrás del biombo de hacer pipí le pedí a Ruth-Anne que buscara en mi bolso.

—Hay un sobre cerrado y un sobre vacío abierto —dije—. Abra el que está cerrado.

—¿Lo rasgo y ya está?

—Ábralo como si fuera un sobre cualquiera.

Oí un ruido: su sistema era chapucero.

—Ya está.

—¿Hay un nombre escrito en un papel?

—Sí. ¿Quiere que se lo lea?

—No, no. ¿Es de hombre?

—Sí.

—Bien. —Cerré los ojos como si el hombre en cuestión estuviera al otro lado del biombo—. Anótelo, por favor.

—¿Dónde?

—Donde sea, en una tarjetita de esas para apuntar la siguiente cita.

—Vale. Listo.

—¿Ya? —Era un nombre muy corto. No un nombre raro, largo, extranjero, con muchos acentos y umlauts que hubiera que mirar dos veces—. Bueno, ahora meta el papel en el sobre abierto y ciérrelo.

Oí un frufú de papeles y luego un golpe.

—¿Qué hace?

—Nada. Se me han caído al suelo y al recogerlos me he dado en la cabeza contra la mesa.

—¿Se encuentra bien?

—Pues un poco mareada, la verdad.

—¿El sobre está bien cerrado?

—Sí, ahora sí.

—Bien. Ahora meta el sobre en mi bolso y deje la tarjetita con el nombre en un sitio donde yo no pueda verla.

Ruth-Anne se rió.

—¿Dónde está la gracia?

—No, es que la he escondido en un sitio muy bueno.

—Entonces ¿ya está? Voy a salir, ¿de acuerdo?

—Sí.

Ruth-Anne estaba de pie, los ojos muy abiertos, sonriente, las manos detrás de la espalda. El sobre, convertido en mil y un pedacitos esparcidos por toda la alfombra. Cuando haces autenticar algo, el procedimiento en sí suele tener visos de cosa digna, aunque el notario sea un simple empleado. Yo me esperaba algo en esa onda.

—¿Qué esconde ahí detrás?

Pasó las manos al frente, vacías. Estaba volviendo los ojos de un modo extraño hacia un costado de la sala.

—¿Qué hace ahora? ¿Por qué mira hacia allá?

Ruth-Anne volvió a mirar al frente. Apretó los labios, enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—¿La tarjeta está allí?

Se encogió de hombros otra vez.

—No quiero saber dónde la ha puesto. —Me senté en el diván—. Imagino que esto no es muy ético. —Esperé a que ella me hiciera desembuchar. Quedaban unos diez minutos de sesión. Se sentó y se frotó la barbilla sujetándose el codo y cabeceando exageradamente. Parecía representar el papel de un terapeuta burlón, como si un niño fingiera serlo—. No quiero romper la promesa que le hice a Clee —continué—, pero quiero tener la opción de saberlo. ¿Y si surge algún problema? ¿Y si necesitáramos el historial médico del padre? ¿A usted le parece mal?

Algo se deslizó pared abajo. Ruth-Anne agrandó los ojos, pero se esforzó en fingir que no pasaba nada.

—¿Eso era la tarjeta?

Asintió vigorosamente. La había escondido detrás de uno de sus diplomas y ahora yacía en el suelo. Desvió la vista.

—No hace falta esconderla como si fuera un huevo de Pascua. Métala en

un cajón de su mesa.

Corrió a buscarla, pero no volvió a su mesa sino que salió a la recepción y cerró un cajón de allí como si la tarjetita fuera un individuo díscolo que pudiera fugarse en cualquier momento.

—¿Dónde estábamos? —dijo al volver, sin resuello, y adoptó de nuevo la pose terapéutica.

—Le preguntaba si a usted le parecía mal esto.

—Y yo ya se lo he dicho.

De repente volvía a ser la de siempre, muy digna e inteligente.

—No entiendo.

—Ha querido jugar como una niña, y eso hemos hecho.

Me recosté en el diván y los ojos me escocieron de lágrimas secas. Por eso era tan buena terapeuta, siempre encontraba la manera de ponerte entre la espada y la pared.

—Puede tirar la tarjeta —le dije, desinflada.

—La tendré guardada ahí todo el tiempo que usted quiera. La vida está llena de travesuras infantiles. No renuncie a jugar, pero sea consciente de ello: «Oh, siento que me apetece jugar como una niña. ¿Por qué? ¿Por qué quiero ser niña otra vez?».

Confié en que no me obligara a responder.

—¿Alguna vez ha considerado la técnica del *rebirthing*?

—No sé qué es eso, ¿nacer otra vez?

—Renacer, más bien. El doctor Broyard y yo hemos pensado que quizá sería buena idea.

—¿Le ha hablado de mí al doctor Broyard?

Ruth-Anne asintió.

—¿Y la confidencialidad?

—No es aplicable entre profesionales del mismo ramo. ¿Un especialista en

pulmón le negaría información a un neurólogo?

—Ah, ya.

No había caído en la cuenta de que yo fuera un caso grave.

—Estamos habilitados para trabajar en equipo —dijo, señalando hacia un diploma en la pared.

Traté de leer lo que ponía desde el diván: MÁSTER EN REBIRTHING TRASCENDENTAL.

—¿En serio le parece necesario?

—¿Necesario? No se trata de eso. Necesario sería comer lo suficiente para sobrevivir. ¿Fue usted feliz en el útero?

—No lo sé.

—Lo sabrá después de una sesión con nosotros. Recordará cuando era una simple célula, y luego una blástula, y cómo se contraía y se expandía violentamente. —Hizo una mueca al tiempo que contraía el torso con un escalofrío teatral y a continuación gruñía al expandirlo—. Ese movimiento está dentro de usted. Y es una pesada carga para una niña pequeña.

Me imaginé tendida en el suelo con la entropierna de Ruth-Anne pegada a mi coronilla.

—¿Por qué tiene que estar presente el doctor Broyard?

—Buena pregunta. Todo bebé puede tener conciencia antes incluso de la fertilización, como dos animales independientes: espermatozoide y huevo. Nos gusta empezar por ahí.

—¿Por la fertilización?

—Naturalmente, es solo un ritual que la simboliza. El doctor Broyard haría el papel de espermatozoide y yo el de óvulo. La sala de espera —señaló en aquella dirección— se convierte en el útero y usted nace al franquear esa puerta.

Miré la puerta.

—Ha venido con su mujer a pasar el fin de semana, un viaje especial. ¿Le va bien el domingo a las tres?

—De acuerdo.

Miró el reloj; se nos había acabado el tiempo.

—¿Quiere que...? —Señalé los papelitos esparcidos por la alfombra.

—Sí, gracias.

Mientras yo los recogía arrodillada en el suelo, ella miró los mensajes que tenía en el teléfono. Me llevé los papeles al salir; no quería atiborrar la papelería de Ruth-Anne.

Después de meter otra vez el sobre entre los libros y colocar en su sitio la lengüeta de la lata, abrí otra vez la página de Grobaby.com. No decía nada de que la blástula se contrajera y expandiera. Contemplé un feto de dibujos animados mientras me mordía una uña. No era una página web que sirviera realmente de guía. Si lo que Clee llevaba dentro contaba de un modo o de otro con mi narración, su desarrollo sufriría importantes brechas. Me imaginé un perezoso embrión mascando chicle y enviando mensajes de móvil, mientras formaba órganos vitales con escaso entusiasmo.

Embriogénesis llegó al día siguiente; derroché en envío urgente. Sus 928 páginas no estaban divididas en semanas, así que empezar por el principio me pareció lo más seguro. Esperé a que Clee hubiera terminado de comer su tempeh con col rizada y cuando estuvo sentada en el sofá me aclaré la garganta:

—«Un torrente de millones de espermatozoides recorre el útero camino de las trompas de Falopio...».

Clee levantó la mano.

—Alto. No sé si me interesa oírlo.

—Eso ya pasó, solo estoy recapitulando.

—¿Y tengo que escuchar?

Cogió el móvil y los auriculares.

—El bebé tiene que oír mi voz; la música puede que lo confunda.

—Pero yo la cabeza la tengo aquí arriba.

Se concentró en el móvil, buscó algo con un ritmo contundente, y luego me hizo una seña para que continuara.

—«El esperma victorioso» —peroré, inclinándome hacia su oronda barriga — «se fusiona con el huevo y los núcleos de ambos se fusionan para dar forma a un nuevo núcleo. Con la fusión de sus membranas y núcleos los gametos se convierten en una célula, el cigoto.»

Lo vi con toda claridad: el cigoto, un bulbo reluciente, lleno del recuerdo eléctrico de ser dos pero condenado a la eterna soledad de ser solo uno. La tristeza que no remite nunca. Clee tenía los ojos cerrados y su frente estaba sudorosa; no mucho tiempo atrás ella fue dos animales, el esperma de Carl y el óvulo de Suzanne. Y ahora dentro de ella estaba ocurriendo lo mismo, un ser lleno de tristeza trataba de componerse lo mejor que podía.

Al día siguiente saludé a mis jefes con la máxima empatía; lo lógico sería pensar que uno no deja de hablarse con algo que ha nacido de sus entrañas. Sin embargo, hacía meses que Suzanne y Carl no sabían nada de Clee. Estaban sentados en la otra punta de la mesa, las manos juntas sobre el tablero, una demostración de urbanidad. Jim me sonrió como para darme ánimos; era mi primera reunión de junta. Sarah tomaba notas en mi antiguo asiento, situado a un lado de la mesa. Me dieron formalmente la bienvenida y se hizo mención de la renuncia de Phillip.

—No está muy bien de salud —explicó Jim—. Yo voto por enviarle una cesta de quesos variados.

Probablemente no se atrevía a dar la cara; ¡y no era para menos! ¡Echarse una amante de dieciséis años! Cuando Suzanne mostró su desacuerdo con subsidios de jubilación para Kristof y el resto del personal de almacén, yo me

levanté de la mesa y agité un puño como si entendiera de sindicatos. Ocupar el puesto de Phillip me envalentonaba, fue una sensación maravillosa. La votación se decantó por mi apuesta, y Suzanne dijo en voz baja: «Touchée». Vi que me examinaba el pelo y la ropa, como si fuera nueva en la casa. Yo a Sarah la llamé señorita Sarah, rebajándola a la categoría de criada. Suzanne rió al oírlo y después le pidió a la señorita Sarah que nos trajera más café.

—Puedes sentarte, Sarah —intervino Jim—. No hagas caso, solo están bromeando.

Me sentí ebria de camaradería. Yo había estado buscando un amigo durante años, pero Suzanne no necesitaba amigos. Una rival, sí; eso le interesó. Levantada la sesión, fuimos las dos a la cocina del personal y preparamos sendos té en silencio. Yo esperé a que ella iniciara el diálogo. Bebí un poco. Ella bebió también. Al cabo de un rato comprendí que la conversación consistía en eso; estábamos dialogando. Ella me daba la bendición para cuidar de su pequeña y yo aceptaba el encargo con humildad. Cuando entró Nakako, Suzanne se marchó. Mantendríamos las distancias por aquello del honor.

Ruth-Anne me había advertido que no aparcara en el garaje; el fin de semana no había vigilante. Dejé el coche en la calle. Una anciana estaba limpiando el ascensor cuando subí. Roció rápidamente la puerta con limpiacristales en cuanto se hubo cerrado y luego se puso a limpiar los botones, que brillaron como gemas según lo iba haciendo, pero tuvo el detalle de concentrarse en los de más arriba de la planta que yo había pulsado.

La puerta estaba cerrada con llave; era temprano. Desconecté el móvil para que no sonara durante el *rebirthing* y me senté en el suelo. Se estaban retrasando un cuarto de hora ya; por lo visto no eran tan profesionales en esta

faceta laboral, como si se tratara de un hobby. Bueno, la tonta era yo por llegar exactamente a la hora. Al cabo de un rato me acordé de que la cita era a las tres, no a las dos; aún faltaban cuarenta minutos. Me di una vuelta. Los fines de semana no trabajaba nadie; en el edificio reinaba el silencio. El despacho de Ruth-Anne estaba al final de un largo pasillo conectado con otro largo pasillo por un largo pasillo. Una especie de H. Era bueno saberlo; nunca me había aclarado mucho con la distribución de la planta. «¿Cómo podría sacarle provecho al tiempo que queda? —me pregunté—. ¿Qué puedo hacer que de todas maneras necesite hacer?» Volví hacia la puerta apretando el paso, di media vuelta, hice lo mismo por cada uno de los pasillos; una gimnasia estupenda, y la distancia tampoco estaba nada mal. Treinta o cuarenta haches vendrían a ser unos mil quinientos metros, doscientas calorías. Después de siete haches me faltaba el resuello y estaba empapada. En el momento en que pasaba frente al ascensor oí un cling. Aceleré, y pude doblar la primera esquina justo cuando se abrían las puertas.

—Pero el vigilante del parking no trabaja los fines de semana —estaba diciendo Ruth-Anne.

Dejé atrás su despacho y giré hacia el otro pasillo. Necesitaba un momento para recobrar el resuello y secarme el sudor de la cara.

—Oh, no —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—La llave está en el otro llavero. Acabo de comprarme uno nuevo y...

—Por Dios, Ruth-Anne.

—¿Qué hago? ¿Voy a buscarlo?

Su voz sonaba extrañamente aguda: un ratón a lomos de un caballo.

—Para cuando vuelvas habrá terminado la sesión.

—Podrías trabajar tú con ella hasta que regrese.

—¿Dónde? ¿En medio del pasillo? No. Llámala y cancela la visita.

Ruth-Anne buscó mi número en su teléfono móvil.

—Me sale el buzón de voz. Estará aparcando. Seguro que aparece dentro de un minuto o dos.

Me costaba dominar los jadeos; la nariz me silbaba. Debería haberme alejado más, pero era demasiado arriesgado hacerlo ahora.

El doctor Broyard suspiró.

—Esto nunca acaba de funcionar. —Sonaba como si estuviera desenvolviendo un caramelo. Algo crepitó dentro de su boca—. Cuando no es una cosa es otra.

—¿El *rebirthing*?

—Sí, todas esas cosas que te inventas para poder verme cuando estoy con mi familia.

Ruth-Anne no dijo nada. Estuvieron un buen rato callados; él empezó a masticar el caramelo.

—¿Va a venir ella? ¿O ya tenías planeado que estuviéramos aquí los dos, en el pasillo, y...? ¿Y luego qué? ¿Un polvo? ¿Es eso lo que quieres? ¿O solo quieres chupármela? ¿O frotarte contra una pierna como los perros?

Un ruido agudo que no supe distinguir pareció descender por los conductos de ventilación para transformarse en una masa de húmedos boqueos convulsos. Ruth-Anne estaba llorando.

—Va a venir, te lo prometo. Es una sesión de verdad. En serio.

Él masticó con furia el resto del caramelo.

Me remetí el pelo detrás de las orejas y me alisé las cejas; sería embarazoso para todos, pero al menos así quedaría claro que ella no le mentía. Inspiré hondo y enfilé valientemente el pasillo.

—¿Y tú...? —Lloraba con tal violencia que apenas si podía articular palabra—. ¿Tú dices eso porque... porque quieres que yo —el final de la frase le salió en un gorjeo— te la chupe?

Mis pasos hacia atrás fueron sigilosos y raudos. Ni él ni ella me habían visto.

—No, Ruth-Anne. Yo no he dicho eso.

Suspiró de nuevo, ahora más fuerte.

—Porque —dijo ella— es posible que me apetezca hacerlo.

Casi pude oír cómo le sonreía, coqueta pese a la nariz tapada y el rímel corrido.

Al principio de todo a ella él ni siquiera le gustaba. Era un hombre arrogante y con tendencia a pasar de lo que no le conviniera. Broyard se sorprendió mucho, se quedó pasmado, cuando ella le señaló esos defectos. Le entraron ganas de tirársela para dejar claro dónde estaba cada cual. Pero era un hombre casado y no merecía la pena. Ruth-Anne no era su tipo; un poquito demasiado mayor, los hombros un poquito varoniles, la quijada un poco caballuna. Ella lo captó con tanta claridad como si él hubiera dicho: «Eres un poquito demasiado mayor, tienes los hombros un poquito varoniles, la quijada un poco caballuna». El insulto hizo que el interés de ella se mantuviera, así como el hecho de que Broyard estuviera casado. Nada la inspiraba tanto como pensar en la marujona señora Broyard, obsesionada con preparar la cena y con la consistencia de las deposiciones de sus hijos. Al final se salió con la suya. Una noche, después de la clase de *rebirthing*, mientras tomaban una copa de vino, él le reconoció que su esposa y él estaban pasando una mala época. Fue aquella noche cuando ella le propuso el acuerdo; se lo explicó como si fuera una forma de terapia. Broyard le dijo que confiaba en ella, y durante los primeros meses esa confianza fue la base de su dinámica en común. Ella era su nueva recepcionista, pero parecía que fuese él quien trabajaba para Ruth-Anne. Ella le fue guiando a lo largo de todo el proceso. Fue muy bonito y él llegó incluso a quererla un poco. Ella, por su parte, se sentía satisfecha y en paz. Poco a poco él fue ganando confianza y el

juego subió de temperatura. Para él era tonificante como una sesión de aeróbic; en sus mejores momentos juntos admiró la complexión atlética de Ruth-Anne, la anchura de sus espaldas. Una mujer más enclenque se habría cansado mucho antes, mientras que ella tenía una resistencia bestial.

Pero con el tiempo ella deseaba aquello más que él, lo cual la situaba en un plano inferior. No había manera de tumbar a una mujer que ya estaba tirada en el suelo. Los coitos, en versión ritual, se sucedieron durante un tiempo, pero fueron menguando hasta reducirse a una palmada en el trasero cuando se cruzaban. Y luego nada de nada, desde hacía varios años.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, sorbiendo por la nariz.

El doctor venía derecho hacia donde yo me encontraba. Extendió un brazo justo en la esquina del pasillo y utilizó la pared para impulsar el hombro, la mano apoyada apenas a unos centímetros de mi frente. La miré y la mano desapareció. Le oí gruñir y volver hacia donde estaba Ruth-Anne.

—Deja que te pague una tarifa normal. La secretaria que tengo en Amsterdam cobra tres veces más que tú.

—Pero ella es secretaria de verdad.

—Tú también lo eres.

Como si la hubieran abofeteado, ella guardó silencio.

—¿En qué eres diferente de una secretaria? A ver. Llevamos años, Ruth-Anne. Años.

El contrato, pensé yo. Háblale de las cláusulas del contrato.

Ella guardó silencio.

—Si no aceptas un salario normal, entonces tendré que contratar a una secretaria.

Ruth-Anne carraspeó.

—Muy bien. Contrata a otra secretaria.

Volvía a ser la de siempre, serena y astuta.

—Eso haré. Gracias. Creo que es lo mejor para los dos —dijo él—. ¿Nos vamos?

—Vete tú. Yo me quedo un rato más.

El doctor Broyard rió, cansado. Seguía sin creer que yo fuera a venir.

—¿Estás segura? —dijo.

No estaba segura en absoluto, más claro el agua. Lo que estaba haciendo era darle a él una última oportunidad de elegirla, de quedarse para siempre, de respetar todas las complicaciones de ella y compartir sus vidas en un nuevo mundo de amor y sexualidad.

—Sí, lo estoy.

Casi pude oír la sonrisa con que acompañó sus palabras. «Es tu última oportunidad», le estaba diciendo. La última y definitiva.

—Bien. Puede que no vuelvas a verme antes de que Helga y yo tomemos el avión. Nos llamamos cuando esté de vuelta en Amsterdam, ¿de acuerdo?

Ella tal vez asintió. Él fue hacia el ascensor, pulsó el botón de llamada y ambas, mi terapeuta y yo, esperamos a que terminara esa secuencia en la que él se había marchado pero estaba aún con nosotras. Oímos subir el ascensor, el murmullo de las puertas al abrirse y cerrarse, el largo descenso después, su sonido cada vez más tenue pero que no parecía tener fin. Ella se sentó en el suelo y empezó a sollozar. El edificio se volvió más silencioso aún, como si hubieran desconectado algo, la calefacción o el aire acondicionado. Intenté no escuchar sus húmedas y asfixiantes boqueadas. Pasado un rato oí que se sonaba la nariz, con fuerza, cogía su bolso y se marchaba.

Estar de nuevo en mi coche, calentita, fue una sensación maravillosa; volver a casa, a Clee. Conecté el teléfono; había un mensaje nuevo.

«Hola, Cheryl, soy Ruth-Anne. Son las tres cuarenta de la tarde, sábado. No se ha presentado a la sesión de *rebirthing* que teníamos a las tres. Como no ha llamado para cancelar con veinticuatro horas de antelación, tendrá que

pagar la tarifa entera. Que el talón vaya a mi nombre, por favor. Nos vemos a la hora de siempre el martes. Cuídese.»

No podía hacer otra cosa; devolví la llamada y concerté una visita de urgencia. Tendría que decirle lo que había hecho y reconocer que estaba batallando con la noción que de ella tenía. Porque ahora me parecía una mujer patética y desesperada. Obsesionada.

«Bien, bien —diría probablemente ella—. Continúe así.» Resultaría que ahí estaba la clave, en presenciar aquella conversación entre la madre primordial y el padre primordial.

«¡Pero si escuché a escondidas!», exclamaría yo.

«Era de vital importancia que representara el papel de espía, de niña mala», diría Ruth-Anne, entusiasmada porque por primera vez en sus veinte años de práctica un paciente había «cambiado de campo», por emplear la jerga psiquiátrica. Quería decir que se podía hablar de todo abiertamente, sin tapujos, responder a todas las preguntas, una relación diáfana entre médico y paciente que a la postre conduciría a una verdadera amistad, cuyo momento inaugural quedaría escenificado mediante el reembolso de todos los honorarios por parte del terapeuta, un montón de pasta. Entonces saldría el doctor Broyard con una máscara que sería un tosco bosquejo de su propia cara, para poner en evidencia que cuanto había ocurrido en el pasillo era una farsa, que en eso consistía el *rebirthing*.

«Asistió usted al reverso de la concepción y sobrevivió a ello. Eso es muy potente.»

«Pero ¿cómo supieron que iba a llegar temprano?», diría yo, incrédula, casi recelosa.

«Mírese el reloj», diría el doctor Broyard. Lo llevaba una hora atrasado. El doctor se quitaría la máscara dejando ver un rostro muy similar, y entonces Ruth-Anne fingiría que su propia cara era una máscara, y como tenía el cutis

un poquito fofo parecería por un momento que fuera realmente a arrancarse la máscara. Pero, afortunadamente, no podría. Nos echaríamos los tres a reír y luego reiríamos de lo bien que sentaba reír. «Un buen masaje para los pulmones», diría uno de nosotros.

Ya casi empezaba a pensar que no era necesario ir a la visita de urgencia, pero fui de todos modos. Sentía curiosidad por saber si recuperaría todo el dinero, un montón de pasta: parecía bastante improbable, pero si realmente había cambiado de campo entonces me parecía lo más justo. Suponiendo que cambiar de campo fuera algo real, cosa que, sentada ya en el diván, recordé que no lo era. Expliqué que había llegado demasiado pronto y que oí todo lo que hablaron.

Ruth-Anne abrió mucho los ojos.

—¿Y por qué no dijo nada?

—No lo sé. En serio. Pero ¿cree que quizá era importante que yo representara el papel de... —ya vi que no se lo parecía— de niña mala, de espía?

—No me cabe en la cabeza que fuera capaz de una cosa así. —Se llevó las manos a la cara—. Es una violación.

¿Y si esto formaba parte también de la farsa? Esboqué una sonrisa, a título experimental.

—Así entre nosotras —dije—: yo creo que hizo lo correcto. Renunciando a su puesto, me refiero.

Ella se levantó, hizo una pausa para recogerse el pelo en una cola de caballo y luego me dijo que nuestro trabajo había terminado.

—Hemos llegado hasta donde podíamos llegar. Incumplió el pacto de confidencialidad del paciente, Cheryl.

—¿Eso no es para proteger al paciente? —dije.

—También al terapeuta —respondió. Me quedé a la espera, a ver qué

pasaba—. Bien, adiós. Hoy solo le cobraré la parte proporcional, ya que no hemos hecho una sesión completa. Son veinte dólares.

Parecía hablar en serio, de modo que saqué el talonario.

—¿No lleva efectivo?

—Me parece que no.

Miré en el billetero. Solo billetes de un dólar.

—¿Cuánto tiene ahí?

—Seis dólares.

—Con seis me vale.

Le entregué el dinero, incluidas dos mitades de un billete que desde hacía años tenía pensado restaurar con cinta adhesiva.

—Ese puede quedárselo —me dijo.

Mientras salía del aparcamiento del edificio noté cómo ella me miraba desde la duodécima planta. El proceso terapéutico me tenía pasmada. Para mí era avanzar mucho, que me abandonaran de aquella forma. Nuestro trabajo más contundente hasta la fecha.

Todas las mujeres de la clase de Clee tenían entre veinte y cuarenta años a excepción de Nancy, la profesora, que era de mi edad. Cada vez que Nancy hacía un comentario sobre los tocólogos de hacía veinte años, la época en que ella había parido a sus hijos, me miraba a mí; yo no podía por menos de asentir, como si recordara mi propia experiencia. De vez en cuando intercambiaba incluso una risita triste con ella, y las jóvenes parejas me dedicaban respetuosas sonrisas por ser una mujer que había pasado por ello y ahora apoyaba a su despampanante —aunque por desgracia soltera— hija. Nos pasaron unos folletos codificados con colores por si durante el parto olvidábamos cómo había que cronometrar las contracciones o qué imágenes visualizar para relajarnos. Aprendimos a expulsar el bebé (era como orinar), qué había que beber durante el parto (bebida energética con miel) y comer después (la propia placenta). Clee parecía muy concentrada en registrar hasta el más mínimo detalle, pero cuando miré su libreta vi que todo eran aburridos garabatos.

En el último trimestre se completaban los sistemas musculoesquelético y hematopoyético y Clee dejó de moverse. Depositó su cuerpo inmenso sobre el sofá y allí se quedó; había que llevárselo todo y retirarlo después. Princesa Buttercup.

—¿Recuerdas lo que dijo Nancy en clase? —le advertí.

—¿Qué?

—Lo importante que era mantenerse activa. Los padres del bebé seguro que agradecerán que no te pases el día entero viendo la tele.

—Pues casualmente están emitiendo su programa preferido —dijo, subiendo el volumen de *Los vídeos caseros más divertidos*—. Más vale que el bebé se vaya acostumbrando.

—¿Su programa preferido? ¿De quién?

—Amy y Gary. Los padres del bebé.

Rió. En la pantalla, un perro iba de acá para allá con una lata incrustada en la punta del hocico.

—¿Los has conocido?

—¿Qué? No. Viven en Utah o algo así. Los elegí en la página web.

Se llamaba ParentProfiles.com; alguien de Philomena Family Services le había enviado el enlace hacía unos meses.

—¿Y por qué Amy y Gary? —Había páginas y páginas de parejas limpias y desesperadas—. ¿Por qué no Jim y Gretchyn, o Doug y Denice?

—Me gustaron sus favoritos.

Cliqué en sus favoritos. De comida Amy prefería pizza y nachos y Gary el helado de café. A ambos les gustaban los perros, restaurar coches antiguos y el programa de vídeos caseros. Gary era aficionado al baloncesto y el fútbol americano universitarios. La tradición que más gustaba a Amy en época de fiestas era hacer casitas de pan de jengibre.

—¿Y tu favorito de estos favoritos?

Clee estiró el cuello para ver.

—¿No ponía algo de patos? Mira más abajo. Quizá era otra pareja. Casitas de pan de jengibre; eso me gusta.

—¿Fue el factor decisivo?

—No, pero mira ese granero.

Puso el dedo en la imagen de la cabecera.

—Pero si es una foto de archivo... La he visto en un montón de páginas.

—No, ese granero es de ellos. —Intentó hacer clic en el granero—. Bueno,

qué más da, ya es oficial.

—¿Les enviaste un e-mail?

—Yo no: Carrie, la de Philomena. Yo no puedo conocerlos.

Entonces lo había hecho; había papeles de por medio.

—¿Fuiste a alguna oficina y firmaste papeles?

—Carrie me mandó una cosa por e-mail. Todo lo hice online.

Un caracol estaba escalando la estantería de libros. Lo tiré al cubo de Rick.

—¿Pusiste quién era el padre?

—Dije que no lo sabía. No estoy obligada por ley a decirlo.

Volví a clicar en Amy y Gary. La pinta estaba bien. Bueno, a excepción de Gary, que parecía llevar gafas de sol incluso sin ellas. Un cliente guay. Cliqué en «Nuestra carta para ti». «Entendemos que estás atravesando un momento de tu vida tremendamente difícil. El amor y la compasión que muestras hacia tu hijo son inconmensurables.» Miré a Clee.

—¿Tú dirías que estás atravesando un momento tremendamente difícil?

Paseó la vista por la sala de estar, para comprobar si era así.

—Yo me siento bastante bien. —Cabeceó repetidas veces—. Sí, estoy la mar de bien.

Fruncí el ceño, ufana.

—Eso son las hormonas —dije.

O sea que se me daba bien; era una buena madre. Quise decírselo a Ruth-Anne; era angustioso que ella no lo supiera. Aunque tal vez sí lo sabía. Tal vez me observaba a distancia, no sé cómo. Me remetí el pelo detrás de las orejas y sonreí al ordenador.

—Entra en Grobaby.com —dijo ella.

—Deberíamos ver la parte del sistema musculoesquelético —dije, tocando *Embriogénesis* con un dedo—. Esa parte no conviene saltársela. —Pero ella salía de cuentas dentro de tres semanas. Seguramente su cuerpo podría

terminar la faena sin necesidad de instrucciones escritas. Cliqué en Grobaby.com—. «Hablarle a tu bebé, cantarle o tararear es una manera divertida de establecer un vínculo durante el embarazo. Así que ¡calienta esas cuerdas vocales y pon cara de Broadway!»

—Y si no quieres establecer vínculos, ¿qué? —dijo ella, mirando hacia la tele.

Yo tararé un poco, me aclaré la garganta.

—¿Te importa si pruebo?

Clee cambió de canal con el mando y se levantó la camisa.

Estaba enorme de verdad. Una fea línea oscura le bajaba desde el ombligo. Acerqué los labios hasta sentir el calor que irradiaba; ella dio un leve respingo.

Tararé, agudo y grave. Tararé notas largas como si fuera una persona sabia de otro país que conociera costumbres antiguas. Al rato mi tono profundo pareció escindir y armonizar consigo mismo, y por un momento creí estar haciendo ese bello canto gutural típico de Tuvá.

Clee seguía con la vista fija en la pantalla pero tenía los labios apretados, como si intentara pillarme el tono. Y era obvio que estaba asustada, ahora sí. Tenía veintiún años y dentro de nada iba a dar a luz, en aquella casa, probablemente en aquel mismo sofá. Intenté que mi tarareo la sosegara. «Todo saldrá bien, no tienes de qué preocuparte», tararé. De pronto su tripa saltó hacia mis labios; una patadita; sorprendidas, subimos el volumen de nuestras voces al unísono Pensé si habría algún tipo de confusión respecto a cómo terminar, pero el tarareo fue menguando sin más como si se alejara por su propia cuenta, como un tren.

En clase aprendimos que la cara se le hincharía cuando ya faltara muy poco.

O que empezaría a restregar las paredes con arrebatado instinto nidificador. Esto último me costó imaginármelo; ¿cómo sabría Clee dónde guardaba yo las esponjas?

Se levantó al alba, convencida de que un gato se había meado en la casa.

—Huele por aquí —dijo, olfateando la estantería. Yo no noté nada. Siguió las invisibles huellas del intruso por toda la casa—. Habrá entrado, meado y salido. —Retiró la cortina de la ducha—. La única solución es buscar el agujero por donde se ha colado.

Y a eso dedicamos las primeras horas del día, hasta que de pronto ella se sentó en el sofá dando un respingo, se llevó las dos manos a la parte baja de la tripa y me miró estupefacta. Una contracción.

—O sea que quizá no era un gato —dije.

—Claro —dijo al punto, como si yo no me enterara de la película.

Llamé inmediatamente a la comadrona, le expliqué lo de los orines de gato, el agujero, las contracciones. Era información valiosa, no para un médico, pero sí, desde luego, para una comadrona con quince años de experiencia como la nuestra.

—¿Le parece que debería venir ya? —pregunté, procurando disimular mi nerviosismo—. ¿O quizá es demasiado pronto?

—Estoy en Idaho —respondió—. Pero no se preocupe, vuelvo inmediatamente. Conduciré lo más rápido que pueda.

—No sé si la entiendo.

—Le llevo el coche a Los Ángeles a una amiga que me lo prestó.

Antes de hacer ningún juicio de valor, traté de ponerme en su lugar. ¿Qué podía hacer ella, no devolver el coche? ¿Qué clase de amiga sería entonces? La clase de amiga que es comadrona.

—Bueno, creo que iremos al hospital.

Se rió.

—No se apure; siempre piensan que el bebé está a punto de salir. Ese bebé no va a ir a ninguna parte como mínimo durante doce horas. La buena noticia es que pueden llamarme todas las veces que quieran. Estoy totalmente disponible por teléfono.

Le dije a Clee que no se preocupara, que el bebé no saldría por lo menos hasta dentro de doce horas.

—No puedo estar así tanto tiempo —gruñó. Estaba arañando el sofá—. Habría que llamar a Carrie, la de Philomena, tendrá que avisar a los padres.

Un ruido muy raro, grave, le salió del pecho; los ojos parecían salirse también.

—¿Quizá mejor que llame a tus padres? —sugerí.

—¿Estás de guasa?

Las contracciones eran más seguidas y más largas de lo normal, pero yo no estaba segura de que las estuviéramos midiendo bien. Además, se suponía que al principio no había que medirlas; el folleto de color azul sugería invitar a amigos, ir al cine o a bailar.

—¿Te apetece alguna de estas cosas? —le pregunté, pese a que nunca habíamos hecho nada parecido juntas.

Negó con la cabeza y soltó un gemido espantoso. Decidí pasar a los folletos de color rosa. Probamos una de las visualizaciones que habíamos practicado en clase; cada contracción era una montaña.

—Imagínate una montaña, estás a media escalada, ahora estás en la cumbre, ahora empiezas a bajar por la otra vertiente y es más fácil, casi has terminado.

—No me hago a la idea —dijo en voz baja—. Lo visual no es mi fuerte.

Intenté ayudarla describiéndole la escarpada e imponente cima.

—Piensa en la imagen que sale en el billete de un dólar, la montaña. — Cogí mi bolso. En el billete de un dólar no había ninguna montaña, era una

pirámide—. Concéntrate en esto, ahora estás en la base —dije, sujetando el sucio billete delante de su cara.

—Vale. —Pegó los ojos a la diminuta pirámide—. Ya empieza. —Con un pasador le fui indicando su ascensión por la empinada cuesta—. No corras tanto —dijo.

La pirámide era tan pequeña que al principio no me fue fácil ir despacio, pero al poco rato le habíamos cogido el truco y cada vez que tenía otra contracción ella me pasaba el billete para que la ayudara a subir hasta el ojo flotante. Era una herramienta que el gobierno proporcionaba a beneficio de las parturientas; se podía utilizar las veces que fuera, pero solo para comprar una contracción.

A las siete Rick entró con su llave. Estábamos a medio camino del ascenso a la pirámide y no le hice caso. Él fue al cuarto de baño y luego se quedó mirándonos desde la puerta. Cuando Clee bajaba ya por el otro lado, me pidió que le dijera que se marchase.

—Estaré en el patio —dijo Rick, tratando de marcharse con sigilo.

—No quiero que me oiga —lloriqueó Clee—. Ni que me mire por una ventana.

Rick se alejó arrastrando los pies. En ese momento me sonó el móvil.

—Soy yo —dijo la comadrona—. ¿Cómo está la chica?

—Bien. Hemos probado con las visualizaciones.

—Estupendo, buena idea. ¿La flor que se abre?

—No, la montaña.

—Donde estoy ahora hay cantidad de montañas grandes. ¿Ha estado alguna vez en Idaho?

—No me diga que aún está en Idaho.

—Es muy bonito pero no en plan típico, ¿me entiende? —Creí oír que intentaba abrir un paquete de patatas fritas con los dientes—. Una vez tuve un

novio que vivía por esta zona. Demasiado rural para mí. No sé qué habrá sido de él.

Se aburría. Había llamado porque se aburría.

Clee me tendió el billete y yo colgué. La ascensión era cada vez más lenta y difícil.

—No puedo seguir con esto —dijo.

—Hasta el ojo y ya está. ¿Ves lo que pone en la cumbre? ¿*Annuit Coeptis*?

—¿Qué demonios quiere decir?

—«Él aprueba lo que hacemos.» Se refiere a Dios.

Clee expulsó el aire con furia.

—Lo digo en serio. No puedo más.

Tenía la cara hinchada, el gesto desquiciado. El sudor había oscurecido sus cabellos rubios, que ahora se le pegaban a la cara. Torpemente se quitó el boxer; aparté la vista y pillé a Rick entrando de puntillas en el dormitorio. ¿Cómo estaba allí todavía? Pasé del folleto rosa a los de color blanco.

—Estás en transición —le dije a Clee.

La profesora nos había hablado de ello; era buena señal.

—¿Qué quieres decir? —dijo, como si no hubiera asistido a clase conmigo.

—Peor que ahora no te vas a encontrar.

—¿Nunca?

—Bueno, tanto como nunca... No sabemos cómo vas a morir; eso sí podría ser peor. —Me había salido por la tangente. Acerqué la cara a la suya y añadí —: Puedes hacerlo.

Me miró como si yo lo supiera todo. Estaba pendiente de cada una de mis palabras.

—Vale —dijo, y de repente se me agarró a los brazos—. Ya empieza otra vez.

El billete lo habíamos desechado, gastado en todo su valor. Durante lo que

duró cada una de las contracciones, Clee vivió dentro de mis ojos sin pestañear ni una sola vez, sin apartar la mirada, asida a mis brazos como si fueran de acero. Yo no tenía tanta fuerza, pero eso sería un problema para más adelante.

—¿No debería haber llegado? —jadeó Clee, refiriéndose a la comadrona.

Yo le había dicho varias veces que estaba de camino, lo cual no era falso. Esperaba una pausa para explicarle la situación; barajaríamos con calma las alternativas y luego volveríamos al parto propiamente dicho.

—Está yendo de Idaho a California en un coche que tiene que devolver a una amiga. No llegará aquí a tiempo. Tenemos que ir al hospital.

—¿En serio? ¿Me lo dices de verdad?

Asentí.

Clee estaba llorando, y empezaba a tener otra contracción.

—Me van a abrir —dijo—. Y yo no quiero que me abran. —Empezó a orinar, y con la orina todavía resbalando muslo abajo agachó la cabeza hasta el suelo y vomitó. Estaba explotando, desintegrándose. Intenté limpiarla, pero ella se echó hacia la pared—. Si no vamos, ¿quiere decir que el bebé morirá?

—No, no. Claro que no.

Clee dijo «Gracias»; lo único que le importaba era evitar el hospital. De haber tenido que hacerlo todo otra vez le habría dicho: «Es probable. Puede que viva, pero probablemente no». Aparte de eso, la habría llevado rápidamente a ver al doctor Bimwali no bien la comadrona dijo «Idaho». Porque ahora estábamos perdiendo el tren; el hospital parecía esa área de descanso en la autopista que habíamos dejado atrás hacía horas.

Clee soltó un mugido.

—¿Empujo?

—¿Notas ganas de empujar?

—Es que tengo que hacerlo.

—Bueno, solo un poco. Deja que llame a la comadrona.

Pero ella no quería que la dejase sola hasta que hubiera terminado de empujar. La comadrona tenía la radio a todo volumen, una canción country, me pareció.

—¿Qué necesito para el parto? —chillé.

—¿Ha ido a más? Es mejor que vayan enseguida al hospital.

—Está empujando. Lo vamos a tener aquí. ¿Tengo que hervir agua? ¿Qué hago?

La comadrona apagó la radio.

—Mierda. Está bien. De entrada tres toallas limpias, un poco de aceite de oliva, un bol con agua caliente, unas tijeras afiladas y un trozo de cordel limpio.

Yo iba de acá para allá cogiendo cosas a medida que me las iba cantando por teléfono. Rick estaba en la cocina vertiendo agua recién hervida en un tazón.

—¡Necesito esa agua! —le grité.

Se agachó y con mucha calma empezó a deshacer el nudo de una de sus zapatillas deportivas.

—Ya hay agua caliente en el dormitorio —dijo, metiendo el cordón de la zapatilla en el tazón—. No he visto que tenga cordel, pero esto servirá.

Se subió las sucias mangas y procedió a lavarse las manos en el fregadero con mucha energía.

Clee aulló en la otra habitación.

—¿De veras sabe cómo hacer esto?

Rick asintió con gesto humilde.

—Sí.

Le miré bien. Su cara no tenía una expresión blanda ni perturbada; sus ojos eran claros, su frente casi como de halcón aunque muy morena de trabajar al

aire libre. Un buen cirujano caído en desgracia: negligencia profesional, despido, vida en la calle. No hice verificaciones, simplemente le seguí al dormitorio. Rick dejó el tazón con cuidado sobre mi tocador, junto a un bol humeante. Las tijeras y el aceite ya estaban allí, lo mismo que unas toallas. Había cubierto el suelo con bolsas de basura negras. Se me puso una sonrisa de alivio.

—Ya lo ha hecho otras veces —dije.

Se le arrugó la frente y fue a decir algo, una respuesta que ya sonaba terroríficamente más larga y más complicada que «Sí». En ese momento Clee entró en el dormitorio arrastrándose a cuatro patas.

Gritaba que ya se le veía la coronilla. Un bebé real. Quería decir que estaba coronando, pero no era así.

Le dije que no se preocupara, que estábamos en manos de Rick (y que él se las había lavado). Confié en que no percibiera el enjambre de dudas que flotaba en la habitación. Pero Clee ya no estaba para esas cosas.

—¿Puedo empujar a tope? Quiero sacarlo ya.

El corazón me dio un vuelco. Comprendí que me había olvidado de lo que llevaba dentro. El bebé. Hasta entonces Clee había estado pariendo el parto, con sus contracciones, sus ruidos y sus líquidos. Pero dentro había alguien.

Le dimos agua y bebida energética con un poquito de miel. Antes se me había pasado por alto, pero con Rick allí pensar era más fácil. Él me sugirió que me lavara las manos antes de la próxima contracción. No hubo tiempo. Ella se puso en cuclillas y con un grito ultraterreno sus piernas se separaron lentamente dejando ver un perfecto inicio de cabeza. Clee bajó la mano y la tocó.

—No tiene cara —dijo.

Rick me cogió las palmas de las manos y me las roció con Purell. Luego agitó las suyas para indicar que hiciera yo lo mismo. Sacudimos ambos las

manos. De pronto Clee se reclinó y pareció quedarse dormida. Levanté las cejas mirando a Rick y él hizo un gesto de tranquilidad con la mano para indicar que era normal. Luego se situó delante de Clee y con una voz extraña y grave dijo:

—A la próxima que empuje, saldrá. —Clee abrió los ojos y asintió obediente, como si compartieran una larga historia—. Inspire muy hondo —dijo Rick, y ella lo hizo—. Suelte el aire con ruido y empuje fuerte. Más.

Salió entre borbotones y Rick lo agarró. Un varón. Parecía muerto, pero yo sabía por los vídeos que nos habían puesto en clase que eso era normal. El silencio, sin embargo, fue horrible. Y luego aquel olor fétido. Rick inclinó el bebé hacia un lado y el bebé tosió. Y luego graznó. No como si una persona emitiera el primer sonido de su vida, sino como un verdadero cuervo, un cuervo viejo y en consecuencia un poco cansado y resignado ya. Después, silencio otra vez. Rick lo depositó en el suelo y cortó con mano experta el cordón umbilical utilizando mis tijeras para uñas. Ató el ombligo del bebé con su cordón de zapatilla. Clee intentó ponerse de pie y volvió a quedar en cuclillas, convulsa. De entre sus piernas cayó un amasijo de mollejas. La placenta. Se recostó contra la cama.

—Cógelo tú —me dijo.

No pesaba casi nada. Tenía las piernas cubiertas de un cieno verdoso, parecía puré de guisantes, y los ojos vueltos hacia arriba como un viejo borracho intentando orientarse; un borracho viejo y pálido con brazos y piernas de pelele.

—Está muy pálido, ¿no? —dije.

Miré a Clee, morena incluso pariendo.

—Tú no eres nada pálida. ¿El papá sí lo es?

Intenté pensar en los hombres muy pálidos que había en el entorno de Clee. El bebé era tan blanco que era casi azul. ¿A quién conocemos que sea

azul? ¿A quién, a quién conocemos que sea azul? Pero la pregunta no era más que un disfraz, una estúpida nariz de payaso sobre lo que en realidad estaba pensando.

—Llama a urgencias —dije.

Clee levantó la cabeza, medio dormida. Rick se quedó de piedra. Tenía el teléfono al lado, junto a sus rodillas. Lo levantó despacio.

—Puré de guisantes. Nos lo enseñaron en clase. Significa que algo anda mal. Llama a urgencias.

El bebé estaba de un azul más oscuro, casi violeta. «Segundos —empecé a pensar—. Nos quedan segundos.» De pronto oímos un sonido de plumas, como si unas alas gigantescas se desplegaran; era el cuerpo de Clee despegándose de las bolsas de basura del suelo. Estaba de pie. Su enorme mano le arrebató el teléfono a Rick. Marcó el número, dio la dirección; conocía el distrito postal, conocía la calle que cruzaba, la persona que atendía el teléfono le estaba dando instrucciones y ella nos las iba transmitiendo con claridad —«Envuélvelo en una toalla», «Cúbrole la parte alta de la cabeza»— y yo iba haciéndolo todo con inusitada fluidez, como si llevara años trabajando en aquella trama, aquella simulación de salvamento de bebés, y se nos hubiera presentado la oportunidad de representarla. Desmelenado y encogido, Rick observaba desde un rincón; volvía a ser un pobre jardinero sintecho.

Los de la ambulancia gritaban y manejaban el equipo como un comando especial. Envolvieron a Clee en una manta beige. Una mujer madura de aspecto atlético iba contando sobre el bebé, tal vez llevando la cuenta de los segundos que hacía que estaba muerto. La mujer no dejaría de contar jamás, seguiría contando eternamente si es que ese era el tiempo que llevaba muerto.

Rick me pasó un tupper justo antes de que yo subiera a la ambulancia.

—Lo he lavado —dijo—. Está limpio.

«Los espaguetis —pensé—. Los espaguetis de Kate por si nos entra hambre.»

Una cosa gorda metida en su diminuta garganta; una especie de cordón incrustado en su ombligo en carne viva; todo él cubierto de parches blancos; un lío de cables y tubos entre él y numerosas máquinas que emitían fuertes pitidos. Tantas cosas y tan poco bebé donde meterlas.

—¿Tú dirías que lo saben? —me susurró Clee desde la silla de ruedas.

Estábamos tomadas de la mano entre los pliegues de nuestras respectivas batas de hospital; un pequeño cerebro duro formado por el entronque de nuestros blancos nudillos. Miré hacia las enfermeras. Todo el mundo sabía que el bebé era para darlo en adopción.

—Da igual. Lo que importa es que no lo sepa él.

—¿El bebé?

—Sí.

Pero era una idea horrible, que un bebé se debatiera entre la vida y la muerte sin saber que estaba completamente solo en el mundo. No contaba con nadie, de momento; legalmente podíamos marcharnos y no verle nunca más. Estábamos allí petrificadas como dos criminales que hubieran olvidado salir por piernas.

Mis propios pensamientos no eran sino un ruido lejano. Lo que importaba era que cada equis segundos ella o yo apretáramos el puño, lo que significaba «Vive, vive, vive». Alguien entró a toda prisa con una bolsa de sangre procedente de San Diego. Yo había estado una vez en el zoológico de San Diego. Me imaginé a alguien extrayéndole sangre a una musculosa cebra. Buena idea; los humanos se debilitaban a cada momento, ahora un infarto,

ahora una neumonía, la sangre de animal sería mucho más resistente. «Vive, vive, vive.» Un tipo cachas con uniforme sanitario nos hizo señas.

—Está grave pero estable —dijo—. Si empieza a desaturar tendrán que dejarlo a solas.

Le mostró a Clee cómo meter las manos en los agujeros de la incubadora de plástico transparente. Milagrosamente, la palma del bebé se cerró en torno al dedo de ella. El hombre dijo que era solo un acto reflejo. «Vive, vive, vive.»

Clee estaba murmurando una salmodia, pero tan bajo que yo casi no podía oírlo; primero creí que rezaba, pero luego me di cuenta de que estaba diciendo «Oh, mi niño, oh, mi niño» una y otra vez. Solo calló cuando vino el jefe del servicio, un médico alto de origen hindú. Estaba terriblemente serio. Hay gente que siempre pone esa cara, los han criado así. Pero conforme iba hablando quedó claro que él no era de esos. Repitió varias veces la palabra «meconio». Recordé haber oído ese término en la primera clase de preparación al parto: heces. Excrementos que habían sido «aspirados» hasta provocar una «PPHN». O quizá «PPHM». El doctor hablaba despacio, pero no lo suficiente. «Ácido nítrico.» «Ventilador.» Y nosotras venga a asentir con la cabeza. Parecíamos dos actrices de televisión, actrices malísimas incapaces de dar un viso de realidad a su actuación. Lo último que dijo fue «constantemente monitorizado». Se nos olvidó preguntarle si el bebé viviría.

Una enfermera joven y dentada, con gafas, le sugirió a Clee que fuera a echarse en una sala de la planta de Maternidad. Clee dijo que se encontraba bien. «Pues está sangrando mucho», dijo la enfermera. La parte de atrás de la bata la tenía completamente empapada. Clee se dejó caer en la silla de ruedas, ya no se encontraba nada bien. Tenía los ojos extrañamente hundidos. La enfermera dijo que si había algún cambio nos avisarían. Clee y yo

intercambiamos miradas pesimistas. Si no nos marchábamos, no podríamos recibir una horrible llamada telefónica.

—Ya me quedo yo —dije, y a Clee se la llevaron en la silla de ruedas.

Me daba miedo mirarle. Había otros diez o quince bebés, todos ellos conectados a una máquina que pitaba y que de tanto en tanto disparaba una alarma; las alarmas se sucedían creando un caos sonoro. En el otro lado de la UCI neonatal, otro equipo de médicos y enfermeras formaba corro alrededor de algo pequeño e inmóvil. Los padres estaban separados entre sí, como dando a entender que la culpa era del otro y que jamás de los jamases se lo iban a perdonar. Su oración era de rabia. La madre me miró; yo aparté la vista.

Sin la mano de Clee donde agarrarme, mis pensamientos se dispararon aterradoramente. Podía pensar cualquier cosa, por ejemplo: «¿Por qué estoy aquí?». O «Esto acabará en tragedia». O «¿Y si no puedo manejarlo, y si me vuelvo loca?». Empecé a soltar enormes lágrimas.

¡Vaya! Estaba llorando.

Resultó estúpidamente fácil. Me sequé la nariz con las manos, sin pensar en que las contaminaba. Regresé al vestíbulo y me las lavé otra vez; el tacto del agua caliente me provocó nostalgia. Esta vez me pidieron que firmara. En «Parentesco con el bebé» puse «abuela», porque es lo que todo el mundo pensaba que era.

Me obligué a mirar aquel cuerpecito gris. Tenía los ojos cerrados. No sabía dónde estaba. No podía deducir, por los pitidos y por el sonido de pasos sobre linóleo, que se hallaba en un hospital. No sabía qué hospital era. Todo le era nuevo, nada tenía sentido. Como en una película de terror, pero él no podía establecer comparaciones porque nada sabía de ese género. Ni del terror mismo, del miedo. Él no podía pensar «Estoy asustado»; ni siquiera sabía que existía un «yo». En casa había sido más fácil, cuando todavía estaba dentro

de su madre. Pero, visto a posteriori, aquello parecía un programa tonto de televisión, los tres flotando en bruma y creyendo que siempre estaríamos a salvo. Lo de ahora era la vida real. Tarareé durante tanto rato que me entró mareo. Cuando abrí los ojos, él me estaba mirando. Muy despacio, cansinamente, parpadeó.

Con familiaridad.

Kubelko Bondy.

Me alisé la bata de hospital y me remeté el pelo detrás de las orejas.

«Me avergüenza confesar que hasta ahora no he sabido que eras tú», dije. Él me miró con la misma calidez que en todas las ocasiones anteriores desde que yo tenía nueve años... pero extenuado, como un guerrero que lo ha arriesgado todo para volver a casa, medio muerto a su llegada. Y ahora era insoportable verlo allí tendido sin otro contacto que el de agujas y tubos. Abrí las puertas circulares y le toqué con cuidado la mano y el pie. Si se moría lo haría para siempre. Yo nunca volvería a ver a otro Kubelko Bondy.

«Verás, se trata de esto, de existir en el tiempo —empecé diciéndole—. Eso es vivir, y tú lo estás haciendo como lo hacemos todos.» Podía ver que trataba de decidirse. Estaba experimentando y no había llegado aún a ninguna conclusión. El lugar oscuro y caliente del que procedía contra el mundo iluminado y ruidoso y seco de ahora.

«Procura no basar tu decisión en esta sala, no es representativa del mundo en su conjunto. En alguna parte el sol calienta una hoja carnosa, las nubes dibujan formas y formas y más formas, una telaraña se quiebra pero todavía sirve. —Y, por si la naturaleza no era su fuerte, añadí—: Y en cuanto a tecnología es una época de lo más excitante. Seguramente tendrás un robot y eso será de lo más normal.»

Era como hablarle a alguien que está a punto de saltar al vacío.

«No existe una opción “correcta”, naturalmente. Si eliges la muerte no me

enfadaré. Yo misma he querido elegirla más de una vez.»

Sus enormes ojos se esforzaron por mirar hacia lo alto, a los atractivos fluorescentes.

«¿Sabes qué? Olvida lo que acabo de decir. Tú ya formas parte de esto. Comerás, te reirás de cosas estúpidas, pasarás la noche en vela solo para ver qué se siente, te enamorarás perdidamente, tendrás tus propios bebés, dudarás y lamentarás y anhelarás y guardarás un secreto. Te volverás viejo y decrepito y, exhausto de tanto vivir, te morirás. Entonces es cuando toca morir, no ahora.»

Cerró los ojos; le estaba cansando. Era difícil bajar el tono de mi mente. La enfermera asiática de las gafas se fue a almorzar y fue sustituida por una con cara de cerdito y pelo corto. Me miró de arriba abajo y me sugirió que fuera a descansar un rato.

—Coma algo, dé una vuelta a la manzana. Él no se va a mover de aquí.

—¿Seguro?

La enfermera asintió. No quise fastidiar preguntándole si el bebé iba a vivir, en general, o solo hasta que yo regresara. Y si no me iba, ¿viviría también?

«Me marchó, pero solo un ratito.» Era imposible abandonarlo.

Lo abandoné.

La culpa quedó suavizada una vez fuera, por el solo hecho de no estar en aquella sala ruidosa y espeluznante. Seguí las indicaciones para ir a Maternidad y Partos, aturdida por los sosegados pasillos y su ajeteo habitual.

En el puesto de enfermeras hubo cierta confusión.

—¿Puede repetirme el nombre de la madre?

—Clee Stengl.

—Ajá. Mmm... mmm... mmm... —La enfermera gorda tecleó en un ordenador—. ¿Está segura de que es en este hospital?

—Le han dicho que bajara aquí, a la UCI neonatal, porque tenía... —Me señalé el trasero para indicar una hemorragia. Me acordé de sus ojos hundidos, y tuve la repentina certeza de que Clee estaba en grave peligro, de que ahora mismo se hallaba entre la vida y la muerte. Una enfermera mayor estaba leyendo una revista y observando desde lejos. Me incliné sobre el mostrador—. Oiga, ¿ha buscado... bien? —En el sentido de que quizá la habían llevado a un quirófano, o a saber dónde, pero no quería decir ni lo uno ni lo otro—. Stengl. ¿No habrá añadido usted una vocal entre la g y la l? No hay ninguna vocal, es un apellido sueco. Una chica muy rubia. —Y por si servía de algo, añadí—: Yo soy su madre.

La mayor de las dos dejó a un lado la revista.

—Sala de admisiones —dijo en voz baja a su compañera, situándose detrás de ella—. Dos cero nueve, creo. Parto en casa.

La puerta de la habitación 209 estaba entreabierta. Clee se encontraba en una cama mecánica, vestida con un blusón. Un tubo iba desde su brazo hasta una bolsa de líquido colgada de su soporte. Estaba dormida, o no dormida, porque los ojos se le movían.

—Qué bien —dijo al verme—. Eres tú.

Me sentí extrañamente mansa y nerviosa a la vez. Clee llevaba dos trenzas; nunca la había visto así. Pensé en Willie Nelson o en un indio americano.

—Creo que de momento está bien. Una enfermera ha dicho que podía irme.

—Me lo han explicado.

—Ah.

Parecía que llevara toda la vida en aquella habitación y supiera qué se cocía en el hospital, mientras que yo había estado dando tumbos como un vagabundo cualquiera.

—¿Qué hay en esa bolsa?

—Suero. Estaba deshidratada. El doctor Binwali ha venido a verme. Dice que me pondré bien.

—¿Sí?, ¿en serio?

—Claro.

Me quedé un minuto mirando al techo. Ahora que lo tenía fácil para llorar, era demasiado fácil.

—Es que pensaba que... —reí un poquito—, que te estabas muriendo.

—¿Por qué iba a morirme?

—No sé. No tendría por qué.

Nunca habiéramos podido hablar de estas cosas de no ser porque nos habían llevado juntas en una ambulancia con la sirena a tope. Que fue cuando ella me cogió por primera vez la mano.

Entró una enfermera.

—¿Ha llamado?

—¿Puede traerme más agua, por favor? —dijo Clee.

La enfermera se marchó con la jarra dejando atrás un extraño olor metálico.

Pensé que era mejor no decir nada, puesto que iba a volver enseguida. Y así lo hizo, entrando en tromba con la jarra y aquel olor mineral redoblado. Esperé a que se marchase la enfermera primero, y su olor después.

—¿Me alcanzas una cosa? —preguntó Clee—. Ese tupper de ahí.

Los espaguetis de Kate. Sobre una silla de plástico.

Clee levantó la tapa del tupper y bajó la cabeza hasta meter la nariz en el recipiente. Luego formó una pala con la mano y empezó a meterse comida en la boca. No eran los espaguetis. Claro que no; Kate había venido hacía un montón de meses. Me levanté y miré hacia la ventana para evitarme el espectáculo. A ella la veía reflejada en el cristal, pero no así la cosa sanguinolenta que se estaba zampando. ¿Qué ocurre cuando te comes algo de

ti misma? Ahora estaba recostada y simplemente masticaba, masticaba, masticaba. Se había metido demasiado en la boca y tenía que acabar con ello. El cristal tenía un tinte o película ámbar y en el reflejo se la veía anticuada. Era increíble, la diferencia entre aquella mujer y Clee. Cerró el tupper con cuidado, clic, se limpió las manos en una servilleta, bebió agua y apoyó la cabeza en la cama inclinada. Ahora las trenzas descansaban sobre su pecho y su aspecto era triste y sombrío, una foto de la época de la Gran Depresión. Sabías que su vida entera iba a ser dura, desde el primer segundo hasta el último.

—Si vive —dijo—, ¿saldrá mal?

—No lo sé.

—Amy y Gary no lo querrán —dijo despacio—. A los bebés que salen así, ¿qué les pasa si no los adoptan?

Clee me estaba mirando, por el cristal. Yo era del mismo triste color sepia.

Pasé toda la tarde haciendo compañía a Kubelko Bondy, contemplando cómo se agarraba a mi pulgar con sus deditos en miniatura. Sabía que era un acto reflejo —lo mismo habría hecho con una zanahoria—, pero nadie me había cogido de manera tan rotunda y prolongada. Cuando retiré despacio la mano vi que él la buscaba a tientas con la suya. «Volveré mañana por la mañana.» Cosa que de momento era verdad.

Dormí en una cama plegable metálica que habían colocado entre la de Clee y la ventana. Durante la noche un bebé no dejó de llorar y llorar hasta que de golpe se quedó callado. Oí pasar un carrito por el pasillo y alguien preguntó «¿Quién?», y otra voz dijo: «Eileen». Sonó una alarma, la apagaron, volvió a sonar hasta que alguien la apagó definitivamente. Yo dormí apenas unos minutos y me desperté como la de siempre, despreocupada y tonta, hasta que me fue viniendo todo, cual cadáver flotante. Abandonarlo sería como asesinar

a alguien y salir impune. La culpa me acosaría para siempre. ¿Para qué era esta vida, vamos a ver? Todo había terminado.

Él estaba allí arriba, solito. Quizá ni siquiera vivo. Tuve ganas de chillar. ¿Dónde estaba la verdadera abuela? ¿Dónde el pastor, el jefe de la tribu, Dios, Ruth-Anne? No había nadie. Estábamos solos.

En aquel catre era imposible dormir. Cuando pasé los pies al suelo, el colchón formó una V a mi alrededor.

—¿Te vas? —susurró ella—. No te marches, por favor.

—No me marchó.

Inclinó su cama y el motor hizo un ruido demasiado fuerte.

—Me vienen malos pensamientos a la cabeza —dijo.

—Ya. A mí también.

No era una trama en la que se pudieran decir palabras de consuelo como «Todo irá bien». No, el problema era que nada iría bien. Me levanté y le busqué la mano; podíamos intentar el puño otra vez. Ella me agarró todo el brazo.

—En serio, no me dejes aquí.

Tenía los ojos muy abiertos, le castañeteaban los dientes. Era presa del pánico. Retiré la manta de la cama plegable y se la puse sobre los hombros, subí el termostato aunque dudaba de que estuviera conectado a algún aparato. Fui al baño, llené la jarra con agua caliente y utilicé la manopla del hospital para hacer compresas.

Clee se preguntó en voz alta si debía llamar a sus padres.

—Creo que sería una buena idea —dije.

—¿Sí?

—Su hija acaba de tener un bebé. Les gustará saberlo.

—Ellos no son así.

—Es algo biológico; no podrán evitarlo.

—¿Tú crees?

Asentí como si estuviera muy segura.

Marcó el número y yo empecé a salir de puntillas, pero ella negó violentamente con la cabeza al tiempo que señalaba la silla con gesto autoritario.

—Mamá, soy yo.

La voz de Suzanne tenía una cadencia brusca; no llegué a entender lo que decía.

—En el hospital. He dado a luz.

»No lo sé. Aún no lo sabemos. Está en la UCI.

»No pude. Todo fue muy bestia.

»Te digo que no pude. No he llamado a nadie.

»No. Con Cheryl.

»No sé, pasó así y ya está. Vino conmigo en la ambulancia.

Suzanne empezó a gritar; me fui hacia la ventana para no tener que oírla.

—Mamá...

»Mamá...

»Mamá...

Clee se rindió y sostuvo el teléfono con el brazo estirado; los gritos sonaban distorsionados, crepitaban en el aire de la habitación. ¿Sujetaba así el teléfono para hacer una broma o por grosería? No. Estaba hiperventilando. Con la otra mano se agarraba el estómago; algo le había sentado mal. Me incliné hacia el teléfono y oí la voz sarcástica que decía: «... por lo visto ya no soy tu madre; me han sustituido...». Tuve ganas de atizarle un puñetazo a Suzanne, de estranglarla y tirarla al suelo y aporrear su cabeza una y otra vez contra el linóleo. Tu (¡zas!) hija (¡zas!) está pasando un infierno (¡zas!). Sé amable con ella.

Le hice señas a Clee de que colgara y ella me miró con ojos de fiera, sin

comprender.

—Cuelga ya —dije en susurros—. Cuelga.

Su mano me obedeció; el teléfono quedó mudo.

Le pedí disculpas por animarla a llamar. Ella dijo que nunca le había colgado el teléfono a su madre.

—¿En serio?

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Al cabo de un rato Clee se sirvió un vaso de agua y se lo bebió entero.

—¿Quieres más? —Me levanté para coger el vaso—. ¿Llamo a la enfermera?

—¿Será la misma de antes?

—Olía raro, ¿verdad?

—Olía como a metal —dijo, muy seria.

Me reí.

—Sí —dijo—. ¡Me dolían los dientes con ese pestazo!

Eso también me pareció gracioso. La risa, un poco histérica, hizo que me agarrara a la baranda de su cama. Ella se reía con carcajadas poco favorecedoras; la boca se le puso enorme. Había en ella una sonrisa que solo le había visto una vez. Seguía mirando mis labios, y yo me los froté mientras acababa de reír. Se nos había pasado el ataque. Ella no dejaba de mirarme la boca y yo no retiré la mano. Clee me apartó los dedos y me besó suavemente. Luego se echó hacia atrás, tragó saliva y volvió a hacerlo. Nos estábamos besando. Por un momento la besé pensando que no era esa clase de beso. Sus labios eran extrañamente mullidos y gruesos y yo los seguí besando mientras razonaba que en muchas familias era costumbre besarse en los labios; los franceses, los jóvenes, la gente de campo, los romanos... La hipótesis se vino abajo pronto; ahora ella me estaba frotando la espalda, el pelo, me tocaba la

cara. Yo acaricié repetidamente sus trenzas como si lo hubiera deseado toda la vida y no pudiera cansarme de hacerlo. Al cabo de unos diez o quince minutos, los besos fueron menguando. Hubo unos cuantos más, besos finales, de despedida, besos como quien pone la tapa a una caja, y luego la tapa saltaba por los aires y había que ponerla otra vez. Bueno, este es el último; no, este sí es el último. Vale, ahora en serio, el beso final. Y ahora le doy a este beso un beso de buenas noches.

Apagó la lámpara de la mesita. Yo retrocedí hasta mi catre y me acosté. Ella bajó la cama mecánica y el ruido llenó la habitación. Después se hizo el silencio.

Nunca había estado tan despierta en toda mi vida. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué significaba? Yo hacía años que no besaba a nadie. Nunca había besado unos labios sedosos. ¿Podía decir que me gustaba? Era un poco escalofriante. Tenía ganas de repetir. Probablemente no volvería a pasar. Estábamos atravesando una crisis. Era una de esas cosas que sucedían así por las buenas, en plena crisis y de noche. ¿Qué significaba? Me ruboricé pensando en cómo había actuado, todo aquel ardor. Como si me muriera de ganas de hacerlo. Y, en realidad, nada podía estar tan lejos de mi pensamiento. Levanté el índice en el aire —¡la cosa más alejada de mi pensamiento!—, pero el jurado era inescrutable. ¿Qué pasaría por la mañana? Kubelko Bondy. Costaba de creer que pudiera morir ahora, ya que formaba parte de esto. «Mullidos» no era la palabra adecuada. ¿«Satinados»? ¿«Suaves»? Una palabra nueva, me la inventaría ya. ¿Qué letras podía emplear? Una S, por descontado. Quizá una O. ¿Fue así como se crearon las palabras? ¿Cómo la haría pública? ¿Con quién debía ponerme en contacto?

Al despertar ella no estaba en su cama. Me puse rápidamente los zapatos y

subí en ascensor a la UCI neonatal. Los pasillos de linóleo eran interminables y fluorescentes y el episodio de los besos quedaba muy atrás, uno de los muchos y dramáticos acontecimientos del día anterior. Hoy, con un poco de suerte, era su segundo día de vida. Me lavé las manos y me puse la bata. Clee estaba encorvada sobre la vitrina de cristal, salmodiando aquello de «mi dulce niño». Ya no llevaba las trenzas. Sin mirarme, se apartó para que pudiera ocupar su puesto.

El tubo que el bebé tenía conectado a la garganta parecía más grueso, como si él se hubiera encogido durante la noche. Sus cansados ojos negros acababan de abrirse cuando apareció aquel médico indio tan alto.

—Buenos días. —Nos estrechó la mano a las dos—. Acompañenme, por favor.

Por su semblante adusto, deduje que nos dirían que el niño no iba a sobrevivir. Quizá ya estaba técnicamente muerto y solo eran las máquinas las que daban una ilusión de vida. Clee me miró muy asustada.

—¿Puede quedarse ella? —pregunté—. El bebé acaba de despertarse.

Seguí al doctor. En ese momento suspiré por un abogado y por el derecho a hacer una llamada telefónica. Pero nosotras no estábamos arrestadas. Ni siquiera teníamos esa opción. Lo que él me dijera sería la nueva realidad y solo cabría aceptarla. El doctor me condujo hasta una mujer muy flaca que sostenía una carpeta y me presentó:

—Es la abuela del bebé Stengl.

—Hola, me llamo Carrie Spivack —dijo ella, tendiéndome la mano con naturalidad.

—Carrie es de Philomena Family Services.

Y dicho esto dio media vuelta. Yo lo agarré.

—¿No habría que esperar a ver si...?

Bajó la vista y se miró el bolsillo: mi mano estaba dentro. La saqué.

—Si ¿qué?

—Pues si vive...

—Ah, descuide. Vivirá. Es fuerte, el chaval. Pero tiene que demostrarnos que es capaz de utilizar los pulmones.

Carrie, de Philomena, me tendió otra vez la mano. Yo la abracé, en la medida en que era posible abrazarse a aquel junco quebradizo. «Vivirá.»

Se desembarazó de mí; no era de ese tipo de persona cristiana.

—He venido para hablar con su hija; ¿es esa que está allí?

—No.

—¿No es ella?

—Digo que ahora no es un buen momento.

—Claro, me lo imagino.

—¿Sí?

—Se está despidiendo de él —dijo Carrie.

—Y puede que tarde un poco.

—Sin duda. Toda adopción se desarrolla en un arco.

—¿De los de flechas?

—Un principio, una parte intermedia y un final. El final siempre es el mismo.

—Ah, pues no sé.

—Eso es porque ella está en el principio. Nadie lo sabe, cuando está en el principio. Va por el buen camino.

—¿Y cuánto tarda la cosa?

—No mucho. A mí me gusta dejar espacio y que las hormonas hagan su trabajo.

—Ya, pero aproximadamente.

—Tres días. Dentro de tres días volverá a ser la de siempre.

Carrie dijo que regresaría al día siguiente y que no me preocupara. Amy y

Gary estaban ya en camino.

—¿Van a venir aquí?

—Ella no tendrá que conocerlos. Tome, le doy mi tarjeta; para que ella sepa que no está sola.

—Es que no está sola.

—Estupendo.

Clee tenía la frente pegada a la incubadora Isolette. El bebé había cerrado los ojos otra vez.

—¿Quién era esa?

—El doctor ha dicho que vivirá. Y que es un chaval fuerte.

Clee se enderezó.

—¿Un chaval fuerte? —Le temblaba el mentón. Abrió una de las puertas circulares y aplicó la boca al agujero para el brazo—. ¿Has oído, mi niño? —susurró. El bebé tenía sus flacos bracitos de moteada piel inertes sobre el torso diminuto—. Eres fuerte.

Miré a mi alrededor. ¿Tres días contando desde hoy? ¿O ayer era el primer día y hoy ya el segundo? ¿Entraba en el cálculo de Carrie el hecho de que la noche anterior nos habíamos besado y besado y besado? La vergüenza me hizo dar un respingo.

En ese momento pasó una enfermera a toda prisa. «Perdón», dijo, demasiado ocupada para atenderme. Miré hacia donde estaban los padres que se culparían eternamente el uno al otro. Este era su lugar —tanto de la madre como del padre—, y el de las enfermeras y los médicos y el de Clee. Ninguno de ellos reconocía a la intrusa que se había colado, pero eso no tardaría. Yo me había dejado llevar por el drama de la situación y me había implicado en algo que no me incumbía.

Lo mejor era volver a casa.

El bebé viviría, Carrie Spivack estaba allí, en cuestión de tres días (según cómo se llevara la cuenta) Clee saldría del hospital sin el bebé. Yo limpiaría y pondría orden en la casa. Me imaginé quitándome los zapatos y dejándolos en el porche. Qué curioso que hasta hacía solo unos minutos pensara que todo aquel miedo incoherente, aquel limbo, fuera a durar toda la vida. Traté de sonreír para ver si realmente tenía gracia, ja, ja. De repente noté una presión en la garganta. Globus hystericus. Yo creía que había desaparecido para siempre, y no, claro. En el fondo nada cambia.

Me incliné sobre el lado opuesto de la incubadora. Movía los deditos, parecían plantas subacuáticas. ¿Cómo le reconocería si nuestros caminos se cruzaban algún día? Las manos como algas se habrían convertido en manos normales de hombre. Ni siquiera podría saber cómo se llamaba, porque no tenía nombre.

«¡Por poco!», dije. Estaba siendo caballerosa, alanceando mi propio corazón, porque no había una manera buena de ser. «Casi lo conseguimos. ¡Hasta la próxima!»

Kubelko Bondy me miró incrédulo, estupefacto.

Salí de la UCI neonatal antes de que Clee se diera cuenta. Bajé en el ascensor y crucé el vestíbulo para salir a la calle. El sol me cegó. Pasaba gente pensando en bocadillos o en haber sido incomprendidos. ¿Dónde había dejado el coche? En el aparcamiento. Lo busqué por todas las plantas, hilera tras hilera. La ambulancia. Había venido en ambulancia. Tendría que llamar a un taxi. Pero el móvil se había quedado en la habitación. Bueno, pues ve a buscarlo. Entrar y salir. Subí en el ascensor hasta la séptima planta. Todo parecía estar igual; la enfermera cara de cerdita seguía teniendo cara de cerdita. Qué bonito era el mundo del hospital, con sus preocupaciones reales. Allí estaba la pareja que se echaba las culpas mutuamente; ahora estaban

cogidos de la mano y sonreían con ternura. Yo era un fantasma que espiaba mi antigua vida pero sin mí. Habitación 209. Clee volvería de la UCI de un momento a otro. El móvil, cogerlo y salir pitando.

Estaba sentada en el borde de la cama, llorando. Algo espantoso había ocurrido durante mi breve ausencia. Me miró mal y soltó una especie de gruñido amorfo.

—No te encontraba. He buscado por todas partes.

No había ocurrido nada espantoso.

—Solo quería hacer una llamada —le dije, dando unas palmaditas al móvil dentro de mi bolsillo.

Porque allí era donde estaba; todo el tiempo lo había tenido metido en el bolsillo. Había vuelto por otra cosa.

Sus últimas lágrimas explotaron en una especie de suspiro ahogado después del primer beso. Empezamos con una serie de impacientes besos descentrados, como si con las prisas no supiéramos plantarlos donde era debido, luego nuestras bocas se tornaron dedos que avanzaban a tientas entre montículos y hondonadas faciales. Ella paró, echó un poco la cabeza hacia atrás y me miró. Tenía la boca abierta y su mirada denotaba la lentitud del pensamiento. Estaba examinándome como si quisiera descomponer mi cara, encontrar en ella algún atractivo, o tal vez determinar cómo habíamos llegado a esto.

—Ven —dijo, levantando la almidonada sábana blanca.

—Si no hay sitio para las dos...

Me senté con cuidado en el borde de la cama.

—Métete dentro.

Me quité los zapatos mientras ella se movía hacia un lado de la cama, despacio y dolorida. Entre baranda y baranda no cabía más que la anchura combinada de nuestros traseros.

Nos pusimos otra vez, ahora despacio. Y a fondo. Sus senos, sueltos bajo la tela, se pegaron a los míos; me sondeó con fuertes y maduros movimientos de lengua mientras yo sujetaba con mis manos aquel rostro de suave cutis color de miel. Ni Phillip ni el fontanero ni todos los demás lo habían entendido. El truco estaba en besarse. De repente ella dio un respingo y se quedó inmóvil.

—¿Te duele?

—Pues mira, sí —dijo, un poco cortante.

Era asombroso cómo podía cambiar en un momento.

—Quizá necesitas más fluidos, ¿no? —Miré la bolsa del suero—. ¿Llamo a la enfermera?

Soltó una carcajada ronca.

—Dame un minuto para pensar en otra cosa. —Expulsó el aire, despacio, controlando—. Supongo que no estoy preparada para tener sensaciones como estas.

—¿Qué sensaciones?

—Sexuales.

—Oh.

A las once fui a buscar el almuerzo a la cafetería del sótano; ella tomó la sopa minestrone y las galletas saladas y la tarta amarilla y el zumo de naranja. Luego tuvo que echar una siesta, pero no sin antes besarme en el cuello mientras acariciaba mi pelo, tan corto. Era como un sueño en el que la persona más inverosímil —una estrella de cine o el marido de otra— no se harta nunca de ti. ¡No me lo puedo creer! Pero la atracción es mutua e innegable; es la razón de sí misma. Y así como en la luna o en el campo de batalla cabe esperar sorpresas, también este era territorio para el asombro. El clima fétido de la 209 estaba engendrando una flor exótica, y no esa cosa natural que Carrie Spivack había mencionado. Aunque ella quizá diría que

justo antes de entregar el bebé las cosas a veces se ponían muy sensuales; tal vez formaba parte de ese arco. Mañana era el tercer día.

Esperé a que se despertara y, en vista de que no lo hacía, subí yo misma a la UCI neonatal. Una pareja se estaba quitando las batas mientras yo me ponía la mía. Estaban hablando de coches usados.

—No hay que comprar un coche sin antes dar un buen puntapié a los neumáticos —decía él, mientras hacía una pelota con su bata y la tiraba luego, por error, en la cesta de reciclar.

—Lo comprarías si hicieras un acto de fe y confiaras en que Dios sabe qué es lo que más te conviene.

—Estoy casi seguro de que Dios no querría que te compraras una cafetera de coche.

—En fin, ya es demasiado tarde —dijo ella, cerrando la mano en torno a la correa de su bolso.

Aparentaba más años que en la foto de ParentProfiles.com; él también. Apestanaban a su hogar allá en Utah, con las viejas alfombras impregnadas de humo de tabaco. Así iba a oler la vida del bebé, así olería él.

—¿En serio? —dijo Gary—. ¿Demasiado tarde en términos legales?

Estaba asustado. No quería el coche que habían comprado por catálogo.

—Sí —dijo ella.

Y le miró como diciendo: «No hablemos del tema delante de esa mujer». Eran gente horrorosa, incluso por encima del promedio. Me quedé allí parada, forcejeando con las mangas de la bata. ¿Qué hacer?, ¿debía presentarme, o intentar matarlos a los dos? Bueno, no con violencia, sino de manera que dejaran de existir. Amy me saludó brevemente con la cabeza cuando salía. Le devolví el saludo y esperé a que la puerta batiente se cerrara. El doctor, pensé, había dicho que el bebé viviría, pero no que pudiera correr o

comer o hablar. En este caso «vivir» solo significaba no morir, sin que ello incluyera ningún tipo de extra.

Kubelko Bondy tenía los ojos abiertos, a la espera.

«Todo tú eres perfecto», le dije.

«Has vuelto», dijo él. Asentí con la cabeza y traté de pensar en una promesa cuyo cumplimiento no dependiera de mí.

«Me encantan tus preciosos hombritos —dije—. Siempre me gustarán.»

Clee durmió hasta las doce pasadas y luego subimos las dos juntas otra vez. En el ascensor me rodeó con el brazo y no lo quitó de allí mientras caminábamos por el pasillo. Nuestras caderas chocaban siguiendo un ritmo complicadamente sincopado. Nos cruzamos con la pareja que antes se culpaba mutuamente y nos saludaron sin pestañear. Pensé para mis adentros que aquellas dos personas serían siempre las primeras que supieron de mi «salida del armario». Pareció que lo aceptaban muy bien. Algunas enfermeras contemplaron en asombrado silencio nuestra nueva intimidad; tal vez porque habían pensado que yo era la madre de Clee. O porque ahora tenían que vérselas con dos pares de padres y nosotras no éramos los de verdad. Clee me plantó un besito en los labios delante de la Isolette. Y de esta manera llegamos al bebé.

Carrie Spivack había estado allí; su tarjeta de Philomena Family Services asomaba de la etiqueta de plástico donde decía BEBÉ STENGL. La escondí rápidamente en mi mano cual hábil prestidigitadora y luego me la metí en el bolsillo.

—No podemos seguir llamándole «el bebé» —dije en voz baja.

—Vale. ¿Se te ocurre un nombre?

Me emocionó que Clee pensara que yo tenía algún derecho a sugerir tal cosa. Me imaginé tratando de justificar que le pusiéramos Kubelko Bondy.

—Deberías hacerlo tú, eres su madre.

Clee rió, o eso me pareció a mí; la risa degeneró en una especie de intento ahogado de tragar. Vimos que en el bracito tenía una extraña marca roja. Hice señas a una enfermera de cabello rubio oxigenado.

—Hola, chiquitín —graznó, echando un vistazo al monitor—. Hoy es un gran día para ti. —Apestaba a perfume, quizá para disimular el olor a tabaco. La marca: una quemadura de cigarrillo. Sentí que me vencía la ira, pero yo era directora comercial y sabía cómo manejar estas situaciones; me la imaginé llorando en cuanto oyera lo que le iba a decir—. Dentro de unas horas saldrá del ventilador —continuó ella—. Se supone que ya sabe respirar bien.

Clee y yo nos miramos alarmadas. Respirar. Eso estaba en el primer puesto de la lista de cosas que confiábamos en que sería capaz de hacer.

—¿Usted se encargará de sacarlo? —pregunté, nerviosa.

«No, por favor.»

—Sí. Lo pondremos en CPAP, presión de aire constante, a ver qué tal se adapta.

Guiñó un ojo. No fue un guiño amable, sino un guiño que venía a decir: «Las demás enfermeras y todo el personal de Open Palm me han hablado de ti y ahora [guiño] ha llegado la hora de la venganza». Miré la etiqueta con su nombre: CARLA. Era demasiado tarde para comprarle a Carla un bono de regalo o una cafetera extragrande para cinco tazas. Bueno, quizá unos caramelos, o invitarla a café.

Carla miró la marca de cigarrillo en el bracito del bebé y chasqueó la lengua.

—A veces cuando les quitan el gota a gota queda una marca. Pero si lo hubiese hecho yo —otro guiño—, no la tendría.

El guiño era un tic, nada más. Ni cruel ni conspiratorio, simplemente algo que le pasaba a la enfermera. Por supuesto, estaba prohibido fumar en la

Unidad de Cuidados Intensivos Neonatal. Observé cómo arreglaba los cables para que no se le clavaran al bebé. Sus dedos se movían con gran rapidez, como si lo hubiera hecho novecientas veces.

Clee preguntó a qué hora lo desconectarían del ventilador.

—Lo han programado para las cuatro. Podrán visitarlo después; estará sedado, pero seguramente se encontrará mucho más a gusto.

—Gracias, Carla —dije—. Os agradecemos todo lo que estáis haciendo.

No era suficiente; sonó falso y estúpido.

—No hay de qué.

La enfermera sonrió con toda la cara; a ella no le parecía estúpido.

—Va en serio —repetí con ímpetu—. Os agradecemos mucho todo lo que estáis haciendo.

A las cuatro y media llamamos a la UCI neonatal desde la planta de abajo.

—Les está costando un poquito más de lo previsto —dijo la recepcionista—. El doctor está todavía con él. Les avisaremos cuando terminen.

—¿Es ese doctor indio, el alto?

—Sí, el doctor Kulkarni.

—Es bueno, ¿no?

—El mejor.

Colgué.

—Está con el doctor indio, el alto, y me han dicho que es el mejor.

—¿El doctor Kulkarni?

Le pedí a Clee que me fuera diciendo los nombres de todo el personal médico. El enfermero bajito y fornido se llamaba Francisco; la asiática dentada con gafas, Cathy; la de cara de cerdito, Tammy.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Llevan una etiqueta con el nombre.

La oscuridad se adueñó de la habitación y no encendimos la luz. La encenderíamos cuando llegaran buenas noticias, y si no llegaban viviríamos eternamente en aquella penumbra.

Pasó otro cuarto de hora. Y luego otro más. Me levanté de la cama plegable y prendí los fluorescentes.

—Pongámosle un nombre —dije. Clee pestañeó—. ¿Has pensado en alguno?

Levantó un dedo y tomó un sorbo de agua. Se había olvidado de pensar un nombre. Estaba improvisando uno ahora mismo. Volví a sentir desprecio por ella, como antaño.

—Tengo dos —dijo, y carraspeó antes de continuar—. El primero te parecerá como que ahora no le cuadra, pero creo que más adelante sí.

Me sentí avergonzada de mis pensamientos. Esa vergüenza se me antojó amor.

—Vale.

—Lo soltaré y ya está —dijo ella, indecisa.

—Pues dilo.

—Gordito.

Esperé, mi cara una página en blanco. ¿Era ese el nombre?

—Porque... —de repente sus ojos se llenaron de lágrimas y se le quebró la voz— algún día estará gordo.

La rodeé con el brazo.

—Es un nombre precioso. Gordito.

—Gordito —susurró ella entre sollozos.

—Pues creo que nunca he conocido a nadie con ese nombre —dije,

frotándole la espalda—. ¿Y cuál es el otro? —pregunté con aire despreocupado, sabiendo que iba a ser así como se llamaría, fuera cual fuese el nombre.

Ella inspiró hondo y al expulsar el aire dijo:

—Jack.

A las cinco y media llamaron para decirnos que lo habían desconectado del ventilador y que estaba en CPAP respirando bien. Corrimos escaleras arriba.

Sin un tubo grande en la boca estaba totalmente cambiado. Era un bebé, una monada de bebé pequeñito, con una cosa de plástico metida en la nariz.

—Hola, Jack —susurró Clee.

«Ahora te llamas Jack —le expliqué—, pero tu alma siempre se llamará Kubelko Bondy. —Tomé aire y me obligué a añadir—: Y tendrás un tercer nombre, el que Amy y Gary te pongan. Puede que Travis, puede que Braden. Aún no lo sabemos.»

Estábamos una a cada lado de la incubadora y metimos cada cual un brazo. Jack apretó el dedo de Clee con su mano derecha y el mío con la izquierda. Él pensaba que eran dedos de una misma persona, una persona con una mano joven y otra vieja. Estuvimos así cerca de media hora. La espalda me dolía y la mano se me durmió. De vez en cuando Clee y yo nos mirábamos por encima de la incubadora y yo sentía un vahído en el estómago. Entró un capellán y empezó a repartir bendiciones. Miré a mi alrededor para ver si era legal. ¿Y la separación Iglesia-Estado? A nadie parecía importarle. Llegó a la altura de Jack y antes de que yo pudiera negar con la cabeza, Clee le indicó que procediera. Su oración nos abarcó a los tres; noté como un cosquilleo en la cara y la cabeza me dio vueltas. Me sentí santa, casi desposada.

Mientras volvíamos del brazo a la 209 me fijé en que la mujer que

caminaba delante de nosotras era Carrie Spivack. Sutilmente aminoré el paso de las dos esperando a que Carrie torciera a derecha o izquierda. Pero no lo hizo, claro, porque se dirigía a nuestra habitación. Era el día tres. Más adelante había un extintor de incendios y una ventana. Me decidí por la ventana. Hablar era arriesgado, de modo que hice un simple gesto, un movimiento expansivo hacia el panorama. Clee contempló el aparcamiento de abajo. La pareja que antes se echaba la culpa mutuamente se acercó a nosotras y se detuvo, entre sonrisas desconcertadas, para ver qué estábamos mirando. Permanecimos los cuatro pegados a la ventana. Un hombre de mediana edad estaba ayudando a una anciana a levantarse de su silla de ruedas y a montar en el asiento delantero de un coche familiar.

—Eso seremos nosotros algún día —dijo la mujer de la pareja que antaño se echaba la culpa mutuamente—. Jay Jay y yo.

Su esposo le apretó un hombro. Supuse que Jay Jay era el nombre de su bebé.

La anciana no sentía las piernas, de modo que su hijo la estaba transportando hasta el asiento del copiloto en un solo y complejo y prolongado movimiento. Su madre lo tenía asido por el cuello con ambas manos como quien se agarra a un salvavidas. Algún día Amy, la de Amy y Gary, se agarraría de igual manera al cuello de Jack. Ahora él era demasiado chiquitín, pero llegaría el día en que sería un hombre maduro y robusto, quizá hasta musculoso o cachas. Trasladaría a su madre con mucha más rapidez de lo que era capaz el hombre de abajo, y le diría: «Listo, mamá, deja que te abroche el cinturón y enseguida nos vamos». Me sentí abrumada de celos y tuve que apartar la vista.

Carrie Spivack se enderezó al acercarnos nosotras, afiló las puntas de su sonrisa y abrió la puerta de nuestra habitación como una azafata. Clee entró enseguida, pensando que era otra enfermera y que venía a tomarle la tensión.

—Supongo que no le importará dejarnos un momento a solas —me dijo Carrie Spivack.

Se había figurado que yo no era la abuela, o alguien se lo había dicho. Clee me miró encogiéndose de hombros y me dedicó media sonrisa. La misma media sonrisa de los pasajeros del *Titanic* a sus seres queridos abajo en el muelle cuando el barco empezó a moverse. *Bon voyage, Kitty! Bon voyage, Estelle!*

Fui como flotando por el pasillo hasta el ascensor.

—¿Baja?

Era una pareja joven de latinos con un recién nacido en brazos. Atados al asa de la silla de ruedas bailoteaban unos globos azules.

—Vale, bajo.

Estaban radiantes; era el momento más increíble de su vida. Estaban a punto de sacar al mundo exterior, el mundo real, a su recién nacido. El bebé tenía mucho pelo, negro y como húmedo, y estaba más gordo que Jack. Cuando se abrieron las puertas, el joven padre se volvió para mirarme y yo asentí con la cabeza como diciendo: «Sí, ahí tienes tu vida; es eso, lánzate». Y se marcharon.

Deambulé por el vestíbulo. Eché un vistazo a mis contactos en el móvil; no había nadie a quien llamar. Eliminé mecánicamente todos los mensajes guardados, salvo aquel que yo misma había dejado hacía meses. Los diez noes sonaban como alaridos de mujer desconsolada desgañitándose en medio de la calle. «NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO.»

Aparte de la cajera, en la cafetería no había nadie. Pedí agua caliente y me la trajeron con una rodajita de limón y una servilleta. Tomé pequeños sorbos, y me quemé la lengua cada vez. Tres de las paredes eran blancas y la cuarta estaba pintada en tonos rosas y naranjas. No era fácil ver que se trataba de un mural representando una puesta de sol en la Toscana, o tal vez Rodesia. La

puerta que yo acababa de cruzar estaba en la parte de la playa; a la izquierda del sol, un expendedor de toallas de papel vacío recordaba unas fauces abiertas, una boca estupefacta. Nada se podía pensar de lo que estaba sucediendo arriba; era impensable. Al pie de la pared habían pintado una baranda, lo que situaba al espectador en la terraza de un chalet o de un *palazzo*. Me llegó un olor a aire salado; grandes olas rompían incesantemente contra las rocas. Lloré y volví a llorar. Cerca del techo revoloteaban gaviotas. A lo lejos una silueta caminaba por la playa. Hombre o mujer, iba vestido con una ondulante capa blanca. Cabellos dorados y cálida sonrisa mediterránea. Ella me hizo una seña. Me enjuagué las lágrimas con el dorso de las manos. Se sentó en la silla contigua a la mía.

—He mirado primero en el vestíbulo —dijo.

—Sí, he estado allí un rato.

Me soné con la servilleta de papel.

Ella miró en derredor antes de decir:

—Qué poca gente, ¿no?

—Ya.

Metió el dedo en mi rodaja de limón, apretó y se lo lamió.

—No sabía que en ese sitio fueran tan beatos.

—¿Qué sitio?

—Philomena Nosecuántos. Si Amy y Gary lo hubieran rechazado, habría ido a parar a alguna otra asquerosa familia cristiana.

Una cosa extraña empezó a pasarle al mural. El sol se fue elevando despacio, muy despacio.

—La mujer no era mala persona, de todos modos; no ha intentado comerme el coco ni nada. Solo le he dicho que mi situación había cambiado.

Me cogió la mano.

Quizá era que ya estaba elevándose antes, que el mural representaba la

salida del sol, no el ocaso. «Oh, mi niño. Mi dulce Kubelko Bondy.»

—Oye, no me estoy equivocando, ¿verdad? —dijo Clee, incorporándose en la silla—. Me refiero a lo nuestro.

—No, no te equivocas —le dije en un susurro.

—Eso pensaba. —Volvió a recostarse y extendió las piernas al frente formando una V—. Pero, bueno, yo creo en la comunicación, ¿me entiendes?

Le dije que yo también y ella dijo que Jack le parecía un bebé monísimo. Añadió que ser madre —cosa que ella no había previsto— no le parecía tan difícil a no ser que te saliera un capullo de hijo, pero que estaba segura al cien por cien de que Jack no lo era.

—Además —añadió—, pensé que te haría mucha ilusión.

Le dije que así era. Ocho o nueve preguntas me vinieron de inmediato a la cabeza acerca de su relación conmigo y de la mía con el niño, pero no quise abrumarla y estropear las cosas. Ella me presionó la palma de la mano con el pulgar y dijo:

—Tengo que buscarte algún apodo.

—¿Qué tal Cher? —sugerí.

—¿Cher? Uf, me suena a viejo. Espera, deja que piense un poco.

Así lo hizo, presionándose las sienes con los nudillos.

—Ya está —dijo al cabo—, ya lo tengo. Cari.

—¿Cari?

—Eso. Cari.

—¿Como el actor, Cary Grant?

—Qué actor ni qué actor. Cari. De cariño. Mi cari.

—Muy interesante. Cari, ¿eh?

—Cari.

—Cari.

En cuanto se enteraron de que Clee se quedaba el bebé Stengl, las enfermeras le dieron un sacaleches y le dijeron que debía accionarlo cada dos horas.

—Aunque veas que no sale nada, tú sigue apretando —dijo Cathy. Carla se mostró de acuerdo—. No mires los biberones, tú relájate. Ya saldrá. Tráenos hasta la última gota, por pequeña que sea, y nosotros se la daremos cuando le quiten el suero.

Clee rió nerviosa sosteniendo el aparato con el brazo extendido.

—No sé. Sí. No. Creo que paso. —Se lo devolvió a Cathy—. No es mi rollo.

Esa tarde una mujer madura llamada Mary, de pecho como un tonel, entró en nuestra habitación con un extractor sobre ruedas.

—Soy asesora de lactancia en este hospital y en Cedars-Sinai. Puedo extraer leche en menos que canta un gallo.

Le expliqué que Clee había decidido no dar el pecho; Mary respondió con una breve perorata sobre los beneficios de la leche materna para prevenir la diabetes, el cáncer, las alergias y los problemas respiratorios. Clee se desabrochó la blusa, muerta de vergüenza, la cabeza gacha. Tenía los pechos caídos y sonrosados. Yo no se los había visto todavía. Con brusca eficiencia, Mary le aplicó en los pezones varios conos de diferente medida.

—Sí, señora. Tienes el volumen adecuado. Talla grande.

Clee permanecía con la cabeza gacha, el rostro totalmente escondido tras los cabellos.

Mary ajustó los recipientes a los conos y conectó el vetusto artefacto.

Shup-pa, shup-pa, shup-pa, hizo la máquina succionando rítmicamente los pezones de Clee.

—Como las vacas. ¿Has estado en una granja alguna vez? Pues es más o menos lo mismo. Ahora sujeta tú. —Clee sostuvo los conos succionadores—. ¿Sale algo? —Mary echó un vistazo a los biberones—. No. Ya, bueno, tú sigue. Diez minutos cada dos horas.

Apagué la máquina en cuanto Mary hubo salido.

—Ha sido horrible, lo siento.

Clee la encendió otra vez, sin levantar la vista.

Shup-pa, shup-pa. Con cada succión, los pezones le crecían de forma grotesca.

—¿Puedes dejarme un poco de espacio? —dijo.

Me fui rápidamente al otro extremo de la habitación.

—No me gusta que me miren el pecho.

—Perdona —dije—. Ojalá tuviera que hacerlo yo.

Shup-pa, shup-pa.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, no creo que me importara.

Shup-pa.

—¿Es que piensas que no soy capaz de dar leche?

—No, no me refería a eso.

Shup-pa, shup-pa.

—Crees que una vaca puede hacerlo y yo no, ¿eh?

Shup-pa, shup-pa.

—Claro que puedes. Bueno, y una vaca también. Las dos.

Aquella noche no salió nada. Clee programó el despertador de su teléfono

móvil para las dos, las cuatro y las seis de la mañana. Nada. A las ocho apareció Mary para ver qué tal.

—¿Qué? ¿Algo? ¿No? Insiste. Piensa en tu niño. ¿Cómo se llama el bebé?

—Jack.

—Pues piensa en Jack.

Clee se enganchó a la máquina. No quería subir a la UCI sin nada de leche, así que fui yo sola y le expliqué a Jack que su mamá estaba esforzándose para hacerle una deliciosa comidita. Cuando volví a la habitación estaba todavía en ello. Los biberones, vacíos.

—Le he dicho que su mamá se estaba esforzando mucho.

—¿Me has llamado «mamá» delante de él?

—¿Prefieres «mami», o «madre»? ¿Cómo quieres que te llamen?

Shup-pa, shup-pa. Su mirada hervía de frustración.

—Putá mierda.

Aporreó el extractor con tal fuerza que hizo saltar de la mesa una taza y unos cubiertos, que cayeron al suelo con estrépito.

Shup-pa, shup-pa, shup-pa.

Amanecía cuando noté que ella me tocaba la oreja. Yo estaba soñando que el sacaleches estaba conectado, pero no era así, reinaba un silencio absoluto, amanecía y ella me estaba tocando la oreja. Recorría sus bordes perfectos con la yema del dedo. La primera luz entraba tímidamente en la exigua habitación. Le sonreí. Ella sonrió a su vez y señaló hacia la mesita de noche. Dos biberones. En cada uno de ellos algo así como veinte centímetros de una leche amarilla.

A Clee le dieron el alta a la mañana siguiente. No así a Jack, por supuesto.

El doctor Kulkarni dijo que lo dejarían salir cuando fuera capaz de beber sesenta mililitros de leche y digerirlos bien.

—Calculo unas dos semanas —dijo—. Día más, día menos. Tiene que demostrarnos que es capaz de alimentarse directamente de la tetilla, chupar y tragar.

Dio media vuelta. Clee estaba esperando con el bolso y vestida de calle. Yo agarré al doctor de la manga.

—¿Sí? —dijo.

Vacilé; necesitaba un segundo para perfilar todas las facetas de mi pregunta. Era sobre la posibilidad de que mi vida (esa en la que yo tenía un hijo y una bella y joven enamorada) tuviera continuidad fuera del hospital. O si podía darse únicamente dentro del mismo. ¿Era yo como la miel cuando piensa que el oso es pequeño, sin darse cuenta de que el oso no es más que la forma del frasco de miel?

—Creo que sé lo que está pensando —dijo el doctor.

—¿De veras?

Asintió con la cabeza.

—Es pronto para decirlo, pero de momento se recupera la mar de bien.

Le dijimos a Jack que volveríamos al día siguiente y nos marchamos, pero tuvimos que dar media vuelta porque yo no le había dicho te quiero —«Te quiero, mi pequeño boniato»—, y esta vez nos marchamos de verdad. Salimos un tanto temblorosas a la luz del sol. En el taxi nos cogimos de la mano. Mi calle estaba como siempre. En ese momento la vecina de dos puertas más abajo estaba entrando sus contenedores de basura y nos vio renquear hasta la puerta. Clee empezó a quitarse los zapatos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Ya, es que quiero.

—Ahora la casa es tanto tuya como mía.

—Ya me había acostumbrado a ello.

Todo estaba tal como lo habíamos dejado. En el dormitorio, sangre seca por doquier; un amasijo de caracoles en el techo de la cocina; toallas tiradas en los sitios más extraños. El agua que Rick había calentado seguía en sus recipientes sobre el tocador, ahora fría. Me puse a limpiarlo todo mientras Clee bombeaba el sacaleches. Retiré su saco de dormir del sofá y lo metí en el armario de la ropa de cama.

Antes de acostarse en mi lecho por primera vez, Clee murmuró una disculpa sobre el mal olor de sus pies.

—La cromoterapia no funcionó.

—A mí tampoco me ha funcionado.

—¿Tú sabías que la mujer del doctor Broyard es la famosa pintora holandesa Helge Thomasson?

—¿Te lo contó él?

—No, alguien que estaba en la sala de espera.

—¿La recepcionista?

—No, otro paciente.

Nos metimos debajo de la colcha y nos cogimos de la mano. Engañar a un ama de casa era comprensible, él podía haberlo hecho por la mera estimulación intelectual, pero qué mal por parte del doctor Broyard no haber estado a la altura de Helge Thomasson. Yo no había oído hablar nunca de ella, pero sin duda alguna era una mujer de armas tomar. Clee puso un momento la mano sobre mi abdomen y luego la retiró.

—El doctor Binwali me dijo que dentro de ocho semanas podría mantener relaciones sexuales.

Sonreí como una nerviosa tía carnal. Desde aquel primer día no habíamos vuelto a hablar de ello. Hay mujeres que solo intercambian besos, se frotan la espalda y nada más. Me pregunté si el carácter violento de la antigua Clee

asomaría de nuevo. Tal vez sería como una simulación. Podíamos empezar con lo del «banco en un parque». Ella me agarra un pecho, pero en vez de resistirme yo dejo que me viole. ¿Tendríamos que comprar un pene de goma? En unas galerías de Sunset, junto a una tienda de mascotas, había visto un lugar donde vendían cosas así.

—Los músculos —dijo—. No se contraen.

Un orgasmo; eso era lo que no podía tener hasta dentro de dos meses.

—Pero, bueno, por ti podría intentarlo. Si quieres.

—No, no —me apresuré a decir—. Esperemos. Hasta que podamos las dos.

Me gustaba esa manera de hablar, obviando ciertos verbos. Quizá no tendríamos que decirlos nunca.

—Bueno, de acuerdo. —Me apretó la mano—. Confío en que podré esperar todo ese tiempo —añadió.

—Lo mismo digo. Es duro esperar.

Desperté sobresaltada, como un pasajero en un avión; por momentos pude notar lo alta que estaba y me sobrevino el subsiguiente terror a la caída. Eran las tres de la madrugada. Acabábamos de dejarlo allí, al pobrecito. Estaba solo en la UCI neonatal, dentro de su caja de plástico. Oh, Kubelko. Sentí ganas de chillar; era un dolor inhumano. O tal vez fuera mi primer sentimiento humano. ¿Me vestiría enseguida y cogería el coche para ir al hospital? Esperé a ver si era capaz. Miré sus cabellos de oro desparramados sobre la almohada que yo normalmente me metía entre las piernas. Esto no podía durar. Era un sueño absurdo. Me obligué a reaccionar.

La radio bramaba, el sol ardía.

—¿Qué tipo de música te gusta? —preguntó Clee, pasando de una emisora

a otra entre un refrito de interferencias. Me restregué los ojos. Nunca había utilizado el radiodespertador más que como despertador—. Esto te gusta, seguro. —Me miró tras sintonizar una emisora de country—. ¿No?

Giró el dial, observando mi reacción. Hubo una rápida sucesión de música discordante y molesta.

—Deja eso, quizá.

—¿Esto?

—Me gusta la música clásica.

Subió el volumen y se acostó otra vez, rodeándome con el brazo. Yo no tenía un tipo de música preferido. Tarde o temprano habría que decírselo.

—Esta puede ser nuestra canción —susurró.

Estaba impaciente por empezar a tener una novia.

Escuchamos hasta el final para oír el título; la pieza era insoportablemente larga. Al final salió un británico esnob. Era un canto gregoriano del siglo VII llamado «Deum verum».

—No tiene por qué ser nuestra canción.

—Demasiado tarde.

Íbamos a ver a Jack todas las mañanas y a media tarde. Cada vez que entrábamos en la UCI neonatal con nuestras batas y las manos limpias yo temía las noticias, pero resultó que se estaba recuperando muy bien. A Clee le pareció que el peligro había pasado, y daba la impresión de que era así; todas las enfermeras decían que era el niño blanco más duro que habían visto nunca. Transformamos el cuarto de planchar en un cuarto infantil y compramos bodys, pañales, toallitas, una cuna, un cambiador y un colchoncito (con funda incluida) donde cambiarle los pañales, un capazo, un botiquín de primeros auxilios, una bañerita con forma de ballena, champú

para bebés, manoplas y toallas para bebé, mantillas, gasas para cuando el bebé eructa, juguetes sonoros, libros de tela, un monitor de bebés con cámara, una bolsa para pañales, una cubeta para pañales y un sacaleches carísimo con su propio estuche para transportarlo. Aún faltaba una semana para que Jack pudiera mamar, pero se las apañaba muy bien bebiendo la leche de su madre a través de un tubito.

—Tiene un motor superpotente —dijo Clee en tono de admiración—. El mismo que llevan ciertas herramientas eléctricas y las amasadoras que utilizan en las panaderías. Exactamente el mismo motor.

Se puso la correa del estuche en bandolera sobre el pecho, como la bolsa de un mensajero motorizado.

Ir juntas de tiendas era un placer nuevo, lo mismo que estar en el coche, en un restaurante o ir caminando del coche al restaurante. Cada vez que el decorado cambiaba, volvíamos a ser otra vez algo nuevo. Nos paseamos cogidas del brazo por el centro comercial Glendale, la cabeza bien alta. Me gustaba ver cómo los hombres babeaban al mirarla y cómo les cambiaba la expresión cuando yo ponía mi mano en la de ella. ¡Yo! Una mujer que era demasiado mayor para dar la talla y que, de hecho, ni siquiera había dado la talla cuando podía hacerlo. Aquel que ponga en duda la satisfacción de tener una novia no superinteligente y muchísimo más joven que una es que no la ha tenido. Todo son buenas sensaciones. Es como llevar puesto algo muy bonito y comer algo delicioso, las dos cosas a la vez y en todo momento. Phillip lo sabía; lo sabía y había intentado explicármelo, pero yo me hice la sueca. No pude evitar preguntarme si se habría enterado de lo mío con Clee.

Ella era algo más que joven, era caballerosa: me abría puertas, me llevaba bolsas; no me compraba cosas porque no tenía dinero, pero me decía lo que

según ella me sentaría bien a mí. Entramos en una tienda de lencería para que yo pudiera comprarme unos «visillos», como Clee los llamaba. La prenda que eligió tenía mucho volante, era casi infantil, e inapropiada para alguien con mi cuerpo y mi edad. De las braguitas rosa chillón asomaban gruesos y entrecanos pelos púbicos, pero Clee no llegó a verlos; me pidió que saliera de la tienda con ellas.

—¿Llevas puestos los visillos?

—Sí.

Me echó el brazo por los hombros.

Cuando Tammy, la enfermera cara de cerdita, nos preguntó si habíamos empezado el contacto físico, nos pusimos coloradas. Ni siquiera habíamos estado desnudas las dos juntas.

—El contacto físico ayuda a regular el ritmo cardíaco del bebé y su respiración. Aparte, naturalmente, de que es estupendo para el vínculo madre-hijo.

—No —dije en voz queda—. Todavía no hemos podido abrazarlo.

—¿Quién quiere ser la primera?

—Cheryl —dijo rápidamente Clee—. Es que yo tengo que ir al baño ahora mismo.

Tammy me miró. Hasta el día en que nos vio besarnos junto al ascensor, ella pensaba que yo era la madre de Clee. Me quité la blusa y el sujetador y los dejé sobre el respaldo de una silla. Tammy metió las manos entre el lío de tubos conectados a Jack y lo sacó con mucho cuidado de la caja. El bebé hizo muecas y se retorció como una oruga. Tammy me lo puso entre los pechos y recolocó sus brazos y piernas de manera que hubiese el máximo contacto

posible entre ambos. Luego nos cubrió con una mantita de algodón de color rosa y nos dejó a solas.

Miré a mi espalda. Clee estaba todavía en el baño. El pecho de Jack subía y bajaba; sus máquinas estaban calladas. Entonces soltó como un resoplido y sus enormes ojos negros se volvieron hacia arriba.

«Hola», dijo.

«Hola», dije.

Esperábamos este momento desde que yo tenía nueve años. Me recosté en el asiento e intenté relajarme, la palma de mi mano ahuecada sobre su trasero y sus piernecitas. Me sentí como una estatua que representara la virtud. «Henos aquí. Henos aquí por fin.» No era fácil aferrar aquel momento: saltaba de acá para allá como una mancha solar. Al otro lado de la sala Jay Jay estaba pegado al pecho de su mamá en la misma posición, ambos tapados con una manta idéntica. Nos sonreímos.

—¿Cómo se llama el suyo? —susurró ella.

—Jack —susurré yo.

—¿En serio?

—Sí.

—Este se llama igual —dijo, señalando a Jay Jay.

—No es posible.

—Lo es.

—¿No es toda una casualidad?

—No te muevas.

Era Clee; nos hizo una foto con su móvil y luego me besó en la oreja.

—¿A que no sabes cómo se llama ese bebé? —dije.

—Jack —respondió—. Ya lo sabía. De ahí me vino la idea.

—¿Decidiste que el nuestro se llamara como el de ellos?

—No les conocemos de nada. —Clee parecía molesta—. No los vamos a

ver más. Me gustó el nombre y ya está.

La mamá del otro Jack no sabía si sentirse adulada u ofendida. Clee le dio una palmadita al nuestro en la fontanela, impertérrita. ¿Se daba cuenta de que esto era real? ¿Acaso lo veía solo como algo transitorio? Podía ser que el quid del amor estuviera en eso, en no pensar.

Empezaba a comportarse más como una invitada, se doblaba la ropa, la dejaba bien apilada sobre mi tocador volcando sin querer todos mis potingues y mis alhajas. Los primeros días después de nuestro regreso intentamos comer en la cocina y mantener conversaciones, pero me di cuenta de que a ella no le iba eso, de modo que acabamos sentadas en el sofá viendo la tele mientras cenábamos. Yo a veces tiraba de microondas; todas aquellas comidas preparadas tenían el mismo toque dulzón, incluso las muy saladas. Le lavaba las piezas del extractor de leche y la ayudaba a etiquetar los biberones por fechas; ella sacaba fotos de las dos y luego las decoraba con una app llamada Heartify. Éramos dos crías jugando a estar casadas; nos encantaba cepillarnos los dientes juntas, como si estuviéramos acostumbradas a hacerlo. Puede que Clee pensara que yo ya había hecho todo eso antes porque mostraba una facilidad tardía para la cohabitación; se me ocurrían ideas a cada momento. El primer fin de semana compré una pizarra y la colgué junto a mi calendario, encima del teléfono.

—Para mensajes. La tiza está en ese plato. Hay de todos los colores, además del blanco.

—A mí todo el mundo me llama al móvil —dijo Clee—, pero puedo anotar los mensajes que te dejen. Bueno, si quieres que conteste. Normalmente dejo que salte el contestador.

—Puedes escribir todo lo que quieras en la pizarra. Podría servir para frases de ánimo, por ejemplo, escribir una cada domingo para la semana. —

Con la tiza azul escribí «NO TE RINDAS» y luego lo borré—. Era solo un ejemplo. Podemos hacer turnos, una semana tú y otra yo.

—Yo no sé tantas frases de esas.

—O rayitas; si necesitas llevar la cuenta de algo, puedes hacerlo en la pizarra.

Me miró un momento, cogió la tiza violeta e hizo una pequeña marca en la esquina superior izquierda.

—Eso es —dije, devolviendo la tiza al plato.

—¿Quieres saber para qué es la rayita?

—¿Para qué es?

—Para cada vez que piense: «Te quiero».

Enderecé las tizas de modo que formaran hilera y luego levanté la vista. No, ella no sonreía, estaba seria y agitada. Comprendí que hacía mucho tiempo que deseaba decirle ese tipo de cosas a una mujer.

—¿Has visto que la he puesto arriba del todo? —dijo, sus labios pegados a mi oreja—. Así hay sitio de sobra para el futuro.

Tammy dijo que era el momento de probar a darle el pecho.

—A las cuatro le tocará otra vez. Primeriza, ¿verdad? La enfermera de servicio le explicará cómo hacerlo.

Miré a Clee. Tenía la vista fija en el techo.

Cuando llegamos a las cuatro había una enfermera nueva. Era joven, pelo corto, se llamaba Sue. Miró el historial.

—Así que es la primera vez que la madre —sus ojos se movieron entre Clee y yo— va a dar el pecho, ¿no?

—En realidad, no —respondió Clee con firmeza—. He decidido que seguiré con el sacaleches.

—Ah —dijo Sue.

Miraba a su alrededor con la esperanza de que otra enfermera lo hubiera captado.

—¿Lin es su apellido de casada? —le preguntó Clee, tocando la etiqueta con el nombre de la enfermera al tiempo que fruncía el ceño con picardía.

Sue Lin sonrió bajando la vista, jugueteó con el bolígrafo hasta que se le cayó al suelo.

—No... Bueno, sí, es que no estoy... En fin, no pasa nada si le da un biberón.

Clee se alejó contoneándose hacia la Isolette.

—¿No es importante que le dé de mamar? —dije—. ¿Para el vínculo y eso?

Sue se puso colorada.

—Por supuesto que sí. La próxima vez debería intentar darle el pecho.

Pero no fue así, se escabullía cada vez. Aprendí a sujetar el pequeño biberón como si fuera un lápiz, a rozarle los labios hasta que los abría, a dirigir la tetina contra el velo de su paladar.

«Es leche de Clee, no mía.»

Juzgué importante atribuir el mérito a quien le correspondía. Jack chupaba y tragaba con los ojos clavados en mí.

La fotografía que Clee eligió para anunciar el nacimiento fue la que nos hizo con el móvil al bebé y a mí. Mientras yo la diseñaba en el portátil, ella me masajeó los hombros con los nudillos.

—¿La letra no podría ser más divertida? —dijo.

—¿Quieres decir otro tipo de fuente?

—Quizá.

En plan de broma, elegí unas letras gordas como de dibujos animados.

—Queda bien —dijo.

Y tenía razón. Eran letras que transmitían amor a la vida, y ¿no era precisamente eso lo que se quería festejar?

JACK STENGL-GLICKMAN

23-3-2013

BKC, 4000

Lo enviamos a todos los amigos de Clee, a sus padres, a Jim y al resto del personal de Open Palm, a parientes de ella y míos y a todo el que nos vino a la cabeza con excepción de Rick, porque no sabíamos dónde localizarlo. Rick debía de pensar que Clee y yo éramos lesbianas de toda la vida. Para el resto de la gente tuvo que ser un shock, pero todo el mundo envió la misma y apropiada respuesta: «Felicidades». Hubo algunos, como Suzanne y Carl, que no enviaron respuesta alguna. Mientras Clee dormía aproveché para mandar un e-mail a Phillip adjuntando el anuncio. A esas alturas él ya debía de saber lo de mi jovencísima amiga. Me quedé mirando su nombre en la pantalla. Claro que hay jóvenes y jóvenes. Dieciséis años era demasiado joven. Una pasada. Cogí el móvil y busqué la foto de la chica con la camiseta del caimán rastafari. ¿Quién podía ser? Porque Kirsten desde luego no era. De repente lo vi claro: no existía ninguna Kirsten. Aquel hombre que rozaba los setenta no suspiraba por ninguna quinceañera. Se me escapó una sonrisa: ¡los sms eran solo un juego! Un simple juego entre adultos que lo consentían. Qué descarado era ese Phillip. Borré el anuncio y luego (control + V) lo volví a pegar. ¿Cómo plantear la cuestión? ¿Qué decir? ¿Era preferible llamar por teléfono? ¿Enviar un sms? ¿Presentarme en su casa?

Me miré las manos; estaban agarradas la una a la otra como dos

atolondradas damas de honor.

Pero ¿en qué estaba yo pensando?

Borré el e-mail, cerré el ordenador y apagué la luz. Clee estaba espatarrada en la cama como si estuviera cayéndose; me acurruqué junto a ella.

Hacia el final de la semana decidimos ir a Open Palm. Clee fue pasando el móvil y tanto Nakako como Sarah y Aya exclamaron «Qué monada» al ver las fotos de Jack y le dijeron que estaba muy delgada. A mí se me había acumulado el trabajo, pero Jim dijo que no me preocupara, que tenía seis semanas de baja maternal más los días de baja por enfermedad. Pero le costaba mirarme a los ojos.

—¿Quieres ver el nuevo *banner* de Kick It?

Lo desplegó en el suelo y yo llamé a Clee para que se acercara.

—¿Qué opinas, cielo?

—Yo de esto no entiendo ni papa, cari —respondió, al tiempo que me frotaba la espalda.

Miré disimuladamente a mi alrededor para calibrar las posibles reacciones. Michelle estaba roja como un tomate. Jim no levantaba la vista del suelo. Los demás estaban trabajando.

—Pues ahí está la gracia, cielo, que tú lo ves con otros ojos.

Jim me llevó a un aparte.

—Ya sabes que para mí no es ningún problema. Me alegro por ti.

—Gracias.

—Pero yo no soy el que manda.

—No te entiendo.

—Carl y Suzanne están aquí, hablando con Kristof en el almacén.

—¿Están en el almacén ahora?

—Sí, esperando a que os marchéis.

Salí a la calle y me dirigí hacia el almacén. Los divisé asomados a los ventanales, pero se echaron hacia atrás nada más verme. Le pedí a Kristof que se tomara diez minutos de descanso.

—No, mira. Puedes quedarte, Kristof —dijo Suzanne—. No te muevas de ahí.

Kristof se quedó inmóvil con un pie medio adelantado.

—Tu nieto es una preciosidad —dije, tendiéndole el teléfono a ella—. ¿Quieres verlo?

—¿Tú sabes lo que es una *persona non grata*? —intervino Carl.

—Sí.

—Quiere decir «persona ingrata» en latín.

Kristof fue a decir algo, pero se lo calló. Quizá sabía latín.

—Por el bien de Clee no te vamos a despedir, pero que quede claro que eres *persona non grata*. Ah, y ya no estás en la junta.

Kristof me miró para ver cómo reaccionaba. Me guardé el móvil. No era difícil ponerse en el lugar de ellos; habían confiado en mí y luego mira.

—La decisión de quedarse a Jack la tomó ella —dije.

Kristof miró a Suzanne y a Carl.

—No se trata del niño, sino de la inapropiada relación que mantienes con nuestra hija.

Kristof volvió rápidamente la cabeza hacia mí.

«Jack. Vuestro nieto se llama Jack.»

—No sabéis nada de esa relación.

—Tenemos algo más que una ligera idea.

—No hemos practicado el sexo.

—Ya.

Tampoco Kristof pareció creerlo.

—El médico le ha dicho que hasta dentro de ocho semanas no puede mantener relaciones.

—¿Ocho semanas a partir de cuándo? —preguntó Kristof.

—Desde el parto.

Suzanne y Carl se miraron aliviados.

—Será el 18 de mayo —proseguí—. Por si queréis marcarlo en el calendario. Ese es el día en que realizaremos el coito. —Me di cuenta de que tal vez no era la expresión adecuada, pero seguí adelante—: Y el día siguiente, y el otro. Muchas veces al día, en todas las posturas imaginables, donde nos pille, seguramente incluso aquí.

Kristof soltó una exclamación de entusiasmo en sueco. Cuando reaccionó era demasiado tarde. Suzanne lo despidió en el acto. La cara le temblaba, arrepentida porque no había sabido cortar de raíz ciertas cosas cuando aún estaba a tiempo.

Llevábamos un ritmo. Dormíamos en casa, estábamos con Jack un par de horas, íbamos a hacer recados y a almorzar, volvíamos a casa para echar una siestecita, íbamos a ver a Jack una hora o así y sobre las ocho estábamos de vuelta en casa, veíamos la tele hasta las doce o la una y luego nos acostábamos. Dormíamos mucho porque habíamos encontrado una postura estupenda; Clee me abrazaba por detrás y nuestros cuerpos quedaban pegados como dos eses.

—Poca gente podría hacer esto —le dije, apretando sus brazos.

—Esto lo hace todo quisque.

—Pero no encajan tan bien como tú y yo.

—Con que sean dos, basta.

A veces la observaba cuando estaba dormida, la vitalidad de su carne, y me

sentía abrumada por lo precario de querer a un ser vivo. Ella podía morir por simple falta de agua. No parecía menos arriesgado que enamorarse de una planta.

Transcurridas dos semanas teníamos la sensación de haber vivido siempre así y nada más que así. Continuábamos besándonos a menudo, por regla general besitos cortos, toda una serie de ellos; un acrónimo de nuestros primeros y profundos besos. Lo cual, en cierto modo, era más íntimo porque solo nosotras conocíamos el significado de las siglas.

—No debemos meterles prisa para que nos dejen traerlo a casa —dijo Clee.

Besito.

—Desde luego, no.

Besito de vuelta. Otro más. Y un tercero. Ella apartó un poco la cabeza.

—Esta mañana presionabas un poquito.

—¿Sí? ¿Qué he dicho?

—Has dicho «No podemos esperar más». Y sí que podemos. Podemos esperar todo lo que haga falta si eso es lo mejor para él.

—Bueno, «todo lo que haga falta» tampoco. Jack no estará toda la vida en la UCI neonatal.

—Si es lo más conveniente, sí. Cuando nos digan que ya puede salir, nosotras les diremos: «¿Están un ciento doce por ciento seguros?».

Pero no ocurrió así; no hubo tal conversación. A Jack le hicieron una resonancia magnética y salió normal. Al día siguiente bebió sesenta mililitros de leche, hizo una caca normalísima y los médicos decidieron darle el alta. Tuvimos que rellenar papeles; le pusieron inyecciones. El doctor Kulkarni, en el momento de firmar los papeles de salida, dijo que la recuperación del bebé Stengl era completa.

—Pero ser un bebé tampoco cuesta mucho. Dentro de un año sabrán más

cosas de él.

Clee y yo nos miramos.

—Pero si se ha recuperado del todo... —dije yo, tratando de que la voz no me traicionara.

—Sí, pero, como pasa con cualquier niño, no se sabe si puede correr hasta que corre.

—Ya. Entiendo. Y aparte de correr, ¿hay otras cosas que debemos vigilar a medio plazo?

—Oh, a medio plazo, ya entiendo. —Su cara se ensombreció—. Están pensando si su bebé tendrá cáncer, o si lo atropellará un coche, o si será bipolar, o si será autista, o si tendrá problemas con las drogas. Mire, pues no lo sé porque no soy adivino. Bienvenidas al club de padres y madres.

Giró en redondo y se alejó.

Clee y yo nos quedamos boquiabiertas mientras Carla y Tammy intercambiaban las miradas típicas de quien se conoce el paño.

—No se preocupen —dijo Tammy—, si algo va mal lo sabrán enseguida. Una madre siempre lo sabe.

—Asegúrense de que va cubriendo las etapas —dijo Carla—. Sonreír es la primera. Calculen que para el... —contó con los dedos— cuatro de julio ya debería sonreír. Y me refiero a sonrisas de verdad, no un rictus.

Abrió la boca dando paso a una boba sonrisita infantil y luego la reabsorbió. Tammy nos entregó a cada una un muñeco con la mandíbula movable y nos condujo a una sala con televisor. Clee y yo nos sentamos, medio aturcidas, cada cual con su bebé muñeco.

—RCP en bebés —susurró la enfermera al tiempo que pulsaba el «play» en el mando a distancia—. Cuando terminen, salgan.

Se alejó de puntillas y cerró la puerta suavemente.

Sentadas una al lado de la otra, vimos cómo una madre se acercaba a su

bebé, que había dejado de respirar. «¿María?» Sacudía a la criatura. «¡María!» Su semblante traslucía pánico. Llamaba a Urgencias y luego, como no sabía hacer reanimación infantil, se quedaba allí esperando, berreando de mala manera mientras su hijita probablemente se moría allí sin más.

Nos pusimos a respirar como desesperadas en la boca de nuestro respectivo muñeco, le presionamos el pecho allí donde el uso había dejado una marca oscura. Nunca habíamos hecho una simulación con tanto ardor. Miré de soslayo a Clee preguntándome si se acordaría de aquellos vídeos que ambas habíamos visto tiempo atrás. En cierto modo, esto también era autodefensa. Ahora la pobre María se atragantaba con un grano de uva.

—No sé si puedo hacerlo —dijo Clee, dejando su muñeco a un lado.

—Sí que puedes. Ya casi estamos.

Pero ella me clavó una mirada en la que vi un significado específico e impronunciable. Hacer de madre. Clee no sabía si era capaz. Aparté la vista y seguí aporreando a mi bebé de plástico, una, dos, tres veces. Luego apliqué la oreja a su boca, para oír si respiraba.

En casa no había máquinas. Si a Jack se le aceleraba el pulso o le subía o le bajaba la tensión o la ingesta de oxígeno, no teníamos manera de saberlo. Comía cada hora, día y noche; Clee no hacía casi otra cosa que darle al sacaleches y yo siempre estaba calentando, lavando o sujetando un biberón. Ella volvió al sofá y Jack dormía en la cama conmigo, en un capazo. A cada momento tenía que tocarlo para que se calmara, pero no podía quedarme dormida con la mano encima por el riesgo de aplastarlo. Me tiraba horas seguidas con la mano en alto y luego tenía el hombro y el cuello contracturados, un dolor atroz que en otras circunstancias habría pasado a primer plano. El pobre tenía cólicos; después de cada biberón se retorció de dolor, a veces durante horas. «Haz algo. Haz algo», gritaba Clee. Jack no movía las tripas. Yo le daba masaje en el estómago y le hacía pedalear. Estaba claro que algo grave le pasaba; me parecía altamente improbable que llegara a sonreír el 4 de julio porque ahora mismo no era más que unos intestinos con piel. Tenía la cara cubierta de arañazos y rasguños, pero ni Clee ni yo nos atrevíamos a cortarle las uñas. Lo de mi hombro fue a peor. La segunda semana trasladé el capazo de Jack al suelo y dormí a su lado. No lo bañaba por temor a que se me resbalara de las manos o a que se le abriera el ombligo. Y luego, una noche a eso de las tres, desperté con la sensación de que apestaba a pollo putrefacto. Al depositarlo en el lavabo me di cuenta de que no eran horas para bañar a un bebé y me eché a llorar por lo confiado que era el pobrecillo; yo podía hacer cualquier cosa, que a él le parecía todo bien.

Clee se dedicaba exclusivamente a sacarse leche. A veces se quedaba

dormida haciéndolo. Básicamente veía la tele sin volumen. Si no estaba en el sofá me la encontraba fuera, sentada en el bordillo. Cuando me quejaba de que nunca me echaba una mano, ella decía «¿Qué quieres, que Jack beba leche artificial?», como si quisiera ayudar pero no pudiera. Estaba clarísimo que no se podía contar con ella para llevar adelante aquel proceso, pero ¿qué podía hacer yo? No había tiempo para discutirlo, y Jack seguía con los intestinos atascados. Doce días ya. Todos los platos estaban sucios; Clee intentó lavarlos en la bañera de una sola vez (me dijo que lo había hecho anteriormente). El desagüe se atascó a la primera de cambio. Vino el fontanero gordo, el mismo de la otra vez; Jack, nada más mirarle, reaccionó con una impresionante descarga intestinal que acabó reventando el pañal; aquello era un mar de requesón. Lloré de alivio, le cubrí de besos, limpié su escuálido culito. Clee dijo «Lo siento» y yo dije «Soy yo quien lo siente» y esa noche me trasladé a la cama; ¿por qué demonios se me ocurrió que dormir en el suelo iba a servir de algo? Clee continuó en el sofá. No pasaba nada; aún quedaban cuatro semanas para la fecha de la consumación, según el doctor Binwali.

Además de hacer caca, comer y dormir, Jack tenía hipo y emitía viscosos ruidos de pterodáctilo, bostezaba y de cuando en cuando dejaba asomar una lengua torpe entre la pequeña O de sus labios. Clee preguntó si podía ver en la oscuridad como los gatos y yo le dije que sí. Más tarde comprendí mi error, pero eran las cinco de la mañana y Clee estaba durmiendo. Al día siguiente se me olvidó. Cada día olvidaba decirle que el bebé no veía en la oscuridad como los gatos y cada noche me acordaba otra vez, con una creciente sensación de urgencia. ¿Y si nos pasábamos años así y nunca llegaba a decírselo? Mi cuerpo estaba tan cansado que con frecuencia flotaba a mi lado o encima de mí, y tenía que bajarlo como si fuera una cometa. Por fin, una

noche, escribí en un papel «No puede ver en la oscuridad» y se lo puse junto a la cara mientras dormía.

—¿Qué es esto? —preguntó ella al día siguiente mostrándome el papel.

—Oh, menos mal, sí. Que Jack no ve en la oscuridad como los gatos.

—Ya lo sé.

De repente no tuve claro cómo había empezado la cosa. Quizá ella no me lo había preguntado nunca. Lo dejé correr, no sin abrigar dudas respecto a mi estado mental. Al día siguiente, por la noche, me sobrevino la sospecha de que aquel bebé no era Kubelko Bondy, que me habían engañado. Una hora más tarde decidí que Jack era el bebé de Kubelko Bondy, es decir, que Kubelko Bondy lo había dado a luz y que nosotras no hacíamos sino de canguros hasta que el propio Kubelko Bondy tuviera edad de cuidar de él.

«Pero si eres el bebé de Kubelko Bondy, entonces ¿dónde está Kubelko Bondy?»

«Kubelko Bondy soy yo.»

«Sí, tienes razón. Bueno, así es más fácil.»

Rodeé con el brazo aquella cosa envuelta. Tratar de acunarlo era como tratar de acunar una magdalena, un tazón. No había superficie suficiente. Con mucho cuidado planté un beso en cada una de sus enrojecidas mejillas. Su vulnerabilidad me mataba, pero ¿era «amor» la palabra que mejor definía este sentimiento? ¿No sería simplemente piedad, y del tipo más febril? Soltó un alarido que hendió el aire: le tocaba otro biberón.

Por la noche se los daba a la una, las tres, las cinco y las siete. El de las tres era el peor. El resto de las horas conservaba algún elemento de civilización, pero a las tres yo me veía contemplando la luna con el hijo de otra en brazos, un hijo que me había robado la vida. Cada noche mi plan era llegar como fuera hasta el amanecer y luego barajar las opciones. Pero ahí estaba el problema: no había tales opciones. Las hubo, antes del bebé, pero yo no había

actuado en consecuencia. Por ejemplo, viajar sola a Japón para ver cómo eran allí las cosas. Ir a clubes nocturnos para decirle a un desconocido: «Háblame de ti, cuéntamelo todo». Ni siquiera había ido al cine sola. Había estado callada cuando no había motivo para estarlo, había sido coherente cuando la coherencia era lo de menos. En los últimos veinte años había vivido como si estuviera cuidando de un bebé recién nacido. Hice eructar a Jack contra la palma de mi mano, aguantando su cogote de muñeco de trapo con el dedo gordo. Clee puso en marcha el aparato en la sala de estar. No era el benévolo shup-pa del extractor que tenían en el hospital, sino un sonido más seco y estridente, tipo uch-pa, uch-pa. Un perpetuo toque de repulsa: ¿por quiénes nos habíamos tomado, teniendo a aquella criatura? Éramos unas uch-pa, uch-pa, uch-pa.

Pero empezó a salir el sol, y mientras yo coronaba la cima de mi autocompasión recordé que, a fin de cuentas, me moriría cuando se acabara esta vida. ¿Qué importancia tenía que me dedicara a cuidar del pequeño en vez de a cualquier otra cosa? Yo siempre sería un ser terrenal; él no me había privado de mi capacidad para volar ni para vivir eternamente. Ahora valoraba a las monjas, no las de clausura, sino las mujeres modernas que optaban por eso. Si una era lo bastante inteligente para saber que esta vida iba a consistir básicamente en abandonar cosas que una quería, ¿por qué no especializarse en el abandono, en vez de en el intento de poseer? Tan exóticas revelaciones brotaban espontáneamente, y empecé a comprender que la falta de sueño y el estar siempre pendiente del bebé y de sus horas de comida eran como un lavado de cerebro, un proceso por el cual mi yo de antaño estaba tomando una nueva forma, de manera lenta pero constante, y esa forma tenía un nombre: madre. Era doloroso. Intenté estar consciente mientras sucedía, como si observara lo que el cirujano me estaba haciendo. Confié en poder conservar aunque fuera un poquito de mi antiguo yo, lo suficiente para

advertir a otras mujeres. Pero sabía que era poco probable; cuando el proceso tocara a su fin no quedaría de mí nada con que lamentarme, ya no me dolería más, no recordaría nada.

Clee no tocaba a Jack a menos que yo se lo pusiera encima, y aun así lo sostenía apartado de su cuerpo, las flacas piernas colgando. Chavalín, le llamaba.

—¿A ti no te parecen raras, las manos del chavalín?

—No. ¿Por qué lo dices?

—No sé, es como si no las controlara. He visto que le pasa a otra gente, no sé, ancianos en silla de ruedas y eso.

Yo sabía bien a qué tipo de gente se refería. Nos quedamos mirando cómo sacudía los brazos sin ton ni son.

—Es pequeño y nada más. Hasta que sonría, lo demás no cuenta. El 4 de julio.

Clee asintió poco convencida y luego preguntó si necesitábamos algo de la tienda.

—No.

—Bueno, creo que iré de todos modos.

Desde que estaba completamente curada salía con frecuencia, lo cual a veces era un alivio para mí, así solo tenía que cuidar del bebé y no del bebé y de ella. Esto me hizo sonreír, porque era igualita que un ama de casa de los años cincuenta. Clee era mi «hombretón», y yo su «cari».

—Tú eres mi hombretón.

—Si te empeñas...

—Y yo tu cari.

—Eso.

Solo que ella no era como un marido de los cincuenta porque no ganaba los garbanzos de la familia. Intentó recuperar su puesto de trabajo en Ralphs,

pero habían cambiado a la persona encargada de contratar personal; era una mujer. Le dije a Clee que tanteara el terreno. Tú tantea el terreno; nunca se sabe lo que puede pasar. Ella tanteó un solo terreno, el de Kate, con un mensaje al móvil: «Sabes de algun kurro??????».

Estaba completamente agotada, pero el 17 de mayo, la víspera del último día de la octava semana, me depilé todo el vello púbico; estaba segura de que ella lo preferiría así, no con mi felpudo entrecano. Suzanne se acordó también del día especial y no se privó de mandarme un sms: «Recapacita, por favor».

La noche del 18 metí a Jack en el cochecito y empecé a dar vueltas y vueltas a la manzana hasta que se quedó profundamente dormido. Luego volví, lo deposité en la cuna, puse las manos en su cabeza y sus pies, conté hasta diez, las retiré de un solo y suave movimiento y salí con sigilo del cuarto de planchar. Me remetí el pelo detrás de las orejas con el cepillo, me puse los «visillos» rosa fucsia y dejé la puerta entreabierta.

Sentí un cierto alivio al ver que ella no entraba. Yo no quería que el sexo se apoderara de nuestra relación; que si pelis porno, que si juguetitos de silicona... De vez en cuando miraba la pizarra para ver si había rayitas nuevas. No, ninguna todavía, pero la de color violeta de arriba del todo seguía allí. Pasé hojas de calendario contando las semanas que faltaban para el 4 de julio. Cuando él sonriera, todo lo demás encajaría y brotarían rayitas como hierba nueva.

Resultó que la hermana de la madre de Kate organizaba fiestas y tenía su propio servicio de catering.

—Un trabajo de verdad, no como lo de Ralphs —dijo Clee—. Es una

profesión.

—La tía de Kate, ¿eh?

Jack estalló dentro del pañal.

—Hermana de su madre. Mi objetivo es aprender todo lo necesario y luego montar mi propia empresa.

—¿Una empresa de organizar fiestas?

—Bueno, no sé, quizá. Esa sería una idea. Rachel, una chica que está con ellos, va a montar una de palomitas con sabores. El maíz de las palomitas ya lo tiene, en su habitación.

—¿Quieres hacerlo tú?

Le puse a Jack en brazos.

—¿El qué?

—Cambiarlo.

Cuando se cumplían ocho semanas y siete días me rasuré otra vez y me puse los visillos, porque si no contábamos la primera semana (y ella seguramente no la había contado), entonces esa noche era la última de la octava semana.

A partir de entonces no volví a depilarme el pubis.

Para ir a los servicios de catering Clee tenía que llevar camisa de esmoquin blanca y corbata negra de lazo. Estaba imponente, desde luego; la habían contratado justamente por eso. La primera noche volvió a casa a las dos.

—No veas qué caos; me he tirado horas limpiando —rezongó.

Empezó a vaciar con ruido una bolsa grande de papel donde había botellas de champán a medio beber, cupcakes a puñados y un taco de servilletas monogramadas: ZAC & KIM.

—Chsss...

Señalé, furiosa, el monitor del bebé. Había tenido que dar cuatro vueltas enteras a la manzana para que se durmiera.

Clee soltó la bolsa como si quemara.

—Está bien, tengo que decirte una cosa.

Su semblante estaba serio, el gesto extraño. Sentí un vahído en el estómago. Quería que nos separáramos.

—¿Cuándo puedo hablarte? Normalmente no parece que te interese lo que digo. No sé, nunca me preguntas nada, y eso me hace pensar que te importa un pito. No sonrías. ¿Por qué sonrías?

—Perdona. Claro que me interesa. ¿Qué era lo que me importaba un pito?

—Bueno, y esto es solo un ejemplo cazado al vuelo. Cuando explicaba eso de que Rachel iba a montar una empresa de palomitas con sabores, ¿no? Pues no me has preguntado nada.

—Entiendo. Ya, bueno, creo que en ese caso concreto habías dado suficientes detalles como para que no fuera necesario preguntar nada más.

—A mí se me ocurre una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué sabores? Eso sería lo primero que una persona que estuviera realmente interesada podría preguntar.

—Vale. De acuerdo.

Clee cambió de postura, esperando a que yo dijera algo más.

—¿Qué sabores?

—Pues un poco de todo, verás: papaya, leche, cacao, chicle... cosas así. ¿Has comido alguna vez palomitas al chicle?

—No. He mascado chicle y he comido palomitas, pero no...

—No en un solo producto.

—Nunca.

Las dos de la mañana era temprano. A veces las fiestas terminaban a las

tres y ella se tiraba hasta las cinco limpiando. Un día Rachel y ella tuvieron que llevar un pedestal de mármol hasta el condado de Orange a las cuatro de la mañana para que la tía de Kate no tuviera que pagar el alquiler de otro día. A veces regresaba a casa borracha, algo que se suponía que era parte del trabajo.

—Como quedan tantas bebidas... —dijo, o más bien farfulló.

Se desabrochó la camisa de esmoquin, puso en marcha el extractor y se sacó leche con alcohol, uch-pa, uch-pa, uch-pa. La tiré por el desagüe y ella me dio un besito. Luego me dio otro, esta vez más largo, y con un sabor curioso.

Clee vio la cara que yo ponía.

—¿Sabe a tequila?

Asentí.

—¿Te gusta?

—No soy muy bebedora, la verdad.

—Bien, señora, pues un día de estos te voy a emborrachar.

No solía llamarme «señora», y eso me hizo sentir vieja. Puso una mano en mi cadera.

—¿Dónde está ese vestido?

—¿Qué vestido?

Hizo una mueca, una de las antiguas.

—Déjalo.

Encendió la tele y yo me metí en el dormitorio y cerré la puerta. Ahora, cada vez que estaba sola, me sumía en una especie de estupor perplejo, me agarraba los brazos e intentaba reconocermelo llevando aquel tipo de vida. Normalmente no llegaba muy lejos, porque Jack empezaba a llorar y yo me ponía en movimiento, olvidándome de mí misma. Cuando no lloraba, mis

pensamientos se volvían cada vez más retorcidos y alocados, que fue lo que me pasó en aquel momento. Comprendí a qué vestido se refería.

Clee se puso colorada al verme. Clavó la vista en las moneditas de mis zapatos y fue subiendo lentamente, botón a botón, a todo lo largo del vestido de pana. Cuando llegó a la cabeza, retrocedió unos pasos y me miró entera. Parecía acongojada, dolida casi. Se pasó la mano por el flequillo y se secó un par de veces las palmas en el pantalón de chándal. Jamás me habían mirado así, fue una fantasía hecha realidad.

Se puso de pie, inclinó la cabeza y me besó en el cuello, unos centímetros más arriba del cuello del vestido. La manera como me empujó fue brusca. No como antaño, pero sí un poquito como antaño. Se me llenaron los ojos de lágrimas: nosotras éramos también así. Descendió hasta mis pies, hasta el dobladillo del vestido. Había botones difíciles, casi un poquito grandes para los ojales. Se peleó con ellos como si fuera la primera vez, como si no hubiera aprendido ningún truco o ninguna técnica desabotonadora. Yo estaba pensando que había pocas probabilidades de que llegara a mi pubis antes de que Jack llorase, si es que era allí a donde se encaminaba. Luego, al no oírlo berrear, pensé que quizá se había muerto, pero me quedé tendida en el suelo porque no quería ser yo quien lo encontrara. Sus dedos se afanaron más arriba de mi cintura. Observé su rostro serio mientras ella procedía a desabotonar la parte de los pechos. Su aliento etílico denotaba ansiedad. Era un sonido que enardecía; a cualquier persona, independientemente de sus tendencias, le habría excitado oírlo. Cuando llegó al último botón, bajo mi barbilla, separó lentamente las dos partes del vestido como quien abre un pescado por la mitad. Yo no llevaba nada, ni siquiera los visillos. Clee se sentó sobre los talones, fijó la vista en mis acuosos pechos y empezó a murmurar algo en voz muy baja.

—Cheryl puede hacerlo sola... Yo le echo una mano a pesar de que...

Aceleró el resto hasta el final como si rezara el Padrenuestro. No fue fácil, estando en el suelo, inclinar la cabeza en señal de reconocimiento, pero no bien lo hube hecho ella se bajó rápidamente el pantalón de chándal y el tanga y se tumbó de manera que quedaran pegados su monte de Venus rubio oscuro y el mío gris semitrasquilado. Levanté la cabeza para besarla; ella cerró los ojos y se aclaró la garganta al tiempo que desplazaba ligeramente las caderas hacia un lado. Muy concentrada, empezó a moverse despacio sobre mi hueso púbico. Era mucho peso y yo no estaba segura de dónde poner las manos. Las tuve a unos centímetros de sus nalgas desnudas antes de plantarlas allí. Apreté. La sensación era agradable, desde luego, pero me fue difícil sacarle algún provecho. Entonces cerré los ojos y Phillip me dio ánimos: «Piensa en tu cosa». Hacía ya mucho tiempo que no pensaba en mi cosa. Puse los pies en punta e intenté generar un eco, una fantasía dentro de otra fantasía, pero en eso estaba cuando mis ojos se abrieron solos. Ella estaba presionando mi pecho duro y peludo con sus senos hinchados, y noté cómo su coño mojado, su coño de verdad, patinaba sobre mi miembro tieso. Hundí los dedos en su trasero y empujé hacia arriba; la sensación fue increíble, me la estaba follando. Embestí una y otra vez hasta que eyaculé entre espasmos volcánicos, colmándola por dentro. Clee vio mi rostro contraído y aceleró; su frotamiento se volvió engorrosamente enfático. Intenté acoplarme al movimiento, pero era demasiado rápido para dos personas y opté por quedarme quieta cual buena farola para perro con ansia de rascarse. El olor de sus pies me llegó en oleadas que alternaban con aire limpio. Noté la barriga donde había estado Jack. Clee continuó insistiendo; algo me rozaba. Por fin toda ella se estremeció, lanzando un gemido agudo que casi sonó falso. Yo sabía que me acostumbraría a oírlo. Incluso podía ser que hiciera yo también algún ruidito la próxima vez.

Se quitó de encima y volvió a ponerse el tanga y el pantalón de chándal. Al

levantarse de un salto, a punto estuvo de caer de espaldas y se rió como una loca.

—Dios mío —dijo, pero a nadie en particular—. ¡Dios mío!

Como parecía que ahí terminaba la cosa, empecé a abotonarme el vestido.

—Ahora mismo encargo una pizza y me la como entera. —Estaba ya marcando el número—. ¿Tú quieres? No, ¿verdad?

—No.

Encendí y apagué el monitor para asegurarme de que la imagen no se hubiera congelado.

—Hace rato que no se mueve —dije.

Volvió la cabeza hacia el aparato.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que no se mueve.

—¿Es mala señal?

—Si está vivo, no.

—¿Y si fueras a comprobarlo?

—¿Y que se despierte...?

Me quedé sentada a solas con el monitor; apoyé el canto de una uña en el pecho del bebé para calibrar cualquier indicio de que respiraba. La resolución de la imagen no era lo suficientemente alta. «Saldré gritando a la calle, eso es lo primero que haré. Después de eso, ya veremos.»

El bebé se despertó al poco rato, cuando el repartidor de pizza llamó al timbre. Clee se la había comido ya casi toda para cuando bajé con Jack en brazos.

El 3 de julio Jack se lo pasó berreando, como si supiese que le quedaba solo un día para sonreír y no cumplir el plazo le pusiera muy triste.

«Tranquilo, no pasa nada, quítatelo de la cabeza.»

«De todos modos, presiento que vas a sonreír.»

«No hay ninguna prisa.»

Clee estuvo media hora seguida dándole la lata con ruiditos y caras raras, hasta que se rindió y salió de casa hecha una fiera. La vi pasearse arriba y abajo, fumando y hablando por el móvil.

El día 4 fuimos a Ralphs y ella consiguió que le dieran un perrito caliente gratis por ser empleada a pesar de que ya no trabajaba allí. El gerente sostuvo a Jack en brazos y también una tal Chris y lo mismo el encargado de la carnicería y luego la propia Clee, que lo acunó como si no hiciera otra cosa en todo el día. Jack intentó engancharse a uno de los botones de su camisa de esmoquin. Clee se la ponía a diario, incluso cuando no iba a trabajar. Y unos pantalones verdes, del ejército. Durante el último mes su peculiar estilo había cambiado por completo y de manera solapada. Le sentaba bien. Cuando ya empezaba a ponerse nerviosa, el pelirrojo que ayudaba a llenar bolsas le arrebató a Jack y lo lanzó al aire varias veces.

—Cuidado —dije yo.

—A él le gusta —dijo el pelirrojo—. ¡Mirad!

Clee y yo levantamos la vista y el bebé nos sonrió desde las alturas. Nos echamos a reír, nos abrazamos, abrazamos al pelirrojo y a Jack. Había sonreído dentro del plazo.

Tras lo de la sonrisa, ahora tocaba reír y después darse la vuelta. Días y noches empezaron a desentrelazarse otra vez: las tres de la mañana se convirtió en una hora normal. Los primeros meses eran duros para todos los padres, una auténtica prueba de fuego, ¡y nosotras la habíamos superado! A todo esto era verano. Lavé la ropa de cama. Abrí todas las ventanas e hice lo que buenamente pude para dejar el patio en condiciones; podé y arranqué malas hierbas mientras Jack se daba la vuelta sobre una manta. Si alguna vez

regresaba, Rick tendría que vaciar el balde de los caracoles, porque estaba casi lleno. A Clee le dio por llevar pantalones cortos de tela vaquera y con parte del dinero del catering le compró a su amiga Rachel su viejo ciclomotor porque ella se iba a comprar uno nuevo. Los fines de semana salían juntas de excursión motera y estaban pensando en apuntarse a alguna competición.

—¡Porque corremos que nos las pelamos! —exclamó, quitándose el casco.

—Jack y yo podríamos ir a veros a las carreras —dije.

Me imaginé sentada junto a una nevera portátil, el bebé en el regazo y agitando un banderín. Loción bronceadora.

Ella torció el gesto.

—Es que no funciona así —dijo—. No hay carreras.

—Ah, vale. Como has dicho algo de una competición...

Cogió algo de la cocina y volvió a salir. Yo miré desde la ventana de delante con Jack pegado a la cadera. Clee estaba mojando las ruedas de su ciclomotor con la manguera y frotándolas con mi estropajo vegetal. Había perdido buena parte del peso del embarazo; sus pechos todavía más grandes parecían cosa de otro mundo, en el buen sentido. Cortó el agua y retrocedió para contemplar el resultado: la moto resplandecía. A muchas personas les habría costado quitarle las manos de encima. ¿Esperaba eso de mí? Naturalmente.

Aquella noche me puse los visillos. Como me daba vergüenza salir medio desnuda, me cubrí con el albornoz y una vez que estuve sentada a su lado en el sofá me lo quité. Tardó unos segundos en apartar la vista del televisor, pero lo hizo. Apenas un instante.

—Mira, yo... —dijo, pestañeando a toda velocidad— necesito que me avises con antelación.

Volví a ponerme el albornoz.

—Está bien. ¿Cuánta antelación necesitas?

—¿Qué?

—No sé si te refieres a una hora, un día, o...

Se miró las rodillas como una adolescente cuando la riñen sus padres. La pregunta se evaporó al cabo de un rato. En vista de que no iba a obtener respuesta, fui a preparar té a la cocina.

Todavía le daba un besito de vez en cuando, pero sus labios parecían tensarse, como si respingaran por su cuenta. A veces deseaba volver a la lucha libre de otros tiempos, pero eso era imposible y encima habríamos tenido que llamar a un canguro. De hecho, tampoco quería pelear; Clee no se estaba portando mal conmigo. Lavaba los platos, cortaba el césped poniéndose unas botas de goma sucias que le llegaban hasta las rodillas. ¿Cuándo se las había comprado? O podían ser las que utilizaba Rick para sus labores. De repente me invadió la melancolía, como si añorara a mi jardinero sintecho. O quizá añoraba el pasado: el hospital, las enfermeras, los botoncitos para llamar, el aspecto de Clee con trenzas y la bata de algodón que apenas si la contenía. La primera marca violeta estaba todavía en la esquina superior de la pizarra, pero alguien que no supiera de qué se trataba podía pensar que era un resto de una anotación anterior que no había quedado bien borrada.

Era una idea que estaba trabajando. Pensaba en ello durante apenas unos segundos y lo dejaba. Al cabo de un par de días, mientras Jack estaba durmiendo, la volvía a poner sobre el tapete y la trabajaba un poco más. Era como un bordado de grandes dimensiones; no quería ver la imagen final hasta que estuviera completo. Por la sencilla razón de que la imagen final era muy triste.

Nos habíamos enamorado; eso seguía siendo verdad. Pero, dadas las

condiciones psicológicas adecuadas, una persona podía enamorarse de cualquiera, fuera persona o cosa. De un escritorio, siempre dispuesto, siempre a cuatro patas. ¿Qué esperanza de vida tenían estos improbables amores? Una hora. Una semana. Como mucho, varios meses. El fin era algo natural, como las estaciones, como envejecer, como que la fruta madure. Lo más triste era eso; no había a quién echar la culpa ni manera de invertir el proceso.

De ahí que solo estuviera esperando a que ella me abandonara, lo que incluía que se llevara consigo al niño que legalmente no era hijo mío. Tarde o temprano se marcharían. Clee querría evitar una escena y lo haría rápido. Seguro que iría a casa de sus padres; Carl y Suzanne la ayudarían con Jack. Ahora le habían retirado la palabra, pero eso cambiaría en cuanto ella se presentara allí con un niño de pecho y una bolsa violeta al hombro. Esta nueva perspectiva de mi situación trajo consigo inquietud y pérdida de apetito; sostenía a Jack con manos heladas, siempre al borde de las lágrimas. Por primera vez en mi vida entendí que todo el mundo viera la televisión. Era una ayuda. No a largo plazo, claro, pero sí minuto a minuto. El único alimento que me apetecía eran extrañísimas patatas fritas y galletas no orgánicas, así como una cosa francamente adictiva que combinaba las dos anteriores: unas galletas saladas fritas. Cuando se terminaron dejé a Jack con ella para ir a Ralphs.

—Si se despierta o llora, espera unos cinco minutos antes de entrar; probablemente tardará un par de minutos en dormirse otra vez.

Ella asintió como diciendo: «Ya, ya, si ya lo sé». Estaba dándole al sacaleches.

—¿Me traes esos refrescos de pomelo? —dijo.

Regresaba en coche cuando caí en la cuenta de que había olvidado comprar los refrescos, y entonces pensé: «Da igual, porque Clee no estará cuando yo

llegue. No estarán ninguno de los dos». Dicho y hecho: el coche de Clee no estaba en el camino de entrada.

Habría sido perverso entrar en la casa momentos después de que ella se marchara; tuve que esperar un poco, dejar que la cosa se asentara. Aparte de que no podía moverme apenas, de tanto como lloraba. A moco y a grito pelado. Había pasado lo que yo temía. «Oh, mi niño. Kubelko Bondy.»

De repente se detuvo a mi lado el Audi gris plata; dos botellas de dos litros de Diet Pepsi en el asiento de atrás, Jack dormido en el asiento del copiloto. Nos apeamos de nuestros respectivos coches.

—Lo he dejado llorar cinco minutos —susurró—, y como no callaba me lo he llevado a dar una vuelta.

A partir de entonces ya no me separé de Jack en ningún momento. Intenté hacer cosas que pudiera recordar —a nivel celular, me refiero— después de que ella se lo llevara. Organicé una excursión al paseo del muelle de Santa Mónica, con sus estimulantes e indelebles sonidos y panoramas.

—¿Puedo traer a alguien? —me preguntó Clee.

—¿A quién?

—Da igual, tampoco pasa nada.

El muelle estaba absolutamente repleto de gente obesa comiendo gigantescas rosquillas fritas y algodón de azúcar fluorescente. Clee se compró una Oreo chorreante de aceite.

—Con eso te saldrá la leche más dulce —dije, pensando en las propiedades inflamatorias del azúcar.

—¿Qué? —gritó ella entre el estrépito infernal de una montaña rusa.

Cada vez que pasaban los vagones, una mujer latina sostenía en alto a su bebé y este agitaba brazos y piernas creyendo que iba montado en la atracción. La siguiente vez yo levanté también a Jack; pensé que eso lo recordaría. La mujer me sonrió y yo hice un gesto deferente para darle a

entender que no trataba de suplantarla; la jefa era ella. Lanzamos al aire a nuestros respectivos, una y otra vez, enseñándoles lo que era ser madre, lo que se sentía estando terroríficamente enamorada pero sin opción de largarse. Los brazos se me estaban cansando, pero yo no era quién para decidir cuándo había que parar. Deseé con toda mi alma ser una de aquellas personas que deambulaban por allí en plena libertad. De repente la montaña rusa se detuvo con un topetazo; las portezuelas se abrieron y un grupito de hombres y niños se acercó a mi compinche latina, riendo y tambaleándose con flojera de piernas. Casi no tuve fuerzas para meter a Jack en su canguro; los brazos me colgaban como fideos.

Y Clee se había ido.

Contuve la respiración y permanecí totalmente inmóvil mientras la gente pululaba a nuestro alrededor.

Clee había esperado a que yo estuviera distraída.

Su amigo, o amiga, había pasado a buscarla.

Iban camino de San Francisco.

Había abandonado a Jack.

Sujeté su carita entre mis manos al tiempo que intentaba acompasar la respiración. Él aún no lo sabía. Era algo espantoso, un crimen. Pero podía ser que ella lo hubiera planeado así, buscar una opción madura y generosa. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Ella creía en mí, creía que yo podía hacerlo. Y yo podía. El alivio que sentí se entrecruzó con el golpe del abandono. Empecé a girar en círculos, tambaleándome hacia la salida, luego los servicios, y finalmente me paré a mirar medio aturdida cómo un papá flacucho erraba una y otra vez el tiro sin acertar al pato de goma, bang, bang... bang. Ella también estaba mirando. Sí, era ella, con su camisa de esmoquin, zampándose un pretzel gigante. El papá flacucho se rindió, y vi

que Clee miraba disimuladamente a su alrededor, en busca de otro entretenimiento. Entonces nos vio y saludó con el brazo.

—¿Tú crees que está amañado?

—Lo más seguro —respondí temblorosa.

—Bueno, probaré de todos modos. ¿Me aguantas esto?

Un mes más tarde comprendí que Clee tal vez no sabía nada. Tendría que esperar años, quizá. Ella podía envejecer en aquella casa, con su hijo y con la persona a sueldo de sus padres, sin llegar a saber que tarde o temprano me abandonaría. Su impaciencia iría perdiendo fuelle, sus rubios cabellos encanecerían e iría ganando peso. Cuando ella tuviera sesenta y cinco años yo tendría ochenta y tantos; dos mujeres viejas con un hijo ya mayor. No éramos la pareja ideal, pero quizá tampoco era tan grave. Darme cuenta de ello me consoló en gran medida; pensé que me serviría de indefinido sustento, como una hogaza de pan escondida. Y entonces, una tarde, volviendo Jack y yo del parque, vimos algo a lo lejos.

«¿Qué es eso que hay en la acera?», dijo él.

«Una persona», dije yo.

Una persona gris y encorvada. Clee. No es que su pelo fuera gris, pero sí su piel. Y su cara. Ajada y descompuesta por un peso tan grande que cualquiera podía verlo; una mujer que odiaba su existencia. Y era así como ella pensaba vivir, sentada en el bordillo, fumando. ¿Cuánto tiempo llevaba deprimida? Meses, eso se me hizo evidente. Había estado saliendo a fumar desde que trajimos a Jack a casa. Supongo que ocurre a cada momento, una pasión fugaz tuerce el verdadero rumbo de una persona y no hay nada que se pueda hacer. Miré a Jack; tenía la frente arrugada de preocupación.

«Es muy dinámica a veces —le aseguré—. Y divertida.»

No me creyó.

Clee levantó la cabeza y nos vio acercarnos. Sin saludar, lanzó el cigarrillo

cansinamente a la alcantarilla.

Una de mis series de televisión favoritas iba de un hombre que sobrevivía en la jungla. En un episodio reciente, parte de un pie le quedaba atrapada bajo una roca y el hombre no tuvo otro remedio que cortársela con una diminuta sierra de arco. Después de serrar y serrar, lanzó a los arbustos la parte del pie atrapada. Estaba negra y azul. En nuestro caso el pie tendría que cortarse solo para liberar al hombre. Para liberar a Clee. Yo lo haría con ternura y ceremonia, pero con la misma inquebrantable determinación. Me estremecí, y un gemido de pánico escapó de mi garganta. Esto no iba a ser como la vez que la madre de Kubelko me arrebató a su hijo, yo ya no tenía nueve años. Jamás me recuperaría. Pero no podía conservar a Jack conservándola a ella, no era propio de una madre, ni de una esposa, y difícilmente podía acabar bien. Coge la sierra y empieza. Adelante, atrás, adelante, atrás.

Como las velas de verdad son un peligro, compré unas votivas, eléctricas, que se encendían al agitarlas. Un paquete de treinta; había mucho que agitar. El CD de canto gregoriano no era «nuestra canción», pero sonaba parecido a lo que habíamos oído aquella primera mañana por la radio. Lo puse, a poco volumen, y apagué las luces. Jack y yo contemplamos cómo las llamas de plástico ondeaban en la oscuridad; entre ellas había una vela de verdad, aquella tan gruesa con aroma a granada y grosella que yo le había regalado hacía dos años. La habitación palpitaba con la luz. Intenté llorar en silencio para que el niño no se diera cuenta. Mi boca abierta y crispada, lágrimas entrando en su interior. Fue por pensar que volvía a ser una después de haber sido tres; la idea del silencio y el orden tras tanto ruido.

Tenía cuarenta minutos para hacer que se durmiera antes de que Clee llegara del trabajo. Lo bañé como si fuera la última vez. La canción de cuna

me salió como una marcha fúnebre, de modo que abrí un cuento infantil y le empecé a leer, pero dadas las circunstancias la historia resultaba excesiva y devastadoramente bonita. Jack empezó a moverse y a armar alboroto.

«¿Por qué tan poca fe?», preguntó.

Le dije que la fe no tenía nada que ver, que no siempre puedes conseguir lo que anhelas. Pero tenía razón él. Una madre de verdad lanza el corazón por la verja y luego trepa para rescatarlo.

Cerré el cuento, apagué las luces y lo cogí en brazos.

«Me he puesto frenética, ¿verdad? Qué tonta soy. Nos diremos adiós un millón de veces y hola otro millón a lo largo de tu larga, larguísima vida.»

Jack me miró, preguntándose qué había pasado con el cuento de ir a dormir.

«Muy bien. Un día —dije—, cuando seas mayor, yo estaré esperando un avión y tú irás a bordo. Vendrás de la China o de Taiwán y yo me pondré de pie cuando anuncien la llegada de tu vuelo. Clee se levantará también, estará allí conmigo. Esperaremos junto a mamás y papás y maridos y esposas al fondo del largo vestíbulo de Llegadas. Empezarán a salir pasajeros. Yo buscaré con la mirada, me pondré nerviosa, dónde está, dónde está, y entonces te veré a ti, Jack, mi pequeño. Allí estás, alto y guapo en compañía de tu nueva novia, o novio. Agitaré los brazos. Tú primero no me verás, pero luego sí. Me harás señas. Y yo no podré evitarlo, empezaré a correr por el pasillo. Una larga distancia, pero una vez que empiece no podré frenar. ¿Y sabes qué harás tú? Pues correr también. Tú correrás hacia mí y yo hacia ti y cuando ya estemos cerca nos pondremos a reír los dos. Reiremos y reiremos, sin dejar de correr y correr y correr, y mientras sonará música, instrumentos de metal, un tema arrebatador, en la sala todo el mundo llorando, saldrán los créditos. Ovación clamorosa. FIN.»

Se había dormido.

El canto gregoriano seguía sonando cuando ella llegó a casa. Ya la estaba esperando en el dormitorio a la luz de las velas. Clee se asomó, perpleja. Serví tequila en un vaso de chupito; solo tenía uno, y en los últimos dieciséis años había servido como recipiente para broches y pasadores.

—Qué luces más raras —dijo, tomando un sorbo mientras miraba a su alrededor.

El CD había cambiado de corte, ahora era un himno que inducía al silencio. Nos acostamos, mudas, en la cama.

Ella se acurrucó contra mí como en los viejos tiempos, dos eses.

Terminó la pieza y dio comienzo una nueva; era una voz sola en medio de una inmensa catedral y la voz se encumbraba y reverberaba y loaba a Dios. El cantor estaba inspirado e iluminado de gratitud, no por una cosa en concreto sino por la vida en su conjunto, incluido el martirio de vivir. Hasta en latín entendías que daba gracias a Dios especialmente por el martirio, pues no en vano le permitía ser todavía más fiel al mundo. Apreté los brazos de Clee y ella los estrechó a mi alrededor.

—Tienes que marcharte de casa.

Se quedó paralizada. Visualicé al hombre serrándose parte del pie. Cerré los ojos y serré, adelante y atrás...

—Necesitas tu propio sitio, aprender a cuidar de ti misma, ser libre. Enamorarte.

—Estoy enamorada.

—Qué bien. Que lo hayas dicho.

Como la tenía detrás de mí, durante mucho rato no supe qué estaba pasando. Luego la oí tomar aire con fuerza, tragarse los mocos del llanto.

—No sé cómo voy a... —sollozó pegada a mi nuca— cuidar de él.

Esperé. Conté hasta nueve.

—Yo podría quedármelo, si tú quieres. Quiero decir hasta que te hayas instalado.

Rompió a llorar de una manera que esta vez sí pude notar; todo el cuerpo le temblaba.

—Supongo que soy la peor madre que ha existido nunca —dijo entre toses.

—No, no. En absoluto.

El CD seguía sonando. Quizá había llegado al final y estaba repitiéndose desde el principio, era difícil saberlo. Nos dormimos. Yo me levanté para darle un biberón a Jack. Volví a la cama, me deslicé entre sus brazos, dormí y dormí. La mañana se había extraviado por el camino. Yaceríamos eternamente como estábamos ahora, siempre diciéndonos adiós sin separarnos jamás.

Clee pensó que sería menos lío si yo me convertía legalmente en tutora de Jack.

—Es que igual tardo un poco en montarme un piso.

—Sí, es verdad —dije, conteniendo la respiración.

Una vez decidido, ella empezó a dar los pasos necesarios con empuje y rapidez atípicos. Recibí una notificación para presentarme en los juzgados. Ella me llevó en coche y no paró de hablar en todo el trayecto. Como pude comprobar, secuestrar legalmente a un hijo de otra es lo más fácil del mundo, siempre y cuando te plantes delante del juez y digas que estás «totalmente de acuerdo». Un trabajador social vendría a controlarme cuatro veces durante el siguiente año y Clee tendría su propia vivienda.

—Estaremos encantados de ayudarla a pagar su alquiler —me aseguró Suzanne—. Naturalmente, deberíamos haberlo hecho desde el primer momento. Todos los padres cometemos errores, ya lo comprobarás. ¿Cuándo vuelves al trabajo?

Ella creía haber ganado, que competíamos por el amor de su hija y que a la postre ella había salido vencedora.

Le dije a Clee que podía pasar del sacaleches puesto que de todas formas tendríamos que recurrir a la artificial, pero ella me prometió reservas de leche materna para un mes entero.

—Y cuando venga a veros los viernes, puedo sacarme más.

—Se te quedarán mustios. No te preocupes, ya tiene siete meses. Has cumplido.

Acudieron lágrimas a sus ojos. Lágrimas de júbilo. No me había dado cuenta de lo mucho que odiaba sacarse leche.

Ni ella ni yo dijimos que la última era la última noche, pero a la mañana siguiente ella se trasladaba a su piso de Studio City y por lo tanto dormiría allí, no solo esa noche sino todas las noches durante años hasta que se mudara, probablemente a una vivienda más grande, tal vez con alguien, alguien con quien tal vez se casaría y tal vez tendría hijos. Pasarían los años y alcanzaría la edad que yo tenía ahora, Jack iría a la universidad, y este tiempo, el poco que íbamos a vivir él y yo juntos, se convertiría en una pequeña anécdota familiar acerca de algo que ocurrió y de una amiga de la familia y lo bien que acabó la cosa para todos. Los detalles se irían borrando hasta desaparecer; por ejemplo, nadie lo contaría como una moderna gran historia de amor americana.

A la mañana siguiente las bolsas de basura con sus cosas estaban en fila junto a la puerta. Un poco más cerca y hubieran salido por su propio pie. La famosa Rachel vino a ayudarla para la mudanza.

—Me contaron que ibas a montar una empresa de palomitas con sabores —dije, al tiempo que hacía eructar a Jack sobre mi hombro.

Ella respingó un poco.

—Se la podría llamar así. Bueno, sobre el papel es lo que es.

Clee dio un empujón a la puerta y agarró dos bolsas. Se fijó en que Rachel y yo conversábamos. Su amiga estaba muy flaca y tenía rasgos judíos. Llevaba una blusa a franjas diagonales de tonos pastel que me pareció muy años ochenta; era un chiste sobre lo estúpida que fue la época anterior a que ella naciera.

—¿Quizá lo entendí mal? Creo recordar que Clee me dijo que habría

palomitas de chicle.

—Es difícil de explicar, ¿sabes?, porque estoy trabajando a un montón de niveles a la vez. —Se echó al hombro la más voluminosa de las bolsas—. Me extraña que ella te lo comentara siquiera.

—Bueno... de hecho solo me habló del nivel palomitas al chicle.

Rachel me miró de arriba abajo y luego de abajo arriba, pero se detuvo en mi cuello y no en los ojos.

Clee entró resoplando en aquel momento. Agarró la última bolsa.

—¡Ya está todo! —dijo.

—¿Sí? —Miré a mi alrededor—. ¿Y el cuarto de baño?

—Ya he mirado ahí.

—Ah, bueno.

Le rascó la coronilla a Jack.

—Adiós, chavalín. No te olvides de tu tía Clee. —¿Tía? ¿Cuándo había decidido llamarse así? Él le agarró el pelo, ella se soltó. Rachel sacó su teléfono móvil y se volvió; ahora nos tocaba despedirnos. Clee parecía nerviosa. Dudé de que se presentara cada viernes a las diez de la mañana. Abrió los brazos como un oso amistoso—. Gracias por todo, Cheryl. Os llamaré esta noche.

—No tienes por qué.

—Llamaré igualmente.

Las vimos subir al coche y alejarse y luego recorrimos el interior de la casa. Las habitaciones se veían diferentes, el techo más alto, vacías.

«Antes siempre estaba así —le expliqué—. Este es el aspecto normal de la casa.»

«¿No se ha dejado nada? —preguntó él—. ¿Nada?»

Miramos en cada habitación. Clee había sido muy meticulosa. El sobre

remetido entre dos libros no estaba en su sitio, y tampoco la lengüeta de la lata de refresco. Pero al final encontramos algo que sí se había dejado.

Cogí el cristal Sundrop del cuarto de baño y lo colgué encima del fregadero de la cocina. Jack miró cómo chocaba varias veces contra el cristal de la ventana y luego giraba en silencio.

«Arcoíris. Mira cuántos.» Señalé hacia la pared, animada ahora por un conjunto de arcoíris en movimiento. La boquita se le quedó abierta, de fascinado que estaba.

«Cosas así son las que yo me esperaba, más o menos —dijo—. Esto, desde luego, será una de mis prioridades, mi principal foco de interés.»

«¿Los arcoíris?»

«Y todo lo parecido a esto.»

«Parecido a esto no hay nada. Los arcoíris son únicos; no existe otra cosa igual.»

El cristal empezó a moverse hacia el otro lado y la reluciente tropa atravesó su cuerpecito. Vi que no me creía, y lo cierto es que costaba de creer. Me devané los sesos pensando en cosas similares. Reflejos, sombras, humo; en el mejor de los casos eran tristes primos lejanos del arcoíris. No existe realmente nada tan espectacular como un arcoíris, impresionantes todos y cada uno de ellos, ninguno de segunda clase, ninguno al que le falte algún color. Siempre todos los colores y siempre en el orden correcto. Clee no telefoneó.

Diariamente derretía un carámbano de leche y miraba a Jack beber lo que Clee se había sacado del pecho exactamente un mes antes, cada biberón con la fecha en una etiqueta. Primero se tomó el día en que hicimos el amor; se lo zampó entero. Se bebió el día en que fuimos a enseñarlo a Ralphs. Se bebió

también la leche al algodón de azúcar de cuando fuimos al muelle. La última tanda era del día en que ella se marchó, una leche repleta de planes que yo desconocía por completo. Cuando Jack se terminó aquel biberón, ella se había ido del todo, hasta la última gota. Pero como no era fácil sustraerse al hábito de recordar lo sucedido exactamente un mes antes, seguimos adelante. Mientras se tomaba el primer biberón de leche preparada yo recordé nuestra primera noche a solas, la casa amargamente silenciosa hasta que encendí el televisor. Recordé cómo me acordaba de hacer el amor y de llorar sobre Jack, directamente en sus ojos. Cuando Clee llevaba ya dos meses fuera, recordé que había derretido las últimas existencias de leche materna y pensé que ahora se había marchado del todo, hasta la última gota. Hice eructar a Jack y ahí terminó la cosa; no empecé desde el principio con un triple proceso recordatorio.

Los dos primeros viernes no vino, el siguiente tampoco. La llamé varias veces para decírselo de manera suave, pero nadie contestó al teléfono. Me imaginé su móvil tirado en alguna alcantarilla. Ella era, ni más ni menos, el tipo de mujer que acaba asesinada.

—No quiero alarmarte —dije, sin forzar la voz—, pero he pensado que debías saberlo.

—La vimos ayer, precisamente —dijo Suzanne.

—Ah. ¿Y qué tal está?

—La mar de feliz en su nueva casa. Tendrías que verla. Rachel y ella han pintado las paredes de los colores más locos que te puedas imaginar. ¿Conoces a Rachel?

—¿Rachel vive con ella?

—Pues claro; son inseparables. Y debo decir que hacen muy buena pareja. Clee está totalmente gagá por esa chica. ¿Sabías que Rachel estudió en Brown, la misma universidad a la que fue Carl?

—Cuando dices «gagá», ¿a qué te refieres?

—A que están enamoradas.

Guardé todos los platos excepto los míos y la cucharita de plástico de Jack. Tapé el televisor con la tela tibetana. Luego retiré la tela y saqué el televisor a la calle, junto a los contenedores de basura. Cuando todo recuperó su sitio de siempre, le fui explicando mi sistema a Jack, el *carpooling* y lo demás.

«Así la casa se limpia prácticamente sola, ¿ves?»

Jack desmigajó una galleta de arroz sobre su regazo.

«De esta manera, si estás con la depre no tienes que preocuparte porque las cosas se pongan asquerosas.»

Tiró a la alfombra una cajita de bloques de plástico.

Por lo que se refería a juguetes, mi idea era no preocuparme por tenerlos en su sitio, ya que eso iba a ser una batalla interminable, sino hacer como con los platos: cuantos menos, mejor. Los metí todos en una maleta salvo una pelota, un sonajero y un oso de peluche. Estas tres cosas podían estar en cualquier lugar de la casa, pero a ser posible no amontonadas. Dos podían estar en la misma habitación, pero yo prefería que la tercera estuviese en otro sitio, de lo contrario se me hacía muy caótico. Ella quería una amiga, alguien con quien salir por ahí y hacer cosas. Exploración del cuerpo, condición de mujer, etcétera. Una vulgaridad. Jack se extrañó de la desaparición de sus juguetes; iba a gatas buscándolos por toda la casa. Saqué la maleta de donde la tenía guardada y vacié el contenido en la sala de estar. Vasos y bloques apilables, coches blandos, animales de peluche, cuentos de cartón, sonajeros de anillas con ojos saltones y colas de material rugoso. Mi sistema no valía para bebés. Los bebés lo echaban todo a perder. ¿El plan secreto de meterse

en la cama y no moverse de allí nunca más? Imposible. ¿La propensión a orinar en frascos en momentos de gran tristeza? De eso nada.

Todos los días iba al parque con Jack en el cochecito. Nos parábamos a mirar cómo jugaban al baloncesto, preguntándonos si Cleo habría visto alguna vez a aquellos hombres y si ellos la habrían mirado a su vez. Había uno calvo y musculoso a cuya casa ella podría haber ido. El hombre no pareció darse cuenta de nada, pero ¿por qué iba a pensar que el hijo de una mujer a quien no conocía era su hijo?

«¿Notas algún parentesco con alguno de estos hombres?»

«No.» Jack estaba creciendo y algunos días se parecía mucho menos a Cleo y mucho más a otra persona. Su semblante cuando estaba preocupado no era peculiar; yo había visto personas, varones, con el ceño fruncido de esa manera. Pero no fui capaz de ponerle cara a esa expresión; era un pensamiento que se desvanecía, como un sueño que se aleja cuando una trata de acercarse. Miramos a gente correr y a niños mayores jugar en el tobogán y los columpios.

Una pareja tumbada en la hierba sonrió a Jack.

«¿Nos conocen?»

«No. La gente te sonrío porque eres un bebé.»

Nos estaban haciendo señas. Eran Rick y una mujer. Se acercaron.

—Estaba diciendo: «¿Será ella? No, sí, no».

—¡Sí, sí, eso estaba diciendo! —afirmó la mujer—. En serio. Hola, me llamo Carol.

Me tendió la mano.

Miré en derredor. ¿Rick vivía en el parque? No vi ninguna chabola ni saco de dormir en las cercanías. Carol era limpia y normal y corriente; parecía una profesora.

—¿Es él? —preguntó Rick, los ojos húmedos.

—Sí. Se llama Jack.

«Él te trajo al mundo.»

«No me lo creo.»

—Jamás olvidaré aquel día. Estaba morado como un arándano; ¿verdad que te dije eso?

La mujer asintió vigorosamente.

—Llegaste a casa, dejaste las herramientas y dijiste: «Cariño, ¿a que no sabes lo que acabo de hacer?». —Metió las manos en los bolsillos de su falda y sonrió—. Pero no es la primera vez que echas una mano cuando hace falta, cielo.

O bien Rick era el sintecho con quien ella vivía y a quien llamaba «cielo», o bien era su marido.

—Bueno, en Vietnam hice mis pinitos médicos —dijo Rick con humildad—. Se le ve muy sano, al niño.

—Ahora está bien.

—¿Sí? —Rick tenía la mirada afligida, como si fuera a llorar—. ¿Y la madre?

—Estupendamente.

Carol le palmeó la espalda.

—Después del parto estuvo semanas sin dormir bien —dijo.

—Debí llamar —dijo Rick—, pero me dio miedo recibir malas noticias.

No hacía de jardinero, ni siquiera iba sucio. ¿Por qué me dio por pensar que era un sintecho? Porque siempre llegaba a pie, no en coche. Le miré de reojo, preguntándome si él habría sido consciente de mi error. Pero solo un sintecho supondría que otros pensaban que lo fuera. Señalé hacia mi casa y dije que casi era la hora de la siesta del bebé.

—Nosotros también íbamos a casa —dijo Carol, señalando en la misma dirección—. Vivimos unas manzanas más allá.

Un vecino con un dedo verde y sin patio. Eso es todo. ¿Sería acaso el primero de muchos despertares? ¿Iba a abofetearme la verdad, muchas verdades? No, seguramente era una cosa excepcional.

«Un caso aislado de identidad errónea», le expliqué.

«Un error de buena fe», concedió Jack.

Echamos a andar todos juntos y Rick insistió en dar un vistazo al patio de atrás.

—Qué caos. Si lo llego a saber... ¿Qué tal los caracoles?

Ya no me acordaba de cuándo había visto el último. El cubo estaba vacío. Como si se hubieran marchado al mismo tiempo que Clee.

Carol cogió unos limones de mi árbol y preparó limonada en la cocina.

—No se preocupe, vaya a hacer sus cosas.

Paseé por la casa con Jack y le fui enseñando los nombres de las cosas.

«Sofá.»

«Sofá», dijo.

«Libro.»

«Libro.»

«Limón.»

«Limón.»

—Cuánta paz hay aquí —dijo Carol, secándose las manos en mi paño de cocina.

—Lo hago por el niño.

—¿Le habla alguna vez?

—Naturalmente que le hablo.

—Bien hecho, eso les va muy bien.

Dejaron limonada hecha y prometieron que volverían el jueves siguiente

con una quiche. Cerré la puerta con llave. ¿Que si «le hablo»? ¡Pero si no hacía otra cosa que hablarle! Deposité a Jack en el cambiador.

¡Todo el día! Décadas hacía que le hablaba.

«Bueno, ya está, qué a gusto, ¿eh? Todo limpito y seco.»

Vale, de acuerdo, no diré que le gritara como un conductor de tren, pero mi voz interior era mucho más fuerte que la de la mayoría. Y nunca cesaba.

«Bueno, vamos a abrochar el pantaloncito.»

Supongo que vista desde fuera podía parecer que iba de acá para allá en perfecto silencio.

«Clic, clic, clic. Abrochado. Ya está.»

Le di unas palmaditas en la barriga y miré su cara de grandes ojazos. Me apabulló pensar que el pobrecito viviera en un mundo de mudez. ¿No había oído nada, ninguna de aquellas palabras de cariño?

Me aclaré la garganta y dije:

—Te quiero.

Sorprendido, sacudió la cabeza. La voz me salió grave y ceremoniosa, como la de un severo padre decimonónico. «Eres un boniato», continué. Sonó bastante literal, como si le estuviera explicando que era una hortaliza, un tubérculo. «Eres un bebé», añadí, no fuera a crearle confusión sobre esto último. Estiró el cuello tratando de ver quién más había. Me había oído hablar anteriormente, por supuesto, pero siempre con otra persona o por teléfono. Lo deposité en la cama y empecé a besuquearle las mejillas. Él cerró los ojos, soportando mis arrumacos con elegancia.

—Descuida, yo no soy la única. Tienes a otras personas.

«¿Como quién?», preguntó. No, no dijo nada. Se limitó a esperar lo que pudiera pasar después.

Suzanne hizo un saludo militar mientras se quitaba los zapatos, supongo que queriendo decir que era fascista por mi parte insistir en ello.

—¿Tienes otros hábitos japoneses, o solo este? —preguntó Carl.

—Este y nada más.

—Estuvimos buscando y buscando regalos para bebés y al final, en el último momento, descubrimos una sombrerería increíble —dijo Carl, mientras deambulaba por la sala de estar—. Gorros y sombreros que parecían sacados de un museo: el Museo del Bufón. Podrían cobrar una fortuna por cada uno de ellos, pero la mayoría no llegaba a los veinte dólares.

—Lo que pasa es que no tenían talla para bebés —dijo Suzanne.

—Había de talla única, y pensamos que a lo mejor si tenía la cabeza muy grande... una cabeza tamaño adulto...

Jack sonrió cohibido mientras sus abuelos lo miraban por vez primera, haciendo una valoración de su cráneo.

—Demasiado grande —dijo Suzanne, sacando del bolso un tintineante gorro de bufón.

Jack se lanzó a por él.

—Campanillas —vocalicé—. Tú nunca has visto campanas, ¿verdad? Le encanta, muchas gracias.

Jack renunció a las campanillas e intentó meter toda la mano en mi boca. Lo venía haciendo desde que yo había empezado a hablarle en voz alta. Lo mismo que toquetear páginas de libros, agitar todo aquello que hiciera ruido, amontonar tazas, rodar por el suelo, chuparle las patas a una jirafa de juguete y lanzarme sus brazos con un gimoteo de excitación a la que pasaban varios segundos sin estar juntos. Pero podía ser que nada de esto fuera nuevo. Quizá era más consciente ahora que me había quitado el velo de mi diálogo interior. Cada vez se parecía menos a Kubelko Bondy y más a un niño llamado Jack.

Suzanne sonrió al tiempo que se ponía en la cabeza el gorro de bufón.

—¿Se lo dices tú, querido?

—En la próxima nómina cobrarás veinte dólares extra —explicó Carl—. Lo que te pedimos es que metas el dinero en metálico dentro de un sobre...

—Un fondo de inversión —interrumpió Suzanne entre campanilleos—, para que así un día, cuando tenga la cabeza lo bastante grande, se encuentre unos ahorros esperando.

—Hemos pensado que de esta forma era más especial. Mírala, no me digas que no parece un bonito duendecillo.

Los tres miramos a Suzanne tocada con el gorro de campanillas. Si alguien, me dije, tenía que parecer un duendecillo, ¿no era el bebé? Pero Suzanne se puso a mover las pestañas como una chiflada y a agitar sus venosas manos como si fueran alas.

Les enseñé la casa. En el cuarto de los niños Carl le dijo algo a su mujer en voz baja y Suzanne me preguntó si aquel había sido el cuarto de Clee.

—No, esto era el cuarto de la plancha —dije—. Clee dormía al principio en el sofá y luego compartimos mi dormitorio.

Se miraron de soslayo. Carl tosió incómodo, cogió una ovejita de peluche.

—Oveja —le dije a Jack—. Tu abuelo ha cogido la oveja.

Ambos fruncieron el ceño. Suzanne le dio un pequeño codazo a Carl.

—Nos alegramos de que saques el tema —dijo.

Suzanne asintió vigorosamente, los ojos cerrados; Carl carraspeó.

—Jack parece una persona interesante y esperamos tener la oportunidad de conocerle mejor. Pero nos gustaría que fuera él quien pusiera las condiciones.

—¿Compartimos intereses y valores? —terció Suzanne—. ¿Siente curiosidad por nosotros y por el tipo de cosas que a nosotros nos interesan?

—Yo creo que cuando sea mayor, sí —me aventuré a decir.

—Exacto. Mientras no llegue ese momento, será una relación forzada. — Suzanne, con su vehemencia, hacía sonar las campanillas del gorro. Jack

pegó un grito; aquello le parecía lo más divertido del mundo—. Se supone que nosotros hemos de representar el papel de «abuelos» —tilín, tilín— y él el de «nieto». —Tilín, tilín—. Lo cual nos parece vacuo y arbitrario, como si fuera una cosa concebida por Hallmark.

A Carl se le escapó la risa con lo de Hallmark. Le frotó la nuca a su mujer mientras esta continuaba.

—Tenemos contacto a diario con gente joven interesante y nos encantan, son enrollados, hacen preguntas. Quizá con el tiempo Jack llegará a ser así.

—Incluso puede que no sepamos que es él —murmuró Carl.

—Nosotros no sabremos que es él y él no sabrá que somos nosotros; seremos personas que se caen mutuamente bien.

Suzanne plegó el gorro de bufón —tilín, tilín— y volvió a guardarlo en su bolso. Parecía aliviada de haber soltado todo el discurso.

—¿Quieres cogerlo en brazos? —dije yo.

Lo hizo con mucha soltura. Jack levantó la vista para mirarla, preguntándose si sonarían otra vez las campanillas.

Un viernes a las diez llamaron a la puerta y yo pensé: «Ya ves, puede que no se haya olvidado totalmente de nosotros». Le limpié la nariz a Jack y me remetí el pelo detrás de las orejas. El corazón se me aceleró al ir hacia la puerta. Rachel había roto con ella. No tenía a nadie a quien acudir. Me pasé los dedos por los labios para asegurarme de que no tuviera pringue. A estas alturas, seguramente ya era lesbiana del todo. Si intentaba besarme, no se lo permitiría. «Analicémoslo. ¿Qué significa esta opción? ¿Qué estamos diciendo sobre lo que somos y sobre lo que queremos ser?» Quizá se había vuelto más habladora; eso se lo habría sacado Rachel, probablemente. Me moría de ganas de hablar con otra persona adulta, y en voz bien alta.

Era un chico flaco y pelirrojo. En el pecho lucía una etiqueta de Ralphs con su nombre: DARREN. El que ayudaba a cargar bolsas.

—¿Está Clee?

Jack intentó arrancarle la etiqueta.

—Pues no. Ya no vive aquí.

—¿No?

Miró hacia el interior de la casa. Me hice a un lado para que pudiera ver que ella no estaba.

—Solo él y yo.

Nos miró a Jack y a mí y se pasó los dedos por el rastrojo de puntos blancos de los diminutos granos que cubrían su mentón y sus rosadas mejillas. Cuatro de julio. Fue él quien hizo sonreír a Jack aquel día.

—Bueno —dijo—, pues adiós, Jack. Adiós, mamá de Jack.

Bajó del porche a toda prisa y pasó brincando junto al televisor, que aún estaba en la acera. Lo vi alejarse corriendo por la calle. «Mamá de Jack.» Era la primera vez que me llamaban así. Pero desde el punto de vista de Jack ninguna persona era más su madre que yo. Miré su manita aferrada con plena confianza a mi antebrazo. Ser madre era lo más normal del mundo, pero de repente sentí que me faltaba el resuello, como si acabara de trepar a algo muy alto. Maternidad. Jack empezó a alborotar; fui adentro y le di una espátula de plástico. Empezó a golpear la encimera, clac, clac, clac. Allí de pie, con su caliente cuerpo en brazos, observé su cara de concentración. Estaba de un rosa subido, tendría que aplicarle más loción solar. Clac, clac. Y leerle más. Le leía, pero no todas las noches. Y habíamos estado muy pocas horas con él en la UCI neonatal; eso no era suficiente. Lo fue para nosotras en su momento, pero era algo que me obsesionaba. Jack había estado veinte horas al día solo. Habría otros crímenes imperdonables, me lo veía venir, cosas que en retrospectiva serían las que más iba a lamentar. Mi amor siempre me pasaría factura. Qué horrible. Jack tiró la espátula al suelo y berreó. Yo la cogí, clac, clac. Rió él, reí yo. Horrible. Le di un beso y él me dio otro con la boca abierta y babosa. Horrible.

—Ay, mi niño —dije—. Mi niño, mi niño. Te quiero tanto. Esto solo puede terminar mal, y no me recuperaré nunca.

—Ba-ba-ba-ba —dijo él.

—Sí, eso. Ba-ba-ba-ba.

Dos días más tarde Darren estaba en el escalón superior del porche, dando botes como un corredor que tonificara sus gemelos.

—He pensado dejarle mi número de teléfono, para que se lo dé la próxima vez que hable con ella.

Le dije que entrara mientras yo terminaba de dar de comer a Jack, que estaba en su trona.

—¿Has probado a llamarla tú?

—No, si da igual —dijo, demasiado rápido.

La había llamado muchas veces. Pensé si decirle lo de Rachel.

—¿Necesitas un televisor? —le pregunté, señalando hacia la acera—. Los de la basura no se lo llevan ni a tiros.

—Tengo uno de pantalla plana. Se lo recomiendo.

—Hace días que pienso en llevarlo a beneficencia.

Vi que arrugaba la cara.

—Ya se lo llevaré yo.

—¿De verdad?

—Pues claro.

Su gesto en dirección a Jack me hizo sentir zafia, como si el centro de beneficencia fuera una casa de mala reputación.

Darren se quedó en la cocina con Jack mientras yo reunía unas cuantas cosas más para que se las llevara.

—Gu gu gu —decía Darren, poniendo cara de tonto—. Ga ga ga.

Al día siguiente me trajo en un sobre el recibo conforme había entregado las cosas en la beneficencia.

—Para impuestos. Esta donación desgrava. —Se quedó a la espera, recostado en el quicio de la puerta. Le invité a pasar. En realidad, me explicó mientras yo fregaba los platos, le dábamos un poco de pena—. Aquí solos los dos. Si usted quiere, puedo pasar de vez en cuando para ver cómo están. Si no le importa, claro.

—Es muy generoso por tu parte, Darren, pero estamos bien.

Normalmente venía los martes; se presentaba al marcharse Rick. Desmontaba cajas y metía los trozos en el contenedor de reciclaje; me echaba una mano si tenía que alcanzar algo y yo no llegaba. Me explicó que la parte de arriba del frigorífico de su madre estaba limpia como una patena.

—Hasta podría servir de plato. No es mala idea; esta noche voy a comer allí; serviré los espaguetis directamente encima de la nevera.

Mientras instalaba mi flamante y pequeñísimo televisor de pantalla plana, me contó una larga historia sobre el coche de su primo. No parecía preocuparle que yo me aburriera escuchando; la historia era interminable, y él no se molestaba en echar mano de técnicas narrativas básicas para ponerle más miga. A veces jugaba con Jack mientras yo iba al baño o preparaba comida para todos. Se andaba con ojo porque el bebé estaba fascinado con sus granos. En una ocasión la manita de Jack apretó sin querer una blanca cúpula madura y se produjo una pequeña erupción de pus y sangre. Debajo del acné los huesos eran buenos. No de primera, pero sí perfectamente resistentes. Y el chico era alto, además.

Me acordé del punto exacto donde Ruth-Anne había guardado la tarjeta: el cajón central de la mesa de recepción. Si estaba visitando, podría colarme y coger la tarjeta sin que ella se diera cuenta. Jack se miró en el espejo del techo del ascensor echando la cabeza hacia atrás en el portabebés. El corazón empezó a darme brincos cuando enfilamos el largo y familiar pasillo. «Ruth-Anne —pensaba decirle—, ¿no podemos dejar atrás el pasado?» No, mejor formularlo como una afirmación. «El pasado quedó atrás.» Sonaba bien. ¿Quién podía discrepar de eso?

Abrí la puerta. No había nadie sentado a la mesa de recepción. Fui derecha al cajón de en medio; me costó abrirlo, llevando a Jack en el portabebés. La tarjeta no estaba donde yo había esperado encontrarla. De repente me di

cuenta de que había alguien; una mujer joven estaba leyendo una revista en el rincón. Nos explicó sonriente que la recepcionista acababa de salir.

—Creo que ha ido al baño. Parece que el doctor Broyard se está alargando un poco.

Asentí dándole las gracias y me senté castamente, como si no acabara de intentar robar algo del cajón. El doctor Broyard. ¿Había decidido venir hoy, inconscientemente, para no toparme con Ruth-Anne? Ella diría que sí, seguro. Miré un cuadro nuevo colgado en la pared, un retrato de una tejedora india. Quizá era obra de Helge Thomasson. La mujer tejía una alfombra. O quizá la destejía. Podía estar deshaciendo la alfombra como un acto de resistencia pasiva. Me pregunté si la nueva recepcionista sería muy guapa. Pobre Helge.

La joven hojeaba con calma su *Better Homes*. De vez en cuando miraba a Jack de un modo que me recordó a mí misma, como si hubiera entre ellos un entendimiento singular. Dejó la revista y cogió otra.

Me había costado un poco.

Ahora la reconocí.

No llevaba puesta la camiseta del caimán rastafari, pero la luz de los fluorescentes se reflejaba en sus gafas estilo John Lennon, y aunque sus cabellos eran más largos que en la foto, los tenía rubios y greñudos. Me pregunté si sería tal vez la hija de algún amigo, o su sobrina.

—Kirsten —dije para Jack, por si acaso no se llamaba así.

Ella movió bruscamente la cabeza, y por un momento fue casi un milagro, como si una muñeca o un dibujo animado hubieran cobrado vida.

—Es posible que tengamos un amigo común —dije—. ¿Phillip...?

Ella arrugó la frente.

—Phil, Phil Bettelheim.

—Ah. Phil. Sí.

Vi que tensaba un poco el gesto. Me miró de arriba abajo.

—¿Tú eres... Cheryl?

Asentí en silencio.

Ella ladeó la cara hacia el techo e inspiró de manera larga y teatral.

—No puedo creer que seas tú en persona.

Sonreí educadamente.

—Supongo que ambas supimos de este gabinete gracias a Phillip. Phil — dije.

—Fui yo quien le habló del doctor —dijo Kirsten. Le froté la espalda a Jack para que ella viera que me daba igual. Tenía aspecto de jovencita amargada y bastante antipática—. Phil no me dijo que tenías un bebé, pero también hace tiempo que no nos vemos. De hecho, desde ya tú sabes qué.

Se le escapó una sonrisa, como si guardara un secreto de los que no se cuentan a nadie.

—Creo que no sé a qué te refieres.

—Desde que tú le dijiste que me... —Formó un tubo con los dedos e introdujo en él otro dedo—. Ya sabes.

Me quedé pasmada y miré rápidamente a mi alrededor para comprobar si estábamos solas.

—No sabes cuánto me sorprendió que hicieras eso —dijo, inclinándose hacia delante—. ¿Qué mujer le diría a un hombre mayor que se acueste con una niña?

Fue como si me acusaran de un delito cometido en sueños.

—Lo siento mucho —susurré—. Yo no pensaba que existieras de verdad.

O quizá sí, pero luego no.

—Pues ya ves —dijo, abriendo los brazos.

No supe qué decir. La recepcionista iba a llegar de un momento a otro. De

repente Kirsten golpeó varias veces la pared con la parte posterior de su cabeza.

—Espero que no fuera demasiado horrible —dije al cabo de un momento.

—No fue para tanto. Él primero tuvo que mirar algo, en el móvil. Se tiró un buen rato.

Asentí como si supiera de qué me estaba hablando, lo cual no era el caso.

—Eh —dijo, chasqueando los dedos—. Vamos a mandarle una foto de las dos juntas. Seguro que alucina.

—¿Tú crees?

Sostuvo el teléfono con el brazo extendido y se inclinó hacia mí con rigidez. El cabello le olía a cloro. Jack se abalanzó sobre el objetivo con la boca húmeda, tapando la imagen.

El flash se disparó, y en ese momento se abrió la puerta y la recepcionista volvió a su mesa. Era Ruth-Anne. Se quedó helada al verme, pero fue solo un instante.

—El doctor te espera, Kirsten.

Kirsten pasó por mi lado sin mirarme.

Nos quedamos solas.

—Hola, Ruth-Anne.

Me puse de pie y fui hacia la mesa.

Ella levantó las cejas, como si no pensara negar que así se llamaba pero tampoco fuera a confirmar que ese era su nombre.

—Solo he venido a por la tarjeta. ¿Se acuerda? La del nombre.

Señalé a Jack y ella pestañeó; no parecía haberse fijado en el bebé.

—¿Se refiere a una tarjeta de visita?

Hizo un gesto hacia las tarjetas del doctor Broyard, contiguas a las de ella en el expositor de metacrilato.

—No, la tarjeta que le pedí que guardara. La metió ahí dentro.

Señalé el cajón de en medio.

—Me temo que no puedo ayudarla, pero puede coger unas cuantas tarjetas de visita si quiere.

Su rotunda androginia había desaparecido. Debía de haber invertido muchísimo tiempo en adquirir un aspecto más femenino. Llevaba la melena recogida mediante una diadema de cuadros escoceses. La blusa muy ajustada quería minimizar sus anchas espaldas, y lo lograba. Todo su cuerpo se veía encogido. Allí sentada parecía realmente menuda, una mujer delicada.

Salió el doctor Broyard con una carpeta. Ruth-Anne le miró y toda ella pareció transformarse; se volvió radiante y luminosa; no la luz de la vida, sino más bien un crepúsculo encendido eléctricamente desde su interior. Ella fue a coger la carpeta y él la soltó antes de que la tocaran sus dedos. La carpeta cayó al suelo. Tras dudar un instante, Ruth-Anne se inclinó torpemente para recogerla. Al incorporarse de nuevo, su sonrisa denotó la esperanza de que él hubiera disfrutado viéndola por detrás, pero Broyard se volvió sin más y se metió otra vez en su despacho. La sonrisa de Ruth-Anne pareció crisparse de dolor, y al mirarle los dientes pude verle también la mandíbula, así como el cráneo con sus cuencas vacías y el claqueteante esqueleto en su conjunto. Llegué a verle incluso el cerebro; temblaba por una obsesión.

Solo con ver el nombre del doctor en un papel ya se ponía cachonda. Incluso una palabra parecida a Broyard —«boya», «brocha»— provocaba en ella toda una sucesión de fantasías. Lo demás, incluido su trabajo como terapeuta, era solo de cara al exterior. El hechizo consumía el noventa y cinco por ciento de sus energías, pero a ella le asombraba ver que nadie pareciera notarlo; le bastaba con mostrar ese delgadísimo cinco por ciento. Sobre su mesa tenía una lista con todas las cosas que solían hacerla feliz:

La música zydeco

Los perros
Mi trabajo
Los días de lluvia
La comida tailandesa
El body surf
Mis amigos

Pero no conseguía generar tristeza y pesar suficientes para liberarse. Vivía para esos tres días al año en los que él ocupaba su puesto en la consulta y ella trabajaba a sus órdenes. Por pura fuerza de voluntad Ruth-Anne se convertía en el tipo de mujer que él habría deseado tener por esposa: menuda, femenina y con una elegancia ligeramente conservadora. Ser esa mujer, esa recepcionista, era su única alegría. No, «alegría» no es la palabra: servía para alimentar el hechizo, y de este modo el hechizo podía prolongarse, que es lo único que busca un hechizo.

Ruth-Anne archivó la carpeta. Ver su espalda expandirse me facilitó recordar a mi terapeuta, aquella persona tan desafiante y que tanto me ayudó, aun a su cinco por ciento. Yo le debía mucho.

Me costó un rato, pero al cabo de unos segundos de mecarme sobre los talones conseguí adoptar el balanceo apropiado al ritmo interior. Ruth-Anne arqueó las cejas, creyendo que solo estaba estirando las piernas.

Empecé con voz ronca y desafinando, pero con fuerza.

Will you stay in our Lovers' Story?

If you stay you won't be sorry.

Levantó la vista —para ser exactos, fue el hechizo lo que la levantó—, despacio y con aversión. El hechizo, tocado con su diadema de cuadros escoceses, estaba que echaba chispas. Miró un momento hacia la puerta del

doctor Broyard, se miró después las monstruosas manos, me miró de nuevo a mí al tiempo que yo subía el volumen de mi voz:

'Cause weeeee believe in youuuuu.

A Jack le gustó; se puso a dar botes dentro de su canguro.

*Soon you'll grow so take a chance
with a couple of Kooks
hung up on romaaancing.*

Solo me sabía el estribillo, así que empalmé otra vez con

Will you stay in our Lovers' Story?

Algo raro le pasaba a Ruth-Anne. No era buena señal. Vi que estaba sudando; grandes marcas circulares de humedad se expandían rápidamente por los costados de su blusa. Se estaba derritiendo. Si lo que yo estaba haciendo era malo, entonces no podía ser peor. Cerré los ojos, junté los brazos alrededor de Jack y canté:

*If you stay you won't be sorry
'cause weeeee believe in youuuuu.*

El final sonó más potente que el resto, a pleno pulmón y retumbando. Entorné los ojos. A ella le corría el sudor por la cara; tenía la boca apuntando al cielo como si cantara a los dioses implorando su intercesión, rogando que la librarán del hechizo. Juntas cantamos suavemente:

*Soon you'll grow so take a chance
with a couple of Kooks
hung up on romaaancing.*

Pero los dioses no existen. Solo hay una manera de romper el hechizo, y es romper el hechizo. Ruth-Anne metió los pulgares en sus empapadas axilas en un intento de acomodarse al rasgueo, de encarnarlo. Llegamos al final y volvimos al inicio del estribillo:

*Will you stay in our Lovers' Story?
If you stay you won't be sorry.*

Sus espaldas, cada vez más anchas, amenazaban con reventarle la blusa. El maquillaje se le iba fundiendo en las pequeñas patas de gallo, la mandíbula se le desbocaba al cantar. De pronto el doctor Broyard abrió la puerta de su despacho y nos miró con una sonrisa perpleja al tiempo que se ajustaba las gafas; detrás de él asomó Kirsten. ¡Demasiado tarde, doctor! ¡Demasiado tarde! El hechizo había saltado en mil millones de pedazos, imposible juntarlos otra vez.

Pero no, estaba equivocada. Al ver mi expresión triunfal, Ruth-Anne comprendió quién nos estaba mirando y de inmediato su voz menguó hasta enmudecer. Durante una fracción de segundo pareció anonadada, los ojos idos de frustración. Luego, el hechizo descendió sobre ella y Ruth-Anne volvió a acomodarse dentro, se diría que hasta con alivio. Tomó asiento e hizo rodar su butaca hacia el ordenador. Me planté delante de ella, respirando por la boca, los brazos colgando, pero no me hizo caso. Mientras se ajustaba otra vez la diadema, yo di media vuelta.

—Su tarjeta, señorita.

—¿Qué?

—La tarjeta con el día y la hora de la próxima visita.

Sin pestañear me tendió una tarjeta para una cita que no habíamos concertado.

La metí en la guantera. Ahora que la tenía en mi poder, no quise mirar el nombre. Era Darren, claro. ¿Por qué romper una promesa para saber algo que ya sabía? Con este pensamiento en la cabeza llegué a casa. Sin prisas, le di a Jack su biberón y lo acosté; a la una le tocaba siesta. Pero en cuanto cerré la puerta, toda mi ecuanimidad se vino abajo y casi volé hasta la guantera. Con la tarjeta metida en el puño, entré y me senté en el sofá. Abrí los dedos, alisé la tarjeta, le di la vuelta.

No era Darren.

La hice pedacitos y, demasiado tarde, recordé aquel viejo truco: rasgar el nombre de alguien para conseguir que te llame.

El teléfono sonó casi al momento.

—Tú estás igual —dijo—. Kirsten ha envejecido pero tú estás igual. ¿Y el muchachito en primer plano? ¿Cómo se llama?

—Jack —susurré.

Me dejé caer de rodillas sobre un cojín tirado en el suelo.

—Jack, ¿eh? Es una monada. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Diez meses.

Tosió; eso él ya lo sabía, había echado cuentas. Sentí mi frente enfebrecida, toda yo ardía. Oxígeno. Con el cojín debajo del brazo me arrastré hasta una ventana y dirigí la boca hacia el exterior.

—Me alegra mucho volver a oírte, Cheryl. Ha pasado mucho tiempo.

Phillip y Clee.

¿Cómo se habían conocido? ¿Y cómo había sido posible? Ahora bien, ¿por

qué no? Si hubo una joven antes, ¿por qué no otra?

—Creo que te debo una disculpa —continuó—. La última vez que hablamos estaba en un sitio poco idóneo.

—No es necesario.

Me atraganté. Ya ni recordaba de qué estábamos hablando.

—No —dijo él—. Quiero disculparme, Cheryl. Debí llamarte cuando me enteré de que ella estaba... Pero tampoco lo sabía seguro, claro. Y luego, cuando vi la foto del bebé...

La voz se le quebró. Yo tragué saliva y le oí como un sollozo de alivio, como si mis lágrimas hubieran dado pie a las suyas. No era el momento para uno de sus larguísimos llantos, al menos yo confiaba en que se diera cuenta. Me soné fuerte con un calcetín. Nadie dijo nada durante un minuto. La cortina se movía con el viento y me dio en la cara.

—Ya sé —dijo él al cabo—. Voy a ir a verte.

En el umbral nos quedamos mirándonos el uno al otro. Había envejecido mucho; tenía profundas bolsas bajo los ojos. Me sentí como la esposa que ha esperado en vano que su marido regrese de la guerra y luego, al cabo de veinte años, va él y aparece. Viejísimo, pero al fin en casa. Phillip entró y miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—Durmiendo. Pero enseguida se despertará.

Le ofrecí algo de beber. ¿Limonada, agua?

—¿Podría ser un poco de agua bien caliente? —Del bolsillo trasero sacó un paquete de bolsas de té—. Te ofrecería una, pero son de una fórmula especial que me ha preparado mi acupuntor. Para los pulmones.

Nos sentamos en el sofá, cada cual con su tazón, y esperamos. Él me

miraba de vez en cuando, supongo que queriendo calibrar mi estado de ánimo, o tal vez para demostrarme que estaba muy receptivo. Por si yo tenía ganas de hablar del asunto.

—¿Por qué dejaste la junta? —pregunté yo finalmente.

No desaproveché la ocasión. Rápidamente se embarcó en una larga explicación sobre su mala salud y un reciente viaje a Tailandia que le hizo olvidarse de todos sus problemas. Las palabras eran aburridas, de la primera a la última, pero en conjunto su melodía me sedujo. Intenté resistirme, pero el mero hecho de notar su peso al lado, en kilos y gramos, ya me consolaba. Había sido agotador ser siempre la persona de más peso en la casa. Tomé un sorbito de té y apoyé la espalda en el respaldo del sofá. Cuando él se marchara tendría que trasladar otra vez el peso a mis hombros, pero eso sería un asunto que resolver después.

—Es curioso —dijo Phillip—, me siento como en casa.

Contempló mi estantería de libros y los posavasos de la mesita baja como si en cada cosa anidara un recuerdo. Con el rabillo del ojo vi que Jack empezaba a moverse en el monitor. Sentí el repentino deseo de prolongar aquel momento, o de demorar el siguiente, pero entonces sonó un berrido contundente.

—Voy a buscarlo —dije.

—Te acompaño.

Me siguió al cuarto del niño, tan cerca que noté su aliento en el cogote. ¿Habría un parecido innegable?

—Vamos, arriba, pequeño boniato —dije.

No tenían un solo rasgo en común, pero el parecido se podía sentir; estaba esperando entre bambalinas. Deposité a Jack en la mesa para cambiarle el pañal. Había hecho una caca complicada y tuve que emplear muchas toallitas. Phillip observaba desde el rincón.

—Hay una conexión especial entre tú y él, ¿verdad?

—Así es.

—Es bonito verlo. Es como si la edad se desvaneciera, ¿no?

Tenía el ano muy rojo. Apliqué pomada especial.

—Sois un hombre y una mujer —reflexionó Phillip—, como cualquier otra pareja.

Estaba poniendo el pañal casi a cámara lenta; no conseguía pegar el velcro, a cada momento se me abría otra vez.

—Digamos que soy más bien su madre.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros como mostrando su acuerdo—. No estaba muy seguro de cómo lo habías enfocado.

El pantaloncito no entraba como siempre; las dos piernas se le colaron en una misma pernera. Situado detrás de mí, Phillip observó el forcejeo.

—Supe que hubo ciertas... complicaciones, ¿no? Un comienzo movidito...

—Poca cosa. Ahora está muy bien.

—Ah, bueno, me alegro mucho. O sea que podrá correr, hacer deporte y todo eso, ¿no?

Él asentía, de modo que respondí de la misma manera.

En cuanto le hube puesto el elástico, Phillip cogió a Jack de la mesita — casi me lo quitó de las manos— y lo levantó hacia el techo haciendo un ruido de avión. Jack chilló, no de alborozo. A Phillip le entró tos y rápidamente volvió a bajarlo.

—Pesa más de lo que creía —dijo.

Cuando lo tuve a salvo y pegado a mi cadera, Jack miró al hombre de la barba.

—Este es Phillip —dije.

Phillip adelantó la mano y estrechó la de Jack, pequeña y blanda, agitando su bracito como un fideo.

—Hola, caballere. Soy un viejo amigo de tus abuelos.

Tardé un momento en comprender qué había querido decir.

—No sé si ellos se consideran tales.

—Es comprensible. Lo último que supe fue que ella pensaba darlo en adopción; y que nadie sabía quién era el padre.

Una pregunta se ocultaba en su voz; estaba un noventa y ocho por ciento seguro, pero no un cien por cien. Ella podía haber pasado la noche con otro.

—El plan era ese —dije.

—Parece ser que ella estuvo con muchos.

A eso no respondí.

Nos sentamos en el patio de atrás mientras Jack se comía un plátano chafado. Phillip se tumbó de espaldas en la hierba e inspiró el aire cálido al tiempo que hacía «Ah, ah». Jack probó a meterse una piedra en la boca; yo se la saqué. Nos trasladamos a la sombra y le expliqué mis planes de instalar una pérgola para tapar el sol.

—Conozco a la persona ideal —dijo Phillip—. Le diré que se pase la semana que viene. ¿El lunes? —Al ver que yo me reía, exclamó—: ¡Se ríe! ¡La he hecho reír!

Intenté fruncir el ceño.

—Tranquila —continuó—, si no te cae bien le dices: «No sé por qué ha venido, Phillip está como una cabra».

—Phillip está como una cabra.

—Eso.

Yo pensaba que se iba a marchar, pero luego se quedó. Jugó con Jack en la

salita mientras yo preparaba la cena. Procuré moverme con sigilo para oírlos, pero no hacían el menor ruido. Cuando asomé la cabeza vi que Jack estaba royendo una hamburguesa de goma, con Phillip sentado en el suelo a unos palmos de él, sus rígidas rodillas extrañamente torcidas. Me hizo una señal con el pulgar de que todo iba bien.

—La cena está lista —dije—, pero tengo que acostar a Jack.

Le di la papilla, lo bañé, luego un biberón.

Phillip me observó mientras yo cantaba una nana y acostaba a Jack en su cuna. Miramos los dos al niño, sonriendo, y luego nos sonreímos el uno al otro. Yo aparté la vista.

Le pedí disculpas por la cena.

—Son sobras que tenía.

—Es lo que me encanta, que sea tan normal. ¡Así come la gente! Bueno, ¿y qué?

Después de cenar miramos el informativo *60 Minutes* en mi tele de pantalla plana.

—Ya no quedan programas como este —dijo Phillip, y pasó un brazo sobre el respaldo del sofá, rozándome los hombros.

Intenté relajarme y centrarme en el programa. Iba sobre tácticas de contrainsurgencia y su aplicación contra bandas urbanas. Cuando salieron los anuncios, Phillip quitó el volumen. Vimos cómo una mujer se lavaba el pelo en silencio.

—Fíjate —dijo—, parecemos un viejo matrimonio. —Me palmeó el hombro—. Estaba pensando en eso, mientras venía en coche hacia aquí, en todas esas vidas que pasamos juntos. —Me miró de soslayo—. ¿Todavía lo piensas?

—Sí, supongo.

Pero estaba pensando en Clee. Yo había sido su enemiga, luego su madre,

después su novia. Eso eran tres vidas. Phillip volvió a poner el volumen. Unos agentes de policía iban de puerta en puerta tratando de integrarse en la comunidad. En la siguiente pausa publicitaria me habló con detalle de sus pulmones; se le estaban endureciendo. Fibrosis pulmonar, dijo que se llamaba.

—Cuando empieza a fallarte la salud, este tipo de cosas importan mucho.

—¿Qué cosas?

—Esto. —Nos abarcó a mí y a la sala de estar con un gesto de la mano—. La seguridad. Los amigos que sabes que no te van a fallar. —Viendo que yo no decía nada, me miró nervioso—. Creo que me estoy adelantando a los acontecimientos, ¿verdad?

Bajé la vista; era imposible pensar con él al lado, esperando.

—Puedes contar conmigo, por supuesto —dije.

Fue un alivio; estar enfadada con él me costaba horrores. Phillip me cogió la mano, o más bien me la apretó rápidamente de tres maneras distintas, como si fuera miembro de una banda; acabábamos de ver a dos hombres que lo hacían en la tele.

—Contaba con ello —dijo—. No quiero señalar con el dedo ni mencionar nombres, pero digamos que la gente joven no tiene los mismos valores que nuestra generación.

Estaba ya por decirle que yo solo tenía cuarenta y tres años cuando recordé que tenía cuarenta y cuatro. Casi cuarenta y cinco. Demasiado vieja para ponerme quisquillosa al respecto.

Después de *60 Minutes* Phillip fue al coche a buscar su cepillo de dientes eléctrico.

—Este lo llevo siempre en el coche. —No sufría de ceguera nocturna propiamente dicha, pero cada vez le resultaba más incómodo conducir de

noche—. ¿No es una imposición? —preguntó mientras se quitaba los zapatos en el porche.

—No, no, en absoluto.

Nos lavamos los dientes uno al lado del otro. Él escupió, después escupí yo, luego él otra vez. Enchufó el cargador en la toma de corriente que había sobre la encimera; surcos y aristas con mugre calcificada de un tono pardusco.

—No te preocupes —dijo—, te compraremos uno.

Tardé más de la cuenta en lavarme las manos; él no paraba de pederrearse, sentado en la taza.

¿Me importaba que durmiera solo con unos boxers? No, por supuesto. Yo fui a ponerme el camisón en el vestidor y me pregunté cuál de los dos dormiría en el sofá. Cuando salí me lo encontré en mi cama. Él dio unas palmaditas al espacio libre. Me entraron nervios, pero enseguida recordé que éramos como un viejo matrimonio, según sus palabras. Ya no estábamos para eso, sin contar con sus endurecidos pulmones. Fui a la cocina a por un par de vasos de agua y dejé uno en cada mesita de noche.

—¿Qué te parece si solventamos el asunto sexual? —dijo.

—¿Cómo?

—Bueno, un hombre y una mujer... juntos en la cama... No quiero que sea un problema.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Nada que ver con lo que yo había imaginado en tiempos, pero quizá había algo muy hermoso en todo ello. Si no hermoso, sincero. En cualquier caso, íbamos a hacer el amor.

—Vale —dije.

—No pareces muy entusiasmada.

—¡Lo estoy!

—Fantástico. Ahora vuelvo.

Fue en dos zancadas a la sala de estar y volvió con su teléfono móvil y un tubito de loción rosa; dejó el teléfono apoyado en mis frascos de vitaminas. Me estaba costando respirar con normalidad y la mandíbula me temblaba de tanta energía nerviosa. Phillip se quedó mirando mi camisón floreado y se rascó un par de veces la barba. Luego dio una palmada.

—Bien. La cosa es que si tú quieres mirarme, puedes, pero no es imprescindible; a mí no me pone. Solo necesito que estés boca arriba y a punto cuando yo diga «Ahora». —Me pasó una de las almohadas—. Si pudieras ponerte esto debajo de las caderas, iría muy bien. —Llenó de aire los carrillos y luego lo expulsó—. ¿Vale?

—¡Vale! —dije, en plan animado.

Me sentía fatal por él, pese a que Phillip no parecía nada avergonzado. Tocó una tecla en su teléfono. Se oyeron gritos y gemidos antes de que pudiera quitar el volumen, y luego se encorvó sobre sí mismo. La cama empezó a moverse, todo estaba en silencio. Era lo que había querido decir Kirsten al explicar que Phillip se pasaba mucho rato mirando el teléfono móvil. ¿Cuánto era «mucho rato»? Disimuladamente me subí el camisón hasta las caderas. Me puse la almohada debajo por si él decía «Ahora». Se me ocurrió acariciarle la espalda. Tenía muchos pequeños hoyuelos, un paisaje de pelos grises y pecas y puntos rojos. Puse la palma de la mano entre sus omóplatos; la mano se agitó con su cuerpo. La aparté. Al cabo de unos minutos alcanzó el móvil, buscó algo, tocó teclas y se preparó otra vez. Miré hacia el monitor del bebé; Jack estaba espatarrado con los brazos por encima de la cabeza. ¿Sería fácil o difícil dormir una vez que acabara esto? Quizá necesitaría tomar mis píldoras homeopáticas, sin que él se diera cuenta. Cerré los ojos para comprobar hasta qué punto tenía sueño.

—Ahora.

Abrí los ojos de golpe; rápidamente separé las piernas, me coloqué bien la

almohada y él giró y se puso encima de mí; su pene estaba colorado y reluciente de loción con aroma a rosas. Embistió un par de veces antes de acertar en el agujero. Entraba y salía muy deprisa, y luego aflojó el ritmo. Me dolía un poco, pero la quemazón fue disminuyendo. Le oí inspirar hondo y expulsar el aire despacio, controlando la respiración.

—Listo —dijo al cabo de un rato. Se inclinó hacia mí y apretó mis labios con los suyos gruesos. La barba no facilitó las cosas. Paró para apartarse varios de aquellos pelos como cerdas. Nuestros dientes chocaron—. Me estaba acordando de la canción sobre la vieja gallina y el viejo gallo —susurró mientras empujaba—. ¿Cómo era?

—No sé.

Me pasé la mano por la boca.

—«Qui-qui-ri-quí, co-co-ri-có, a la gallina el gallo besó...» Algo parecido. ¿Quieres ponerte encima?

Me estaba mirando los pechos. Casi era mejor que colgaran a que estuvieran encharcados. Pero dije que no con la cabeza. Si me ponía encima no podría pensar en mi cosa.

Junté las piernas y cerré los ojos. Debería haber sido fácil, pero me costó un grandísimo esfuerzo imaginar que lo tenía encima. Tuve que borrarlo por completo y reconstituirlo concentrándome en su peso imaginario, no en el real. Como siempre, me alentó mucho; una y otra vez me decía que pensara en mi cosa. Yo estaba ya casi en el ápice del agotamiento cuando el Phillip de verdad paró en seco.

—Abre los ojos.

Para que se calmara, los abrí apenas una rendija y vi que tenía la boca fruncida en forma de pequeño círculo; intentaba tragar y expulsar aire. Cerré los ojos al momento. La cosa estaba muy dispersa y renuncié a pensar en lo mío; traté de imaginar que el pene que tenía metido dentro era mi propia

versión del miembro de Phillip y que era yo quien se lo metía... a Clee. En cuanto le cogí el tranquillo, la escena se me hizo muy real, como si fuera un recuerdo.

—¿Dónde la conociste? —jadeé.

—¿A quién? —Hizo una pausa, breve, y luego—: En la consulta de un médico. En la sala de espera.

—El doctor Broyard.

—Exacto. Jens.

Ella está leyendo una revista y él se sienta. Él le cuenta cuatro tonterías sobre la esposa del doctor, famosa pintora. No la reconoce hasta que le pregunta cómo se llama.

—Clee.

Él sonríe, atando cabos, mirándola de arriba abajo. ¿Qué probabilidades hay de que lleguen a encontrarse? Muchas. En esta sala de espera son más altas que el promedio. Por eso la envié yo allí. Él le dice que cree conocer a sus padres.

—¿Vives en casa de Cheryl Glickman? Trabaja con ellos...

Clee da un respingo al oír mi nombre. Soy la mujer que acababa de mentarle el olor de sus pies; todavía veo su gran sonrisa y cómo se le esfumó de la cara. Ella me necesita y yo voy y le hablo de un especialista. Empieza a temblarle la pierna, de rabia; Phillip pone su manaza encima. Ella le mira, la barba gris, las peludas cejas rebeldes.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

Incluso Ruth-Anne adivina desde su mesa lo que va a pasar. Espermatozoide penetra útero, fertiliza huevo, cigoto, blástula, así sucesivamente. Ese día nace la conciencia de Jack.

No lo fabriqué yo, al niño, pero di todos los pasos correctos para que lo fabricaran.

«Para que veas cuánto te quería.»

Mientras miraba el monitor, pensé en la gran cantidad de gente que había intervenido en el proceso y noté que detrás de mis párpados se acumulaban lágrimas de orgullo materno. «Hijo mío.»

—¿Todo bien?

Asentí, borrando de mi cara la expresión de alegría. Phillip se hizo a un lado y salió de dentro.

—No pasa nada —dijo, resollando—. Hace tiempo que no llego al orgasmo. Y supongo que es menos peligroso que no lo intente... aunque vaya manera de irse, ¿no? —Frotó varias veces uno de mis sudorosos muslos—. Quiero que sepas que no me da miedo, pero... —Tragó saliva—. No, es mentira. Me da mucho miedo, pero no me da miedo tener miedo.

Asentí. ¿De qué estábamos hablando, por favor? Jack se puso de costado y un momento después volvió a la postura anterior.

—Todo este tiempo no he dejado de estar alerta, desde que era joven, para que no me pillara por sorpresa. Quiero saber que se acerca. Quiero recibirla como se merece.

Era de la muerte, de lo que estábamos hablando.

—«Hola, tú por aquí», le diré. «Pasa, pasa. Deja que vaya a por mis cosas.» Pero en lugar de coger nada lo soltaré todo: adiós, casa, adiós, dinero, adiós a ser un hombre estupendo y maravilloso. Adiós, Cheryl.

—Adiós.

—Y luego saldré por la puerta, por decirlo de alguna manera.

Me imaginé la puerta, y a mí cerrándola después. La habitación tenía un aire extrañamente frío, casi de cripta funeraria. Jack se había puesto boca abajo.

—Hice testamento y tengo el funeral organizado, pero si no te importa...

De repente Jack soltó un aullido que hendió la noche a través del altavoz

del monitor.

—... si no te importa —Phillip alzó la voz por encima de los lloros—, te contaré unos cuantos detalles. ¿EcoPods te suena? Me gustaría que me enterraran en una cosa de esas.

—Tengo que... —dije, señalando hacia el monitor.

Phillip levantó un dedo.

—No están legalizadas, pero si tú...

Jack sollozaba desconsolado; me incorporé. Phillip se me quedó mirando con las cejas fruncidas.

—Es solo la segunda vez que le cuento esto a alguien.

El bebé no se lo podía creer; yo jamás había dejado de acudir cuando él lloraba. Salté de la cama y salí corriendo de la habitación.

Estaba echando un diente. Como no se calmaba con un biberón, rondé por la casa con él en brazos. Tampoco funcionó, así que me colgué el portabebés encima del camisón y lo metí a él dentro. Agarré una chaqueta antes de salir al porche. Allí estaban mis zapatos, esperándome.

El cielo pareció iluminarse conforme andábamos, pero aún faltaban horas para que amaneciera; debía de ser la luna, o que mis ojos se iban acostumbrando a la penumbra. En vez de andar en círculos amplios, como hacíamos normalmente, fuimos a conquistar nuevos territorios, manzana tras manzana. El lunes vendría el hombre para hablar de la pérgola. Phillip y yo compraríamos cepillos de dientes eléctricos a juego. Lo de mirar el teléfono y decir «Ahora» pronto sería una cosa normal; y ver *60 Minutes* también. Jack alzó los ojos, repentinamente sereno, la vista fija en dos lucecitas que parpadeaban.

—Avión. —Le froté la espalda—. Un día tú irás en avión. —Se perdió de

vista en la noche. El mundo parecía un lugar acogedor y bien delimitado, como si nos encontráramos dentro de una amplísima habitación. Él estiró el cuello hacia un lado y el otro. Le acaricié la cabeza y susurré—: Todos los demás bebés del mundo están durmiendo.

Mis piernas estaban ávidas de moverse, casi saltaban a cada paso. Podía seguir andando interminablemente, abrazada a la única cosa que de verdad importaba, en un bolsillo un biberón lleno y en el otro mi cartera. Teníamos todo lo que necesitábamos. ¿Hasta dónde iría? ¿Sería capaz de llegar hasta aquellas montañas del fondo? Nunca me había fijado en sus picos enormes; parecían haber surgido de improviso, iluminados por la ciudad. Anduve durante una hora sin tener un solo pensamiento; Jack dormía profundamente junto a mi pecho. La mayoría de las casas estaban a oscuras, o apenas iluminadas por un aparato de televisión. Un hombre desconectó su aspersor. Aparte de eso, solo gatos, gatos por todas partes. Las montañas no cambiaron de tamaño durante horas, como si yo las fuera empujando con cada paso. Y de repente estaban allí mismo; me encontraba al pie de una de ellas. ¿Sentiría el impulso de escalarla? Ahora era difícil ver la cumbre; me incliné hacia atrás, una mano firme en el trasero caliente de Jack. Desde tan cerca no se podía ver. Di media vuelta y regresé a casa.

A las cinco de la mañana Phillip se movió. Tuvo un sobresalto al verme vestida y cepillándome el pelo.

—No sé si tomas cafeína. He hecho un poco de oolong —dije.

Bajó mecánicamente la cabeza sobre la taza que humeaba en la mesita de noche. Al lado estaba su ropa, bien doblada, y encima de todo el cepillo de dientes eléctrico; había atado el cable en un pequeño manojito. Phillip tardó unos instantes en asimilarlo todo. Luego, despacio, se puso de pie y empezó a

vestirse a oscuras. Me recosté en la pared de enfrente y le observé mientras tomaba sorbos de mi infusión.

—Supongo que el clima de Tailandia es ideal para los pulmones. ¿Tendríamos que irnos a vivir allí?

—No sé, puede. Hay muchas opciones.

—Era solo una idea.

Se abotonó la camisa, la remetiÓ por dentro del pantalón, se puso los calcetines negros.

—Los zapatos los tienes en el porche.

—Ah, sí.

Fuimos a la sala de estar. Los tazones del día anterior descansaban en la mesita baja.

—Está dormido, pero si quieres verlo antes de irte...

Le tendí el monitor. Phillip lo cogió, pero vi que dudaba antes de mirar la pantalla.

—¿Te pareció distante? —dijo.

—¿Distante? ¿Quién, Jack?

—No sé, quizá no supe interpretarlo. Me recibió de forma muy fría.

Miró con gran concentración aquel bulto durmiente. De pronto se enderezó y me devolvió el monitor.

—Dudo que sea mío. ¿Sabes por qué lo sé? Aquí dentro no siento nada.

Se clavó los dedos rígidos en el pecho; sonó a hueco.

Desde el umbral miré cómo se ponía los zapatos; me hizo un pequeño saludo militar y luego bajó los escalones del porche. Cerré la puerta sin hacer ruido y fui a tumbarme al sofá. Con un poco de suerte podría echar una cabezada antes de que empezara el día.

EPÍLOGO

El vuelo procedente de China iba repleto de familias y tardaron mucho en desembarcar. Luego vino la interminable cola en la aduana, y el adolescente que estaba delante de ellos no encontraba el pasaporte. Por fin enfilaron el largo pasillo hasta Llegadas. Mamás y papás y maridos y esposas lanzando exclamaciones y repartiendo abrazos. Mientras caminaban, él se enjugó la cara con el dorso de la mano y se alisó el pelo. Ella le miró, nerviosa.

—¿Llegamos tarde?

—Un poco. Tranquila.

—¿Y si le caigo fatal?

—Lo dudo mucho.

—¿Cómo tengo que llamarla, señora Glickman?

—No, llámala Cheryl.

—¿Es aquella? ¿La que hace señas?

—¿Dónde?

—Al fondo de todo. Junto a una señora rubia. ¿La ves?

—Ah. Sí. Está muy mayor. Ha venido Clee también. Es la de al lado.

—Qué contenta está de verte... ¡Oh, ha echado a correr!

—Ya.

—Pues hay un buen trecho.

—¿Corremos también y nos encontramos a mitad de camino?

—No sé, llevo la maleta. ¿Y si corres tú y yo ya iré llegando?

—No, no. Sigamos andando.

—Es que con la maleta... Dios mío, es capaz de correr todo el trecho.

—Eso parece.

—Anda, ve tú.

—¿Estás segura?

—Sí. Dame tu maleta. Ya te alcanzaré. Venga, corre.

Así lo hizo él. Ella seguía corriendo, y cuando ya estaban cerca el uno del otro empezaron a reír. Reían y reían sin dejar de correr y correr y correr y sonaba música, instrumentos de metal, un tema arrebatador, en la sala todo el mundo llorando, salieron los créditos. Ovación clamorosa.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a Melissa Joan Walker, Rachel Khong, Sheila Heti, Jason Carder, Lucy Reynell, Lena Dunham y Margaux Williamson por leer versiones de este libro y por reaccionar con tanta sinceridad. Gracias especiales para Eli Horowitz, que leyó muchos borradores y me fue de gran ayuda. Gracias a Megan y a Mark Ace por el nombre de Clee; a Khaela Maricich por enviarme la canción de Bowie «Kooks»; y a mi padre, Richard Grossinger, por autorizarme a citar de su obra *Embriogénesis*. Gracias también a Michele Rabkin por hablarme de la adopción y a Alok Bhutada por contestar a mis preguntas sobre la aspiración de meconio. Gracias a Jessica Graham, Erin Sheehan y Sarah Kramer por cuidar tan bien de mi hijo mientras yo escribía. Gracias a mi agente, Sarah Chalfant, por decir «Tendrás un bebé y escribirás una novela» y otras muchas y muy inspiradoras verdades. Gracias a Nan Graham por su inquebrantable e incondicional apoyo cuando yo perdía la orientación y por sus magistrales respuestas. Por último, gracias a Mike Mills, a quien va dedicado este libro. Tu amor, tu valentía y tu inclinación a meterte en líos me mantienen a flote día tras día.

* La letra dice, aproximadamente: «¿Compartirás nuestra Love Story? / Si es así no te arrepentirás / porque nosotros creemos en ti. / Pronto serás mayor, así que arriégate / con este par de chiflados / obsesionados con el amor». (*N. del T.*)

Miranda July nació en Berkeley, California, en 1974, y actualmente vive en Los Ángeles. Es cineasta, actriz, performer, escritora y artista multidisciplinar. Su obra se ha presentado en lugares como The Kitchen, el museo Guggenheim o el MoMA, y en dos bienales del Whitney. Escribió, dirigió y protagonizó su primer largometraje, *Tú, yo y todos los demás* (2005), que recibió un premio especial del jurado en Sundance y la Cámara d'Or en el Festival de Cannes. *El futuro* (2011), su segunda película, optó al Oso de Oro del Festival de Berlín y fue seleccionada entre las mejores películas del año por *The New Yorker*. Su libro de relatos *Nadie es más de aquí que tú* (2009) fue publicado en veintisiete países y galardonado con el Frank O'Connor International Award. Su libro de no ficción *Te elige* (2012) fue uno de los mejores libros del año según Amazon, y el Oprah Magazine lo destacó como lectura imprescindible de ese año. *El primer hombre malo* es su primera novela y va a ser publicada en más de veinte países.

Título original: *The First Bad Man*

Edición en formato digital: octubre de 2015

© 2015, Miranda July. Reservados todos los derechos

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Luis Murillo Fort, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3110-8

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El primer hombre malo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Biografía

Créditos